C. Virgil Gheorghiu

LA VIDA DE MAHOMA

I

MORIR QUEMADO VIVO POR SU DIOS

Abd-al-Muttalib- que será el abuelo de Mahoma - es uno de los seis oligarcas de La Meca. Hombre de alta estatura, más corpulento de lo que suelen serlo los árabes en general, tiene la tez blanca; además, cosa inusitada, se tiñe la barba y el cabello desde que, durante un viaje a la Arabia Meridional, recibió de manos de un príncipe yemenita un frasco de tinte acompañado de las explicaciones para su empleo. Hombre rico y elegante. Abd-al Muttalib ha pasado ya de los cincuenta años. La suerte le ha proporcionado cuanto podría hacer de él un hombre feliz. A pesar de todo. su vida es un drama. Cuando conversa con sus amigos o con otros mercaderes. le es imposible alejar por un instante la preocupación que le tortura...

Pero hoy, por primera vez, oye hablar de una desgracia que supera la suya. Y mientras dura el relato de aquellos sucesos, olvida su propio dolor. El narrador es AI-Harith-ibn-Muad, jefe de la tribu de los jurhumitas de La Meca. Se trata de una matanza, un exterminio perpetrado en el Nedjran, oasis en la Arabia meridional.

He aquí los hechos que cuenta AI-Harith. Han ocurrido unos años antes, alrededor del 530 de la Era cristiana. Arabia es un territorio inmenso, de más de tres millones de kilómetros cuadrados; pero las nueve décimas partes son estériles, extensiones de arena, de piedra roja y de lava. Sólo la décima parte es fértil, constituida por regiones que se hallan sobre todo en el Sur y especialmente en el Yemen. Yemen significa «el país de la derecha», o también: «el país dichoso». Los romanos lo 1lamaron Arabia Felix. Allí vivió, en los tiempos bíblicos, la Reina de Saba, contemporánea de Salomón. El sur de Arabia ha sido cristianizado varias veces, descristianizado de nuevo y vuelto a cristianizar. El primero en llevar la palabra del Evangelio a aquellas tierras fue- según la tradición - uno de los doce Apóstoles de Jesucristo, san Bartolomé . Evangelizó el Yemen antes de franquear el estrecho de Bab-eI-Mandeb y pasar a Abisinia.

El reino himyarita, en la Arabia del Sur, tiene por soberano a Dhu Nuwas. es decir, «el señor de los bucles». Judío de religión, decide - como es costumbre - que todos sus súbditos estén obligados a adorar al mismo Dios que él. Los súbditos se someten. No merecerían el nombre de tales los súbditos que no se sometieran a su rey. Pero

Dhu Nuwas no queda satisfecho. Deseaba que todos los pueblos vecinos se convirtieran también al judaísmo. Ahora bien: al norte, los primeros vecinos del rey Dhu Nuwas son los árabes del oasis de Nedjran. Nedjran es una zona de tierra que se extiende en una longitud de cien kilómetros, en medio del desierto de arena y de piedra. Ese jirón de tierra fértil se halla al borde del terrible desierto Rub' Al Jali, que cubre de roja arena y de piedras ochocientos mil kilómetros cuadrados y que al norte se prolonga por otro desierto, el Nefud - es decir, “las dunas” - o Bakr-Bil1a-Ma, que significa “mar sin
agua”.
Dhu Nuwas, «el señor de los bucles», manda decir a los árabes cristianos del Nedjran que les invita a adorar al mismo Dios que él. Los árabes del Nedjran son menos pobres que los demás árabes. En primer lugar, su oasis se encuentra en plena ruta de las caravanas que pasan del Norte al Sur y del Oeste al Este. Todas las caravanas que atraviesan Arabia se cruzan en el Nedjran. Además, esos árabes tejen, y trabajan los metales. A la invitación del rey Dhu Nuwas, los árabes cristianos del Nedjran contestan con la cortesía que se debe a un soberano, pero con igual firmeza, que ellos aman mucho al Dios que tienen y que no es. su intención cambiarlo por otro y abandonarlo. Quieren permanecer fieles al buen Jesús.
Al contrario de lo que ocurre con las plantas, la fe en Dios echa raíces más profundas y con mayor facilidad en el desierto que en las tierras fértiles.
En el desierto, no hay obra humana ni natural que detenga la mirada, el pensamiento o el deseo de los hombres. Nada puede distraer al hombre de la contemplación de la eternidad. El hombre está en incesante contacto con el infinito, que comienza a sus mismos pies. Cuando el hombre se encuentra con Dios en el desierto, le permanece fiel para siempre. Y eso ocurrió entonces entre los cristianos árabes del Nedjran.
El rey himyarita buscó un pretexto para castigar aquella negativa. Y el pretexto no tardó en presentarse. Los pretextos son como las manchas del sol: los descubre quien quiere verlos.
Mientras Dhu Nuwas preparaba su venganza, los ciudadanos de Nedjran siguieron rogando a Jesucristo, como se lo había enseñado el santo apóstol Bartolomé y los otros misioneros que pasaran por su oasis, perdido en el infinito de la ardiente arena.
Los cristianos del Nedjran conservaban el recuerdo de un obispo llamado Pantheneo, que había cristianizado una región próxima al Yemen, y de un sacerdote misionero de Tifo, llamado Frumentius. Este último, no sólo era misionero, sino también avisado administrador; y el rey de Sanaa le había rogado que accediera a ser su ministro de hacienda y su tesorero. Los cristianos del Nedjran conservaban ese recuerdo con piedad y fidelidad.
Muy pronto apareció el pretexto buscado por “el señor de los bucles”. Dos niños judíos habían sido asesinados por unos desconocidos dentro del recinto murado de la ciudad de Nedjran. El padre de los pequeños acudió a quejarse ante el rey Dhu Nuwas.

El soberano, se dirigió de nuevo a los cristianos del Nedjran y les aseguró que perdonaría a los asesinos si los árabes abrazaban la religión judaica. El mensaje estipulaba categóricamente que no les quedaba otra esperanza de obtener el perdón.
El asesinato había sido cometido por un criminal desconocido. Y aunque se hubiera apresado al culpable, el asunto no se habría arreglado. En aquellos tiempos reinaba la ley del clan. El individuo no era responsable ni del bien, ni del mal que hacía. El individuo no existía ni desde el punto de vista penal, ni del civil. El clan respondía de los crímenes y deudas de cualquier persona perteneciente a él. Toda la colectividad del Nedjran era culpable del crimen. Debía ser juzgada y castigada.
La vida del desierto, la condición de los nómadas, deben enfrentarse con tan pesadas necesidades que el individuo, aunque fuera un superhombre, no puede asegurar su propia vida.
La persona humana es una dimensión demasiado ínfima. Tanto, que no puede existir en el desierto como individuo. Es el clan, en ese momento, quien substituye al individuo. El clan, o sea, toda la comunidad a que pertenece.
Jurídicamente- según los códigos del desierto - era equitativo que la acusación cayera sobre la colectividad. Lo que ya no era justo, por parte del rey Dhu Nuwas, era el precio exigido por la sangre derramada. Diya, «el precio de sangre», quedaba exactamente fijado: sabía se entonces - tan precisamente como hoy se conocen los cambios de 1a Bolsa- cuál es en el desierto el precio real de una vida humana. Generalmente, se aplicaba la ley del talión: muerte por muerte. Hombre por hombre.
Niño por niño. El precio exigido por el rey Dhu Nuwas era absurdo. Los cristianos del Nedjran se negaron a pagarlo. Y Dhu Nuwas quedó encantado de la negativa. Movilizó un ejército y, a traición, penetró en el Nedjran. La ciudad fue asaltada. El pueblo se reunió en el marbad, la plaza que constituía el centro del poblado, donde suelen hacer alto las caravanas. Allí estaban todos, los niños. las mujeres, los ancianos, los señores y los esclavos. Todo lo que en el oasis conservaba un soplo de vida.
Dhu Nuwas les preguntó si preferían hacerse judíos o morir. Respondieron todos que querían permanecer fieles a su Dios. Fieles hasta el fin de su vida. y aun al precio de su vida.
Entonces, «el señor de los bucles» ordenó cavar en el marbad, sobre la gran plaza, muchas fosas profundas. Hechas las fosas, mandó encender en ellas inmensas hogueras. Cuando las llamas saltaron, altas como palmeras, el rey Dhu Nuwas preguntó de nuevo a los ciudadanos del Nedjran si querían cambiar de Dios.
De lo contrario, serían quemados vivos. Los hombres - antes que hacer traición al Dios que adoraban- prefirieron morir en el fuego. Comenzaron a arrojarlos a las llamas que ardían en el fondo de las fosas. Uno después de otro. Pablo de Nedjran, el obispo de la ciudad, había muerto bastante antes del asesinato de los niños: pues bien, sus huesos fueron exhumados y quemados, y sus cenizas esparcidas al viento. Porque también los

muertos debían ser castigados. Areta, «el primero de la ciudad», fue decapitado en presencia de su propia familia y de sus conciudadanos; después, también su cuerpo fue precipitado al fondo de la fosa, al ukhdud, donde ardían vivos los otros habitantes. Rhuma, la esposa de Aretas, sufrió torturas aún mayores, antes de ser arrojada al inmenso brasero. Se le dijo que, si no cambiaba de Dios, sus hijas serían degolladas. Tenía dos hijas. Bellísimas. Pero Rhuma no cambió de Dios. Sus hijas fueron decapitadas. En su presencia. Después obligaron a Rhuma - a ella, la madre- a beber la sangre que manaba del cuello de sus hijas. Acto seguido, fue decapitada a su vez y arrojada también al ukhdud, la fosa del inmenso brasero. Así ardió su cuerpo con los demás.
Los cronistas de la época calculan entre 4.400 y 20.000 el número de personas que prefirieron ser quemadas vivas a ser infieles a su Dios. La ciudad en que ocurrió la horrible matanza se llama desde entonces Medinat-al-Ukhdud, que significa «ciudad de las fosas».
Tales fueron los hechos que el jefe de la tribu de los juhrumitas de la Meca contaba a Abd-al-Muttalib. Varios testigos de la matanza habían llegado a la corte del emperador de Bizancio, Justiniano I, y contaron lo que vieron con sus propios ojos. El emperador de Bizancio había respondido:
«Mi país está lejos del vuestro. Todo lo que puedo hacer es escribir una carta en favor vuestro al Negus, vuestro vecino, que es también cristiano».
Otras víctimas se dirigieron directamente al Negus. El emperador de Abisinia, a su vez, escribió al emperador de Bizancio, enviándole las hojas quemadas de los Evangelios y pidiéndole ayuda material, y sobre todo naves, que le permitieran pasar con su ejército a Arabia. Entre Abisinia y Arabia está el estrecho de Bab-eI-Mandeb, al que los árabes llaman «la puerta de los llantos», porque en él se han hundido no pocos barcos y otros se han destrozado en sus aguas.
Los abisinios enviarán un ejército de 700.000 hombres. Bizancio, 700 naves. Juhrumita partirá también un día para abatir al tirano que ha asesinado y quemado a la población del Nadjran. Se ha descubierto el sepulcro en que yace enterrado ese amigo de Abd-al-Muttalib. Murió en Ispahán, en el Irán, y sobre su lápida mortuoria hay escrito esto: «Soy al-Harith-Ibn-Muad, que castigó a las gentes de los fosos».
Oen años después de la matanza, Mahoma, el nieto de Abdal Muttalib, conservará viva la imagen del crimen. Queda escrito en el Corán:
No los han quemado vivos más que porque creían en Dios Omnipotente... el Dios que creó el cielo y la tierra... Quienes han quemado a los fieles de ambos sexos y no han hecho penitencia, serán precipitados en las llamas del infierno.
En nuestros días, la matanza ha sido conmemorada por una iglesia, elevada en Nedjran, donde se halla también el cementerio de los mártires. Nedjran se encuentra ahora en Arabia Saudita. En 1949, supe que en el emplazamiento de las fosas, se recogían aún las cenizas, que sirven de abono. Pero en cuanto el rey Ibn-Saud conoció

esa profanación, la prohibió, porque la memoria de los mártires de Nedjran es honrada por el mismo
Corán (Ashad-a1-Ukhdud).
Así pues, Abd-al-Mu,ttalib escucha el relato de la matanza.
Está conmovido. Como lo estuvieron todos los árabes al saber el exterminio de los cristianos. No es la hecatombre, en si misma, lo que produce tal impresión en Abd-al~Muttalib. La piedad es rara - a veces. hasta desconocida - en los hombres del desierto. Esa terrorífica impresión que experimenta Abd-al-Muttalib es provocada. sobre todo. por la grandeza de ese Dios, por el que veinte mil hombres, con sus mujeres e hijos, se han dejado quemar vivos, antes que traicionarlo. Ese Dios debe ser infinitamente grande. Nadie es fiel a un soberano insignificante. Uno no se deja quemar vivo. ni se asiste al degüello de los propios hijos, si el rey al que se quiere ser fiel no es infinitamente grande, rico y fuerte. Sólo semejante Señor es capaz de suscitar tamaña
fidelidad. Quienes por Él han ardido, le conocían. Antes de dejarse quemar vivos, los hombres han tenido contacto con ese Dios y han medido su poder infinito.
Abd-al-Muttalib no cree más que en aquellas historias por las que sus propios testigos se dejan degollar. La grandeza de ese Dios está atestiguada por 20.000 hombres que se han dejado quemar vivos. Así pues, los árabes cristianos tenían una confianza absoluta en su Dios. En árabe. confianza absoluta en Dios se dice tawakhu. También Abd-al-Muttalib quiere tener semejante Dios. Un Dios en el que pueda tener una confianza absoluta: un Dios poderoso. como aquél por quien han muerto los hombres del Nedjran. podría liberar a Abd-al-Muttalib del tormento en que se debate. Ese tormento consiste en el hecho de que el rico árabe es abtar, un hombre sin descendencia. Un hombre
sin hijos. Para un árabe, ser abtar es más doloroso que ser ciego, manco o lisiado.
Y en ello no hay exageración. Es natural que los beduinos sientan así. Los nómadas son hombres que viven entre dos desiertos infinitos: la arena infinita bajo sus pies. y el infinito azul sobre sus cabezas. El ser humano es demasiado frágil para sobrevivir entre esas ardientes mandíbulas. La existencia del individuo aislado es imposible en el desierto. Como es imposible en la naturaleza la existencia del átomo independiente. En el universo, el átomo no existe. de manera natural. más que unido a otros átomos. Nunca solo. Siempre en molécu1as. De la misma manera, los nómadas no pueden sobrevivir en el desierto más que unidos, en familias, en clanes, que actúan y se comportan cada uno como un organismo individual. El único capital que posee un clan, es el número de sus hombres. El primer deber que impone el instinto de conservación - no sólo de la especie, sino también del individuo- es la procreación. La segunda ley es la asabis, la solidaridad de la sangre. que une entre sí a los miembros de un clan. como si fueran un mismo cuerpo. Tales son las dos primeras leyes de hierro de la vida nómada en el desierto. Quien no las respeta. muere. Él y su clan.

Abd-al-Muttalib. aunque hombre rico. apuesto y respetado, es más desdichado que el último de sus esclavos. Es obtar . No tiene hijos. Y sin embargo, lo ha intentado por todos los medios.
En el Yemen, donde le han dicho que hay elixires para su caso, no ha encontrado más que tinte para el cabello. Y sigue siendo abtar.
Ahora cuando oye hablar de la existencia de un Dios por el que se han dejado quemar vivos, como antorchas, veinte mil hombres. Muttalib se siente dominado por el respeto, por una admiración infinita hacia ese Dios. Es un Dios fuerte, poderoso e invencible. Abd-al-Muttalib se dirige entonces a la Kaaba.
Ese inmenso dado de piedra negra es el primer santuario elevado por el hombre sobre la tierra en honor de su creador. La Kaaba fue construida por Adán, reconstruida por Abraham y por Ismael, hijo de Abraham y padre de todos los árabes. En torno al santuario hay ídolos de todas clases. Sólo en la Kaaba hay cientos. El árabe tolera a todo dios, venga de donde venga. Pero sin pasión alguna.
«Inútil hablar de culto privado de dioses lares o domésticos. El árabe de la pre-héjira no ha conocido nunca más que el culto público. cuyas raras manifestaciones bastan para agotar su breve devoción».
Pero esta vez, Abd-al-Muttalib ora con fervor al Dios Omnipotente por el que veinte mil hombres se han dejado quemar vivos. A ese Dios poderoso y amado, aunque no lo conoce.
Abd-al-Muttalib se dirige en demanda de hijos, y promete, en señal de reconocimiento. sacrificar uno - el último- como un cordero, si Dios le da diez hijos varones.
Hecha esa promesa, Abd-al-Muttalib sale del santuario de la Kaaba y espera. Sin demasiada esperanza. Dios es demasiado grande y el hombre demasiado pequeño. Apenas puede haber relación entre ellos. Los separa una desproporción. Como dice Job: «Dios no es un hombre como yo para que le responda, para que nos pongamos juntos en justicia. No hay entre ambos un árbitro que ponga su mano sobre nosotros dos».
Abd-al-Muttalib se ha dirigido a ese Dios, del que nada sabe salvo que es muy grande y adorado, como uno se dirige, tras haber agotado todas las vías humanas de juicio, al soberano supremo, al emperador. Pero sin gran esperanza de que el emperador lea alguna vez esa súplica. Cuando todas las esperanzas se desvanecen, no le queda al hombre más que intentar cosas inútiles.

II

TRANSACCIÓN CON UN DIOS DESCONOCIDO

Lo imposible se ha realizado, precisamente cuando se había perdido toda esperanza. Tras la plegaria enderezada a un Dios desconocido. en el atrio del santuario de la Kaaba, y después del trato propuesto - es decir: si Dios concede diez hijos varones a Abd-al.Muttalib, éste se compromete a degollar al último - Abd.al-Muttalib ha sido padre. Poco después de la transacción con el Señor, le llega un hijo. Después, el segundo.

Y el tercero. He aquí a Abd-al-Muttalib en el colmo de la dicha. Todo prospera en su casa con el nacimiento de sus hijos.

Abd-al-Muttalib es un personaje muy importante en La Meca. Y La Meca es una ciudad con la que no puede compararse ninguna otra del mundo. Aún cuando existan en la tierra ciudades más grandes, más bellas, o más ricas. La Meca es munawara, es decir, «la brillante».

La Meca es um-el-Kora, que significa “madre de las ciudades”.

La Meca es el-macherek, o sea, «la noble». En La Meca está - y esto es lo más importante - el hadchat-el-asud, «la piedra de Dios». la Kaaba, el santuario.

Abd-al-Muttalib vive cerca del santuario en el barrio denominado batha. Pero nada de interés puede decirse acerca de Abd-al-Muttalib si primero no se habla de sus antepasados. Es un árabe. Y no puede hablarse de un árabe sin referirse ante todo al clan a que pertenece. El árabe no puede existir - como individuo- en el universo; como, en la naturaleza, la rama del árbol no puede existir aislada. Pertenece a una familia y a un clan, de la misma forma que la rama va unida a su árbol.

Por lo tanto, Abd-al-Muttalib no existe solo en La Meca. Existe con sus raíces. Como un árbol. Sus raíces son sus antepasados. Los conoce, según las historias, como conoce su propio cuerpo. Los primeros antepasados de Abd-al-Muttalid son Adán y Eva. En la tradición árabe, la historia de Adán y Eva es la misma que en los relatos de otros pueblos. Por instigación del diablo, comieron el fruto prohibido y en castigo fueron expulsados del Paraíso. Eva fue enviada a Arabia; Adán, a la India. Si hay que creer a las poesías de Adi-ben-Zaid, Adán se ganaba la vida en la tierra regentando una forja.

El diablo, es decir lblis, fue exilado a Djedda, un puerto en el mar Rojo, que se encuentra a una jornada (a lomos de camello) de La Meca.
Adán vino a La Meca y, con una piedra traída del Paraíso, levantó el santuario que aún hoy existe y cerca del cual habita Abd-al-Muttalib. futuro abuelo de Mahoma. El santuario se llama Kaaba. «El nombre de Kaaba viene de la forma del edificio, que semeja un dado; en realidad, es rectangular; tiene cerca de diez y doce metros en cada lado y quince de altura».
Al mismo tiempo que la Kaaba, Adán trajo del Paraíso a La Meca, la piedra conocida con el nombre de magam-ibrahim, piedra que hoy se encuentra junto al santuario.
Durante una peregrinación a La Meca, Adán encuentra a Eva - o Hawa, como la llaman los árabes -. Su encuentro ocurrió en una montaña llamada Arafa, en los alrededores de La Meca.
En lengua árabe ta'arafa significa «se han reconocido». Porque el milagro no consiste en el hecho de que Adán y Eva se hayan encontrado, sino en que se hayan reconocido. Su separación había durado más de cien años, y ambos habían envejecido y cambiado en ese tiempo. Porque la vida terrena es dura. Pero, aunque habían cambiado hasta el punto de no poder reconocerse, se amaron de nuevo y tanto como el primer día en que se vieron.
Tuvieron hijos. Los unos fueron buenos y los otros se inclinaron al mal. Tal fue el caso de Cain, que había seguido la profesión de su padre, haciéndose forjador (Caín significa forjador) y que mató a su hermano Abel. El crimen ocurrió cerca de Damasco.
Tras aquel asesinato en la familia, Adán se dio cuenta de que la humanidad iba por mal camino, que los pecados de los hombres serían cada vez mayores y que Dios se vería obligado a castigar a los hombres anegándolos en un diluvio. Adán comprendió que el Diluvio era inevitable. Construyó, cerca de La Meca - en el monte Hira- en el mismo lugar en que Mahoma recibiría sus revelaciones - un abrigo en el que pensaba poner a salvo la piedra del santuario, la Kaaba, el día en que se desencadenaran las aguas del Diluvio qué lo devoraría todo. El Diluvio llegó (como Adán había previsto) el día en que los pecados de los hombres superaron todos los limites y no pudieron ser tolerados por más tiempo.
La tradición popular árabe considera la lluvia como “un escupir de ángeles”. La lluvia, allí, es rara en extremo. En aquel inmenso paralelógramo de tres millones de kilómetros cuadrados, la única lluvia que cae - fuera de algunas regiones costeras -, procede del Mediterráneo, por el pasillo aéreo que pasa por encima de Palestina. Los árabes, pueblo muy imaginativo, sin embargo no pueden representarse el Diluvio como una verdadera lluvia, un simple «escupir de ángeles». En consecuencia, el agua del Diluvio no ha caído del cielo. En el desierto, eso parece imposible. El agua del diluvio ha inundado el desierto de arenas, al mismo tiempo que el resto del planeta, surgiendo de los abismos de las entrañas de la tierra, por un agujero abierto en la corteza terrestre. Como por una boca de incendios, o como por una tubería que haya reventado. Ese

agujero en la corteza terrestre, por el que surge el agua que ha provocado el Diluvio, se llama en el Corán, tufan o tannur, y se encuentra en Kufa, en el lugar en que hoy se alza la mezquita.
La tradición árabe menciona detalles que han sido omitidos por la tradición correspondiente, en las demás civilizaciones. Noé había embarcado en su arca cuanto le fuera ordenado. El arca comenzó a navegar sobre las terribles aguas del Diluvio. Antes
de dirigirse a alta mar, y por consejo del ángel Gabriel, que había acudido a colocar la piedra del santuario de La Meca en el abrigo construido por Adán en el monte Mira, Noé dio siete vueltas con su arca - siete *circumambulationes* - en torno al santuario. Esos trayectos descritos por Noé con su arca en torno a la Kaaba, se llaman tawaf; y todavía hoy, todo fiel que va a La Meca, da esas mismas siete vueltas. La tradición precisa, además, que la esposa de Noé y uno de sus hijos, eran grandes pecadores, pecadores endurecidos. No se les admitió en el arca. Noé rogó al Señor que al menos le permitiera admitir a su mujer ya aquel hijo extraviado, pero el Señor se mostró inflexible. La esposa de Noé y su hijo perecieron en las aguas. Las oraciones de otro de nada sirven cuando uno mismo está en pecado.
Calmado el diluvio, el Arca de Noé se detuvo en Arabia, sobre el monte Djiudi.
Entré otros lugares históricos, se menciona la tumba de Adán, que se halla en La Meca y que, de acuerdo con algunas tradiciones, señala el centro del mundo. Eva está enterrada en Djedda, a orillas del mar Rojo El sepulcro de Noé se encuentra en Krak-Nuh, cerca de Baalbek.
Con estos acontecimientos universales concluye la historia de los primeros antepasados de Abd-al-Muttalib. La segunda cadena de antepasados comienza con Abraham. El patriarca era abtar. No tenía hijos. Hallábase en la misma situación desesperada que Abd-al-Muttalib antes de su pacto con el Señor. Dice la Biblia que, Sarah, mujer de Abraham, no le había dado hijos. Y ella -Sara- tenía una sierva egipcia llamada Agar. Sara dijo a su esposo Abraham: He aquí que Dios me ha hecho estéril. Ruégote que yazcas con mi sierva; tal vez tengas de ella hijos.
Agar, la sierva, dio a luz un hijo. Como el ángel se lo había anunciado.
He aquí que estás encinta y darás a luz un hijo y le darás el nombre de lsmael. Será como un onagro y las manos de todos se alzarán contra él y habitará en contradicción con todos sus hermanos.
Tras el nacimiento de Ismael, Agar la sierva, fue expulsada de la casa de Abraham, porque Sarah, la esposa legitima del patriarca, había quedado también embarazada; por lo tanto, ya no tenía necesidad del niño que su marido había engendrado en la sierva; Agar e Ismael fueron abandonados en el desierto. Pasaron varios días y madre e hijo quedaron sin una gota de agua. Ismael moría en los brazos de su madre. Desesperada,
Agar depositó al niño en la arena y comenzó a implorar al cielo con las manos levantadas sobre su cabeza y corriendo en todos los

sentidos. Como corren las gentes desesperadas. Ese zig-zag de la desesperación y la súplica de agua se sitúa entre las colinas Safa y Marwa, no lejos de La Meca. Agar corrió gritando e implorando, e hizo el trayecto entre ambas colinas, tres veces en una dirección y cuatro en la opuesta. Ese trayecto es recorrido aún hoy por los fieles, tal y como Agar lo hizo la primera vez, buscando el agua y orando, entre Marwa y Safa. Ese rito se llama sa'y.
El ángel Gabriel descendió del cielo, por orden del Señor, para salvar a Ismael de la muerte. Cavó un hoyo en tierra, de donde brotó el agua. El agua de la fuente que mana en la arena, hace como todas las fuentes del mundo: «zam-zam». Era el gorgoteo de la vena de agua. La onomatopeya de la fuente ha sido conservada hasta nuestros días. El manantial se halla muy cerca del santuario; y los peregrinos que acuden a La Meca;
beben el agua de la fuente Zam-Zam, creada por el ángel Gabriel para Ismael y Agar. Gracias a esa agua pudo vivir Ismael.
Llegó con su madre a La Meca. En este lugar vivía entonces la tribu de los jurhumitas. Llegado a su mayoría de edad, casó Ismael con una joven jurhumita. Sus descendientes son todos los árabes que hoy viven en el mundo.
Una de las numerosas tribus descendientes de Ismael se llamaba de los Coraich, que significa «los pequeños tiburones».
El clan coraichita, mandado por su jefe Kosay, conquistó La Meca. Los hombres coraichitas se unieron en matrimonio a las jóvenes jurhumitas. En aquella época, los habitantes de La Meca vivían en tiendas de campaña. Kosay ordenó construir casas.
Se casó con la hija del jefe Juza'ah, de la tribu que guardaba el santuario de la Kaaba. Emprendió después una serie de reformas edilicias; construyó fuentes e introdujo un impuesto llamado rifadah; edificó el Dar-an-Nadw, o casa de reunión. Uno de los hijos de este fundador de La Meca moderna se llamaba Abd-Manaf. Era un célebre mercader, que enviaba caravanas a Persia y a Bizancio. Un hijo de Abd-Manaf se llamaba Hachim.
Era, como sus mayores, un rico negociante que poseía inmensas caravanas que atravesaban el desierto de un extremo al otro. . .
Hachim murió durante un viaje a Gaza, donde está enterrado.
Hachim se había casado con una bellísima mujer de Yatrib o Medina. Todavía existe su palacio. Está construido con una piedra blanca como la plata. El hijo de Hachim, el comerciante muerto en Gaza, y de la bella medinense, es precisamente Abd-al-Muttalib. El mismo que acaba de hacer un pacto con el Dios desconocido pidiéndole diez hijos y prometiéndole la vida de uno de ellos, al que degollará como a un cordero, en testimonio de gratitud.
Abd-al-Muttalib tiene motivos sobrados para sentirse orgulloso de su estirpe. Más tarde, el nieto de Abd-al-Muttalib, el futuro profeta del Islam, Mahoma, exclamara también con orgullo: «Alah me ha colocado en la mejor de las dos mitades de la tierra, y en la mejor porción de esa mitad, entre los mejores hombres de esa porción, árabes, coraichitas, Hachim, Abd-al-Muttalib».

Y no es un orgullo desmesurado. Todos los árabes están orgullosos de sus antepasados. Sus poemas más bellos son los fajr- o apología de los antepasados -. Los nómadas no poseen un solo punto fijo en la superficie de la tierra. Por eso, los mayores son para ellos algo tan vital como la raíz para el árbol.
El desierto no permite que el hombre se establezca en un lugar. Y puesto que no pueden arraigar en la tierra, los nómadas fijan sus raíces en el pasado, en su árbol genealógico. Los nómadas hacen como las orquídeas de la selva tropical que, ya que no pueden llegar a la tierra con sus propias raíces, las fijan en el espacio, por encima de ella.
Pero Abd-al-Muttalib no está sólo orgulloso de su pasado.
También tiene un glorioso presente. El clan de los coraichitas, los señores de La Meca, está compuesto por diez familias: Hachim, Umaiyah, Naufal, Abd-Dar, Taim, Majzum, Adj, Jumah y Sahm.
Abd-al-Muttalib es el jefe de la tribu Hachim. Eso es importante. Porque un clan o un sub-clan es independiente, libre, soberano y autocéfalo, como un Estado. Nadie se entromete en los asuntos internos del clan, en sus leyes, en su modo de aplicarlas; salvo - eventualmente - Dios.
Las diez familias de La Meca son diez Estados que viven uno junto al otro. No tienen ni política, ni justicia comunes. Mantienen relaciones de buena vecindad. A la manera de los clanes que se encuentran en medio del desierto, que plantan sus tiendas los unos cerca de los otros, decididos a vivir en buena armonía.
Aparte el título de «jefe de la tribu Hachim», que equivale al de monarca, Abd-al-Muttalib ejerce en La Meca la función de sigaya o «aquel que da de beber a los peregrinos». La fuente Zam-Zam, creada por el ángel Gabriel en el recinto del santuario de la Kaaba para salvar de la muerte a Ismael, padre de todos los árabes, es creada por segunda vez por Abd-al-Muttalib. Porque el pozo de la fuente del santuario se ha perdido con el tiempo. La tribu de los jurhumitas, vencida en una batalla, fue expulsada de La Meca. Antes de partir, los jefes jurhumitas arrojaron su tesoro al pozo Zam-Zam y lo cegaron.
Los vencedores no han podido dar con la fuente. Se ocultaba en una porción de terreno que Abd-al-Muttalib hereda de Al-Muttalib, hermano de Hachim.
Una noche, un ángel se presenta en sueños a Abd-al-Muttalib y le indica el sitio en que se halla la fuente Zam-Zam. Al día siguiente, cava en el sitio señalado y descubre el manantial.
Ante él estaba el tesoro. Entre otras cosas, había algunos sables de valor. Pero los objetos más preciosos eran dos gacelas de oro con ojos de rubíes. Esas gacelas habían sido ofrecidas a la ciudad de La Meca por el fundador de la dinastía de los Sasánidas. Son de madera recubierta con una maciza capa de oro.
Sus cuerpos están adornados con piedras preciosas, sobre todo el cuello y las orejas. El tesoro estaba oculto en un saco de cuero. Los ciudadanos de La Meca pretendieron que el tesoro, aunque descubierto por Abd-al-Muttalib y situado en sus tierras, pertenecía a

la ciudad. Para resolver el conflicto, acuden a un árbitro que dio la razón a Abd-al-Muttalib. Éste, como varón piadoso, colocó las dos gacelas de oro a las puertas del santuario de la Kaaba, a las que aún sirven de ornato.
Muttalib es un hombre favorecido por la suerte. Sobre todo, ahora que el Señor le ha ofrecido diez hijos.
El día que nace Abdallah - el décimo hijo - que será el padre del profeta Mahoma, Abd-al-Muttalib pierde su .tranquilidad. Con el décimo de sus hijos llega el término del plazo. El rico árabe debe cumplir su palabra. Exactamente igual que ha cumplido la suya ese Dios desconocido que ha dado a Muttalib los diez hijos. Muttalib tiene que degollar al décimo, Abdallah, de acuerdo con lo prometido. Abd-al-Muttalib se encuentra ante una alternativa. A veces, desde el nacimiento de Abdallah- su décimo hijo - Abd-al-Muttalib se pregunta si no es más fácil a un hombre no tener hijo alguno que tener diez y verse obligado a apuñalar a uno de ellos con su propia mano.

III

EL SACRIFICIO DE ABD-AL-MUTTALIB.

Abd-al-Muttalib cumplirá el sacrificio. Pertenece a una sociedad cuyos ideales morales son: paciencia en la adversidas, tenacidad en la venganza, desconfianza para con los fuertes y protección para quienes se hallan atribulados. Tal es el credo del beduino nómada en el desierto. Ese credo se llama muruwah, que es sinónimo de la palabra «virilidad».
El Dios con quien Abd-al-Muttalib ha concluido un tratado es un Señor poderoso. La desconfianza para con Él es natural.
Es tanto más temible cuanto es un desconocido. Abd-al-Muttalib nada sabe de ese Dios, excepto que es poderoso, pero que no le falta generosidad, puesto que ha acogido la súplica de un mortal.
En el desierto hay un principio general que dice que no conviene contrariar a Dios. Porque Dios es el propietario de toda la vida. El hombre no di!¡pone más que del usufructo de la vida, en ciertos limites, en determinadas condiciones. Así lo dijo el
poeta Tarafa: «Los vivientes son como las cabras atadas a una cuerda que les permite brincar pero cuyo extremo está cogido por el dueño.»
Al hombre no se le consulta cuando se le ofrece la vida. De haber sido consultados, la mayoría de los hombres se hubieran negado a existir. El adjal o término de la vida, la hora de la muerte, está también en las manos de Dios. La felicidad o la desdicha durante la vida terrena, no dependen de la sagacidad ni de la razón del hombre. Nuestro sexo nos viene ya impuesto: no la escogemos nosotros. EI rizo o los medios de subsistencia
en el desierto, son cuestión de puro azar. El agua y el alimento dependen de la sequía o de la humedad: es decir, de Dios. La

aventura de Job que lo pierde todo y al día siguiente recibe el doble, es una aventura diaria en el desierto.
Las intenciones y decisiones de Dios referentes a nuestra existencia, la existencia de cada uno de nosotros, son secretas. Pero los árabes se esfuerzan por descubrir esos secretos. Generalmente se buscan las informaciones acerca de la divinidad en la Casa
de Dios. en la Kaaba. Está próxima a la casa de Abd-al-Muttalib. Éste contempla el inmenso dado de piedra, la Kaaba.
Cuando Abraham reconstruyó el santuario de La Meca, la piedra era blanca. Los hombres acudieron desde entonces en peregrinación, hicieron el tawaf , es decir, la vuelta ritual, y besaron la piedra. A cada beso, la piedra de La Meca, que era blanca
como la espuma de la leche, fue ennegreciéndose. Ahora, por los pecados de la Humanidad, se ha vuelto negra como el humo. El día del juicio final. la Kaaba será blanca de nuevo; como era cuando Adán la trajo del Paraíso. La maqam de Ibrahim o Abraham, la piedra a la que se subió el profeta cuando reconstruyó el santuario, es también negra. Sobre la maqam se ve aún la huella del pie de Abraham.
La contemplación interrogativa del santuario no anticipa nada a Abd-al-Muttalib, ni le ofrece solución alguna al problema que le atormenta y que se refiere al sacrificio de su hijo Abdallah. Por el contrario, al mirar la maqam, que conserva la huella del pie de Abraham, Abd-al-Muttalib siente acrecentarse su sufrimiento. Abdal-al-Muttalib se encuentra, a su vez, en la misma situación que Abraham constructor del santuario y padre de los árabes. Abraham fue abtar- sin hijos - al principio.
Después, cuando los tuvo el Señor ordenó que degollara a uno. Exactamente lo mismo que Abd-al-Muttalib tiene que hacer ahora. Es el mismo drama.
Dios probó a Abraham y le dijo: Toma a tu hijo, al que tanto amas, y vete al desierto de Moriah, - que significa «el desierto en que el hombre puede encontrar a Dios cara a cara» - y allí ofrece a tu hijo en holocausto sobre la montaña que te indicaré. El sacrificio es más duro para Abd-al-Muttalib que para Abraham. El Dios a quien Abraham sacrificaba a su hijo era su propio Dios, en tanto que aquél a quién debería ser inmolado Abdallah era un Dios extraño y desconocido. Abd-al-Muttalib pregunta al sacerdote que cuida el templo de Hubal en la Kaaba en qué lugar es preferible llevar a cabo semejante sacrificio. El sacerdote le contesta que el sitio ideal para degollara su hijo se halla entre las colinas Safa y Marwa.
Hubal es un ídolo gigantesco. La tribu Kuza'ah, que ha vencido a los jurhumitas y detenta el poder en La Meca, tenía un jefe llamado Rabí'ah. Este jefe, gran amante de los ídolos, llevó a Hubal a La Meca desde Palestina, el país de los amalecitas de Mab. No lejos de Hubal se yerguen los ídolos Isaf y Naila, dos jóvenes jurhumitas que fueron sorprendidos por Dios cuando, desnudos, copulaban de noche cerca del santuario. En castigo, fueron convertidos en estatuas de piedra. Los tres ídolos principales de la región son los tres Garaniq:

AI-Lat, Al-Ozza y Manat. La región de La Meca está llena de dioses e ídolos.
Sólo en la Kaaba hay más de trescientos sesenta. La cifra de trescientos sesenta ha sido dada por los árabes- por mera preocupación de simetría - para que sea cual al número de días que hay en el año. Pero en realidad hay más ídolos, innumerables religiones tienen un santuario - aunque sea de los más modestos - en la Kaaba. Hasta lo hay para los cristianos, que allí encuentran un rincón para sus devociones, puesto que existe un icono de la Virgen María, que lleva a Jesús en brazos.
Los ciudadanos de La Meca son muy tolerantes en materia de fe. La Meca es una gran ciudad en la que no germina ni una brizna de hierba. En torno a la ciudad, el desierto. Situada en la ruta de las grandes caravanas, vive únicamente del comercio.
Como buenos comerciantes, los vecinos de La Meca ofrecen al viajero hasta la posibilidad de orar. Han reunido ídolos e iconos, como en un museo. para que cada extranjero encuentre el suyo y La Meca sea tenida como ciudad santa por todos los hombres.
Aparte de los motivos comerciales, se trata también del miedo. Los hombres del desierto temen a Dios. A todos los espíritus. A todas las fuerzas sobrenaturales, y las respetan
porque quieren conservarlas benévolas o, al menos neutrales.
Las respetan a todas. Para no descontentar a ninguna.
La existencia del nómada es hasta tal punto dura y solitaria, y subordinada al destino, que busca sin cesar una protección en el desierto azul e infinito que se extiende sobre su cabeza, a fin de poder enfrentarse con ese otro desierto que se extiende bajo sus pies. Para ablandar al destino y hacérselo favorable, el hombre busca una protección o un interlocutor entre todos los espíritus y todos los ídolos. Tal como hace Abd-al-Muttalib en este momento. Quiere saber cómo reaccionará Dios en el caso de que él, Abd-al-Muttalib no mantenga su compromiso y no sacrifique a su hijo como prometiera.
Para sondear y conocer el destino o abdar- y también la voluntad de Dios - hay especialistas.
Existe el kahin, el adivino en general. El sahir, o brujo. El azlam o qidah, que predice el futuro con ayuda de las flechas.
Existe el tatrg, revelación del destino con ayuda de piedrecillas. El giyfa, o adivinación del porvenir según las huellas de pasos dejadas en la arena por hombres o por animales. El maisir, o adivinación según las ondulaciones de la arena. También existe el talib, o curandero; y hasta el cha'ir, el poeta, que pasa por ser hombre conocedor de los caprichos de la suerte.
Para cada pregunta hay un especialista apto para dar con la respuesta. En el caso de Abd-al-Muttalib ninguno de aquellos adivinos está calificado. Muttalib quiere saber si Dios se indignará y tomará medidas contra él si se negara a degollar a su hijo Abdallah o si tardara en hacerlo.
Abd-al-Muttalib es hombre de palabra. Paga siempre sus deudas. Pero podría ser que Dios, tan poderoso y tan rico, no exigiera que se le pagara el precio prometido en el momento de la transacción. Hay

acreedores que os perdonan las deudas si les parecen demasiado insignificantes. Que perciban o no su dinero, no cuenta mucho para ellos. Tal vez Dios esté dispuesto a borrar de su registro la deuda de Abd-al-Muttalib. Pero Muttalib no quiere provocar la cólera divina. Ante todo debe informarse.
Para conocer las intenciones de Dios, hay una categoría de adivinos especialistas, llamados arraf, que quiere decir «el que sabe». Se ocupan exclusivamente de problemas referentes al cielo, a los ángeles ya las divinidades.
Los árabes saben que todos los hombres, durante su vida, van acompañados por un espíritu, un djinn, que pertenece exclusivamente a cada uno y al que llaman karin. Algunos karin poseen el don de la poesía. y el hombre cuyo karin es poeta, lo es también él. Sus poemas le son dictados por su djinn personal. Otros djinn están especializados en observar la bóveda celeste. Los hombres que poseen un djinn así, saben lo que ocurre en el cielo; tales son los arraf .
En el universo árabe como en el del Dante, hay siete cielos. Hasta el Corán reconoce esa arquitectura celeste: «Ha creado los siete,cielos y ha suspendido en el firmamento la luna para reflejar la luz y el sol para producirla.» En el cielo más alto - el séptimo - habita Dios. En el más bajo - el cielo de la luna y las estrellas - habitan los ángeles. A éstos los llama el Señor para darles órdenes. Antes de ejecutar esas órdenes - o después los ángeles las discuten entre sí. Como suele ocurrir en todos los cuerpos de guardia. Se comenta el «servicio».
En el exterior, los djinn que espían y observan. con el oído bien pegado a la cúpula azul del cielo, logran enterarse por palabras sueltas, o por frases pronunciadas en el interior por los ángeles, de los planes de Dios.
Hay djinn que pasan días y noches con la oreja arrimada a la ventana del cielo. A veces, su paciencia se ve recompensada.
Y sorprenden algún importante designio que interesa a todo el universo.
Entonces, corren presurosos y comunican el secreto a sus arraf .
Los ángeles saben que se les espía. Y de vez en cuando salen del cielo y arrojan piedras a los djinn, para echarles de los alrededores de la cúpula. Las piedras que los ángeles tiran a los djinn caen en tierra en forma de estrellas fugaces. Los beduinos buscan esos astros caídos; y con el hierro que de ellos extraen, forjan sus espadas. Son éstas las mejores del mundo. «Es tan agradable acariciar su hoja como el brazo de una joven. . .
Poseen una voz que puede ser el susurro de un manantial o el silbido de una serpiente». Aunque expulsados a pedradas, los djinn vuelven constantemente a su puesto de escucha y pegan la oreja al Cielo. El espionaje es un ejercicio apasionante, un vicio.
El sacerdote adivino de la Kaaba tras haber indicado Abd-al-Muttalib el lugar más conveniente para sacrificar a su hijo, le aconseja que acuda a Yatrib, para consultar a un arraf .

Éste enviará a sus djinn a espiar la bóveda celeste y le harán conocer si Dios se indignará o no, en el caso de que Muttalib omita el inmolar a su hijo.
Abda-al-Muttalib parte inmediatamente para Yatrib. Es una ciudad situada al norte de la Meca. En nuestros días se llama Medina. Hay más de 400 kilómetros de distancia. A lomos de un camello, el viaje dura once días. Es un largo viaje. Pero la ventaja de saber si el Señor libra a Abd-al-Muttalib de la obligación de matar a su hijo, bien vale semejante esfuerzo.
Muttalib se dirige a Yatrib con el corazón lleno de esperanzas.
Un padre hace cualquier cosa por salvar la vida de sus hijos.
En el desierto, los hijos garantizan la existencia terrena, del individuo y del clan.

IV

EL PRECIO DE LA SANGRE

Dentro de unas horas, Abd-al-Muttalib sabrá si debe o no debe degollar a su hijo sobre la piedra del sacrificio. Está decidido a seguir el consejo que le dé el arraf .
Emocionante ha sido para el viajero la entrada en Yatrib o Medina -, ¿no se trata de la ciudad de su madre, que se llamaba Salma? La atmósfera de Yatrib no es seca y sofocante como la de La Meca. La ciudad se extiende en un oasis, bordeado al Norte y al Sur por montañas. La tierra es fértil, el agua abundante. Cuéntanse en Yatrib setenta y dos atam o castillos.
Cuando hay algún peligro, hombres y rebaños se refugian en esos castillos y allí se fortifican: La Meca no posee ni castillos, ni murallas.
Uno de esos castillos, situado en el jauf - el valle - se llama Dihyan. Abd-al-Muttalib lo mira con ternura, porque el edificio perteneció a su madre. En derredor no hay más que parientes de Abd-al-Muttalib. Todos los miembros del clan banu-najjar están allí. Hasta cuando se hacen sedentarios- o ahl-al-madar, habitantes de casas -los beduinos conservan las mismas costumbres y las mismas leyes que los ahl-al-vabar , o habitantes de tiendas. Eso es perceptible a primera vista. Los nómadas plantan la tienda del jefe en el centro, y las tiendas de los otros miembros del clan se distribuyen geométricamente en derredor.
Las tiendas de las gentes que no pertenecen al clan, quedan aparte. Las casas, aunque se trate de castillos fuertes, están construidas según el mismo plan y en el mismo orden que las tiendas en el desierto. De manera que Yatrib presenta menos el aspecto de una ciudad que el de un conjunto de caseríos geométricos.
Cada clan vive en su propio espacio. Los hombres tienen los mismos derechos y deberes que si habitaran en el desierto. Nadie se

entromete en los asuntos del clan vecino; y entre los clanes, las únicas cosas comunes son el aire que todos respiran y el cielo encima de sus cabezas.
Abd-al.Muttalib consulta al arrat. Éste envía a los djinn a espiar, la cúpula celeste y enterarse así de las intenciones de Dios en el asunto de Abd-al-Muttalib. Aquella noche son muchas las estrellas fugaces en el cielo de Medina. Son, sin duda, las piedras que los ángeles tiran a los djinn que espían el cielo por cuenta de Muttalib.
Siguiendo la trayectoria de las estrellas fugaces los ojos de Muttalib se encuentran con la Vía Láctea.
La tradición popular explica así la Vía Láctea: un día, cierto árabe muy pobre, recibió la visita de un viajero. Nada había que comer en la casa del árabe. No podía ofrecer nada a su huésped.
Eso es algo inconcebible para un beduino; a sus ojos, resulta un crimen el dejar hambriento a un huésped. Con el corazón angustiado, el árabe decidió apuñalar a su único hijo para preparar una cena en honor del extranjero.
Desde lo alto del cielo, Dios, que veía el drama que se estaba preparando, ordenó al ángel Gabriel que cogiera un cordero blanco y lo llevara rápidamente al árabe para que lo degollara en lugar de su hijo.
Gabriel ejecutó la orden. Mientras el ángel bogaba sobre el desierto, con 'el cordero en sus brazos, vio al árabe que estaba ya ante su propia tienda, con el cuchillo alzado sobre su hijo, dispuesto a degollarlo. Para no llegar demasiado tarde, Gabriel redobló su rapidez. En un segundo se presentó al árabe, retiró al niño y colocó al cordero bajo el cuchillo. Pero, con la rapidez con que volara el ángel, el cordero perdió su lana, que fue
desprendiéndosele en la veloz carrera por los aires. Esa lana ha - quedado suspendida en el cielo. Es la Vía Láctea. El Señor no ha querido borrarla. La ha dejado en el firmamento, como testimonio.
Contemplando la Vía Láctea, Muttalib recobra el ánimo.
La Vía Láctea es una prueba de que Dios salva a los niños destinados al sacrificio. Tal vez Dios salve también al pequeño Abdallah, como había salvado al hijo del árabe desprovisto de todo.
Entre tanto, los djinn vuelven del cielo con informaciones precisas. El Señor acepta que Abd-al-Muttalib no degüelle a su hijo, pero debe pagar la diya, el precio de la sangre.
Una vez más, Dios se muestra generoso con Abd-al-Muttalib.
En vez de una vida humana, Dios acepta unos camellos. Porque en Arabia, el precio de la sangre se paga en camellos.
A los comienzos de la humanidad, la sangre se pagaba exclusivamente con sangre. De acuerdo con la ley del talión. Esta ley ha estado y está en vigor en todas las sociedades fundadas en el parentesco de sangre. Si, en un grupo se ha matado a un hombre, se exige el precio de sangre, es decir, que un hombre muera en el clan del asesino. Y esto sólo para conservar el equilibrio de fuerzas.
Porque la vida de un hombre es un bien material. Un valor económico y militar. El clan que ha debilitado las fuerzas del vecino

arrebatándole una vida, debe disminuir también en una vida sus propias fuerzas, para mantener el equilibrio material.
Es la más positiva de las leyes humanas. Puesto que ignora completamente el aspecto moral del crimen. El pecado queda desconocido. Nunca se exige la muerte del asesino, sino la de un hombre, sea el que sea. Si es asesinado un niño, el clan de la víctima no reclama la muerte del asesino, sino la de un niño del otro clan. Las vidas humanas no tienen un valor moral, sino sólo material. Por esa razón puede remplazarse una vida por
otra, como se remplaza un objeto por otro. Por un ojo, se pide un ojo del adversario, o de cualquier miembro del clan responsable.
Poco a poco, la ley fue modificada: en vez de una vida humana, se pide una reparación, una suma de dinero o un número determinado de animales. En Arabia, el valor de una vida humana se cuenta en camellos. El número de camellos que representa una vida humana es variable. Unos clanes valoran la vida humana en muchos camellos; otros, en menos. Y no sólo la vida puede ser valorada en camellos, sino también las partes del
cuerpo humano. En la época pre-musulmana, un diente valía en Arabia cinco camellos. Un ojo, un brazo, una pierna, se pagaban en el desierto con cincuenta camellos. El arraf ignora cuántos camellos pedirá Dios a cambio de la vida de Abdallah, hijo de Abd-al-Muttalib. Puesto que se trata de una transacción, se comienza por ofrecer al Señor el menor número posible de camellos. Al principio, el arraf dice al Señor que le ofrece diez camellos por la vida de Abdallah. Diez camellos es el precio de dos dientes. El arraf o adivino echa los dados, para ver si Dios acepta el precio. Respuesta negativa. Dios quiere más. Le ofrece veinte camellos. Echa los dados. Dios quiere más aún.
Van aumentando de diez en diez y la respuesta de Dios sigue siendo negativa. Cuando llegan a cien camellos, los dados dan la respuesta afirmativa. La transacción está hecha.
Abd-al-Muttalib sale de Yatrib, dichoso. De regreso en La Meca, sacrifica camellos. Y en su lugar, obtiene la vida de su décimo hijo, Abdallah, cuyo nombre, en árabe, significa “esclavo del Señor”.
Este Abdallah, por quien se ha pagado a Dios un diya o rescate de cien camellos, en el año 544, es el padre de Mahoma, profeta del Islam. En su discurso de adiós a la vida terrena, el profeta Mahoma fijará también el precio de la vida humana en cien camellos, precio que fue pagado por la vida de su padre.
«Y el asesinato intencionado será castigado según talión y el asesinato semi-intencionado - cuando se ha dado muerte mediante bastón o piedra - costará cien camellos como precio de sangre. Quien exija más será un hombre de la Djahi liyah, que
quiere decir: época de ignorancia».

V

ABDALLAH, EL ESCLAVO DE DIOS Y PADRE DEL PROFETA

Han pasado veintiséis años desde el viaje de Abd-al-Muttalib a Yatrib. Nos hallamos en el 570. El viejo Muttalib tiene ahora más de cien años. Pero sigue en plena actividad. La vida ha tomado otro rumbo después que los veinte mil cristianos de Nedjran fueron quemados vivos y tras el pacto concluido por nuestro hombre con el Dios desconocido, que le ha dado diez hijos.
Desde esos acontecimientos, Abd-al-Muttalib busca ocasión de un nuevo encuentro con Dios. Esta vez no quiere pedirle nada. Quiere encontrarse de nuevo: eso es todo.
Para facilitar esa segunda entrevista, lleva a cabo actos de justicia y generosidad. Sabe que eso gusta al Creador. En poco tiempo agota su saber. La búsqueda de Dios puede llevar a la pérdida de todos los bienes terrenos, igual que la búsqueda de minas de oro.
Un día, un pobre ciudadano de La Meca es metido en prisión por la tribu de los judhamitas del norte. Muttalib abre su bolsa y paga inmediatamente el rescate del prisionero. Sin otro motivo que contentar a Dios. Otro día, un judío del sur es asesinado en La Meca. Muttalib no vacila en marchar a Abisinia, donde solicita la intervención del Negus. Al fin, se hace justicia. Como hay quienes se arruinan en los juegos de azar,
Muttalib dilapida su fortuna cumpliendo actos que agradan a Dios.
Hay en La Meca otros árabes que buscan al verdadero Dios; al Creador de cielo y tierra. Cada uno lo busca según el dictamen de su cabeza y de su corazón. Estos buscadores empíricos de Dios se llaman hanif. Su religión es una mezcla de monoteísmo sirio-árabe, y algunos pretenden que Abraham fue también un hanif. Entre los hanif contemporáneos de Abd-al-Muttalib, aunque más jóvenes que él, cítase a Waraka-ibn-Naufal, Ubaidallah-ibn-Jahsh, Uthmann-ibn-Huwarith y Zeid-ibn-Amr. Las biografías de estos hanif muestran que no se han contentado con lo que hallaron y que han seguido buscando a Dios hasta la muerte, como lo busca Abd-al-Muttalib.
Uno de ellos, Waraka,
se hará cristiano. Otro, Ubaidallah, se casará con la hija de Abn-Sufia, el gran comerciante; se hará musulmán y emigrará a Abisinia, forzado por las persecuciones religiosas; allí abandonará el Islam para convertirse al cristianismo. Uthmann también se hace cristiano y muere en la corte del emperador de Bizancio.
El cuarto hanif; Zeid-ibn-Amr, no se hace ni judío ni cristiano, ni musulmán: seguirá buscando- a Dios hasta la muerte.
Dice, con desesperación: «Señor, grande y todopoderoso: si supiera en qué forma quieres ser adorado, escogería esa forma y cantarla tus alabanzas. Pero ignoro la oración que te gusta». Dichas estas palabras, Zeid cae de rodillas. Desde hace tiempo, ha dejado de adorar a los ídolos, de comer carne de animales sacrificados y ya no participa en las fiestas paganas.
Casi en la misma situación que Zeid se encuentra Abd-al-Muttalib. Ninguna de las religiones conocidas le satisface. Pero no rompe con

el pasado. Nunca renegará de la religión de sus mayores. Sin embargo, en cierta medida, incluso en privado, «ha renunciado al culto de los ídolos y cree en un Dios único».
Una .noche, Abd-al-Muttalib sueña que de su cuerpo se eleva un árbol gigantesco que extiende sus ramas sobre todo el planeta - de un extremo al otro del universo y hasta el cielo - y ese sueño le da esperanzas. Cree que es una señal de lo alto y que va a encontrar a Dios. Pero morirá sin haber obtenido esa entrevista con el Creador.
En la misma época de ese sueño, el último hijo de Abd-al-Muttalib, Abdallah, se ha casado con una hermosa joven, llamada Amina-bint-Wahb, que significa: Amina, hija de wahb, del clan Zuh-rah. Este hijo menor de Muttalib es, innegablemente, el mozo más guapo de La Meca. Será padre de Mahoma, el profeta del Islam. Todas las muchachas de La Meca quisieran tenerle por esposo. La tradición popular cuenta que, cuando las bodas de Abdallah y Amina, doscientas doncellas murieron de pesar, porque estaban enamoradas de Abdallah y él se había casado con otra.
Aparte de su belleza, las jóvenes amaban a Abdallah porque todas hubieran querido llevar en su vientre a Mahoma, el profeta de los árabes. Un profeta, un santo, lleva consigo un efluvio sagrado que los árabes llaman baraka.
«Por el baraka, quien lo lleva consigo, aporta la prosperidad, la dicha y todos los bienes de este mundo. Puede extender estos dones más allá del universo, mediante su intercesión ante Dios.
Ni es necesario que la voluntad del santo actúe para que el baraka sea eficaz: basta su presencia y contacto. De esa manera, el bienhechor efluvio se expande y hasta se transmite por mediación de los servidores del santo. Emana del cuerpo de éste durante toda su vida y persiste después de su muerte».
Un hijo así, dotado de baraka, habrá de nacer de la unión de Abdallah y Amina. Es normal que todas las mujeres hayan querido hallarse en el puesto de Amina, para tener semejante hijo, porque las mujeres, a la manera de los aparatos de radar, presienten los acontecimientos futuros a través de los obstáculos del tiempo.
A1xlallah, hijo de Abd-al-Muttalib, esclavo de Dios y padre del profeta Mahoma, no tendrá, sin embargo, la suerte de ver a su hijo. Morirá unas semanas antes del nacimiento de Mahoma.
Los cronistas son lacónicos: «Habiendo partido para un viaje de negocios ya visitar a sus tíos matemos en Medina, Abdallah cayó enfermo allí y murió».
Abdallah, padre del Profeta, era muy pobre. A su muerte, no dejaba por toda herencia a su esposa y al hijo que iba a nacer, más que cinco camellos y una vieja esclava. Él, que había costado cien camellos, no poseía más que cinco.

VI

LA GUERRA ENTRE LAS GOLONDRINAS Y LOS ELEFANTES

La muerte de Abdallah produce un gran dolor en la familia. Aunque materialmente arruinado, Abda-al-Muttalib se encarga de Amina, la viuda, y de su hijo. Promete ocuparse del niño que va a nacer, Mahoma.
Estamos en el año 570. Durante ese año ocurrirán hechos que no podrán olvidarse jamás.
Dhu-Nuwas, el «señor de los bucles), el autor de la de Nedjran ha muerto. De manera violenta. Como todos los asesinos. Vencido en el combate, detestado por el pueblo, se ha arrojado al mar desde lo alto de una roca.
El emperador de Abisinia, el Negus (o Najachi, como le llaman los árabes), ocupa el país en que reinaba el tirano de los bucles. El Negus nombra para Arabia del Sur un virrey que la gobierne. Envía sacerdotes para que consuelen a los cristianos que sobrevivieron a las matanzas. Edifica iglesias. De modo muy especial, ordena la construcción de un gigantesco sistema de regadíos que permita a los hombres cultivar la tierra y evite que mueran de hambre.
El más célebre de los virreyes de Arabia del Sur fue el coronel abisinio Abraha. Su nombre aparece grabado en numerosos canales e iglesias. Fue un gran constructor. Gustábale llevar títulos ostentosos. En cada una de las inscripciones que descubren los arqueólogos leen, al lado del nombre de Abraha:
«Por el poder, la clemencia y la misericordia de Dios omnipotente, de su Mesías y de su Santo Espíritu, esta inscripción ha sido grabada por Abraha, delegado del rey Ge'estita Ramich Zubainian, rey de Saba y de Dhu Raidan y de Hadramaut y Yamat y de los árabes de Tihamar y de Nadjd».
Abraha se había adueñado del poder mediante la violencia, tras haber dado muerte al virrey anterior. El Negus escogió entre dos soluciones: o castigar a Abraha por asesinato y sedición, o confirmarle en las funciones que se había arrogado. El soberano optó por la segunda solución. Abraha era, pues, el virrey.
Tenía la pasión de construir y administrar y era cristiano militante. Con motivo de una visita al Norte, Abraha estuvo en el santuario de la Kaaba y quedó muy sorprendido. La Meca era entonces una ciudad en la que no germinaba ni una brizna de hierba, ni una planta, ni una legumbre. Está situada en un desierto estéril, de clima asfixiante. Pero La Meca, sin embargo, prosperaba. Sacaba su riqueza del comercio; pero el comercio sólo era posible gracias al santuario. Verdad es que La Meca está situada en la ruta de las caravanas que hacen el viaje de Norte a Sur. Pero eso no bastaría. Las caravanas pueden circular y detenerse en La Meca porque hay cuatro meses de Tregua de Dios, durante los cuales cesa toda guerra y son abolidas la agresión y la violencia. Los mercaderes pueden llegar a La Meca con absoluta tranquilidad. Además, el territorio de la ciudad y toda la región circundante son declarados Iwram, es decir, sagrados. Al poner la religión al servicio

del comercio, La Meca se ha convertido en la más próspera de las ciudades árabes.
Abraha decide construir en Sanaa - capital de la Arabia del Sur- un santuario cristiano que rivalice con el de La Moca. Y dice: «Señor: yo os edificaré una casa más bella que el santuario de los paganos en La Meca».
La construcción de la catedral de Sanaa comienza enseguida.
La mayoría de los arquitectos y maestros albañiles procede de Bizancio. Entre ellos se hallaba un sacerdote italiano de Alejandría, llamado Gregentius. La catedral surge en mármol blanco, verde, rojo y negro. Las puertas de aquel templo - qalis, que en
árabe significa iglesia - eran de oro macizo incrustado de perlas y piedras preciosas. Los muros de la famosa qalis, que debía maravillar a los árabes, estaban revestidos en su interior por una pintura al temple. a la que se había mezclado almizcle, para perfumarla. Sobre el altar ardían las más costosas esencias, incienso y perfumes.
Abraha estaba convencido de que, ante tanto esplendor, los beduinos del desierto abandonarían el paganismo y se harían cristianos. Automáticamente, dejarían las peregrinaciones a La Meca y acudirían a orar a Sanaa.
Los ciudadanos de La Meca comprendieron muy pronto el peligro que les amenazaba. No podían transformar el santuario de la Kaaba. Abraha tenía muchas más posibilidades en materia de arquitectura. Todos los ornatos y todos los materiales del legendario palacio de la Reina de Saba habían sido empleados en la construcción de la catedral de Sanaa. Siendo imposible la competencia, los árabes de La Meca decidieron incendiar la catedral edificada por Abraha. Constituyeron un grupo de combate y lo enviaron a Sanaa con órdenes de reducir a cenizas la bella qalis, la iglesia. El mando del grupo de incendiarios fue confiado al jefe de la tribu taminita de La Meca. Era uno de los nasi, altos funcionarios que, en La Meca, están encargados de reglamentar el calendario. Por lo tanto, no se trataba de un grupo de asesinos a sueldo. El incendio de la iglesia de Sanaa debía ser obra de personas oficiales. Porque en La Meca, el calendario es más importante que la función de siqaya, «el que quita la sed a los peregrinos», función de Abd-al-Muttalib. La guerra y la paz dependen del alto funcionario «encargado del calendario». Los árabes tienen dos calendarios: uno lunar y otro so1ar. Cada tres años se introduce en el calendario un décimotercer mes, llamado «mes vacío» o safar . Este décimotercer mes, que aparece cada tres años, es un mes profano, intercalado entre
el duodécimo mes del año que expira y el primero del que comienza. Ese mes profano se halla así introducido después de los dos primeros meses de la Tregua de Dios y, por eso mismo, la interrumpe. Por lo tanto, en ese tiempo, puede iniciarse una guerra. Ya no están prohibidos los crímenes y asesinatos. Es un mes profano. Los árabes esperan, para atacar, el día y la hora exacta de esa interrupción. De este modo, la función de nasi equivale a una varita mágica que puede frenar o desencadenar la violencia.

Un nasi es el encargado de incendiar la qalis, la catedral de Sanaa. Ha estudiado el plan con todo detalle. Sábese que el techo está sostenido por dos inmensas vigas de plátano. A ellas debe aplicarse el fuego. Los incendiarios han pasado la noche en la iglesia de Sanaa, pero no logran llevar a cabo su maquinación. La catedral no arde. Hay demasiado mármol. Demasiada piedra. Los conjurados sólo llegan a profanar el santuario. Al amanecer, caen prisioneros. Y confiesan que están enviados por La Meca para incendiar la catedral.
Abraha decide castigar a La Meca. Dirígese al Norte, al frente de numeroso ejército. Sigue la célebre «ruta del incienso». En toda la antigüedad, el incienso que ardía en los templos de Egipto y del Medio Oriente, llegaba a la Arabia del Sur por el camino que ahora recorre Abraha. Los hombres de las caravanas que transportan a lomos de camellos sus fardos de incienso y substancias aromáticas, caían enfermos a causa de los perfumes y perdían el conocimiento. Para reanimarles, se les quemaba muy cerca de la nariz un poco de asfalto, alquitrán y estiércol. Tal fue el único remedio, durante siglos, para curar a quienes padecían la «enfermedad de los perfumes».
El poeta Abdallah-ibn-az-Zibbara afirma que el ejército de Abraha estaba compuesto por 60.000 soldados.
No es la perspectiva de ocupar una ciudad como La Meca, ni de ver al inmenso ejército penetrar en el santuario árabe, lo que produce tanta sensación en el desierto. Lo que parecía extraordinario a los beduinos- y conservarían siempre en su memoria - es el hecho de que el virrey viajara a lomos de un elefante. Y lo primero que hacen los árabes es dar nombre a aquel animal. Lo llaman Mahmud. El camino recorrido por el ejército invasor lleva aún en nuestros días el nombre de Darb-al-fil, o sea «ruta del elefante».
Todos los manantiales y fuentes donde bebe el elefante de Abraha serán llamados «pozo del elefante». Mas todo esto no parece suficiente: el año 570, en que se sitúa el ataque a La Meca, se llamará también «año del elefante». En ese año nacería Mahoma, fundador del Islam. Abraha tiene un guía llamado Naufal, de la tribu Katham. Como recompensa a sus servicios, el guía esclavo será manumitido. Abraha llega pronto a Taif. Es una ciudad rodeada de murallas, cuyo mismo nombre significa «muro», situada a 2.600 metros de altura. De Taif a La Meca hay una distancia de una jornada a lomos de asno y de dos a lomos de camello. Los habitantes de Taif se consideran superiores a los demás árabes, porque comen pan - cosa muy rara en el desierto -; en su comarca se pueden cultivar cereales.
A pesar de las murallas, los habitantes de Taif no se oponen a Abraha. Por el contrario, ven encantados cómo el elefante atraviesa su ciudad. Uno de los oIigarcas, llamado Masud-ibn-Muat-tib, pronuncia un solemne discurso ante Abraha y le desea el triunfo en aquella guerra. Taif ofrece a los abisinios un guía llamado Abu-Righal, y les hace una sola súplica: que no toquen a sus ídolos y, sobre todo, la estatua de AI-Lat. Abraha acepta.
Llegado a las puertas de La Meca, Abraha da las gracias al guía de Taif y le da en recompensa dos ramos de oro. Más tarde, los

habitantes de La Meca profanarán el sepulcro de Righal, que ha llevado a los invasores hasta la ciudad santa; y hallarán en él los dos ramos de oro, precio de la traición. En La Meca, el ejército abisinio no encuentra un solo hombre en la ciudad. Todos han huido. Los coraichitas, dueños de La Meca, han razonado de la siguiente manera: «La Meca es "un valle sin cultivos". La única cosa de valor en la ciudad es su santuario, la Kaaba. Pero es la casa de Dios. Por lo tanto, el mismo Dios la protegerá. Porque el Señor es Todopoderoso; y para defender su casa no necesita de los hombres». Cada ciudadano ha cogido sus rebaños y ha escapado a las colinas cercanas.

Abd-al-Mu,ttalib no huye. El futuro abuelo de Mahoma, ha mantenido siempre excelentes relaciones con los abisinios. No ve motivo alguno para escapar cuando ellos llegan. Los soldados encuentran los rebaños de Abd-al-Muttalib y se adueñan de ellos. Son los únicos rebaños que han encontrado en la ciudad. El abuelo de Mahoma se encoleriza. Preséntase ante Abraha y le reclama sus corderos y camellos, cogidos por la soldadesca.

«Los camellos me pertenecen y te los reclamo; en cuanto a la ciudad, tiene un dueño, que es Dios; Él. se ocupará de su suerte. Abraha restituye los camellos y corderos de Abd-al-Muttalib. Después, se dirige al santuario. Pero en cuanto el elefante de Abraha. penetra en el terreno sagrado, haram, se arrodilla y se niega a seguir.

En ese instante, innumerables golondrinas, ababil, surgen en el cielo, sobre La Meca, en formación de ataque. Exactamente igual a las escuadrillas de bombardeo. Cada golondrina lleva tres guijarros, no muy grandes: dos cogidos con sus patitas; y el tercero, en el pico. En cada uno de los guijarros está inscrito el nombre de un soldado abisinio, de un camello o de un elefante del ejército invasor. Las golondrinas bajan en picado y lanzan contra el enemigo los milagrosos guijarros. Cada guijarro da en el objetivo cuyo nombre lleva inscrito. Las piedrecillas lanzadas por las golondrinas atraviesan los cascos de los guerreros, los cuerpos de los hombres, de los camellos, de los caballos y de los elefantes. Después de dos o. tres ataques de las escuadrillas de golondrinas, todo el ejército está diezmado. Nada queda. Los elefantes caen despedazados. Y al mismo tiempo que el ataque de las golondrinas, levántase desde el desierto una tempestad de arena, empujada por un viento más ardiente que el fuego y que abrasa los cuerpos y las caras de los hombres y animales.

El agua de los manantiales comienza de repente a hervir y cuando brota de la tierra se evapora. Como para coronar aquella serie de cataclismos, al tiempo que el viento de fuego lo consume todo, los terribles gérmenes de una epidemia de peste se abaten sobre los moribundos abisinios. Abraha consigue huir con un grupo de cortesanos. Pero después de la huida, morirá de muerte atroz: todos sus miembros, uno tras otro, irán cayendo a girones y pedazos; los brazos, las piernas, la nariz, las orejas. Músculos y piel se le separan

del esqueleto, como la carne hervida se separa del hueso. Los ciudadanos
de La Meca que han asistido desde las colinas circundantes al combate entre las golondrinas y los elefantes, regresan a su ciudad cuando todo ha concluido.
Abd-al-Muttalib contará a su nieto Mahoma lo que sus ojos vieron. Y he aquí lo que el profeta escribe en el Corán acerca de aquella terrible batalla:
¿Ignoras c6mo Dios trató a los invasores que traían elefantes? ¿No convirtió su perfidia en ruina propia? Dios envió contra ellos a ejércitos de pájaros, que revolotearon sobre sus cabezas. Lanzaron contra los invasores piedras con los nombres de los culpables. grabadas para venganza del cielo. Los pérfidos fueron reducidos, cual las espigas de la mies segada.
Poco después de esos extraordinarios acontecimientos, Amina-bint-Wahb, la viuda de Abadía, dio a luz un niño. Se le llamó Mahoma. Es el fundador y profeta del Islam. Nació en La Meca el año 570; o, más exactamente, «el año de los elefantes».

VII

NACIMIENTO DEL PROFETA MAHOMA

Acerca del nacimiento de Mahoma, el poeta árabe Rassan-ibn- Thabit escribe:
«Yo era niño, Tenía entonces siete u ocho años. Oí a los judíos de Medina que se habían reunido y hablaban a gritos en las calles. Uno de ellos subió a un terrado y llamó a sus correligionarios, exhortándoles a reunirse. Cuando todos los judíos estuvieron juntos en la calle, el que había subido al terrado anunció:
» "Esta noche, la estrella que anuncia el nacimiento de Ahmed ha aparecido en el cielo. ¡Ahmed ha nacido!"».
El nacimiento de Mahoma, según está escrito en el Corán, fue anunciado por todos los profetas anteriores e incluso por Jesucristo. El Corán dice: Yo soy el ap6stol de Dios - repetía Jesús, hijo de María-. Vengo a confirmar la verdad del Pentateuco, que me ha precedido, y a anunciaros la venida del profeta que me seguirá. Ahmed es su nombre.
En el Evangelio según san Juan, Jesús anuncia a sus discípulos que va a morir, pero que les enviará un Paráclito, es decir, un Consolador. Si me amáis, cumpliréis mis mandatos; y Yo rogaré a Dios, mi Padre, y Él os dará otro Paráclito para que esté con vosotros hasta el fin de los siglos... No os dejaré huérfanos.
La palabra griega paracletos se traduce por consolador, defensor, abogado, consejero, asistente. Por lo tanto, Jesús anuncia a sus discípulos que les enviará un paráclito que permanecerá siempre con ellos y con los fieles. Este paráclito, intercesor de los hombres ante Dios, este consolador que va a aparecer después de la crucifixión de Cristo y de su ascensión a los cielos, es el Espíritu Santo. Tal es la

interpretación cristiana. El Espíritu Santo vino sobre los fieles, como lo prometiera Jesucristo, cincuenta días después de la Resurrección. Los musulmanes no han leído paráclito, sino periclitos, palabra que significa exactamente: Ahmed o Mohamed (Mahoma).
Mohamed, o sea, «el más alabado» es el superlativo de la palabra ahmed, «alabado», que en griego se dice periclitos.
Si los judíos de Medina habían leído también «periclitos» en los cinco primeros libros de la Biblia, o Pentateuco, tenían razón sobrada para anunciar el nacimiento de Mahoma o Ahmed.
Aquella noche nacía en La Meca, Mahoma, hijo de Abdallah y de Amina y nieto de Abd-al-Muttalib. El nacimiento de un profeta no es conocido sólo entre los judíos. Amina ha recibido varias advertencias sobre ello. Al principio no sintió el peso del embarazo. Un día, oyó una voz que le anunciaba: «El niño que parirás será el profeta y legislador del pueblo árabe. Guárdate de la animosidad y del odio de los hombres. Sobre todo, de los judíos. Busca refugio en Dios».
Amina cuenta a sus amistades ya sus vecinas lo que ocurre.
Las mujeres de La Meca le aconsejan que lleve fuertes brazaletes de hierro. Así lo hace; pero, a la primera noche, los brazaletes caen hechos pedazos, mientras Amina duerme. En el instante del nacimiento de Mahoma, una luz cegadora inunda el planeta y Amina puede ver las siluetas de los camellos de Bosra, a mil kilómetros de distancia, y las calles comerciales, los suks de Damasco, como si se encontrara allí. Los palmares de Yatrib están iluminados igual que si se encendieran sobre ellos potentes reflectores. El fuego sacro de los templos de Zoroastro, en Persia, se extingue.
Iblis - el demonio - que, a la manera de las mujeres, presiente los acontecimientos extraordinarios, sea cual fuere el lugar en que se produzcan, comienza a husmear la tierra. Los ángeles salen del cielo y empiezan a tirar piedras a los djinn, que espían a través de la cúpula azul del firmamento para saber lo que va a ocurrir en el universo. Las piedras arrojadas por los ángeles llenan el aire de estrellas fugaces y de cometas, que caen sobre Arabia. El mayor número se precipita sobre la ciudad de Taif. Las gentes salen a la calle y miran espantadas el cielo iluminado.
Inmediatamente después de su nacimiento, Mahoma coge en su mano un puñado de tierra. Después, mira al cielo. Nace ya circunciso. La comadrona no necesita cortarle el cordón umbilical: el niño ha nacido con el cordón cortado. Los ángeles bajan del cielo en buen número y layan al recién nacido. Cuando las mujeres van a lavarlo, está ya limpio como un cristal.
Como había prometido, Abd-al-Muttalib se encarga del niño y de la madre.
A pesar de todos los efectos y golpes de escena desplegados en tomo al nacimiento de Mahoma, y que el acontecimiento llega a oídos de todos, la existencia de los ciudadanos de La Meca y la de los árabes del desierto no cambia en absoluto.
El nacimiento de un profeta - incluso en Arabia - es, desde luego, un hecho importante. Pero no inhabitual. Un oficial inglés, que ha vivido y combatido junto a los árabes, escribe: «Los árabes pretenden

haber dado al mundo cuarenta mil profetas. Poseemos testimonios históricos referentes por lo menos a cientos de ellos».
Un sabio francés- tras haber consultado los textos - comprueba que los árabes cuentan al menos con veinticuatro mil profetas o nabis, además de trescientos trece profetas enviados especiales.
Por lo tanto, en La Meca sólo se trata de un profeta más. La Arabia ha proporcionado al mundo el judaísmo, el cristianismo, el islamismo y una muchedumbre de religiones diversas. Algunas, han tenido la suerte de difundirse más allá de las fronteras, en el resto del planeta.
A pesar de esa producción masiva, los árabes siguieron - y siguen - fabricando religiones y profetas y provocando encuentros entre los mortales y Dios. Hoy, como hace veinte siglos, el que quiere absolutamente encontrarse con Dios, va al desierto árabe.
Arabia, con sus tres millones de kilómetros cuadrados de arena, extendida bajo el infinito y ardiente cielo del desierto, es un lugar en el que puede verse el esqueleto del planeta.
Aquí, como en una construcción en que se activan los trabajos, todo hombre, todo obrero, puede encontrar a Dios - el gran Maestro de obras, el Arquitecto jefe.
En Arabia, entre los dos infinitos desiertos, sobre la cabeza y bajo los pies, el Creador y la criatura tienen innumerables ocasiones de encontrarse. Cara a cara. No es como en el resto del planeta, donde el hombre tiene su sitio, el diablo el suyo y los ángeles el suyo.
El resto del universo es como una construcción terminada, en la que hay paredes, pisos, puertas, escaleras principales y de servicio y salidas prohibidas. Los inquilinos, los propietarios, los arquitectos e ingenieros, no se encuentran nunca. Cada uno vive en el sector y en el piso que le están reservados; a nadie ve, más allá de las propias paredes. Es natural, por lo tanto, que durante los años que van a seguir no se ofrezca a Mahoma ningún régimen de favor, por más que sus parientes y conciudadanos sepan que ha nacido profeta. Mahoma queda, pues, sometido al mismo régimen que los demás niños coraichitas de La Meca.
Nacer profeta es, seguramente, un hecho importante. Pero lo que es verdaderamente importante para él es llevar a cabo su misión de profeta. En ese hecho reside la grandeza. Eso es lo excepcional. y por eso, la última palabra de Mahoma, antes de
morir, será: balaghtu?, que significa: ¿He cumplido bien?.

VIII

MILAGROS EN EL DESIERTO

Todos los árabes, en un tiempo determinado, vinieron del Sur, de la Arabia Felix. La sequía, las guerras, la ruptura de diques, los cataclismos, pero sobre todo la falta de espacio vital, han empujado al excedente de los hombres fuera de las fronteras, exactamente como un río empuja sus ondas, para dejar sitio a las que vienen

detrás. Desde el Sur, no puede irse más que al Norte. Y el Norte es el desierto. Los hombres sedentarios que llegan al desierto tienen que hacerse nómadas si quieren sobrevivir. Es la única forma de sociedad posible en el desierto. Y es la más severa experiencia social que pueda intentar un hombre sobre la tierra. En el desierto, los nómadas se agarran por un instante a los pocos oasis existentes, pero inmediatamente son arrojados de nuevo al desierto. Siempre más lejos. El desierto, aunque se pueda caminar días enteros y aun semanas ya veces meses sin encontrar ánima viva, está siempre superpoblado. El espacio vital, ese territorio estrictamente necesario a una persona humana, en el desierto no se mide en metros cuadrados, sino en millares de kilómetros cuadrados. y porque no tienen sitio en ese desierto superpoblado, los nómadas avanzan siempre más y más al norte. Allí dejan de ser nómadas. Un proverbio afirma que el Sur es la cuna de los árabes; y el Norte- el Irak y Persia - su sepulcro. Pero, tras haber atravesado el desierto, el árabe, que ha vivido en el seno de la sociedad más dura que haya existido en el planeta, la sociedad nómada, sale de ella purificado y superior al resto de la humanidad. Los judíos eran un pueblo nuevo después de los cuarenta años de estancia en el desierto. Porque en el desierto, «la terrible lucha por la existencia lleva a una selección fundada no sólo en las aptitudes físicas, sino también en las cualidades morales. Para lograr vivir en el desierto, se precisa un alto grado de solidaridad, aliada a un elevado respeto de la personalidad y a un gran aprecio del valor de los hombres. En el crisol del desierto, las escorias de los actos y actitudes de nivel inferior quedan eliminadas y sólo permanece
el oro puro de una elevada moralidad, un código y una alta tradición de las relaciones de hombre a hombre, además de un elevado grado de mérito. . . La grandeza del Islam se debe en gran parte a la fusión de este elemento con ciertas concepciones teísticas judeo cristianas».
Los nómadas no siembran, no cultivan, no poseen nada, fuera de los rebaños y las tiendas. Como está escrito en la Biblia; No beberéis vino, ni vosotros ni vuestros hijos; no plantaréis viñas, ni las poseeréis. Habitaréis en tiendas durante todos los días de vuestra existencia, a fin de que viváis largos años sobre la tierra, en la que estáis como extranjeros.
Un nómada es, ante todo, un hombre que sufre hambre y sed durante toda su vida. Una de las principales piezas del vestuario del nómada es el cinturón - hagu, entre los hombres; berim, para las mujeres - que oprime y rodea el estómago, para aminorar las ansias del hambre. A veces, el cinturón no basta; y para que el estómago permanezca más apretado - hasta tocar el espinazo y hasta que deje de existir- se introduce una piedra entre el estómago y el cinturón. De esta manera, la presión llega al máximo. El árabe se consuela del hambre y de la sed encontrando un goce en la fuerza de resistencia y de paciencia.
El poeta Chanfara escribe: «Sé cómo engañar al hambre o reducirla al silencio y prefiero comer tierra antes que el pan de un anfitrión

avaro. Sé sofocar el hambre en los repliegues de mis entrañas, como un zapatero retuerce el cáñamo para enrollarlo en un huso».
Allí, hombres y animales soportan el hambre hasta límites inimaginables para los habitantes de otras regiones del planeta.
Un testigo habla, como de algo absolutamente normal, de los camellos que - a causa del hambre - se han comido sus propios pelos hasta no quedarles uno solo en el cuerpo.
La alimentación del nómada se compone de leche de camella, de debb o urana (jerbo), especie de rata de arena. A veces, en la época en que los ángeles escupen sobre el ardiente desierto - es decir, cuando llueve- surge un poco de hierba, época de abundancia llamada rebi, estación que dura, a lo más, tres semanas al año y constituye un momento de euforia en el desierto. Los nómadas encuentran en la arena las faga o tartas, especie de patata o trufa.
Con respecto a la caza, los beduinos sorprenden a veces avestruces, gacelas, antílopes y gata, una variedad de la perdiz. Sin embargo, los nómadas consideran la caza, al igual que el trabajo, una actividad inferior, que un hombre consciente de su dignidad debe evitar
Los nómadas se clasifican y diferencian entre si según la naturaleza y el número de bestias que poseen. Pero lo que todos los nómadas de la tierra tienen de común es el soberano desprecio por el hombre sedentario. Hasta cuando el nómada se hace sedentario, su menosprecio por el ahl-al-madhar (el habitante de las casas) es total.
Cuenta la leyenda que, en el instante de la creación del mundo, Dios llamó al viento, y del viento creó al beduino. Después, Dios cogió la flecha del beduino y creó al caballo. Después, creó Dios al asno, y de la inmundicia del asno creó al hombre sedentario, habitante de casas, ciudades y aldeas.
La palabra beduino viene de bayda, que significa estepa. Un verdadero beduino es el que sólo posee camellos. Los beduinos tienen inmensas tiendas grises. El principal cuidado de estos camelleros del gran desierto es la movilidad. No deben amontonar jamás objetos pesados, que dificultarían sus movimientos. Los grandes camelleros son los únicos hombres libres, los horr. Viven como deseaba vivir el poeta: «Me gustaría no acostarme nunca en el mismo sitio en que me he despertado».
Los grandes camelleros son los verdaderos nómadas descritos por la Biblia: «Adquirimos nuestro pan con peligro de la vida, ante la espada del desierto. Nuestra piel quema como un horno, consecuencia de los ardores del hambre...bebemos nuestra agua a peso de oro».
Su vida se resume en la búsqueda de los pozos, de los pastos y de las regiones algo menos estériles. En el momento en que los grandes camelleros se dedican también al cuidado de los corderos, descienden un peldaño en la jerarquía social del desierto. Pierden movilidad. Por lo tanto, son menos libres.
Menos nobles. El pastor de corderos - el chawaya- es un nómada de segunda categoría. y el día en que, además de corderos, el nómada se dedica a los animales cornudos o a los asnos, se convierte en un

paria del desierto. Es un nómada de una clase baja, sin nobleza alguna. Por más que ya no sufra hambre y sed, aunque sea rico, su sueño es volver al desierto, a ser de nuevo un gran camellero.
Además del camello, el beduino ama al caballo. Se trata de un amor irrealizable. El caballo es un objeto de lujo. Necesita agua y forraje. El caballo no es como el beduino y el camello; muere si no se le alimenta y abreva. A falta de agua y avena, se le da leche. Pero en los períodos de sequía, la leche de las camellas no basta. Entonces, hay que renunciar a los caballos.
Los beduinos se conforman con camellas blancas, que son muy rápidas, ya las que niños y adultos tratan como a princesas. Sirven sólo para las grandes paradas y las carreras. Solamente las camellas son utilizadas para carreras rápidas. Los machos son más pesados. No se les utiliza más que para transportes comerciales en las caravanas, latimah.
Los grandes camelleros reciben siempre un salario anual - en grano o en dátiles - pagado por los hombres sedentarios de los confines del desierto. Ese salario se llama jwa o «impuesto de fraternidad». Por ese tributo, los nómadas se comprometen a no saquear a los sedentarios ya protegerles, eventualmente, cuando atraviesan el desierto para sus negocios.
El nómada reparte su desprecio entre el sedentario y el asno.
Nadie verá a un beduino legítimo con un asno. Poco tiempo después del nacimiento de Mahoma, un grupo de nómadas con asnos hizo su aparición en el marbad, la plaza
de La Meca en que hacen alto las caravanas. Eran nómadas inferiores. Por lo demás, en la región del Hedjaz - esa franja de 1.500 kilómetros de longitud y, a lo más, de 270 de anchura, que se extiende desde el desierto de Siria, al norte, hasta el Yemen, a lo largo del mar Rojo - los árabes crían asnos y los utilizan.
En el Hedjaz se encuentran también los más hermosos caballos árabes.
El grupo de nómadas que entra en la ciudad pertenece a la tribu Banu gad. Es una subdivisión de la gran tribu Hawazin.
Recorren el desierto desde el sur de La Meca hasta el Yemen y al Este, hasta el Nedjd. Tribu sin nobleza en la jerarquía del desierto, porque. sus miembros viajan a lomos de asnos. Pero el banu sad y los kathan son - entre todos los árabes de la antigüedad - los únicos que han sobrevivido. En la caravana de los nómadas banu sad hay sobre todo mujeres que llevan en sus brazos niños recién nacidos.
Mahoma habita con su madre Amina en la casa del abuelo Abd-al-Muttalib, cerca del santuario, en el barrio de los oligarcas (batha). Tiene la cabeza pelada, como todos los recién nacidos.
Los cabellos de Mahoma han sido pesados en el platillo de una balanza. Su peso en oro se da a los pobres. No era mucho el oro, naturalmente. El pelo de un recién nacido no pesa demasiado. Pero hay la costumbre de sacrificar la cabellera, aqiqa, y esa costumbre ha sobrevivido en todas las religiones del mundo.
Después de esta ceremonia, Mahoma es confiado a una nodriza. También esto es una tradición. De esta manera prospera la tribu. El

niño es tanto más rico cuantos más hermanos tiene. Los hermanos de leche, es decir, los amamantados por la misma
nodriza, son iguales a los hermanos de sangre.
La primera nodriza de Mahoma se llamaba Tuwaibah. Era una esclava de Abu-Lahab, tío de Mahoma. Los primeros hermanos de leche del profeta fueron Djafar y Hamza, dos tíos, que serán después sus compañeros de lucha en la fundación del Islam.
Más tarde, cuando sea poderoso, Mahoma dará libertad a Tuwaibah - porque era su nodriza -, aunque como dueño la detestara. Mahoma declara un día que su primera nodriza fue la peor de las mujeres y que ardería eternamente en el fuego del infierno, donde no tendrá para calmar su sed más que la escasa leche que le había dado a él en las primeras semanas que siguieron a su nacimiento.
Los hijos de los oligarcas de La Meca no suelen ser criados en la ciudad. El aire es demasiado malsano para los niños. Se suceden las epidemias. La mortalidad infantil es grande. A los niños se les envía a ser criados entre las tribus nómadas del desierto. Además de los motivos de salud, hay razones de orden social: el niño se convierte así en hermano de otra tribu. Las mujeres de los míseros beduinos, que aún hoy acuden a La
Meca, buscan a los hijos de las familias más ricas, para criarlos.
De esta manera, mejoran materialmente su existencia. No tanto por la retribución que reciben por amamantar a los pequeñines, cuanto por las relaciones que establecen con sus hijos de leche que, una vez adultos, llegarán a ser grandes personajes en La Meca.
En el espacio de unas horas, todas las mujeres de los banu sad-ben-bakr encuentran pequeños a los que se llevan al desierto para criarlos. Todas, excepto una: Halima-bint-Abu-Dhuayb.
No ha encontrado a ningún niño rico que criar. Pobres, sí: hay muchos en La Meca. ¡Tantos como cántaros! Pero criar a un niño pobre no tiene sentido. Los pobres son el desecho del mundo.
Mahoma es pobre y huérfano. Ha sido propuesto a todas las mujeres de beduinos, pero todas lo han rechazado. Halima empieza también por negarse, pero al fin acepta criar a Mahoma.
Halima-bint-Abu-Dhuayb acostumbraba contar después cómo con su marido y otro niño al que estaba criando, salió de su país en compañía de otras mujeres del clan de sad-ben-bakr, a la búsqueda de niños que amamantar.
Era un año de sequía - solía decir -, que nada perdonaba.
Salí sobre una asnilla que me pertenecía; una camella seguía detrás: pero, ¡buen Dios! no nos daba una sola gota de leche.
Ninguno de nosotros dormía por la noche, a causa de un niño que gritaba, porque tenía hambre. No me quedaba en el seno leche para el niño, y la camella tenía menos aún en las ubres. . .
Esperábamos la lluvia y con ella el término de nuestras miserias.
»Como digo, partí con mi asnilla. Al pobre animal no le quedaban fuerzas; estaba flaca y caminaba tan lentamente que estorbaba el paso de las demás.
»Por fin llegamos a La Meca, en busca de recién nacidos. A una de nosotras le propusieron que se encargara de Mahoma; pero cuando

supo que era huérfano, lo rechazó. Pensábamos todas en el regalo que recibiríamos del padre. Y exclamábamos:
"¡Un huérfano! ¿Qué podrán hacer por él su madre y su abuelo?" No lo queríamos. Y todas las mujeres de nuestro grupo, excepto yo, encontraron un niño.
»De manera que, cuando nos disponíamos a regresar, dije a mi marido: "¡Buen Dios! Voy a la casa de aquel huérfano y me lo llevo conmigo. No quiero regresar en compañía de las otras sin un niño". "No te dará preocupaciones - respondió mi marido -. Y tal vez Dios nos bendiga por él».
Mahoma parte con los beduinos sobre la joven asnilla, hacia el desierto. Quienes lo han acogido por piedad, son los proletarios del desierto. Mas para ellos no es un negocio demasiado malo.
Aunque huérfano, Mahoma es un coraichita, uno de los oligarcas de La Meca.
Cuanto más se alejan de la ciudad, más se hunden en el desierto y mayor parece la diferencia entre Mahoma, el coraichita, y Mesruth, su hermano de leche, el hijo de Halima.
Los nómadas sueñan - como es normal que sueñen los pobres y los hambrientos - que un día el pequeño huérfano (noble, puesto que es un coraichita de La Meca) será adulto.
Y entonces llegará a ser uno de los diez oligarcas a quienes pertenecen todas las caravanas de miles y miles de camellos que incesantemente atraviesan el desierto, cargados con todos los tesoros del mundo. Porque los coraichitas son los dueños y capitalistas del desierto.
En esos instantes de emoción, los nómadas pobres sueñan con las recompensas futuras. Sólo los ricos son siempre recompensados en el presente. En esos momentos de ensoñación, comienzan los milagros. Toda una serie de milagros. . .
Halima cuenta:
«Habiéndolo recibido, volví con él a donde estaba nuestra caravana. Lo puse contra mi pecho y le di el seno para que mamara cuanto quisiese. Mamó hasta que estuvo satisfecho y su hermano hizo lo mismo. Ambos quedaron hartos y se durmieron enseguida. Antes, en cambio, nunca habíamos podido dormir.
Mi marido se levantó y fue a nuestra vieja camella, a la que - con gran sorpresa suya - halló repleta de leche. Púsose a ordeñarla. Ambos bebimos a nuestra satisfacción y pasamos una excelente noche. A la mañana siguiente, mi marido exclamó:
“¡Por Dios, Halima! ¡Ahora sabes que te han confiado una criatura bendita!" Y yo le repliqué: "Así lo espero". Partimos, tras haber dispuesto al niño sobre la pollina, que trotaba con tan ligero paso que ninguna de las otras asnas podía seguirla. Tanto, que mis compañeras empezaron a decirme:
»- El diablo te lleve, Bint-Abu-Dhuayb: espéranos. No dirás que esa pollina es la misma que traías al venir.
»- Pues es la misma- contestaba yo.
»- ¡Dios Santo! Algo ha debido ocurrir.

» Llegamos a nuestros campamentos del clan Banu-Sad. En toda la tierra había visto algo más árido. Pues bien: a partir del día en que llevé al niño, los animales volvían por las tardes satisfechos y llenos de leche. Los ordeñábamos y bebíamos. Y sin embargo, ningún otro podía sacar una gota de leche de las ubres de sus bestias. De manera que los de nuestra tribu que se hallaban allí, decían a sus pastores: "Así os lleve el diablo. ¡Por qué no conducís a las bestias al mismo sitio al que Bint-Abu-Dhuayb lleva su rebaño?"»
Pero, al anochecer, las bestias regresaban insatisfechas y sin una gota de leche que dar, mientras que las mías no padecían hambre y estaban llenas de leche. Seguimos experimentando la bondad de Dios, hasta que el niño llegó a los dos años. Entonces lo desteté.
»Era más vigoroso que ningún otro niño. Lo habíamos apartado de su madre; y deseábamos más que ninguna otra cosa conservarlo con nosotros, por los beneficios que nos aportaba.
Hablamos con su madre y le dije: "Quizá quieras dejarme al niño hasta que crezca. Temo que se le contagie la peste en La Meca".
»Insistimos con ella hasta que la madre permitió que el niño siguiera con nosotros».
Según lo que dice Ha1ima, Mahoma regresó a La Meca dos años después, mas para volver al desierto: A fin de mantener la prosperidad de sus padres nutricios, los nómadas proletarios.
Porque un niño que posee la baraka - efluvio sagrado - vale más que un terreno fértil. Cada tribu hace lo posible para atraerse un profeta, un poeta, un arraf, es decir, alguien que establezca contacto entre el desierto de ardiente arena que se extiende bajo sus pies, y el desierto azul, suspendido sobre sus cabezas.
O para que les proporcione la ilusión de ese contacto. La ilusión de beber leche cuando se tiene hambre y sed entre ambos desiertos, vale tanto como la leche verdadera. La ilusión alimenta y sacia la sed. Hatima tiene esa ilusión. y los favores que le vale la presencia de Mahoma bajo su tienda son auténticos. Conocida es en La Meca la aventura de aquel hombre perseguido, llamado Abu-Dharr, que no tomó alimento alguno durante treinta días, excepto- por las noches - el agua de la fuente Zam-Zam, de
la Kaaba, y que, al fin de aquel tiempo, había aumentado varios kilos.

IX

EL CORAZÓN Y EL PESO DEL PROFETA

Un profeta debe tener, ante todo, el corazón puro. De otro modo, no puede cumplir su misión. Pero un profeta es un hombre. Un hombre escogido por Dios, por supuesto. En todo caso, un hombre. Y los hombres, desde su expulsión del Paraíso, llevan en el globo rojo de su corazón una mancha negra: es el pecado original. Es un «grumo

de sangre» grande como un grano de pimienta, sobre el rubí puro del corazón humano. Es el
Marmaz-ach-chaitan, el toque del diablo.
Un día, Mahoma se encuentra ante la tienda con los otros niños de la tribu Banu-Sad. Está. también Mesruth - su hermano de leche- que asiste al milagro.
Halima cuenta:
«Mahoma se hallaba en medio de los corderos y de las ovejas, en nuestras tiendas, cuando Mesruth corrió hacia nosotros para decirnos: "Dos hombres con vestidos blancos acaban de coger a mi hermano el coraichita. Lo han echado a tierra. Le han abierto el pecho y están a punto de hurgarle dentro con sus manos".
Su padre y yo corrimos al lugar en que se hallaba Mahoma.
Nos lo encontramos en pie, muy pálido. Lo estreché entre mis brazos. Mi marido hizo lo mismo. Le preguntamos:
- ¿Quién te ha hecho daño, hijo mío?
- Dos hombres vestidos de blanco llegaron - dijo Mahoma -. abrieron mi pecho y buscaron algo que no sé lo que es.»
Halima y su marido (cuyo nombre no ha querido conservar la historia) tienen miedo.
Mahoma hablará más tarde de ese acontecimiento y dirá:
«Fui educado primero en el clan Sad-Ben-Bakr. Allí, cierto día en que me hallaba con mi hermano en la tienda en que so1íamos recoger a los corderos, dos hombres vestidos de blanco se acercaron a mí, con una jofaina de oro llena de nieve. Se apoderaron de mí y me abrieron el pecho, sacándome el corazón; lo abrieron también y extrajeron un guijarro negro que arrojaron lejos.
Hecho esto, me lavaron el corazón y el pecho con la nieve, hasta purificarlos».
"Tras haberle purificado el corazón, los ángeles señalaron a Mahoma con el «sello de la profecía». Esta señal se aplica en la espalda, entre los omóplatos. Nadie ha descrito exactamente el aspecto de ese sello que los profetas llevan en su cuerpo.
Algunos dicen que es como «la huella de una ventosa». Otros afirman que el sello de la profecía tiene la forma de «un huevo de paloma».
Concluidas las operaciones de purificación, uno de los ángeles dice a su compañero: «Pésalo contra diez de su
pueblo».
Mahoma afirma que los ángeles lo pesaron: «Me pesó contra diez y pesé más que ellos».
«- Pésalo contra cien de su pueblo.
» Me pesó contra cien y pesé más que ellos.
«- Pésalo contra mil de su pueblo- repitió el ángel.
» El otro me pesó contra mil. y pesaba siempre más que ellos.
Entonces, dijo el ángel a su compañero:
»- Ahora, dejémosle. Si lo pesaras contra todo su pueblo, seguiría pesando más».
Mahoma tiene seis años cuando los ángeles lo pesan y le purifican el corazón. El hecho de que un niño pese más que mil árabes adultos y, eventualmente, más que todo el pueblo, es normal. El corazón es

como los diamantes: más pesado cuanto más puro. Un corazón absolutamente puro- si existiera - pesaría más que el planeta terrestre

* * *

Cierto día, después de aquellas milagrosas aventuras, Halima se dirige a la feria de Ukaz. Presenta a Mahoma a un adivino de la tribu Hudhail. Este asegura que Mahoma destruirá los ídolos cuando sea mayor. Ha1ima y su marido se atemorizan.
Ya están espantados de saber que al niño le han abierto el pecho y se lo han lavado con nieve, allí, en pleno desierto ardiente como un horno. El matrimonio beduino hace un inventario de los milagros pasados. Hace tiempo que Mahoma cuenta que a la noche, cuando sale de su tienda, la luna desciende del cielo y le saluda.
Lo mismo que le sucediera a José, según cuenta el Corán; «vamos a contarte una historia maravillosa,.. He visto a once estrellas, el sol y la luna, que me hacían reverencias...».
Durante los grandes calores, una nube desciende desde el infinito azul y protege a Mahoma, cobijándole como bajo un quitasol
Sus compañeros de juego y hasta una niña, (su hermana de leche, Chima, a la que un día mordiera en un hombro y que desde entonces no le quiere), declaran haber visto crecer la hierba. donde pisa Mahoma. No puede haber mayor milagro que esa hierba que crece sobre la ardiente arena allí donde un niño camina.
Todos estos episodios, que ahora recuerdan, aumentan el temor de los nómadas. Deciden no tener más tiempo a Mahoma en su tienda. Está poseído por espíritus demasiado grandes para la pequeña vida de un beduino. Así pues, colocan al niño sobre
la asnilla y lo conducen a La Meca, a casa de su madre.
El marido de la nodriza dice a su mujer: «Halima, tengo miedo de que a este niño le 'haya ocurrido algo grave. Devuélvelo a su familia antes de que la gente empiece a murmurar».
Halin1a concluye:
«Así condujimos a Mahoma a la casa de su madre. Ésta preguntó:
»- ¿Qué os obliga a venir? Estabais tan deseosos de tenerlo con vosotros. . .
»- Dios le hace crecer- respondí -. Mi tarea ha terminado; además, tengo miedo de que le ocurra algo. De esta manera, te lo devuelvo según tu propio deseo.
»- No es eso lo que te atormenta - dijo la madre -. Cuéntame la verdad.
» Y no me dejó hasta que le hube referido toda la historia.
»-Teméis que eso sea una acción del demonio, ¿verdad? - preguntó la madre.
»- Sí - contesté.
»- No, por Dios - siguió ella -. El demonio nada tiene que ver con él. Mi hijo está a punto de convertirse en alguien de gran renombre. ¿Debo decíroslo?
»-Si -dije.

»- Cuando me hallaba preñada de él, salió de mí una luz e iluminó los palacios de Bosra, en el país de Siria. Nunca hubiera imaginado un embarazo tan ligero y fácil como aquél. A su nacimiento, puso las manos en el suelo y volvió la cabeza hacia el cielo. Ahora dejad me, y buen viaje».
Mahoma crece con su madre en La Meca. Los Banu Sad se vuelven a su desierto. Son unos humildes beduinos. Y las gentes humildes prefieren siempre las pequeñas cosas. Nunca las grandes. Verdad es que quieren milagros; pero milagros pequeños; muy pequeños. Los de Mahoma son demasiado grandes para su pequeña existencia. Y tienen miedo. Por eso se han desembarazado de él.

X

MUERTE DE AMINA, LA MADRE DEL PROFETA

Mahoma ha cumplido seis años. Vive en La Meca. Ha vuelto del desierto. Abd-al-Muttalib acaba de cumplir los ciento ocho, pero sigue viajando. Parte, como representante de La Meca, a las ceremonias de entronización del rey Saif-ibn.Dhi-Yazan, en Sanaa. Tras la muerte del rey asesino, Dhu Nuwas, ocurrió la ocupación abisinia. Pero ésta termina poco. después de que el ejército abisinio fuera exterminado por las golondrinas de La Meca.
Ahora, el sur de Arabia está ocupado por los persas. El rey Yazan, cuyo huésped será Abd-al-Muttalib durante treinta días, sube al trono con la ayuda del ejército persa.
Durante la ausencia del anciano, Mahoma permanece solo con su madre en la casa de Abd-al-Muttalib. Amina está sola; es joven y se siente desgraciada. Trata de consolarse, escribiendo versos. Muchas mujeres árabes son poetisas. Dícese que los versos de Amina son muy bellos; pero su miseria es demasiado grande. Un día, reúne cuanto posee en la tierra: cinco camellos, una esclava llamada Umm Aiman, y Mahoma, y va a reunirse con su familia en Medina. Se instala en la casa de Nabighah, de la tribu Banu-Nadjdja. Así, Mahoma, parte con su madre a la edad de seis años. Huye de La Meca a causa del hambre.
Mahoma conservará hasta la muerte el recuerdo de un acontecimiento extraordinario, vivido por él en Medina a los seis años: se ha despojado de sus vestidos y completamente desnudo entra en el agua. Todo su cuerpo lo siente como empapado de agua. Arabia es una tierra en que no existen cursos de agua permanente. Ni bosques. Los hombres ignoran el placer de arrojar lejos los vestidos, quedarse desnudos y sumergirse en el agua, mientras el sol ardiente parece caer sobre cada uno como una espada. Pero en aquel tiempo existe en Medina una especie de lago que nunca se seca y en el que pueden bañarse los niños durante varios meses. Ese lago, formado por aguas de lluvia, se halla al norte del Ohud y se llama Aqul.

En Medina, para un niño de seis años procedente de La Meca, hay una muchedumbre de cosas que descubrir. Ante todo, las gentes tienen más alimentos que en La Meca. Medina se encuentra en un oasis. Hay árboles, plantas. Pero los vecinos de Medina ignoran la existencia del lecho. Con todo, la vida es más fácil. Hasta los camellos procedentes de Medina son admirados por los hambrientos muchachos de otras regiones: en sus alforjas hay racimos de dátiles. Todo el mundo los mira con maravilla y de pronto sabe que proceden de Medina.

La tradición popular nos enseña que Dios no había tenido la intención de hacer del país de los árabes un desierto. Cuando creó el planeta, Dios lo hizo todo a la perfección. El relato diario de la actividad divina durante la creación del mundo concluye en el Génesis con esta frase: y Dios vio que estaba bien.

Luego, al principio, también el país de los árabes estaba bien.

Al mirar por última vez el universo que acababa de crear, Dios notó sin embargo la falta de un detalle: al universo le faltaba arena. Ningún arquitecto habría observado ese detalle; pero un universo en que falta la arena, es un universo imperfecto. Las obras de Dios son perfectas. Y la falta de arena habría sido un defecto grave. Los hombres, al salir de los ríos o del mar después del baño, no hubieran encontrado la arena suave y cálida para recostarse. Los camellos del desierto no hubieran tenido por la noche la arena blanda como un colchón para descansar en ella sus huesos fatigados por el viaje y las cargas. Todos los ríos serían turbios; porque sólo la arena que hay en el fondo puede conservar límpidas como una lágrima las aguas de los ríos, de las fuentes y de los manantiales. El fondo del mar, que es la mansión permanente de los peces, criaturas divinas, hubiera resultado muy incómodo desprovisto de arena. Los emperadores y reyes y los alcaldes de las ciudades no hubiesen tenido con qué guarnecer las avenidas de sus parques, si Dios se hubiese olvidado de crear la arena. Pero Dios no olvida nunca nada. Y habiendo creado la arena, Dios ordenó al ángel Gabriel que llenara un saco y la distribuyese por todo el globo, allí donde fuera necesaria: en el fondo del mar, en las fuentes, en las playas. Pero el diablo voló detrás del ángel Gabriel y le rompió el saco. Casi toda la arena que debía haber sido distribuida por el mundo, cayó sobre el país en que hoy viven los árabes. Y desde aquel momento, el país es un desierto sin fin.

Dios reparó el daño hecho por el diablo. Llamó al árabe y le hizo algunos regalos, destinados a hacerle la vida más fácil en aquel paralelogramo cubierto de arena. Dios entregó al árabe un turbante, un caballo, un camello, y le aseguró que éste último
sería el más resistente de los animales: y le dio además la espada, la tienda y el don de la poesía. Desde entonces, los hombres tratan de vivir en la arena. y Mahoma - que era árabe -, vivió también en la arena.

Poco tiempo después de su llegada a Medina, muere Amina, la madre del profeta.

Ahora, Mahoma: es huérfano de padre y madre. No hay pena mayor para un árabe que el morir lejos de su tribu. Amina muere lejos de los suyos. Bajo la mirada de su hijo. Antes de su muerte, mujeres y amigos han rodeado a Amina y han hablado con ella. Es costumbre árabe hablar al moribundo hasta que cierra los ojos, para que no sienta la terrible e inimaginable soledad que aguarda al ser humano cuando abandona la tierra y la vida.
Después, las mujeres desnudan y lavan el cadáver, a fin de que Amina esté limpia y bella cuando se presente delante de Dios.
Los asesinos y malhechores son enterrados con los vestidos y las manos manchados de sangre, para que Dios pueda ver lo que han hecho en la tierra.
En el desierto casi no existe la madera. Un árabe nunca es enterrado en un ataúd. Por eso Amina queda envuelta en un lienzo; después, se la coloca junto a la fosa, orientada hacia La Meca. La cabeza de Amina - según la costumbre - queda vuelta hacia la derecha, para que toque la tierra con su mejilla y con la sien derecha. La mejilla izquierda queda cubierta por el lienzo, de la misma manera que el resto del cuerpo. Después, arrojan arena sobre el cadáver. Sobre la tumba han plantado una rama de datilera. En muy poco tiempo, el cuerpo de Amina habrá desaparecido del todo. El desierto no conserva los cadáveres. No hay huesos en el desierto; ni viejos cementerios. Todo queda macerado y - como en un horno crematorio- reducido a cenizas.
La esclava Umm Aiman se hace cargo de Mahoma y lo lleva a La Meca, a la casa de Abd-al-Muttalib. El anciano asume la responsabilidad de educar a Mahoma. El abuelo del profeta llega ahora a sus ciento diez años. Aún no ha encontrado a Dios. Pero en ese momento tiene consigo, inesperadamente, al profeta de Dios, su nieto Mahoma. El anciano de ciento diez años y el niño de siete enternecen a La Meca con su amistad. Tiene fe el uno en el otro, como un ciego tiene fe en el de piernas paralíticas. El
uno es demasiado joven y el otro demasiado viejo. y ambos se completan. Abd-al-Muttalib se presenta en el dar-an-nadwa -la sala del consejo de La Meca - a la que sólo tienen acceso los oligarcas del clan de los coraichitas que hayan superado los cuarenta años, acompañado de Mahoma, que sólo tiene siete.
Abd-al-Muttalib invita a su nieto a tomar asiento entre las personas adultas, los notables, y le consulta durante los debates, preguntándole su parecer. Los oligarcas reprochan a Abd~al-Muttalib el que acuda acompañado de su nieto a aquel sitio oficial, reservado a los nobles adultos.
«Se cree una persona mayor si lo llevo entre personas de edad - dice Muttalib- y quién sabe si llegará a ser un gran hombre. Un hombre extraordinario».
Un día de sequía, mientras todo el mundo sufre en La Meca, Abd-al-Mu,ttalib, en la Kaaba, ante todos sus conciudadanos, ruega a Dios en nombre de Mahoma que haga caer la lluvia.
Al término de la oración comienza a llover.

Mahoma sufre un mal en los ojos. El polvo del desierto daña los ojos de los hombres. Abd-al-Muttalib lleva a su nieto a los monjes cristianos de Ukaz, no lejos de La Meca, y ellos le curan. Pero la mayor sorpresa de Abd-al-Muttalib consiste en descubrir que el pie de su nieto deja la misma huella que el de Abraham sobre el maqam-ibrahim del santuario de la Kaaba.
Ese descubrimiento, que todo el mundo puede comprobar, provoca gran revuelo entre los adivinos y los servidores del santuario. Uno de los primeros afirma solemnemente que Mahoma, negado a hombre, destruirá los ídolos de los árabes y que sería mejor darle muerte en seguida.
Las masas están de acuerdo en lo de matar al niño. Las masas han intentado siempre matar, desde la infancia, a los profetas y poetas. Porque éstos hablan en nombre de la eternidad. Y eso trastorna el mínimo orden de las gentes pequeñas en la tierra.
Unas semanas después de ese descubrimiento, Abd-al-Muttalib muere. Ha superado los ciento diez años.
Mahoma, huérfano de padre antes de nacer, de madre a los seis años, pierde a los ocho a su abuelo. y ese abuelo, Abd-al-Muttalib, era uno de los árabes más importantes de su tiempo.
Mahoma está solo. Lo recibe en tutela un tío suyo llamado Abd Manaf o Abu-Talib. Los árabes aman de tal modo a sus hijos que, cuando un hombre tiene uno, abandona su propio nombre para llevar el del niño, precedido del kunya-abu, que significa «padre».
El mismo Mahoma llevará durante años el nombre de su primer hijo y todo el mundo lo conocerá en La Meca con el sobrenombre o kunya de Abu-Qasim, es decir, “padre de Qasim”.
El nuevo tutor de Mahoma, Abu-Talib, es un hombre extremadamente bueno. Pero tiene una familia numerosa y es muy pobre. Así pues, Mahoma se ve obligado a seguir viviendo en la pobreza. Es la suerte reservada a todos los huérfanos del mundo.
Pero la nueva familia ama a Mahoma. Abu-Ta1ib lleva consigo a su sobrino siempre que emprende uno de los grandes viajes con la caravana que atraviesa el desierto. A los doce
años, Mahoma es ya un caravanero. Un huérfano está obligado a ser precoz.

XI

TIERRAS SIN MALAS HIERBAS

Hay tierras sin malas hierbas. Por ejemplo, las regiones vírgenes de los trópicos. Allí, cada planta se abre en flores perfumadas, multicolores, como sólo son las flores de especies superiores en los climas templados. Una mala hierba, que los jardineros
arrancan y queman con raíces y todo, como una creación inútil, dañina- como una herejía de la naturaleza -, esa hierba plantada en los trópicos, en una tierra empapada de fuertes y viriles jugos, en medio de un aire impregnado de vapores, de luz y de calor, se

convierte pronto en una planta rara. Las margaritas de los climas templados, son allí altas como albaricoqueros.
El miosotis llega a ser un arbusto. La hierba más vulgar en nuestros países, plantada en los trópicos, da flores como los rosales.
En los trópicos no hay malas hierbas. Cada una es una flor. Lo mismo ocurre en el desierto Con las religiones. En e1 desierto no hay herejías. Como no hay malas hierbas en los trópicos. En el desierto, toda creencia es como una hierba que surge del corazón del hombre y se eleva hasta el cielo para llegar a Dios. Sabido es que las religiones son lo contrario de las plantas: crecen y se expansionan en el desierto. Una creencia puede
ser una herejía, pero sólo tras haber abandonado el desierto. En el desierto, todas las religiones son verdaderas. Sobre la corteza de la tierra, la mayoría de los hombres oran al Dios que los profetas han encontrado en el paralelogramo de ardiente arena que es la península arábiga. Allí el hombre ha hallado al Dios de los cristianos, de los judíos y de los musulmanes.
A los doce años, Mahoma, metido por su tío Abu-Talib en una caravana, sale para Siria. En las cercanías de Bosra detiénese la caravana. Cerca de allí está la cueva de un monje cristiano al que llaman Bohaira (o Bahira), nombre que en idioma siríaco significa «el elegido». Dice el cronista: «La caravana acaba de acampar en Bosra, en Siria. Había allí
un monje llamado Bohaira, que vivía en una celda y que era versado en la ciencia de la cristiandad. Muchas veces, antes, se había detenido en aquel sitio la caravana. Pero el anacoreta no había salido nunca a hablar con los caravaneros. Ni siquiera para saludarlos. Esta vez, en cambio, no sólo acudió Bohaira al campamento de los árabes de La Meca, sino que los invitó a desayunar; y les dijo que los esperaba porque en sueños había sido advertido de su llegada».
Existían en aquel tiempo en el desierto de Arabia infinitas sectas cristianas y judaicas. La mayor parte de ellas surgieron de la ardiente arena y se elevaron hasta el cielo, semejantes a los bejucos perfumados y multicolores; después, desaparecerán en el desierto, sin dejar rastro, como desaparecen también los bejucos. Perdidas, como las miles de religiones que las han precedido. . .
En la época en que Mahoma, de doce años de edad, viaja, existen unas docenas de sectas, algunas de ellas con cierta seguridad, si las circunstancias les son favorables, de convertirse en religiones universales.
Por ejemplo, están los sabelianos, secta creada por un sacerdote de Libia, que sostiene. que la Trinidad es una sota persona, aunque con tres nombres. Están los arrianos, cuyo creador es Arrio de Alejandria, que sostiene que el Padre y el Hijo no son de la misma sustancia. Están los nestorianos, discípulos del obispo Nestorio de Constantinopla, que afirman que en Jesucristo hay dos personas, una divina y otra humana; que la santísima Virgen María es madre de Jesús-Hombre, pero no de Jesús-Dios. Están, además, los monofisitas, que creen que en Jesús la naturaleza humana y la divina están hasta tal punto compenetradas entre sí que constituyen una sola e idéntica

naturaleza. También existen los jacobitas, los marianitas, que reemplazan en la Trinidad al Espíritu Santo por la Virgen María. Los ebionitas, los marcionitas, los docetas, los carpocractianos, los basilideos, los valentinianos. Los tres últimos afirman que Jesucristo ha recibido la naturaleza divina al mismo tiempo que el bautismo, administrado en el Jordán por el Bautista. Existen innumerables sectas. A veces, una de esas religiones, no cuenta más que con un solo adepto, un solo hombre que se ha inventado una creencia para uso personal y conforme a sus exigencias. Así es el caso del hanif Zeid-ibn-Amr, el amigo de Abd-al-Muttalib, del que dice Mahoma: «El día del Juicio, Zeid presentará una comunidad compuesta por él solo».

Algunos fundadores de sectas o de religiones dan la propia vida por su fe y mueren mártires, de manera sublime; incluso aquellos cuya religión no ha dejado huella en la historia. Uno de esos mártires es Manés, al que la historia conoce sobre todo por los virulentos ataques de san Agustín. Manés murió el año 276, crucificado a las puertas de la ciudad de Gundeshapur, por el rey persa Barham I.

El monje cristiano de Bosra, el eremita solitario llamado Bohaira, que acoge a los árabes de la caravana en que se encuentra Mahoma, no es un cristiano conformista, a juzgar por la discusión que estalla entre él y los paganos.

Si su religión hubiera sido del tipo corriente y oficial, no se encontrarla este hombre en una gruta del ardiente desierto de Arabia, sino convertido en obispo metropolitano en la ciudad.

Bohaira acepta esa soledad e independencia - aun a riesgo de caer en el error -, con la esperanza de subir directamente a la diestra de Dios. Los fieles que se contentan con la disciplina y el conformismo, no viven en las cuevas, pero nunca llegan a santos ni a condenados.

De lo que se deduce de su discusión con los árabes, Bohaira parece maniqueo. No trata de convertir a los caravaneros coraichitas. Por el contrario, les exhorta a esperar la llegada de un profeta propio, un árabe que les hablará en su idioma árabe.

Y que será también un enviado de Dios, como Moisés, Buda o Zoroastro. Hay entonces unas doce sectas análogas a la de Manés. Por ejemplo, la de Ebión y Elcesao que sostienen también que Dios, creador del universo, habla a todos los pueblos en sus propios idiomas, mediante la intervención de sus profetas; que Dios no ha concedido el monopolio de sus revelaciones y de la verdad exclusivamente a judíos y cristianos. Dios no es propiedad exclusiva de un solo pueblo ni de una sola raza.

No existe un «pueblo elegido», como pretende la Biblia. Ni es obligatorio hacerse judío para entrar en el Paraíso. Dios habla en otras lenguas, que no son la hebrea.

Manés no limita sus revelaciones al grupo de pueblos bíblicos. De la idea hallada en Justino y los Sethienos, ha hecho una de las ideas fundamentales en lo referente a las revelaciones.

El mensaje ha llegado a épocas diversas y pueblos diferentes.

Las grandes religiones del oeste, de la India y de Persia, contienen parte de la misma sabiduría divina. Esos fundadores son todos

enviados de Dios. Manés considera que es su vocación particular hacer notar cuál es el elemento común existente en el cristianismo. el mazdeísmo y el budismo».
Estas creencias caen como un bálsamo en el corazón herido de los árabes, de los hanif que, como Abd-al-Muttalib, buscan a Dios en todas partes. Pero cuando se acercan a los judíos, éstos contestan con altivez que la divinidad no se halla al alcance de los árabes. Que Dios no está en contacto, en toda la superficie del planeta, más que con los judíos, el pueblo elegido.
Tal y como está escrito en la Biblia. Y que los demás pueblos no tienen acceso al cielo, sino a través y por mediación de los judíos. El orgulloso corazón de los beduinos está herido. ¡Para amar y adorar a Dios tendrían que someterse a una religión extranjera y a un pueblo extraño! ¡A un libro de revelaciones que no es suyo!
El anacoreta- «el elegido» o Bohaira - explica a los árabes que la revelación divina puede también ser ofrecida a ellos, como lo ha sido a los cristianos, a los judíos Ya los budistas.
Incluso uno de los presentes - incidentalmente, Mahoma - puede ser el elegido por Dios. Es normal que Mahoma sea designado así entre las Personas presentes. Es Un niño. y siempre que se trata de una misión divina, se elige al más puro. Lo principal está en decir a los árabes que pueden hablar a Dios en árabe. Que un hombre no está obligado a aprender primero el hebreo para dirigirse a Dios. Que no hay pueblo elegido, ni raza elegida, como pretende la Biblia. Todos los hombres son iguales.
Los árabes comprenden lo que les interesa de las palabras de Bohaira. He aquí lo que cuenta el cronista: «Bohaira había visto en sueños una caravana que se acercaba a su cueva. Uno de los miembros de la caravana llevaba una aureola, y una nube flotaba sobre él como una sombrilla, para protegerlo de las flechas mortales del sol».
Bohaira había sido advertido de esta manera que en la Caravana que debía llegar al día siguiente, venía un profeta. Un elegido. El ermitaño preparó la comida. Esperó. La primera caravana que hizo su aparición fue la de Abu-Talib. El monje invita a todos los caravaneros a desayunar. Sus figuras son las de ordinarios hombres de cada día. El anacoreta no puede adivinar quién es, entre ellos, el profeta. Son hombres rudos, como
lo s cm habitualmente los conductores de caravanas: cabezas de leño, confeccionadas en serie. Un profeta debe tener, ante todo, una hermosa cabeza. iluminada desde dentro por la irradiación del espíritu. El ermitaño pregunta si no falta acaso, un caravanero. Le contestan que todos están allí, excepto un niño, llamado Mahoma, que ha quedado fuera con los camellos. Mahoma es invitado a reunirse con los otros. Desde ese momento, y durante toda la comida, las atenciones del anacoreta se dirigen a Mahoma. Mahoma tiene doce años. Posee la pureza de la infancia. La pureza es la mitad de la fe. El más indicado entre los caravaneros para llevar la señal del profeta - tal como el monje lo había soñado - no puede ser otro que ese niño, Mahoma.

Bohaira pregunta por la familia del muchacho. Al saber que es huérfano de padre y madre, su ternura crece en emoción. Los hombres comprenden que Bohaira ha visto en Mahoma al futuro profeta de los árabes. y que incluso ha examinado la señal de la profecía, grande como un huevo de pichón, que Mahoma lleva entre los hombros.
En el instante de partir, el anacoreta recomienda a los árabes que tengan mucho cuidado con aquel niño. Dice a Abu-Talib:
«Vuelve con este muchacho a su país; y por respeto a él, guárdate bien de los judíos, porque si ven y reconocen en él lo que yo he visto y reconocido, querrán hacerle daño. Lo matarán. Vuélvete pronto. Una gran sorpresa espera a tu sobrino».
El consejo referente a la protección de Mahoma contra los judíos se debía a que por aquella época circulaba el rumor de que iba a nacer un profeta entre los árabes. Y los judíos del desierto temían mucho el ver que el sello de la profecía pasaba de la tribu de Israel- es decir, los judíos- a la tribu de Ismael, los árabes.
El cronista concluye así: «Abu-Talib se volvió sin tardanza, en cuanto hubo terminado sus asuntos en Siria. Y llegaron a La Meca.
Bohaira ha dado un consejo erróneo a Abu- Talib, al decirle que defienda a Mahoma de los judíos. Es imposible que los judíos maten a Mahoma. Los profetas han sido y serán siempre muertos y lapidados por su propio pueblo, por su propia familia y su clan. No por los extranjeros. No contra los judíos, sino contra el clan coraichita de La Meca hay que proteger ahora a Mahoma. Los judíos ya se preocupan de matar a sus propios profetas. No a los de los vecinos. El llevar a la muerte a los profetas es una necesidad nacional. Cada pueblo, cada nación, asesina sólo a los profetas propios: no dejan a los extranjeros tiempo y ocasión de hacerlo.

XII

EL ORO DE LOS ÁRABES

Los primeros contactos de Mahoma con la vida han sido choques dolorosos: Ha nacido huérfano de padre. Criado por una tribu de beduinos, en el desierto, como un príncipe, puesto que es coraichita, es decir, un oligarca de La Meca, regresa a su ciudad y comprueba que, aunque coraichita, es un pobre proletario. Perseguido por la pobreza y la miseria, se refugia con su padre en Medina, donde tiene familia. Pero la madre de Mahoma muere. Ahora es huérfano de padre y madre. Le queda un solo ascendiente en línea directa: un abuelo de más de cien años, Abd-al-Muttalib; éste le recibe bajo su protección, pero muere también poco después. Mahoma es huérfano y no cuenta con más parientes en línea directa. Se encarga de él un tío, pobre, Abu-Talib. Trabaja para ganarse, no el pan, sino los dátiles cotidianos. Ahora, a los doce años, de regreso de Bosra, se siente dichoso, porque tiene una casa, la de su tío. Cuando no tiene

que ayudar en las caravanas, lleva los rebaños a pastar - como los esclavos - a los pedregosos desiertos de los alrededores de La Meca. A la muerte de la esposa de Abu- Talib, Mahoma dirá sollozando: «Cuando yo era en su casa muchacho huérfano, permitía que sus propios hijos pasaran hambre pero a mí me alimentaba siempre. Era como mi madre».
Cuando sea mayor y rico, Mahoma mostrará a sus compañeros el desierto que rodea a La Meca, sembrado de piedras, donde ha llevado los rebaños y donde se ha resguardado del tórrido sol que cae sobre los árabes como plomo fundido.
Durante años, sufre hambre terrible. Come frutos salvajes de los que nadie se alimenta. Más tarde, los recomendará a los hambrientos, diciéndoles que esos frutos no son dañinos. «Comed los frutos del árbol espinoso arrak cuando han ennegrecido. Yo los comí en la época en que fui pastor».
Un hecho concreto: durante toda su infancia, su adolescencia y su juventud, Mahoma se niega a participar en los juegos y diversiones de sus compañeros de la misma edad. Es la timidez de los huérfanos y los pobres lo que le aleja de los sitios en que otros se divierten.
En la época que guardaba rebaños y servia en las caravanas, Mahoma iba a la feria de Ukaz. Era la feria más célebre de Arabia. En aquella tierra, en la que nadie se establece y arraiga, había gentes que sacaban del comercio sus medios de subsistencia. Los lugares en que se comercia son las ferias. Tienen lugar durante la peregrinación a La Meca, en los meses de “Tregua de Dios”. Porque. durante esos meses, los caminos están libres.
Nadie Osa atacar a los extranjeros. El hecho de que se dirijan a La Meca en peregrinación, o a la feria, los asegura contra los ataques tanto como una arn1adura de soldado.
Ibn-al-Kalbi cuenta, basado en la autoridad de su padre que, “cuando se salía de casa en calidad de hadj- peregrino - o de dadj - mercader - durante los meses de tregua de Dios, se llevaba a los animales de sacrificio, a los que se marcaba con las señales del sacrificio; collares y heridas manifiestas del animal”.
Él mismo llevaba el vestido de peregrino. Eso le garantizaba la seguridad, entre los profanadores de la «Tregua de Dios».
“Si el hadj se hallaba solo, temeroso por su vida, y no encontraba los animales para el sacrificio ritual, marcaba su propia persona con las señales del animal de sacrificio; llevaba un collar de cuerda de pelo de cabra o de camello y cubría su cuerpo con lana (sufah). Eso le hacía inviolable. Y cuando quería regresar de La Meca llevaba un collar hecho con la corteza de los árboles del territorio sagrado, haram.
“Si un dadj -es decir, un comerciante- o algún otro iba La Meca sin conocer sus costumbres y sin llevar el vestido del peregrino, corría el riesgo de ser maltratado y expoliado por los profanadores de la “Tregua de Dios”.
“Los nobles que se dirigían a la ciudad llevaban velos para pasar inadvertidos. Eso por el temor de ser sorprendidos un día por los bandidos profesionales, que pedirían después enormes rescates”.

En la feria de Ukaz - ciudad de la región de La Meca, pero cuyo emplazamiento no ha sido fijado con precisión - Mahoma hace un descubrimiento sensacional: existe en el mundo a1go más importante que el oro: es la palabra. Como dice el poeta Kab-ibn-Zuhair: «El hombre sólo vale por su lengua y su corazón. Lo demás no es más que un despreciable edificio de carne regado con sangre». Tal descubrimiento es de capital importancia para un huérfano pobre y humillado. Todos los árabes, antes de Mahoma, lo han hecho ya. Porque la palabra es el oro de los árabes. Si no poseyeran ese oro -la palabra - es decir, los tesoros de la poesía y de la palabra, la existencia de los árabes en el desierto no sería posible. Las nueve décimas partes del paralelogramo de Arabia están cubiertas de arena, son estériles. Toda la arena destinada al mundo entero se ha volcado sobre Arabia. A cambio de esto, Dios ha ofrecido a quienes están condenados a vivir en la arena estéril y ardiente, un cielo lleno de estrellas, como no lo hay en ninguna otra parte. Para que miren a lo alto y no vuelvan los ojos al desierto que hay bajo sus pies. Les ha dado el turbante, que les será más precioso que una corona imperial, bajo el sol del desierto. Les ha dado la tienda, que en el desierto tendrá más precio que un castillo. y la espada, más ligera que el viento. Pero el don más importante es el de la palabra.
Los tesoros de la poesía. Los tesoros de los cantos y de las leyendas. El árabe ha recibido el don de modelar, en el verbo y por el verbo, todo lo que otros modelan con la piedra, el metal, el mármol, la seda, el color. El árabe vive condenado a no poseer
ningún arte. No puede edificar palacios, ciudadelas y catedrales, con arena y sobre la arena. Está condenado a vivir sin arquitectura. No puede esculpir la arena. y fuera de la arena, no posee otros materiales. Así que está condenado a no tener escultura. No puede pintar con arena. No tiene pintura. La palabra debe hacer las veces de todas las artes. El árabe ha creado las artes únicamente con la palabra y en la palabra.
La poesía es el único tesoro nacional que poseen los árabes. Es su oro. Su historia. Todas las artes en una sola. «No se puede conocer las genealogías, la historia, las fechas de las batallas, los diversos acontecimientos referentes a los árabes, sino reuniendo
sus poemas».
En efecto, la poesía es el repertorio de su saber, el lugar en que se muestran sus costumbres y el receptáculo de su ciencia.
El poeta, en el país de los árabes, no es una persona cua1quiera. Nunca. El poeta - el chair - es un sacerdote, un curandero, un árbitro, un sabio y un jefe.
El poeta conoce el arte de envenenar las palabras. Puede matar al enemigo con palabras, igual que si lo matara con dardos envenenados. Durante una batalla, Mahoma no se dirige ni a los arqueros ni a los caballeros, sino al poeta Hassan-ibn-Thabit y le ordena aplastar al enemigo: «Lanza invectivas contra ellos. Y, por Dios, tu invectiva será más fuerte que la caída de las flechas en la oscuridad de la noche. Lanza invectivas contra el enemigo y Gabriel, el Espíritu de Santidad, estará contigo».

El poeta es omnipotente; puede matar por medio de la palabra. Puede curar mediante la palabra. Puede, con sus versos, traer la alegría o la tristeza; puede desencadenar la cólera, la venganza, la guerra. El poeta puede suscitar la tranquilidad de espíritu, la amistad, el amor y la paz. El poeta puede entusiasmar y puede desmoralizar. El poeta es un personaje sagrado.
Para cada estado de ánimo, los árabes poseen la poesía y el poema oportuno. Porque, en la vida del árabe, la poesía es cotidiana e indispensable, como el aire y la luz. “Entre los poetas, cuatro bastan: Zubair, cuando está conmovido; Nabigha, cuando tiene miedo, A'cha cuando está encolerizado y Antara cuando se arrebata».
No es poeta quien quiere. La poesía es un don y una maldición. El poeta Immaya-ben-Abus-salt, coraichita de La Meca, como Mahoma, pero que ha rechazado las religiones paganas, cristiana, judaica y el islam, para ser un hanif, un libre buscador de Dios, afirma que un águila le ha abierto el pecho con sus garras y le ha introducido en la cavidad torácica el don de la poesía. De esta manera, ha llegado a ser poeta.
El poeta Qudama afirma: «yo y cada uno de los poetas del género humano, tenemos en nosotros un demonio. Ningún poeta me ve sin ocultarse, como nacen las estrellas de la noche cuando ven a la luna».
Los poetas árabes son, en general, los «duros» de la nación, los personajes indomables. Buscando el absoluto, chocan con las leyes férreas de la tribu y de la sociedad nómada. Entonces rompen todo lazo de unión con su propia tribu. y se hallan de nuevo solos, en el desierto. La mayoría de los poetas árabes han errado, lejos de su clan, solitarios en el desierto, pobres, viviendo como las bestias y los salteadores de caminos. Pero su libertad ha sido total; su orgullo, infinito. «Vivían separados de sus propias tribus, desplazándose en el desierto con plena libertad, buscando sus medios de subsistencia en la rapiña y en las «razzias», como lo hacen entre nosotros quienes, en las poblaciones de
Chammar y del Hedjaz septentrional, son conocidos con el nombre de bawwaq. Entre los fuera de la ley, los saalik, aunque llevando una vida salvaje, florecieron los poetas, los más conocidos de los cuales son Thabit-ibn-Jabir-al-Fahmi, llamado Ta-Abbata Sharran, y Chanfara-al-Azdi, que vivieron en el siglo VI”.
Oyendo una poesía de Kab-ibn-Zuhair, Mahoma se quita el manto y lo ofrece al poeta en señal de admiración.
Todos los jefes de tribu tienen, para poder ejercer su autoridad, el don de la elocuencia. Said, amir, qail, palabras que significan «jefe», significan también “el que habla”.
En Ukaz celebrábase una feria especial en la que se enfrentaban, en leal combate, todos los poetas árabes. Los vencedores de aquellas competiciones pan-árabes de poesía, eran venerados.
Sus poemas, transcritos en seda negra, con letras de oro, eran suspendidos en el recinto del santuario durante un año, para que sus versos fueran conocidos por todos. Los poemas coronados son los mu-allarat, que quiere decir «los colgados».

Muhammad Hamidullah describe así los concursos poéticos: «En Ukaz había peculiaridades que no se hallaban en ninguna otra de las ferias de Arabia. Así, un rey del Yemen, enviaba allí una espada o un manto de excelente tejido, y hasta un caballo
de pura raza, y hacía que se proclamara: «Debe adquirirlo el más noble de los árabes».
Inmediatamente se levantaba un estrado. Presentábanse los candidatos. Y explicaban - generalmente en verso -, por qué motivo cada uno se consideraba el más bravo, el más noble y el más digno entre los árabes, teniendo así el derecho de adquirir el objeto puesto en venta a intención del primero entre los árabes.
La muchedumbre, apasionada, hacía de árbitro. Normalmente, ganaba la tribu que poseía el mejor poeta.
Esas competiciones poéticas, esas luchas poéticas por la gloria, llamadas mufajara tenían otros objetivos. Los enemigos eran atacados con virulencia. A veces, dos o tres clanes luchaban furiosamente, en lucha a vida o muerte, pero sólo con palabras. Durante la «Tregua de Dios» estaba prohibido el recurso a las armas y a la violencia. Por lo tanto, los vencedores eran aquellos que poseían el arte de matar mediante la palabra.
También ,había arreglos de cuentas que no podían ser liquidadas por la vía de las armas. Exponíase el caso ante la muchedumbre, para que el pueblo fuera el juez.
«Si alguien traicionaba a otro, se iba a Ukaz, izábase la bandera de la traición y se arengaba al público, para describir esa traición; después se añadía: "Oídme: fulano es un traidor. Sabed conocerlo. No realicéis con el ni contrato ni matrimonio. No os sentéis en su compañía. No le dirijáis la palabra."».
Si quien había sido injuriado contaba en su clan con un poeta hábil, éste subía al estrado y borraba el deshonor, restableciendo la reputación y haciendo posibles, en consecuencia, las transacciones comerciales.
En Ukaz, un árabe, padre de varias hijas muy feas- tan feas que no lograba casarlas- suplicó a un poeta que acudiera a cantar en público los méritos de sus hijas. Éstas hallábanse presentes. Feas. El poeta hizo su elogio de tal manera que, inmediatamente, todo el mundo las halló soberbias. Afluyeron las demandas de matrimonio por docenas, para cada hija. Todos estaban convencidos, gracias al poeta, de que las jóvenes eran
verdaderos tesoros femeninos, que no había que dejar perder. Y todos querían tener una de aquellas jóvenes por esposa.
Las ventas tenían lugar cuando el mercader había hecho el elogio de sus productos. De ese elogio dependía la venta. Cuando, por fin, estaba convencido, el adquisidor echaba un guijarro sobre la mercadería, como se levanta la mano en una lonja. En esta feria de Ukaz escucha Mahorna los primeros sermones religiosos.
Y ejercen en él extrema influencia. El predicador que, desde lo alto del estrado, habla de Dios a la muchedumbre - y que sucede a los poetas - es el obispo Quss-ibn-Sadiya, jefe religioso de la ciudad de Nedjran, donde veinte mil cristianos fueron quemados vivos por no

querer abjurar de su fe. Ahora, el Nedjran está poblado de nuevo y es cristiano. El obispo ha venido a Ukaz para hacer el elogio de Jesucristo. Quss, boca de oro del
desierto, se expresa en prosa rítmica y rimada. El auditorio está como embrujado. Cientos de personas abrazan el cristianismo, gracias al obispo poeta.
Para Mahoma, la visita a la feria de Ukaz, es una lección importante. Algunos cobran en la feria el gusto de ganar dinero.
Mahoma vuelve de ella convencido de que el oro de los árabes es la palabra.
Sigue trabajando como criado de caravana y como pastor.
Pero ahora está convencido de que «quien sólo cumple con sus deberes es como si no lo hiciera. Pero nada puede añadirse, mientras no los haya cumplido íntegramente».
Mahoma cumple sus deberes cotidianos. Minuciosamente. A la perfección. A fin de poder - después de eso - hacer aún otra cosa que importa. Pero sus deberes diarios son aplastantes.
Los pobres y los huérfanos tienen en la vida mil deberes más que los ricos. Mahoma los cumple. Con la paciencia del árabe.

XIII

A FIN DE QUE LA JUSTICIA NO MUERA...

«Perder los propios bienes no es una vergüenza. Pero es vergonzoso perder paciencia y valor cuando se es desdichado».
Quienes de la paciencia se hacen una ley , serán los únicos salvados.
«Contempla bien tu desgracia: acabarás por ver un oasis en ese desierto».
Tales son las divisas del árabe. Por lo tanto, las de Mahoma.
En su adolescencia, respeta la ley primordial de los pobres y de los nómadas. Resiste. Tiene paciencia.
Hasta el fin de su vida, Mahoma dará pruebas de una paciencia que supera las fuerzas humanas. Su segunda cualidad es la fidelidad. En esa época, quienes lo conocen le llaman El-Amin, -«el fiel». Uno de los interlocutores de Mahoma- en negocios -le fija una cita, pero se olvida de acudir a ella. Tres días más tarde, pasa por casualidad ante el lugar en que se había fijado la entrevista: allí está Mahoma.
Uno de los que dan trabajo a Mahoma, llamado Qais-ibn-as-Zaid, está sorprendido por el desinterés que manifiesta el futuro profeta. Cuando se le pide un servicio, Mahoma deja sus propios asuntos y cumple lo que ha prometido. «En cambio, mis clientes, si me confiaban alguna misión, me preguntaban siempre a mi regreso noticias acerca de sus negocios. Mahoma sólo se interesaba por mi salud y bienestar».
La existencia de Mahoma se desenvuelve, anónima, entre los ricos negociantes de La Meca. Acompaña a su tío, generoso, pero pobre, Abu-Talib; en la guerra de la profanación, o fijar, que tiene lugar

entre los coraichitas y una tribu del sur, que ha profanado la «Tregua de Dios». Los cronistas afirman que, en esta guerra de profanación, Mahoma, que es un adolescente, no tiene otra misión que llevar el carcaj y las flechas de su tío. Otros cronistas afirman que Mahoma toma parte activa en el combate y hiere con su mano al jefe del clan profanador, llamado Abu Bara Mula-ibn-al-Assinah.
Más tarde, Mahoma se enorgullecerá de haber tomado parte en esa guerra. Sin el mes de la «Tregua de Dios», durante el cual nadie ataca ni nadie es atacado, la existencia de La Meca sería inimaginable. No habría ferias, ni peregrinaciones. Si existe La Meca es únicamente gracias a ese pacto sagrado. El Corán dice: Gracias a ese pacto, el viaje de las caravanas ha sido posible durante el estío; y en el invierno, adoran al Señor en esta casa, la Kaaba.
El Señor es quien los ha alimentado y preservado del hambre. Y quien los asegura contra el temor. Mahoma declarará más tarde: «No quisiera no haber participado en esta guerra contra los profanadores de la «Tregua de Dios».
Es la sed de justicia lo que le induce a alistarse en la legión de caballeros justicieros - especie de mosqueteros o de caballeros andantes- legión llamada hilf-al-fudul.
En esa época, la justicia no es concebible en el plano individua1. Si un individuo es saqueado o asesinado, todo su clan se considera expoliado y víctima, y no el individuo que ha padecido el daño.
El culpable o asesino no es - tampoco - un individuo, sino todo el clan a que pertenece.
Esta soldadura del individuo con su clan o, para ser más exactos, esa substitución de la persona por una colectividad, es la primera ley a que debe someterse el individuo desde el instante en que se hace nómada. «Ante la espada del desierto», la persona humana no tiene posibilidad de resistir sino como miembro de una molécula social.
Los inconvenientes de esta ley aparecen cuando el nómada se hace sedentario. Inmediatamente la ley del desierto resulta ser una anomalía. Significa la abolición pura y simple de la justicia.
Por tjempl0, un árabe llegado del Sur, de la tribu Kathan, va a La Meca por negocios. Va acompañado - entre otros - por su hija. Un negociante de La Meca, llamado Nubaih-ibn-al-Hadjdj, rapta a la hija del comerciante del Sur. El padre de 1a joven no tiene posibilidad alguna de acción. En La Meca no hay policía. No hay tribunal. Cada clan se toma la justicia por sí mismo. Por otra parte, la culpabilidad del individuo no se concibe siquiera: solamente la culpabilidad del clan.
Al Padre de la joven no le queda más que una solución: volver al Sur, convencer a su tribu para que tome las armas y ataque a la tribu coraichita, a la que pertenece el raptor. Pero eso es imposible. Kathan, la tribu del padre, es una tribu mínima.
Nunca podrá tomar las armas contra La Meca. Además, el final del viaje y de las marchas, coincidirá con la liberación de la hija, puesto que el raptor no la ha arrebatado más que para divertirse con ella e inmediatamente le devuelve la libertad.

Excitar a una tribu a tomar las armas contra otra, es posible en el desierto, entre nómadas. Pero en el presente caso, ambas tribus son sedentarias. Tienen sus casas, sus ciudades. Ya no pueden moverse. No están próximas la una de la otra. El rapto quedará, pues, sin castigo, como quedan impunes miles de crímenes.
En esa ocasión, para que la justicia no muera del todo y no desaparezca de la superficie de la tierra, se constituye en La Meca una liga de caballeros justicieros, que defienden a los expoliados ya los ofendidos. De ese grupo de caballeros andantes, forman parte hombres de las tribus Hachim, Muttalib, Asad, Zurnah, Taim, y al-Harith-ben-Fhr.
Los caballeros defensores de la justicia se reúnen en torno de la Kaaba y prestan el siguiente juramento:
«Por Dios: todos nosotros seremos como una sola mano a favor del oprimido contra el opresor, hasta que éste respete el derecho de aquél. y esto, hasta que el mar sea capaz de mojar una concha y tanto tiempo como el que permanezcan en pie los montes de Hira y Thabir. y lo haremos con perfecta imparcialidad, sin tener en cuenta el que el oprimido sea rico o pobre».
Para sellar ese juramento, pronunciado ante el santuario, los caballeros justicieros de la organización hilf-al-fudul lavan la piedra negra del santuario de la Kaaba con el agua de la fuente Zam-Zam. Después, uno tras otro, beben de esa agua, como en una comunión. Tras haber prestado juramento, con el misterio y la poesía de rigor en un juramento de mosqueteros, los defensores se disponen a cumplir sumisión. En primer lugar, rodean la casa de Nubaih-ibn-al-Hadjdj y le conminan a liberar inmediatamente a la batul, es decir, la virgen cautiva, para que sea devuelta a su padre. El raptor pide un plazo de una noche por lo menos. Pero se le obliga a renunciar a su cautiva sin plazo alguno. La justicia no ha muerto del todo. El padre de la joven no cree lo que ven sus ojos y sabe por fin que existe una justicia aplicable a los individuos.
Otro caso llega a su fin poco después de la liberación de la doncella raptada. Abu-Jahl- el tío de Mahoma -, descrito por los cronistas como una figura del infierno destacada entre los hombres, adquiere mercancías de un negociante de la tribu Arach, pero después se niega a pagar.
Para demandar justicia, la víctima no tiene otro remedio que venir con su tribu - en armas - a combatir a la tribu de Abu-Jahl. Esto es prácticamente irrealizable. El Hilf-al-fudul se entera del asunto. Mahoma se presenta ante su tío y, en nombre de la justicia eterna y del Hilf-al-fudul, le exige el pago de la suma debida.
Este modo de actuar provoca sorpresas. Suscita temores.
Abu-Jahl paga. Nadie trata de oponerse al Hilf-a1-fudul.
Mahoma está muy orgulloso de pertenecer a ese grupo de caballeros que defienden a los oprimidos y expoliados. Más tarde afirmará que no cedería ese honor de haber pertenecido a la organización Hilf-al-fudul, ni siquiera a cambio de un rebaño de
camellos rojos.

Por su pertenencia a ese grupo, Mahoma da el primer paso que le lleva por encima del clan y de la familia. Se trata aún de un pequeño paso. Porque los ricos y poderosos de la tierra se creen inviolables e intocables. Hilf-a1-fudul les recuerda que se hallan en un error. Que la justicia se ha hecho para todas las criaturas, como el aire y la luz del sol.

XIV

EL MATRIMONIO DEL PROFETA

Mahoma es muy pobre. Tiene ahora veinticinco años. Sigue viviendo con su tío, este Abu-Talib que tiene el don de crearse deudas y no poder reembolsarlas.
Abu- Talib dice a Mahoma: «La sequía de varios años nos ha afectado duramente. Ve a Kadidja, que conoce tu honestidad, y pídele que te confíe algo, como lo ha hecho con tantos otros, a fin de que puedas partir con la caravana para Siria. De esta manera podrás asegurarte alguna remuneración».
Kadidja, a la que en La Meca llaman las gentes con el nombre de tajirah -la comercianta- es una mujer de cuarenta años.
Riquísima. Dirige por sí misma sus negocios. Ha nacido de la familia Juwailid y forma parte de la tribu Asad. Kadidja ha estado casada dos veces. De su primer matrimonio, tiene un hijo llamado Hind; del segundo, una hija, igualmente llamada Hind.
Además de tajirah, «la comercianta», los habitantes de La Meca la llaman también tahinah, o «la honesta». Habita en una casa de las más bellas de La Meca. Sus caravanas cuentan entre las más importantes.
Mahoma se presenta ante Kadidja y halla un puesto en la caravana que sale para Siria. Es hombre de confianza. Es el-amin, fiel. En su viaje, acompaña a Mahoma el sobrino de Kadidja llamado Juzaimath, y un esclavo de su dueña, Maisarath.
La caravana atraviesa de nuevo Bosra. El monje cristiano Bohaira ha muerto. En su celda habita otro monje, llamado Nestorio. Maniqueo o no, Nestorio explica a Mahoma, como su predecesor, que Dios no es propiedad exclusiva de una raza o de un pueblo, como pretenden los judíos, y que Dios se manifiesta a los hombres santos de todas las nacionalidades y en todas las latitudes. Los hombres pueden llegar a la santidad, aunque no sean judíos ni cristianos: da lo mismo que sean de color rojizo, amarillo o negro, japonés o indio. Dícele que incluso los árabes pueden escuchar a Dios. y que, hasta entre los árabes, puede aparecer un profeta.
Por su viaje, Mahoma recibirá un camello como salario.
No se trata de un gran salario. Un camello vale, en aquellos tiempos, cuatrocientos dirhams. Un esclavo, entre doscientos y ochocientos dirhams. Un cordero, cuarenta; una lanza, cuatro; y, un palanquín, de los que se colocan sobre los camellos, cuesta

trece.
Mahorna está satisfecho con su salario; y la tajirah, la comercianta, está contenta con los servicios de EI-Amin. Mahoma es enviado de nuevo con las caravanas siguientes, qúe acuden a otras ferias.
Mahoma es un hombre guapo. Ante todo, tiene unos ojos bellos, grandes, negros, inteligentes. Su mirada es tan penetrante, que puede «contar doce estrellas de la constelación de las pléyades». Ama mucho sus ojos; está orgulloso de ellos y los
cuida, humedeciéndolos con kohol y colirio de antimonio.
De estatura mediana ni alto ni bajo, tiene unos cabellos abundantes, negros, lisos, que lleva sobre los hombros; una barba bien provista, negra y densa. Cuida con especial atención sus cabellos y su barba, perfumándoselos a la moda de su tiempo. «El sudor de su frente se deslizaba en perlas, cuyo perfume era más dulce que el almizcle». Sus cabellos son largos, como los de Jesús, pero Mahoma los lleva separados en dos por una
raya, ala manera árabe. Su tez es blanca. «Su boca y sus dientes brillantes parecen perlas en una caja de rubíes». La cabeza tiene un esqueleto poderoso: la frente es alta y la nariz
aquilina. «Tenía las palmas llenas y las plantas de sus pies no mostraban surcos, de manera que dejaba en el suelo una huella uniforme».
De lo que puede. deducirse que Mahoma tenía la costumbre de caminar, como los demás árabes pobres, con los pies descalzos. Su voz es clara y dulce. Habla «tan despacio, que podrían contarse las letras de las palabras que pronuncia». Tiene el busto muy largo con respecto al resto de su cuerpo, de manera que parece más alto que los demás hombres cuando permanece sentado a la mesa, al lado- de los otros. Mahoma camina con rapidez, como si bajara por una pendiente. «Era hermoso como la luna de la decimocuarta noche».
Kadidja, la comercianta viuda, .su patrona, mirándole desde un balcón de se hermosa casa, lo encuentra de su gusto y decide casarse con él. Si lo consigue, Mahoma quedará libre de la pobreza. En su vida entrará la abundancia. Tendrá el rebi, como dicen los beduinos nómadas cuando cae la lluvia y surge un poco de hierba en el desierto, después de las terribles épocas de sequía y hambre.

* * *

Sin embargo, el matrimonio de Kadidja y Mahoma no es una cosa tan sencilla. Entre ellos no hay más que diferencias. En primer lugar la edad: la mujer tiene cuarenta años y él veinticinco. Sigue la diferencia social: Kadidja es muy rica y Mahoma muy pobre. El clan de Kadidja se opondrá encarnizadamente a ese matrimonio. Además, a pesar de todas las demostraciones que le hace la rica viuda. Mahoma no comprende que Kadidja pueda desearlo como esposo.
El primero en hablar a Mahoma de ese matrimonio es el esclavo Maisarath, su compañero de caravana que le pregunta lo que pensaría de un eventual matrimonio con Kadidja. Mahoma ríe, tomando la pregunta por una broma. Nada hay de común entre la

patrona y su empleado. Además, ¿no piden continuamente la mano de Kadidja negociantes de La Meca, ricos y de buena posición? Ni las insinuaciones de Kadidja, ni las preguntas de Maisarath sirven de nada.
Tajirah, la comercianta, envía ahora junto a Mahoma a una mujer llamada Nufaisah, con la misión de decirle explícitamente que ella lo quiere por marido. Porque Mahoma no comprende.
Nufaisab es una muwalladah, es decir, una mujer cuyos padres no son árabes. Puede pennitirse el realizar oficios que una mujer nacida de padres árabes no aceptaría en modo alguno. Es una maulath, una extranjera. Una kahinah, o sea, una bruja. Con
la libertad que le confiere esa ausencia de estado civil, Nufaisah aborda a Mahoma en plena calle y le habla claramente.
Llama su atención sobre el hecho de que es un hombre guapo y serio. Trabajador y joven. Ventajas y méritos que pueden incitar a C1ta1quier mujer a enamorarse de él. y pregunta a Mahoma por qué no se casa. Responde el joven que es demasiado pobre para tomar esposa. Lo poco que gana lo dedica a Abu-Talib ya su familia, que lo han criado desde los ocho años y se encuentran en gran miseria.
Nufaisah pronuncia el nombre de
Kadidja. Dice que, si Mahoma está de acuerdo, Kadidja se casará inmediatamente con él. Mahoma es escéptico acerca de eso.
Consulta a Kadidja y ella confirma las palabras de Nufaisah.
Se fija la fecha del matrimonio. Pero la ley árabe exige, además del consentimiento de los interesados, el de los clanes a que pertenecen.
El padre de Kadidja murió en la guerra de profanación, la Fijar. El jefe de la familia Asad se llama Amr-ibn-Asad. Su consentimiento parece una formalidad, puesto que Kadidja es una mujer de edad madura. Pero no se puede pasar por alto esa formalidad. El consentimiento debe ser obtenido de manera oficial y ante testigos.
Como el viejo Amr, jefe del clan de Kadidja, se niega a consentir en el matrimonio, se recurre a una estratagema. Ambas familias, la de Mahoma y la de Kadidja, son invitadas a un festín. La familia de Mahon1a está representada por Harnza y por Abu-Talib. Durante. el banquete, embriagan al viejo Amr-ibn-Asad. Cuando está completamente borracho, le piden el consentimiento al matrimonio. y lo otorga. Cuando sale de su estado de embriaguez, se celebra el matrimonio.
El viejo protesta. Pero ya es demasiado tarde.
«Amr vio que Kadidja no quería ceder en nada. Creyó un deber callarse y dejar que cl marido llevara a su casa a la esposa».
E! esposo está obligado a pagar a la esposa una dote, llamada mahr: Mahoma paga a Kadidja, según sus modestas posibilidades, la suma de quinientos dirhams. Con esta suma, doce onzas de plata o quinientos dirhans, ni siquiera podían comprarse dos camellos. Por esta razón, los historiadores han aumentado la cifra de la dote pagada por el profeta, subiéndola a veinte camellos. Entre los invitados a las bodas se halla también Halima, la nodriza de Mahoma, que le ha amamantado en el desierto. Recibe de Kadidja, a manera de regalo, varios camellos. Halima volverá a La Meca cada

vez que se encuentre en la miseria. Entre los regalos que reciba de su hijo de leche, se mencionan cuarenta corderos y un camello, con los que vuelve al desierto en el que criara a Mahoma.
La generosidad y fidelidad para con los que le han ayudado en la adversidad son rasgos esenciales en Mahoma. Nunca se ha mostrado ingrato para con los que le han tendido una mano de ayuda cuando se hallaba en la miseria. Poco después de su matrimonio, adopta a Alí, hijo de Abu-Talib. Libera a un joven esclavo que le ha ofrecido Kadidja y se llama Zaid-ibn.Haritah.
Y no sólo da la libertad a ese esclavo, que es un cristiano de Siria, sino que lo adopta. Cuando los padres de Zaid saben que su hijo vive, acuden a La Meca. Pero Zaid se niega a volver con su familia; se queda con Mahoma. Explica a su padre: «He visto en mi maestro - Mahoma - algo que me obliga a preferirlo a vosotros, para siempre».
Gracias a Kadidja, Mahoma ha salido de la miseria. Pero ahora quiere también ayudar a los demás a hacer lo mismo. Como Dios ha hecho con él.
¿No te ha encontrado huérfano? Y te ha dado un abrigo. Te halló errante y te ha dado un guía. Te encontró pobre y te ha enriquecido.

XV

MAHOMA EN FAMILIA

Mahoma se casa en el año 595. Su vida familiar es un modelo de pureza y ascesis.
«La ascesis es un negarse al reposo ya los placeres carnales, que no son estrictamente necesarios a la vida». Todo árabe normal, en la época de Mahoma, lleva una vida pura y ascética. Los contemporáneos de Mahoma no tienen que hacer muchos esfuerzos para negarse a los placeres superfluos: esos placeres no existen. Los árabes de ésa época se hallan en la misma situación que los profetas del Antiguo Testamento. Sara, mujer
de Abraham, escoge a una esclava joven y virgen y la acuesta en el lecho de su marido. Noé se embriaga, se desnuda en público y se muestra desnudo ante sus hijos. y sin embargo, ni Noé ni Abraham son unos libertinos. Al contrario, son seres puros. Como los niños, que no pueden ser libertinos. El talmudista explica: «Debemos decir aún, con respecto a la ascesis, que hay una distancia considerable que nos separa de los grados en que se hallaban nuestros padres: Abraham, Isaac, Jacob, y los que eran como ellos poseían un espíritu puro. Sus pasiones eran débiles y su alma estaba guiada por la razón. Pocos mandamientos bastaban para dirigirles por los senderos del culto divino: eran fieles ante el Señor y no necesitaban de una ascesis que rebasara la norma fijada por la Ley. Cuando sus descendientes se instalaron en Egipto - era en los tiempos de José las pasiones se hicieron más fuertes, crecieron los apetitos, el instinto subyugó a la razón. La pasión desenfrenada exigía una ascesis tan

estricta como fuerte. Dios les impuso deberes conocidos por vía de la tradición, que agravaron su ascesis a la medida
de su debilidad. . . (Los bienes de este mundo sustraían al hombre a su destino celestial). Por el poder de su razón y por la pureza de su alma, los antiguos podían cultivar la una sin dañar a la otra, como está dicho. Tu padre comió y bebió y practicó justicia y
derecho, y eso le hizo bien.
Para comprender la vida de Mahoma, tenemos que situarla en la perspectiva en que el talmudista sitúa a Abraham, Jacob y Noé.
En La Meca, la vida es austera. Como la vida de los primeros profetas de la Biblia. Por entonces no existen, en toda Arabia, más que unos pocos lechos; y éstos se encuentran en La Meca.
En general, se duerme en el suelo, sobre el que se coloca una alfombra o estera. No hay mesas. Se come sobre una estera y en palmas de datileras. Los utensilios pueden contarse con los dedos de una mano: un vaso para beber, un cofre, una escudilla. . . Eso es todo. Aicha, mujer de Mahoma, nos informa que en la época del profeta no se había inventado aún el tamiz; y para tamizar la harina, las mujeres hacían pasar los cereales
molidos en un mortero de madera, de una mano a la otra, soplando con sus labios las cáscaras y el afrecho. Todos los cronistas del tiempo mencionan como un lujo y señal de grandeza el hecho de que Mahoma haya poseído una servilleta para secarse las manos y enjugarse el rostro.
Mahoma come lo que le ofrecen. Si en la comida hay dátiles, no toca el pan; ambas cosas seria demasiado. Si come pan - lo que es raro - no come dátiles. Su plato preferido es el tharid, sopa de cereales, en la que a veces se pone carne. Pero los árabes no comen carne más que una vez al año.
En aquel tiempo, los hombres gustaban mucho de los perfumes. El pecado- si puede considerarse como tal- es menor.
Perfuman incluso el agua que beben. El Corán nos anuncia que en el Paraíso, el agua estará perfumada con almizcle y alcanfor.
En esta sociedad, la ascesis es automática y endémica. No se necesitan leyes especiales para reducir los placeres de la carne: en el desierto, tales placeres no existen.
Mahoma viaja. Conoce la Arabia y todas sus tribus. Kadidja le da tres hijos: Qasim, Menaf y Attajir, los tres muertos de corta edad. Después, cuatro hijas: Ruqaya, Zainab, Umm Kultum y Fátima. Sólo Fátima tendrá descendientes. A los miembros de la familia hay que añadir a Alí, el hijo de Abu-Talib, adoptado por Mahoma, y Zaid-ben-Haritah, el joven esclavo cristiano de Siria, que ha sido liberado y adoptado por el profeta.
Un hecho de extrema importancia es el que, por su matrimonio, Mahoma penetra en el clan de Kadidja, en el que se hallan los hombres más notables desde el punto de vista cultural. En 1a familia de Kadidja están los hombres más sabios de La Meca, los hanif. Warakah-ibn-Naufal, primo de Kadidja, se hará cristiano y probablemente sacerdote.

Ubaidallah-ibn-Jahsh, hijo de una hija de Abd-al-Muttalib, cambiará dos veces de religión, para acabar muriendo cristiano.
Uthman-ibn-Hwarit se hará cristiano y morirá en Bizancio. y, por último, está el hanif Zeid-ibn-Amr. Una hermana de Waraka lee la Biblia.
Todos estos hanif, que ahora se han convertido en parientes y amigos de Mahoma, han roto prácticamente con el paganismo, no adoran ya a los dioses y buscan, para llegar al cielo, otro camino que no sea el de los ídolos.
Kadidja-bint-Juwailid será a pesar de la diferencia de edad, de clase social y de clan, la esposa ideal. Mahoma dedica a su esposa un cumplimiento que jamás esposa alguna ha recibido.
Dice que en el Paraíso, Adán considera la vida de familia llevada por Mahoma y Kadidja y exclama con tristeza:
«Una de las cosas superiores que Alah ha concedido a Mahoma sobre mí es el que su esposa Kadidja haya sido para él una ayuda para cumplir la voluntad de Dios, mientras que Eva, mi mujer, no me fue más que una ayuda para desobedecer».

XVI

MAHOMA ENTRE SUS CONCIUDADANOS DE LA MECA

Mahoma aparece por primera vez entre sus conciudadanos de la Meca en el año 605. Es una breve aparición, completamente casual. Tiene treinta y cinco años y desde hace diez está casado con Kadidja. El santuario de la Kaaba se ha incendiado. El fuego ha sido extinguido, pero quedan los daños. Al incendio sigue inmediatamente una inundación. El agua penetra en el recinto del calcinado santuario. Los oligarcas de la ciudad deciden realizar una colecta para reparar los daños. Todo el mundo tiene que participar materialmente. y puesto que se trata de la reconstrucción de un lugar sagrado, se decide aceptar incluso los fondos procedentes de la prostitución. «El resto del dinero era sano».
Durante la colecta de dinero para reparar la Casa del Señor, una nave bizantina naufraga en Chu-Aibach o Djedda, el puerto de La Meca en el mar Rojo. Dios muestra a los árabes - una vez más - que es bastante poderoso y rico para defender por sí solo su casa, como lo hizo en la época de la invasión del ejército de los elefantes, y que puede reparar los daños causados por el incendio y la inundación sin pedir dinero a los hombres. En la nave naufragada hay únicamente materiales destinados a la construcción de una iglesia cristiana en el Yemen. Ahora, esos materiales serán utilizados en la Kaaba. La nave ha quedado embarrancada en la costa: es imposible que siga su navegación. En las calas del barco destrozado hay mármol, madera, mosaicos, metal, ornamentos. y hay también un maestro constructor de santuarios, llamado Baqum.

El constructor enviado por Dios con los materiales - aunque cristiano - es invitado a reconstruir el santuario de la Kaaba. El maestro bizantino, de origen abisinio, acepta. Comienza por demoler el antiguo santuario, para elevar otro más bello y más grande. Cuando ven que aquel hombre destruye la Casa del Señor- sean cuales fueren las intenciones que le animan -los ciudadanos de La Meca son presa del terror. Aquello es una profanación. El maestro explica que nada puede construirse si antes no se derriba lo que hay. Los coraichitas no pueden soportar el ver a una mano humana dar golpes de pico en el santuario.
Ni siquiera para elevar otro más hermoso. Así pues, se interrumpen los trabajos. y todos esperan una intervención celeste.
En uno de los pozos próximos al santuario se esconde desde hace muchos años un dragón. De vez en cuando, sale del pozo, provocando el pánico de la población. Es imposible matarlo. Inmediatamente después de la interrupción de los trabajos de demolición, el dragón - especie de reptil gigantesco y espantoso- sale del pozo para calentarse al sol, como tiene por costumbre.
Pero en cuanto el dragón está fuera del pozo, un águila desciende a pico sobre el santuario y, cogiendo con sus garras al dragón, grande como un cocodrilo, lo levanta en los aires y se lo lleva. La Meca ha quedado libre del monstruo. Los coraichitas, con ayuda de los adivinos, interpretan esa señal como un permiso concedido a los hombres para demoler el viejo santuario.
El maestro bizantino vuelve a su trabajo. Todo el mundo mira con terror cómo su pico destroza la casa del Señor. Cuando llega a los fundamentos, a la piedra colocada por Abraham, se ordena al maestro detenerse. Nadie tiene derecho a tocar la piedra traída del Paraíso.
Por lo tanto, hay que edificar junto a la piedra de Abraham. Terminado el edificio, preséntase otra dificultad. La piedra de Abraham debe ser colocada en el nuevo santuario. Acerca de esto, todos están de acuerdo; en lo que no lo están tanto es sobre quién debe recaer la misión de realizar el traslado. Todos pretenden semejante honor. Esta vez, la conciliación es imposible. Cada clan aporta jofainas de sangre y jura, a la manera pre-islámica, es decir, bebiendo un poco de sangre, que se opondrá hasta la muerte a que otro clan tenga el honor de desplazar la piedra. Surge la guerra entre los coraichitas. Pero inmediatamente aflora la idea de un arbitraje. «Aceptaremos el arbitraje de la persona que primero llegue al recinto de la Kaaba.»
La primera persona que se presenta es Mahoma. De pronto, se convierte en árbitro entre los ciudadanos de La Meca.
Mahoma da la primera prueba publica de su habilidad política. Propone que se extienda una lona de tienda y que se deslice sobre ella la piedra del santuario, que será después trasladada a su nuevo emplazamiento por todos los hombres coraichitas.
La propuesta es aceptada con entusiasmo. Deslizada la piedra sobre la tela, los hombres de diez clanes la arrastran a la vez y la llevan al santuario. El prestigio de Mahoma aumenta de manera vertiginosa.

Él mismo parece muy satisfecho. Deja sus vestidos y, con el torso desnudo, ayuda a levantar la carga. Pero el sol de Arabia no permite que se le afronte a torso desnudo: es como una espada. Mahoma cae herido de insolación y debe ser socorrido por su tío Abbas.
Tras la construcción del nuevo santuario, se coloca allí a los ídolos, las imágenes y objetos sagrados, como en un museo.
Porque todas las religiones de la tierra tienen su puesto en la Kaaba. Sin embargo, aunque el santuario sea internacional y aunque en él se encuentre, junto a Abraham, a Jesús, Moisés y Hubal, los árabes adoran exclusivamente a Alah, «El señor de esta Casa». El término árabe para designar a Dios.
«Alah es una contracción de AI-Illah que como ho theos de los griegos, significa «el Dios», pero la palabra era tomada ordinariamente en el sentido de Dios supremo, o Dios».
Después de su aparición en la Kaaba, no volvemos a encontramos a Mahoma antes del año 610, es decir, cinco años más tarde. Esta vez acudirá a los ciudadanos de La Meca para anunciarles que ha encontrado a Dios.
¿Por qué Dios escogió a Mahoma, ya ningún- otro, entre todos los hombres de La Meca, para hablarle y para encargarle que fuera su enviado en la tierra? Hay en La Meca hombres más ricos, más famosos, más cultos. Algunos de ellos han buscado a Dios durante toda su vida, deseando escucharle, verle, percibirlo, aunque sólo fuera por un instante. Darían su vida por un encuentro brevísimo con la Divinidad. Y sin embargo,
no lo consiguen. El encuentro con Dios está reservado a Mahoma.

XVII

EL ENCUENTRO DE MAHOMA CON DIOS

Cuando Mahoma se encuentra con Dios por primera vez, tiene cuarenta años. Es, evidentemente, un acontecimiento: pero un acontecimiento que a nadie sorprende en La Meca.
La muchedumbre se apretuja para escuchar a Mahoma el relato de las circunstancias de su encuentro con Dios: pero esa muchedumbre se emboba y excita menos que a la llegada de una caravana. El encuentro con Dios no es algo tan extraordinario entre los árabes.
En ninguna parte de la tierra se registran más encuentros semejantes que en la península arábiga, en este paralelogramo cuyas nueve décimas partes están cubiertas de arena. Moisés, Abraham, Noé, Job, y toda una serie de patriarcas y de profetas han discutido con el Señor como si fuera un pastor vecino suyo. Incluso Jesucristo. Hijo de Dios, cuando baja a la tierra, viene a vivir en estos lugares, en la península de los árabes.
Los ascetas de todos los países, cuando deciden encontrarse con Dios, acuden al desierto de Arabia.

Allí no existe creación alguna natural o humana que pueda separar a Dios del hombre. El desierto del cielo se confunde con el desierto de arena; se encuentran en el horizonte, en torno al hombre, para no formar más que un solo desierto ilimitado.
Los hombres se encuentran de repente en el cielo; los ángeles y el Creador se hallan de pronto en el desierto de abajo. Cielo y tierra se confunden.
El primer encuentro de Mahoma con Dios ocurre el año 610, de la siguiente manera. Mahoma está casado con Kadidja desde hace quince años. Lleva una vida oscura, exenta de cuidados materiales. A partir de cierta edad, los hombres de La Meca se retiran a una de las colinas circundantes. No lejos de la casa. Existe en torno a La Meca un buen número de colinas y grutas. Y Mahoma hace como todos.
«Mahoma hacía cada año un retiro de un mes al monte Hira».
Abd-al-Muttalib ha hecho un retiro de un mes, cada año, a la misma cueva. Ese retiro va. acompañado de meditaciones y oraciones. Se llama tahannut.
«Durante el mes en que, cada año, el profeta hacía su retiro, alimentaba a los pobres que acudían a él. Concluido su retiro, antes de volver a su casa, realizaba, siete veces o más, la vuelta a la Kaaba. Tras lo cual se dirigía a su mansión».
Otro relato dice:
«Más tarde, el profeta comenzó a amar esos retiros. Se retiró entonces a la caverna de Hira, donde se dedicó al tahannut, es decir, a la práctica de actos de adoración, durante cierto número de noches consecutivas, sin regresar a su casa. A este efecto, se abastecía de provisiones para su alimento.
»Después, volvía a casa de Kadidja y tomaba las provisiones para un nuevo retiro. Eso duró hasta que la verdad le fue reve1ada en esa caverna de Hira».
Un viajero inglés del siglo XVII habla de esas colinas en tomo a La Meca en las que se hacía retiro:
«La Meca está situada en un país desértico, al fondo de un valle o, mejor dicho, en medio de numerosas pequeñas colinas. . .
La ciudad está rodeada de una infinidad de pequeñas eminencia, muy próximas unas a otras. Yo he subido a la cumbre de una de ellas y no he podido ver la más alejada. . . Están formadas por rocas negruzcas; vistas a distancia, semejan un poco montones
de heno».
Un viajero contemporáneo habla del monte Hira, donde Mahoma se ha encontrado con Dios:
«He visitado esa caverna de Hira, que se halla en lo alto del jabal-al-nur, la «Montaña de la Luz», situada a un kilómetro escaso del emplazamiento de la casa de Mahoma. El monte Nur presenta un aspecto muy peculiar. Se le ve ya desde muy lejos, entre las numerosas montañas que lo rodean. La caverna Hira está construida con rocas redondeadas y amontonadas, que forman tres paredes y la bóveda.
»Es lo suficientemente grande para permitir a un hombre estar en pie, sin que su cabeza toque al techo, y lo bastante larga para que

pueda echarse. Por curioso azar, la longitud de esta caverna se dirige hacia la Kaaba. En el suelo, la roca es bastante llana, y en ella se puede disponer un colchón. La entrada está formada por una pequeña abertura colocada bastante en alto, lo que obliga a subir varios peldaños, tallados en la roca, antes de penetrar».
«La tradición popular afirma que esa caverna de! monte Hira fue hecha por el diablo, de un golpe de espada en el flanco de la roca».
Mahoma comienza ya sus retiros anuales. Normalmente se realizan hacia los cuarenta años o después. El retiro tiene lugar durante el Ramadán, que es un mes de ayuno y penitencia. Hay en ese mes una noche en la que todo es posible. Es la noche del Kadir. En esta noche, los milagros están al alcance de la mano, para todo el mundo.
«Esta noche, la natura duerme. Los ríos cesan de fluir. El viento se detiene, silencioso. Los malignos espíritus se olvidan de observar los fenómenos del mundo. Se puede oir cómo crece la hierba. y cómo hablan los astros. En los adormecidos cursos de las aguas, surgen las ninfas. La arena del desierto es dominada por un profundo sopor. Los hombres que han sido testigos de la noche de Kadir se harán sabios y santos; porque en esa noche, han visto el universo a través de los dedos de Dios».
La desgracia está en que ningún mortal sabe cuál es, entre las treinta noches del mes de Ramadán, la noche de Kadir, en la que convendrá velar.
Cuando esa noche llega, todos los hombres duermen. Pocos mortales tienen el privilegio de ser despertados y ver el universo a través de los dedos de Dios. Son santos y sabios hasta el término de sus días en la tierra. «Cuando los orientales y sabios hablan de una gracia del Todopoderoso, y del hombre que ha recibido esa gracia, dicen que tales cosas no son posibles sino en la noche de Kadir, en la noche de los milagros.»
Durante esa noche milagrosa de Kadir, Mahoma tiene su primer encuentro con Dios. El Corán dice:
Nosotros te hemos enviado el Corán en la noche célebre.
¿Quién te dará a conocer el valor de esa noche gloriosa?
Es más preciosa que mil meses.
Fue consagrada por la venida de los ángeles y del espíritu.
Obedecerán las 6rdenes del Eterno y darán leyes sobre todas las cosas.
La paz acompañará a esa noche hasta que se levante la aurora.
El gran acontecimiento se produce de la siguiente manera:
Mahoma se ha acostado, enrollado en su capa, la bourda. De repente. una criatura vestida de blanco y envuelta en una nube de luz, despierta a Mahoma, le tiende una tela de seda, sobre la que está escrito un texto en letras de oro, y le ordena: ikra, lee, recita.
Mahoma responde que no sabe leer. El ángel coge a Mahoma por los hombros, lo aprieta contra si y le ordena por segunda vez: ¡ikra! De nuevo contesta Mahoma que él
no sabe leer. La violencia de la orden, acompañada de una sacudida física, crece: ikra, ordena el ápgel. Mahoma pregunta:

«¡Qué tengo que leer?» El ángel aprieta tanto a Mahoma que éste cree que va a morir. Por fin lo libera de su abrazo y recita.
Mahoma repite con el ángel: «Anuncia en el nombre del Señor que cre6 al hombre. . . y le enseñ6 lo que ignoraba. . .».
Mientras Mahoma recita, le parece que las letras de oro se graban en su corazón. «Me hallaba en pie - declara Mahoma -, enseguida caí de rodillas. . . Después, me alejé, con los brazos temblorosos».
El ángel se va. Mahoma queda solo. Se dirige hacia su casa. Pero ya no es libre. Apenas ha dado un paso, cuando una voz le llama.
«Apenas llegado a la mitad de la colina, oí una voz que venía del cielo y me decía: ¡Oh, Mahoma! Tú eres el ap6stol de Alah y yo soy el ángel Gabriel.
»Alcé los ojos al cielo. Y he aquí que Gabriel estaba allí, en figura de hombre, juntando los talones, en el horizonte del cielo, y me dijo: Oh, Mahoma, tú eres el apóstol de Alah y yo soy el ángel Gabriel.
»Me detuve, mirándole, sin. poder avanzar ni retroceder. Comencé entonces a volver la mirada hacia los otros ángulos del horizonte. Pero no veía ningún rincón del cielo sin ver al ángel Gabriel, en la misma actitud. Permanecí así, en pie, sin avanzar, y sin poder volver sobre mis pasos».
El ángel se aleja. Después, Mahoma vuelve a la casa, arrastrándose.
La divinidad tiene algo de ap1astante. Siempre. El hombre es demasiado débil para poder soportar a Dios. A causa de esto, Mahoma siente una impresión de violencia, de estrangulamiento, de sofoco. La so1a presencia del ángel pesa sobre un hombre como si éste se hallara bajo piedras de molino y toneladas de plomo. Todo lo sobrehumano es aplastante. Hasta el don de la poesía.
El poeta Hassan-ibn-Thabit cuenta que un día se paseaba por las calles de Medina, su ciudad natal. Una diablesa- una ghula, una dhul, es decir, un djinn femenino - le apostrofa.
La ghula tira a Thabit por tierra, le pone la rodilla sobre el pecho y le pregunta:
«¿Eres tú el hombre cuyo pueblo está esperando que se convierta en poeta?»
Y sin esperar respuesta, la diablesa, que mantiene aún la rodilla sobre el pecho del poeta, le obliga a recitar versos. Hasta ese día, Thabit nunca había compuesto poemas. Ahora, por orden de las musas, recita. y sus versos son bellos. La musa le ha poseído, lo mismo en sentido propio que en el figurado. Era poeta. De la misma manera, Mahoma, violentado por el ángel Gabriel, se convierte en profeta, como Thabit se ha convertido
en poeta. Porque no se eleva uno sin violencia por encima del nivel de la condición humana.

XVIII

EL MIEDO AL DIABLO

Mahoma llega a su casa. Agotado. Cuenta a Kadidja lo que acaba de sucederle. La cuestión dramática, terrible, que tortura a Mahoma es saber si la voz que ha oído es la del diablo o la de un ángel.
Todos los místicos se han agotado en buscar y descubrir si quien les habla es Dios o el diablo. Teresa de Ávilá escribe:
«Las palabras, su importancia, y la seguridad que traían consigo, persuadían al alma desde el momento en que procedían de Dios. Este tiempo ha pasado ya. Sin embargo, se despierta una duda, y me pregunto si las frases vienen del demonio o de la imaginación, aunque al oírlas no se experimenta duda alguna acerca de su veracidad, por la que se desearía morir».
Mahoma declara: «Fui a Kadidja y le dije: "Estoy lleno de angustia por mí mismo". y le confié mi aventura. Ella dijo:
"Alégrate, porque Dios nunca podrá causarte confusión. Tu procedes bien para con los tuyos. Eres paciente. Tratas bien a tus huéspedes. Asistes a los que están en la verdad"».
Pero Mahoma no logra recobrar la paz. Tiene miedo. Un miedo terrible a ser quizá el instrumento del diablo. Suplicante, dice a Kadidja: «Escóndeme». Ella le envuelve en un dathar, una capa. Pero la voz del ángel resuena en los oídos de Mahoma:
¡Oh, tu, que estás cubierto con un manto, levántate y mira!...
¡Glorifica a tu Señor!
La narración de Mahoma prosigue:
«Cuando estoy solo, oigo una voz que me llama: "Oh, Mahoma, oh, Mahoma". No sucede mientras duermo, sino cuando estoy bien despierto, y veo una luz celeste. Por Dios, nada he detestado tanto como a los ídolos ya los kahins -los brujos -, que pretenden conocer las cosas invisibles y las por venir.
¿O es que me he convertido en un kahin, en un brujo? ¿No es el diablo el que me llama?».
La luz celeste persigue a Mahoma por doquier, y él vuelve la cabeza.
.
Kadidja, esa mujer a la que Mahoma nunca olvidará y a la que no podrá comparar con ninguna otra mujer - por bella, por joven, por inteligente que sea -, Kadidja le ayuda. Con los medios de que dispone. Medios de una aterradora lógica femenina. Pero infalibles.
Kadidja dice a Mahoma que la llame en cuanto el ángel se le aparezca. Mahoma la llama. El ángel está a su lado, luminoso, y le habla. Kadidja ordena a su marido que se siente sobre su rodilla derecha. Y él se sienta sobre la rodilla derecha de la mujer.
«¿Ves aún al ángel? - pregunta Kadidja.
»-Lo veo- responde Mahoma.
'Kadidja se desnuda. Queda completamente desnuda. Ordena a Mahoma que haga lo mismo. Después le ruega que la coja entre sus brazos y se estreche todo lo que pueda contra ella. Mahoma obedece.
Kadidja pregunta:
»¿Sigues viendo al ángel?
»No- responde Mahoma -. El ángel se ha ido.
Kadidja se viste de nuevo y dice a su marido:
»Ese que te habla es realmente un ángel. No es el demonio».

Y explica a Mahoma que el demonio no se hubiera turbado por la vista de una mujer que abraza a su marido. Pero el ángel es una criatura púdica. Desprovista de perversidad. El hecho de que haya desaparecido, discreto y vergonzoso, significa que es un ángel.
No un demonio. La demostración queda clara.
Kadidja lleva a su marido ante un primo suyo - el hanif viejo y sabio Waraqah-ben-Naufal ben Asad -. Waraqah y su hermana leen los evangelios. Él está versado en materia de religión, de ángeles y de demonios, Escucha atentamente el relato de Mahoma.
«Le conté la aventura- dice Mahoma -, y Waraqah dijo:
"Es el namus, descendido antaño sobre Moisés". (Namus o nomos designa a las leyes divinas tal como son reveladas a los hombres.)
»Warakah repite: "Es el namus. ¡Quién fuera joven! ¡Quién pudiera esperar hallarse con vida el día en que tu propia tribu te expulse!'.
»Dije: "¿Van a expulsarme?"
»Él respondió: "Ningún hombre ha llevado lo que tú llevas sin haber sido tratado como enemigo. Si me hubiese tocado tu día, te hubiera ayudado de todo corazón, con todo mi ánimo"».
Ahora, Mahoma sabe a qué debe atenerse. Será expulsado de su tribu. El jal, el tard, la excomunión o la expulsión de la tribu es la mayor desgracia que pueda suceder a un individuo en una sociedad tribal. El individuo sin clan no existe. Porque no hay leyes que se refieran al individuo. Es un desconocido. Cualquiera puede venderlo. Cualquiera puede matarlo. Sin tener que rendir cuentas a nadie. Un hombre sin clan, un saluk, no es ni siquiera un perseguido: no existe. No es más que una estructura de carne rociada de sangre, como dice el poeta; eso es lo que va a ocurrir con Mahoma. Kadidja lo sabe. Pero no tiene miedo. Tampoco él tiene miedo.
Todos estos sucesos ocurren a finales del mes de Ramadán de año 610, en La Meca. La fundación del Islam ha comenzado.

XIX

LA FUNDACIÓN DEL ISLAM

Tras el encuentro con el ángel en la caverna Hira, sobre el Jabal-al-Nur -la Montaña de la Luz - Mahoma queda abandonado. «Hubo durante cierto tiempo un fatrah, un hueco en la revelación del profeta; y él estaba muy triste.»
«Salía temprano hacia la cumbre de la montaña, con intención de precipitarse abajo. Pero cada vez que llegaba a la cumbre de la montaña, el ángel Gabriel se le aparecía para decirle:
"Mahoma, tú eres el profeta de Dios". Entonces cesaba su inquietud, y su yo volvía a él».
El ángel Gabriel anima a Mahoma durante tres meses, el tiempo que durará el fatrah, es decir, el vacío en las revelaciones. El ángel dice a Mahoma:
Tu señor te dará n1ucho, y quedarás satisfecho.
¿No te halló huérfano y te dio un refugio?

¿No te encontró perdido y te guió?
¿No te encontró pobre y te enriqueci6?
No engañes al huérfano.
No rechaces al mendigo.
Y de la bondad de tu Señor habla a los demás.
Así concluyó el fatrah.
«Entonces el Señor ordenó a su profeta, tres años después de estas instrucciones, que declarara públicamente lo que había ocurrido por su parte. para poner al pueblo en presencia de la pa1abra de Dios y llamarlo a ella».
Ese período de tres años que sigue a la primera revelación, se llama nubuwah, o la vocación de nahi, es decir, de profeta.
Ahora Mahoma es un profeta. Con orden de predicar en público. Comienza una nueva época, la de risalah; lo que significa que ha recibido orden de convertirse en rasul, enviado de Dios. Hay una gran diferencia entre nabi y rasul. Nabi, el profeta, es el que advierte;- en cambio rasul, el enviado de Dios, es el que aporta a la humanidad una ley escrita.
Mahoma comienza a cumplir su misión de profeta. Sabido es que «no hay pueblo por el que no haya pasado un advertidor.
Todas las naciones han recibido un mensajero. Todas las naciones tuvieron un guía. Hemos formado en cada nación un mensajero para que le diga: "Servid a Dios y huid del diablo. A todas las naciones les hemos prescrito actos de piedad; que todas respetan. A cada uno de vosotros hemos designado un camino y una ley.
Mahoma invita a los árabes a que se conozcan a sí mismos.
La revelación que se le ha hecho es al mismo tiempo una invitación a emancipar a los pueblos que han recibido anteriormente leyes escritas.
Mahoma muestra a su pueblo que los árabes pueden entrar en el Paraíso sin convertirse en vasallos de los judíos o de los cristianos.
«Los judíos y los cristianos dicen: Abrazad nuestra fe, si queréis entrar en el camino de la salvación.
»Respondedles: Nosotros seguimos la fe de Abraham, que se negó a sacrificar a los ídolos y no adoró más que a un solo Dios».
Mahoma no se alza contra ninguna religión del pasado. Es monoteísta. Está contra la idolatría. Pero considera que forma parte de la gran cadena de profetas enviados por Dios, portadores de mensajes, a lo largo de los siglos, a diversos pueblos. Mahoma respeta a todos los profetas del Viejo y Nuevo Testamento y los considera predecesores suyos. Viene a corregir los errores cometidos por los hombres en la in1erpretación del mensaje divino, revelado a los profetas anteriores, y para lanzar una nueva advertencia.
¿Cuál es la utilidad de los profetas en la tierra? Son los portadores de la palabra del Creador. Dios nunca habla directamente a los hombres.
No se ha concedido a! hombre que Alah le hable directamente.
Alah sólo habla por la inspiraci6n, o tras un velo, o por el envío de un apóstol que revele, con Su permiso, lo que Él quiere... Así te hemos inspirado mediante un espíritu a Nuestras órdenes.

Mahoma reconoce la verdad divina que ha sido revelada a los hombres por Adán, Noé, Abraham, Moisés y los demás.
Dice:
La verdad está consagrada en los libros antiguos y en los libros de Abraham y Moisés. Esas verdades fueron alteradas por la mano del hombre que las transcribió. El Corán, a diferencia de las- leyes promulgadas por los anteriores profetas, no ha sido escrito por mano de hombre.
«El Corán es la expresión verbal de una escritura, trazada por el poder divino en una materia eterna, en letras de oro, sobre una tela maravillosa, mostrada a Mahoma por el ángel Gabriel».
El texto original del Corán ha sido escrito por la mano del Señor, en el cielo, sobre la Tabla Intangible. Esa tabla está hecha en un bloque de una piedra preciosa, blanca como la leche y como la espuma del mar. Nadie puede acercarse a esa tabla, de manera que el texto original permanece inalterable.
El Corán está compuesto de 114 suras, o capítulos, y de 6.219 ayatas o versículos. Fue comunicado a Mahoma durante un período de veinticinco años, es decir, a partir del año 610, sobre la Montaña de la Luz, y hasta el día de la muerte del profeta.
«Las antiguas revelaciones tuvieron lugar de una sola vez, en bloque. El Corán ha descendido fragmentariamente, según una ciencia, la de los acontecimientos. Porque el Corán es una colección a la. vez de principios permanentes y de respuestas ocasionales a las preguntas de los fieles y de Mahoma. Por eso le llama alfurqan, es decir, «reparto».
»Las palabras qara'a y qur'an pertenecen a ese vocabulario religioso que el cristianismo ha introducido en Arabia. Qara'a significa leer, o recitar solemnemente los textos sagrados, mientras que qur'an es el qeryana sirio, término empleado para designar
la lectura o la lección de escritura santa».
El nombre de Corán, tanto por su sentido como por su resonancia, es una de las más bellas palabras del vocabulario religioso. Aunque Mahoma se defienda con vehemencia de que se le considere un poeta, la selección de este título confirma el don poético de los árabes.
Islam, nombre de la religión fundada por Mahoma, es también una palabra llena de sentido y poesía. El fundador de la creencia islámica fue Abraham.
«Abraham no era ni judío ni cristiano. Era hanif, es decir, lo contrario de un idólatra, y adorador de un solo Dios». Al fundar el Islam sobre la fe de Abraham, o millat Ibrahim,
Mahoma sueña con la creaci6ñ de una religión universal que abarcaría a todos los monoteístas; porque Abraham es anterior al judaísmo y al cristianismo y es venerado por ambas religiones. Además, Abraham es el jefe tribal del pueblo árabe y el fundador del santuario de la Kaaba.
También el nombre de Islam está ligado a Abraham. Cuando el Señor, para probar la fuerza de la fe de Abraham, le ordenó coger a su hijo Isaac y degollarlo, Abraham ejecutó la orden del Señor. Él y

su hijo fueron aslama, es decir, sometidos y abandonados a la voluntad divina... Islam significa, exactamente, «abandonado a la voluntad de Dios». Muslim es el participio del mismo verbo.
Algunas religiones han sido construidas sobre el amor; otras, sobre la esperanza. El Islam está construido sobre el tawakku, la fe absoluta en Dios. Mahoma dice:
«Mi oración, mi vida y mi muerte están consagradas al Eterno. Él es el soberano del universo. No hay nada que le iguale. Me ha ordenado el Islam. Yo soy el primer musulmán».

XX

LOS PRIMEROS MUSULMANES

Durante tres años, Mahoma espera la reaparición del ángel.
Está preparado para recibirlo a cualquier hora del día y de la noche. Su vida es pura. No hace nada que pueda disgustar al ángel. Un día, rechaza el alimento que le ofrecen. Habitualmente, come sin mirar lo que se pone sobre la mesa. Pero esta vez, ni siquiera toca el plato: «Hay ajo, y al ángel podría disgustarle el olor», dice Mahoma excusándose. Cuando, por fin, aparece el ángel, prodiga a Mahoma toda clase de consejos: «No leas el Corán con precipitación. Te lo grabaremos en la memoria y te
enseñaremos a recitarlo. Cuando Gabriel recite los versículos síguele atentamente. Nosotros te daremos la interpretación.
Lo que intriga a la mayoría de los ciudadanos de La Meca es que Mahoma recibe las revelaciones con cuentagotas. Para un árabe, una revelación es como un rayo. O es violenta y total, o no existe. Destruye o ilumina. El ángel dice a Mahoma lo que debe responder a tales acusaciones:
«A los que os dicen: ¿Por qué no se ha hecho descender el Corán en un conjunto único? responded: Así es como reforzamos con él tu corazón y lo rimamos con su ritmo.
La doctrina predicada por Mahoma se funda en el monoteísmo y en la lucha contra los politeístas, los «asociadores», como los llama el Corán, porque asocian a Dios a otras criaturas. La illaha illa Alah, no hay más Dios que Alah. Mahoma anuncia la vida futura y el juicio final, en el que cada uno será recompensado según los actos realizados en esta vida.
Afirma: Todos los pueblos no forman más que una sola nación.
Aconseja a los fieles: «Trabajad por este mundo, como si debierais vivir siempre en él, y por el otro como si
tuvierais que morir mañana».
La primera persona que cree en las profecías de Mahoma y abraza el Islam es Kadidja, su mujer .
La confianza de Kadidja será de capital importancia para el profeta. Hasta su muerte, se acordará con ternura, emoción y reconocimiento de aquella mujer. «No - exclamará ante una hermosa joven - ninguna mujer del mundo es mejor que Kadidja. Ella creyó en mí cuando

nadie creía. Tomaba mis palabras como expresión de la verdad, cuando los demás las consideraban mentiras. El segundo musulmán, después de Kadidja es Alí, el hijo de Abu-Talib, adoptado por Mahoma. El tercer musulmán es Zaid-ben-Haritah, el joven esclavo sirio, manumitido y adoptado por Mahoma. Se ha negado a volver con su familia, prefiriendo quedarse con Mahoma. Ahora, tiene fe en su padre adoptivo.

Durante tres años, del 610 al 613, Mahoma no tiene más que esos tres adeptos. En cuarto rugar llega Abu-Dakr, un rico negociante de La Meca. Se convierte y será siempre el más fiel compañero del profeta.

Mahoma trata, en vano, de hacerse con otros adeptos. Las gentes de La Meca no son hostiles al Islam. Lo ignoran. Los coraichitas ven predicar a Mahoma; pasan junto a él sin adoptar actitud alguna. Son indiferentes. Algunos alzan los hombros y dicen:

«Es un hombre de la tribu de Abd-al-Muttalib. Anuncia un mensaje del cielo». Y las gentes siguen su camino.

Para un pueblo que ha tenido ciento veinticuatro mil profetas, que un hombre hable del cielo y de Dios en una esquina de la calle no es un hecho que merezca el que uno se detenga a contemplarlo.

Abu-Bakr, el rico comerciante que se convierte en el cuarto musulmán del mundo, tiene por entonces una hija. La niña nace musulmana. Se trata del primer niño musulmán de nacimiento.

Un Hadith dice: «Todo niño que nace obedece a la naturaleza humana, es decir, nace monoteísta; son sus padres quienes lo hacen judío, cristiano o adepto de los magos». La hija de Abu-Bakr- una niña llamada Aicha - ha nacido musulmana porque, según ese Hadith, todo hombre nace monoteísta y, por tanto, musulmán; además, es musulmana porque así la hace su padre, que ya lo es.

Aquel año, Mahoma recibe de Gabriel la orden de comenzar la acción pública. La orden es: Anuncia estas verdades a tus parientes más cercanos. Extiende tus alas sobre los fieles que te sigan.

Sostenido por la tropa de sus fieles, grupo formado por cuatro personas mayores y un recién nacido: Kadidja, AJí, Zaid, Abu-Bakr y Aicha, Mahoma comienza la predicación pública.

Debe obedecer a la orden del ángel. Es un musulmán. Un ejecutor de la voluntad divina.

Yo soy el primer musulmán.

XXI

INVITACIÓN AL ISLAM

Mahoma ha recibido del Señor la orden de convertir al Islam a sus parientes más cercanos. Sus más próximos parientes son los hijos de Abd-al-Muttalib. Esos hijos que el anciano desesperaba ya de tener y que había recibido del Creador después de una transacción. El jefe del clan es Abu-Talib. Mahoma sabe que su exhortación será inútil.

Los hijos de Abd-al-Muttalib no creerán nunca. ¡No creerán en absoluto! exclama Mahoma.
El jefe del clan, Abu-Talib, es un hombre pobre y muy débil.
No tiene el valor de abandonar la religión de sus mayores. Nunca tendrá una opinión propia. Mahoma está convencido de la honestidad de su tío; pero de su parte, nada puede esperarse, ni para bien ni para mal.
El segundo personaje del clan Muttalib es Abu-Lahab, hermano de Abu-Talib. Es un hombre muy rico. Las cuestiones religiosas le interesan en la medida en que constituyen una garantía para la prosperidad del comercio. Para Abu-Lahab, como para la mayoría de los coraichitas - oligarcas de La Meca -, la religión es una institución que protege el comercio y a los comerciantes. La religión instaura los cuatro meses de Tregua de Dios, y permite el desarrollo de ferias y de caravanas.
Abu-Lahab está casado con una mujer instruida e igualmente rica: Djamila, hermana de Abu-Sufian, el comerciante más notable de La Meca. Djamila es poetisa. Su especialidad es la sátira: hija. Ha compuesto ya una serie de versos venenosos contra
Mahoma y contra la fe que él predica. Las sátiras de Djamila hacen daño porque, como está escrito en la Biblia: La lengua es flecha destructora. Dos hijos de Abu-Lahab y de Djamila se han casado con hijas de Mahoma y Kadidja. Pero este segundo lazo de parentesco nada cambia.
Abu-Lahab y su esposa no creerán en el Islam. El universo de Abu-Lahab es materialista y concreto. Como comerciante. En ese universo, no existen sentimientos. Ni lazos de parentesco. Ni sueños. Sólo hay negocios, buenos o malos: eso es todo.
El tercer hijo de Abd-al-Muttalib, al que Mahoma tiene órdenes de convertir al Islam, es Hamzah. Es un hombre deportivo, para él, la vida es una competición. Una expansión de la fuerza física. Las cuestiones religiosas no tienen acceso a su universo. Él cree en las leyes del honor del deporte. En la equidad. Es un caballero.
Mahoma ha recibido orden de «invitarlo» también y de hablarle de Dios. No tiene ilusión alguna en cuanto a la acogida que le hará el campeón Hamzah a él y a sus cuestiones religiosas.
Pero Mahoma cumplirá la orden del Señor.
El cuarto hijo de Abd-al-Muttalib es Abbas; Un banquero. Más exactamente, un usurero; un hombre que realiza sus negocios en Taif, La Meca y Medina. Para él, el universo se divide en acreedores y deudores. Su finalidad es un beneficio lo más
elevado posible. Lo demás no tiene importancia.
¿Balance? Hamzah, un deportista; Abbas, un usurero; Lahab, un conservador reaccionario; Abu-Talib, un débil. Ni uno de ellos tiene madera suficiente para abrazar una religión nueva.
Para ellos, la religión no existe sino como manifestación externa, puramente social. Y los parientes políticos o por alianza no son mejores.
Mahoma sabe que todo intento de hablar de Dios a esos hombres es inútil. No es un romántico. Sabe que está dando comienzo a una

acción condenada al fracaso. Mahoma sabe que es más fácil ir al desierto y transformar a los leones en corderos que convertir a esos miembros de su familia -los coraichitas – en gentes piadosas y temerosas de Dios. Cae enfermo de tristeza. Durante un mes, Mahoma permanece en cama. Tiene fiebre.
Adelgaza. Su familia se inquieta por ello. El profeta explica la causa de su enfermedad: debe ejecutar la orden recibida del ángel Gabriel, pero sabe que nunca logrará hacerlo.
Las tías de Mahoma le aconsejan que inicie en el Islam solamente a aquellos miembros de la familia que no sean completamente hostiles. Pero esa clase de parientes no existen. Además, e1 ángel ha ordenado a Mahoma que convierta a todos sus parientes próximos. Debe ser aslama, sumiso a la voluntad divina.
Tras grandes vacilaciones, Mahoma invita a su casa a cuarenta personas, para predicarles e invitarlas al Islam. Invita a toda su familia, sin excepción alguna; a todos los hijos e hijas de Abd-al-Muttalib.
Alí, el hijo adoptivo de Mahoma, cuenta cómo se desarrolló aquel festín y la reunión que siguió en la que debió ser hecha la primera invitación pública al Islam:
«Invité en su nombre a cuarenta personas (más o menos) entre otras, a sus tíos paternos: Abu-Talib, Hamzah, Abbas y Abu-Lahab.
»Cuando estuvieron reunidos, me dijo que llevara la comida que había preparado para ellos. Así lo hice.
»Una vez que hube servido, el Enviado. de Dios tomó un pedazo de carne, lo redujo con sus dientes a pedacitos pequeños y los colocó a los bordes del plato. Después les dijo: «Tomad, en el nombre de Alah».
»Y las gentes comieron, hasta no necesitar más. No veía más que el lugar de sus manos; pero, por el Dios que tiene en sus manos el alma de Alí, cada hombre había comido tanto cuanto yo había llevado para todos.
»"Dales de beber", me dijo. Y llevé un vaso. Bebieron hasta matar del todo la sed; y, por Alah, cada uno bebió por sí solo cuanto había llevado. Cuando el profeta quiso dirigirles la palabra, Abu-Lahab dijo: "Nuestro camarada nos ha embrujado".
» Y las gentes se fueron sin que el profeta hubiera podido hablarles».
Tal es la primera invitación pública al Islam, lanzada por Mahoma, conforme a la orden recibida.
La familia de Mahoma - el clan de Abd-al-Muttalib- ni siquiera le ha permitido hablar. Cuando se levanta para hablar de Alah, todos se han ido. El profeta queda con la boca abierta. Solo. En medio de sus cuatro discípulos: Kadidja, Alí, Zaid y Abu-Bakr.
El ridículo es más mortífero que el veneno. Ante todo, un profeta debe inmunizarse contra el ridículo, como Mitridates se inmuniz6 contra el veneno.

XXII

LA SEGUNDA INVITACIÓN AL ISLAM

Tras la invitación a aquella comida, Mahoma ya no logró reunir a todos los miembros de la familia de Abd-al.Muttalib, para predicarles el Abandono en Dios. Le evitan. Pero él tiene la orden de predicar. Recurre a la única estratagema que le queda para provocar una nueva reunión. Mahoma anuncia a los habitantes de La Meca que tiene una cosa muy importante que comunicarles. Y designa el monte .Sala como lugar de reunión. Entre los ciudadanos de La Meca se hallan, por supuesto, los parientes de Mahoma. Volverán con los demás y así oirán la palabra y él podrá hablarles, como le han ordenado que haga. He aquí lo que dice el cronista:
» El profeta subió un día al monte Safa y dio gritos de llamada: "Compañeros, venid todos". La muchedumbre y los coraichitas se reunieron en derredor, diciendo:
» "Qué tienes que decimos?"
» " ¿ Qué pensaríais si os dijera que el enemigo llega esta mañana o esta tarde? - pregunta Mahoma -. ¿Me creeríais?"
» "Desde luego - respondieron los hombres reunidos -. Nunca nos has mentido. Te creeríamos".
» "Pues bien: os anuncio que muy pronto os amenazará un terrible castigo si no me escucháis. Dios me envía para advertiros".
» "¡Vete al diablo! -gritó su tío. Abu-Lahab-. ¿Para eso nos has molestado.? ¿Nos has hecho perder nuestro tiempo solamente para esa estúpida declaración?".
»La muchedumbre se dispersa. Ridiculiza a Mahoma. Éste se vuelve a Dios y le pide consuelo. Un consejo. Ruega, explicando al cielo que la misión que ha recibido no es posible y que los coraichitas nunca creerán en Dios.
» El ángel Gabriel consuela a Mahoma y le invita a proseguir su obra:
Anuncia lo que se te ha ordenado y vuelve tu espalda a los politeístas. Bástate nuestra asistencia contra quienes se burlan de ti y de tu religi6n.
¡Los que tratan así con Dios verán!
Sabemos que sus palabras te afligen
Pero celebra las alabanzas de tu Dios. Adora su Majestad suprema.
Sirve a1 Señor hasta el fin de tus días.
Mahoma soporta las burlas. Abu-Lahab y Umm Djamila observan que sus palabras ya no le hacen sufrir. Y hallan otros modos de herirle. Cada día, Umm Djamila y Abu-Lahab tiran piedras contra las ventanas de Mahoma. Son sorprendidos por
Kadidja. Pero no cesan por ello. Engañan a esclavos y vagabundos y les pagan para que bombardeen la casa de Mahoma con piedras, con toda clase de inmundicias, con animales muertos, que arrojan en el patio en cuanto anochece.
Mahoma soporta. Soportar es la orden del cielo. Umm Djamila arroja espinas en el camino que sigue Mahoma. Éste se hiere la planta del pie. Pero, tras haber arrancado las espinas, sigue su ruta, orando...

Ahora sabe por qué soporta. Y cuando sabéis por qué soportáis un sufrimiento, deja de ser sufrimiento.
Cada día, cuando Mahoma sale de su casa, es perseguido por chiquillos a los que han pagado Abu-Lahab y Djamila. Le gritan insultos, le arrojan piedras e inmundicias. Ahora, Mahoma, ya no se detiene para perseguirlos y alejarlos. Sigue su camino hacia el santuario de la Kaaba, tranquilamente, manchado por toda la basura que le han arrojado, a veces herido y cubierto de sangre, injuriado, pero siempre tranquilo, como si nada sucediera.
Un día, Mahoma y Kadidja ven llegar a sus hijas con sus petates. Ambas se han casado con hijos de Abu-Lahab. Explican que sus maridos acaban de repudiarlas. Han seguido los consejos de sus padres, que les han convencido de que no era conveniente para un ciudadano el tener por esposa a una hija de un hombre tan ridículo como Mahoma.
Comienza el martirio del profeta. Mahoma busca ánimos.
Pero no tiene más que a cuatro musulmanes fieles. Ni uno más.
Mahoma es árabe. Un árabe es un hombre que no tiene muchas ideas. Pero cuando el árabe tiene una idea y cree en el1a, prefiere morir, colgado de su propia idea como de una cuerda, antes que abandonarla. Ni siquiera después de muerto se aparta de ella. y lucha, creyendo en ella, incluso después de su muerte. El caso del poeta Chanfara-al-Azdi es típico. Este poeta errante, cuyos versos saben todos de memoria, fue un día
ofendido por un hombre del clan Banu Salomon. Juró vengarse y lavar la ofensa matando a cien hombres de la tribu Salomon.
Así pasó parte de su vida cazando con su arco a hombres del clan ofensor. Una noche, Chanfara se hallaba en una barranca para beber agua. Unos bandidos que llegaron sin que él los viera le mataron por la espalda. El cadáver de Chanfara quedó abandonado sobre la ardiente arena, cerca del pozo, para que las hienas se comieran lo mejor de él, es decir, su cerebro.
La muerte había sorprendido al poeta cuando no había dado muerte más que a noventa y nueve enemigos. Pero había jurado matar a cien. Su cráneo, despojado de la piel y de la carne, quedó abandonado en la arena, cerca del pozo, durante años y años. Un día, los hombres de la tribu Banu Salomon, llegaron allí y se detuvieron para beber agua. Impulsado por el viento, el cráneo del poeta rodó hacia el enemigo y una esquirla se hundió en el pie de uno de los hombres de la tribu Salomon. La herida se infectó y el hombre murió. De esa manera, el poeta Chanfara había seguido la lucha e incluso después de muerto mantuvo su juramento, matando al centésimo enemigo.
Chanfara es un ejemplo para todos los árabes. También Mahoma es un árabe.. No quiere dejarse vencer. Como el poeta, a quien ni siquiera la muerte había vencido, está decidido a combatir post mortem. Hasta la victoria.

XXIII

TENTATIVAS DE ASESINATO

Es el cuarto año desde la revelación hecha a Mahoma por el ángel Gabriel sobre la Montaña de la Luz. El cronista dice que, durante los tres primeros años, los coraichitas se contentaron con ignorar a Mahoma, ridiculizándolo y ofendiéndolo. Después de esos tres años, de acuerdo con las órdenes recibidas, Mahoma entabla combate contra los ídolos. Los coraichitas contraatacan. Pero esta vez, con violencia. Las relaciones entre el
profeta y su tribu se hacen cada vez más tensas. Ha pasado la época de los insultos y de las ofensas menores.
«Siguieron haciendo esas ofensas a Mahoma, hasta el día en que Alah comenzó a atacar a los dioses que ellos adoraban, y cuando declaró que sus antepasados muertos en la incredulidad estaban en los infiernos. Entonces comenzaron a odiar al profeta con un odio implacable ya manifestar su animosidad».
Los coraichitas interrogaron a Mahoma: ¿Vienes a prohibirnos el culto de los dioses que nuestros padres adoraron?.
Mahoma responde que obedece a una orden del cielo al apartarse de los politeístas. Para obedecer a esa orden debe combatir. Tiene que mostrarles las penas que padecerán en el mundo futuro si no le escuchan. Encargado de las órdenes del cielo...
¿Quién me pondrá al abrigo de su cólera si desobedezco?
Abu-Lahab, Abu-Jahl y Umm Djamila prohíben a Mahoma entrar en el santuario de la Kaaba. Mahoma menosprecia la prohibición y sigue dirigiéndose al santuario.
Entonces, los enemigos deciden matarlo.
Es Abu-Jahl quien realiza la primera tentativa de asesinato.
Un asesinato perpetrado en el ridículo. Mahoma se halla en la Kaaba, de rodillas y en oración. Abu-Jahl llega por la espalda y le pone sobre la cabeza - como un saco - un estómago de camello muerto lleno de sangre y de excrementos. Mahoma se levanta. Está completamente inmerso en el estómago del camello.
Abu-Jahl ata la abertura con los intestinos del animal, como se hace con un saco lleno. Mahoma queda con la cabeza encerrada. Impotente. Falto de aire para respirar. Trata de liberarse, pero no lo consigue. Sus convulsiones se van haciendo cada vez más débiles, pues se ahoga. La muchedumbre, reunida alrededor, asiste a aquel espectáculo. Al principio, todos ríen. Después, miran con gravedad. Pero nadie se atreve a liberar al profeta, para no caer en la enemistad de Abu-Jahl y sus compañeros, que son los dueños de La Meca. Pero una mujer corre a la casa del profeta y anuncia a Ruqaya que su padre está a punto de morir asfixiado en el patio del santuario, encerrado en el estómago de un camello. Ruqaya es la hija de Mahoma que ha sido repudiada por el hijo de Abu-Lahab. Llega y libera a su padre. Lívido, cubierto de sangre y de inmundicias, humillado, Mahoma se dirige a su casa, sostenido por su hija Ruqaya. Al día siguiente, como si nada hubiese ocurrido, Mahoma reaparece en la Kaaba e imperturbable se pone de rodillas y ora.

Es un árabe. Es duro. Pero también sus perseguidores son árabes. Y porque la víspera Abu-'Jahl ha fracasado en su intento de asesinato, al día siguiente, Uqbah-ibn-Abi-Muait, se acerca por detrás con su manto o burda; envuelve en él al profeta y le da una serie de golpes, apretándole bien la nariz y la boca para ahogarlo. Esta vez, Mahoma consigue liberarse por si mismo.
Está gravemente herido. Cubierto de sangre - como le ocurre con frecuencia en estos últimos tiempos -, vuelve a su casa, se lava y ora. Tiene la tawaku, la confianza absoluta en Dios. Nada cambia en su actitud ni en su combate. Pero advierte a Abu-Lahab y a Djumila su esposa: Abu-Lahab descenderá a las brasas del infierno.
Su esposa lo seguirá, llevando leña.
A su cuello será atada una cuerda hecha con hojas de palmera.

XXIV

LOS NEGROS, LOS ESCLAVOS Y LOS EXTRANJEROS

Los árabes llaman a la época pre-islámica djahilyia, o «tiempo de la ignorancia»; La moral de esa época es muruwwa: hospitalidad, protección de los oprimidos, respeto a la ley tribal, espíritu caba1leresco, valor en el combate. La hostilidad es indispensable en el desierto, donde la inseguridad está al acecho a cada instante. Lo mismo se diga de la protección. La hospitalidad dura tres días, pero puede prolongarse hasta que «la sal de la
hospitalidad haya salido del vientre del huésped». La djahilya, sociedad heroica y caballeresca, ha tenido y tiene aún sus admiradores.
Renan escribe: «Ignoro si hay en la historia de la civilización un cuadro más gracioso, más amable, más animado que el de la vida árabe antes del islamismo, tal como se nos presenta en el moallarat (las poesías laureadas de la djahilyia), y sobre todo en el tipo admirable de Antar: libertad ilimitada, exaltación del sentimiento, vida nómada y caballeresca, fantasía, viveza, malicia, poesía ligera e indevota, refinamiento de amor».
Tal es la sociedad a la que Mahoma viene a hablar del Dios único, de la vida eterna, del juicio final y de la igualdad entre los hombres. El carácter esencial de esta sociedad es que ignora la piedad. Ignora el amor. No ha descubierto aún el horror de la sangre derramada, de la crueldad y de la muerte violenta.
Todo el mundo hubiera dejado morir a Mahoma, al que Abu-Jahl ha intentado matar envolviéndolo en un estómago de camello y atándolo con los intestinos del animal muerto como con cadenas. Y hubiera muerto allí mismo, si su hija Ruqaya no acudiera a liberarlo. Nadie ha experimentado piedad. Se trata de un sentimiento desconocido. La piedad no forma parte de las leyes muruwwa, de las leyes de la caballería. En esa sociedad heroica se protege al oprimido. Pero a Mahoma nadie lo considera oprimido.

Aunque por dos veces escapa a intentonas de asesinato en público - no es un oprimido. Oprimido es aquel a quien atormenta el enemigo. Mahoma es perseguido por su propio clan, por su propia familia. y nadie puede ser considerado oprimido mientras sólo le torture su propia familia y su clan, únicas autoridades reconocidas. En la sociedad moderna nadie considera asesino al juez que, cada día, ordena que se corte la cabeza a
un semejante, y nadie considera víctima al hombre a quien se hace atravesar la ciudad para conducirlo a la guillotina donde será decapitado. La policía, la justicia, el Estado, no son criminales. El código penal es categórico: «No hay crimen, ni delito cuando el homicidio, las heridas y los golpes son ordenados por la ley y mandados por una autoridad legitima». En la djahilyia, la autoridad es el clan. Lo que el clan hace con sus
propios miembros es justo y legal. Nadie puede ser victima si ha sido matado por su propia familia. y por lo tanto nadie se apiada de Mahoma. Legalmente, Mahoma no tiene a nadie a quien pedir protección. El individuo es propiedad de la familia.
Si la familia le da muerte, eso es justo.
Para que tengan piedad de él, Mahoma no cuenta más que con sus fieles. Pero éstos no son más que cuatro: Kadidja, Ali, Zaib, Abu-Bakr. También hay una niñita: Aicha.
Mas, durante el cuarto año después de su revelación, el número de los musulmanes - de aquellos que aceptan abandonarse a Dios- va en aumento. Hay en la tierra hombres que
tienen necesidad de Dios como la tienen del aire, porque se hallan en la vida como con la cabeza bajo el agua, a punto de ahogarse.
Esos sedientos de Dios son los negros, los extranjeros, los esclavos y los fuera de la ley. Se acercan a Alah porque Mahoma se manifiesta a favor de su libertad. Les dice: «Nada ha creado Dios que ame más que la emancipación de los esclavos».
Y los esclavos acuden al Islam.

XXV

EL MUEZZIN NEGRO

Durante esos cuatro años, Mahoma no contará más que con cuatro fieles; y sin embargo, sigue invitando a los hombres al Islam,.. «y entonces respondieron a Dios los que quisieron, entre los jóvenes, y los dhu-an-nas, es decir, «los indefensos»; de tal manera que los que creyeron en él fueron muchos, y los coraichitas incrédulos se abstuvieron».
Los indefensos fueron siempre y serán la mayoría de los hombres. Componen el grueso de la población en la tierra. Las gentes sin defensa tienen como vanguardia a los esclavos, los negros, los extranjeros y los pobres. Entre éstos se hallan los primeros en responder «presente» a la invitación de Mahoma.

Porque el Islam enseña que los hombres no constituyen más que una sola nación. Si los hombres son diferentes, en lo que respecta al color de la piel ya la forma de la cabeza y del cuerpo, es solamente para poder distinguirse y reconocerse unos a otros.
Dios ha creado al hombre de una arcilla semejante a la del alfarero. Exactamente igual a como lo cuentan las tradiciones de otros pueblos.
Sin embargo, los árabes precisan que el ángel Gabriel, enviado a la tierra por el Señor para que le trajera la arcilla necesaria para la colección del hombre, no cogió bastante. La segunda vez, el Señor envió al ángel Miguel. Pero tampoco éste cogió el barro suficiente de la tierra. Entonces el Señor envió a un tercer ángel- el ángel de la muerte -, que por fin volvió con la cantidad de arcilla necesaria para modelar al hombre.
Como entonces hubo tres clases de arcilla, traídas por tres ángeles diferentes, los hombres no resultaron todos iguales. Unos fueron hechos con arcilla negra, otros con arcilla roja y otros con arcilla clara, como el caolín con que se hace la porcelana.
Mas no se trata solamente de diferencias de color. Las calidades no son las mismas. Hay una arcilla salada de la orilla del mar; hay la arcilla fértil, la amarga y la dulce. Una humanidad muy variada ha surgido de esas diversas materias primas. Pero el hombre sale de las manos del mismo modelador: ha sido creado según una misma imagen.
Los esclavos, los extranjeros, los negros, los pobres y los oprimidos se sienten consolados al saber que tienen la misma constitución y el mismo modelador que los ricos y príncipes de la tierra. Por eso acuden al Islam.
El primer esclavo que se hace musulmán se llama Bilal-ben Rabah. Esclavo, extranjero y negro, posee los tres sellos de la desgracia en esta tierra. Bilal pertenece a la familia Umaiyah, la más rica entre los oligarcas de La Meca. Los propietarios de Bilal le ordenan que se aparte de Mahoma y de la nueva religión. Bilal se niega a ello. Es ya musulmán. Sus amos Umaiyah le amenazan con la tortura. Porque el negro esclavo y extranjero no quiere renunciar al Islam, se le despoja de sus vestidos; lo encadenan de manos y pies; después, lo crucifican en el desierto, a la entrada de La Meca. Sobre la ardiente arena, cara al sol que cae encima como un metal fundido.
“Aquí permanecerás hasta que mueras o renuncies al Islam”. Así dice su dueño, y deja al esclavo Bilal desnudo, crucificado sobre la arena, El negro prefiere morir. Pero será salvado. Por un milagro.
El cuarto musulmán, predecesor de Bilal, se llama Abd-Allah-ben-Othman y se le conoce con el sobrenombre, kunya, de Abu-Bakr, es decir, “el padre de la virgen”. A diferencia de Bilal, es un rico mercader. Tiene tres años más que Mahoma. Es un fiel amigo del profeta y un hombre de gran fe.
Abu-Bakr se presenta en casa de Uinaiyah y le pide que le venda el esclavo condenado a muerte. Ofrece por él un precio excepcionalmente alto. Como Bilal está ya moribundo, Umaiyah acepta venderlo.

Abu-Bakr libera al negro Bilal inmediatamente después de haberlo comprado. Mahoma nombra a Bilal primer muezzin del Islam. (Muezzines el participio de un verbo que significa “hacer oír”) El muezzin es - en el Islam - el que llama a los fieles a la oración. Ahora, será un negro quien invite a la oración. Por parte del profeta, eso es un acto de valor.
Mahoma dice: “Escuchad y obedeced, incluso cuando un negro cuya cabeza es como un sarmiento seco esté encargado de la autoridad”. El hecho de que un esclavo, un negro, un extranjero y pobre sea el encargado de llamar a los hombres al Islam da más ánimo a quienes no tienen voz. Los primeros días que siguen a la crucifixión del negro sobre la arena, dos mujeres esclavas se hacen musulmanas. Se llaman Zinnirah y Lubainah. Ambas son esclavas de Omar. Hombre justo y sin crueldad, no recurre a la crucifixión sobre la arena. Ni a la condena a muerte. Estima que una buena azotaina apartará a las dos mujeres de su nueva religión. Las esclavas resisten. Son golpeadas metódicamente, hasta derramar sangre. Pero se tiene la impresión de que las gentes que pasan por la calle y presencian la paliza sufren más
que las victimas. Las mujeres creen en Dios. Y cuando se cree de veras, uno se deja quemar vivo. Como lo han hecho los cristianos del Nedjran, sin sentir el sufrimiento del fuego. Además, las dos esclavas han advertido a Omar que estaban dispuestas a morir antes que abjurar del Islam.
De nuevo esta vez se presenta Abu-Bakr en casa de Omar y se ofrece a comprar a las dos esclavas. Ornar se las vende. Abu-Bakr les da inmediatamente la libertad. De esa manera, aumenta el número de musulmanes. Ya hay tres mujeres.
La cuarta que abraza el Islam es Ghuzaiyah. No se trata de una esclava, sino de una beduina, es decir: el ser más libre de la creación. Convertida en musulmana, comienza la propaganda religiosa en La Meca, entre las demás mujeres. Entre las mujeres beduinas no se conoce el miedo. Ghuzaiyah predica en público, sin esconderse, la nueva religión.
Para desembarazarse de ella, los enemigos del profeta raptan a Ghuzaiyah y la entregan a una caravana que precisamente entonces abandona La Meca. Gbuzaiyah es atada, tendida como un crucificado, al lomo de un camello de la caravana. No se le da ni agua ni alimento. Los caravaneros tienen órdenes de esperar a que muera y de arrojar inmediatamente su cadáver a la arena, para las hienas del desierto.
Abu-Bakr es advertido de lo que pasa, pero demasiado tarde.
No puede liberar a la mujer, crucificada a lomos de un camello en el corazón del desierto. Ghuzaiyah cuenta: «Después de tres días y tres noches, perdí el conocimiento, medio muerta de fatiga y de inanición; no tuvieron piedad de mi. Después llegó una
noche e hicimos alto. De pronto, sentí algo sobre mi rostro. Llevé la mano a mi cara y noté que era agua. Bebí hasta quedar totalmente satisfecha y mojé mi cara y mi cuerpo.

»A la mañana, viéndome restablecida, los caravaneros se preocuparon. Pero yo seguía atada por los codos y los odres de la caravana estaban lejos de mi y seguían cerrados. Me interrogaron y les conté la verdad. No tenían razón alguna para dudar de mis palabras. Arrepintiéronse de lo que hacían y abrazaron el Islam.
Con gran indignación de Abu-Jahl, principal enemigo de Mahoma, una de sus esclavas, Sumayah, se convirtió también. Los musulmanes llaman a Abu-Jahl el padre de la locura.
Ha concebido contra Mahoma un odio apasionado, sin medida. Al saber que la esclava Sumaiyah se ha hecho musulmana y, por lo tanto, está expuesta a la tortura, Abu-Bakr va a ver a Abu-Jahl y le ofrece comprarle la esclava. Para tentar al perseguidor, Abu-Bakr propone un precio extremadamente elevado.
Abu-Bakr terminará por entregar toda su fortuna al servicio del Islam, Para él, el dinero nada significa cuando se trata de la fe. Pero Abu-Jahl se niega a vender la esclava musulmana. Y, para confirmar su negativa, conduce a Sumaiyah ante la muchedumbre y la mata con sus propias manos, atravesándola con su lanza. Sumaiyah muere como mártir, negándose a abjurar. Es la primera mujer mártir del Islam.
Tras ese crimen, Abu-Jahl, Abu-Sufian, Abu-Lahab y su mujer Umm Djamila, hacen saber que ningún ciudadano de La Meca puede vender sus esclavos a Abu-Bakr. De esa manera tratan de oponerse al aumento del número de musulmanes.
Hasta aquel momento, el amigo de Mahoma ha adquirido seis esclavos. Dos hombres, Bilal-ben-Rabah y Amir-ibn-Fuhairan, y cuatro mujeres: Umm Ubais, Zinnirah, Lubainah y Nahdain.
Entre las personas que abrazan el Islam durante esa época de persecuciones- sin ser esclavos, extranjeros o proletarios -, se conocen los nombres siguientes: Uthman-ben Affan, un sobrino de Abd.al-Muttalib, que más tarde será yerno de Mahoma; Az-Zubair-ben-ai-Awam, Ar-Rahman-ben-Auf, Sad-ben-Abiwaq-qas, sobrino de Amina. la madre de Mahoma; Talhah-ben-Ubaidallah, y otros dos jóvenes de la oligarquía de La Meca: Said-ben-Zaid-ben-Amr, cuyo padre es un hanif. Y Nuaim-an-Naham, uno de los jefes del clan Adi.
Si es verdad que crece el número de fieles y si ya no se reduce a cuatro, como en los primeros años, también es cierto que la persecución se hace más cruel. Antes de que haya una docena de musulmanes, muere mártir. la mujer esclava Shumaiyah, asesinada en público de un lanzazo.
Se prohíbe a Mahoma el acceso al santuario de la Kaaba. Y cuando aparece en la calle, se le lapida y persigue tirándole inmundicias.
A pesar de todos los riesgos, Mahoma sigue frecuentando la Kaaba. Es su deber de profeta prosternarse en el primer santuario creado por el hombre en la tierra. Porque la Kaaba fue edificada por Adán y reconstruida por Abraham. Y Noé, antes de dejarse llevar sobre las aguas del diluvio, dio siete veces la vuelta, el tawaf, en torno al santuario con su arca.
Pero, si quieren entrar en el santuario, los primeros musulmanes corren el riesgo de perder la vida.

Un día, mientras hacen oración, los coraichitas les atacan por la espalda. Uno de los musulmanes es muerto. Llámase Harith-ibn Abi-Halah. Es el primer hombre mártir por el Islam. Hijo de un primer matrimonio de Kadidja, la esposa de Mahoma, muere estando en oración.
«Nos han asesinado de rodillas mientras estábamos prosternados».

XXVI

SANGRE EN EL CAMINO DE DIOS

La Kaaba queda, pues, prohibida a los musulmanes. Mahoma y sus fieles se reúnen en un barranco, cerca de La Meca, donde cada día hacen dos oraciones públicas.
El Islam no tiene sacerdotes. El muezzim negro llama a los fieles a la oración. Después Mahoma lee unos versículos del Corán y habla a los adeptos. Pero el odio y los malvados procedimientos de los coraichitas son cada vez más violentos. Abu-Sufian, hermano de leche de Mahoma, es, a pesar de ello, uno de los campeones del anti-Islam. Su hermana, Umm Djamila, es la mujer de Abu-Jahl. Hasta ahora, ese odio apasionado, virulento, que La Meca manifiesta a Mahoma, no se ha explicado definitivamente. Pero existen explicaciones parciales. La lucha contra Mahoma comienza en el instante en que el profeta ataca a los ídolos. Estos son una infinidad. Pero, al atacar a los ídolos, Mahoma ataca indirectamente a los antepasados que los adoraron. Y los antepasados son tabú. Los antepasados son sagrados.
Nada hay más venerado en una organización tribal. El género literario más aceptado entre los árabes es el fakir, el poema en elogio de los antepasados, celebrando los actos gloriosos que fueron realizados por ellos y por su clan.
El segundo motivo es de orden económico. Los ídolos son inseparables del santuario de La Meca y de los cuatro meses de tregua de los que dependen las peregrinaciones, el comercio y la prosperidad.
La pasión desencadenada contra Mahoma es demasiado grande para que solamente tenga esas dos explicaciones. En realidad, La Meca, en aquella época, no es una ciudad piadosa en absoluto. El paganismo árabe es entonces extremadamente tolerante. Cualquiera puede venir a instalar su ídolo en La Meca.
Pero esa tolerancia es un principio de decadencia. Y el odio contra Mahoma no puede explicarse precisamente más que por la decadencia religiosa del paganismo árabe. «El viejo paganismo árabe se hallaba en esa época en una fase de decadencia tal que había degenerado en una rutina desprovista de sentido, puramente exterior, que podía abandonarse en cualquier momento, sin pena alguna. Pero, en las religiones populares, las formas exteriores nunca carecen de importancia. La fuerza de la religión popular

reside, entre otros factores, en el hecho de que existe una forma exterior de culto y en la práctica de ritos ancestrales. Todo lo que procede de los antepasados es sagrado y respetado como tal. El punto de vista y la opinión individual en materia religiosa sólo tienen importancia secundaria. Existe en ello una fuerte dosis de tolerancia. Las religiones populares no son verdaderamente sensibles más que en el instante en que tocáis el culto exterior. El menor cambio en la rutina del rito toma proporciones graves. A causa de esto, esas sociedades se hacen de una intolerancia terrible cuando los lazos místicos y sagrados que unen a los miembros están en peligro de ser modificados.
Contemplado a esa luz, el conflicto entre Mahoma y sus conciudadanos de La Meca es típico...
Hay otras explicaciones. Es imposible, en todo caso, olvidar que, aunque sedentaria y habitante de casas, la población de La Meca sigue estando organizada en clanes y no ha abolido ninguna de las leyes del nomodismo, que son sus únicas leyes.
En el nomadismo, en esa sociedad móvil, de disciplina de hierro, la fidelidad hacia el clan es una soldadura entre los miembros de un mismo cuerpo vivo. No es solamente una simple relación social. Los antepasados constituyen la única ley y el único ejemplo que hay que seguir. Al atacar a los ídolos, Mahoma ataca a los antepasados. De esa manera, podemos comprender por qué esa población de La Meca, materialista hasta el
paroxismo y sin sentimiento religioso alguno- puesto que tolera, como en un museo, todos los ídolos y todas las creencias se levanta como un solo hombre para combatir la religión de Mahoma.
El resultado es que Mahoma y sus fieles deben ocultarse para orar en los barrancos de las cercanías de La Meca. Los musulmanes son perseguidos y atacados hasta en esos barrancos.
He aquí lo que cuenta un musulmán de aquella época: «Durante un año, hemos ocultado el Islam. No hemos celebrado los oficios más que en las casas, a puerta cerrada, o en
los desfiladeros de las montañas en torno a la ciudad. Un día fuimos al desfiladero de Abu-Dubb. Hicimos allí las abluciones y celebramos el oficio colectivo, cuidando bien que nadie nos viera. Los coraichitas nos buscaban. Abu-Sufian, Al-Ajnas-ibn-Chariq y otros nos descubrieron. Nos lanzaron injurias. Llegaron a las palabras gruesas y después a los golpes. Encontré cerca de mí un hueso de camello y con él golpeé a uno de los paganos, hiriéndolo gravemente. Huyeron. Y fui el primero en el Islam en derramar sangre en el camino de Dios».
Uno se pregunta: ¿Necesita Dios la sangre de quienes no creen? No, ciertamente. ¿Se puede llegar a Dios sin derramar sangre? Desde luego que sí. Sólo que los hombres no han descubierto aún ese itinerario que lleva al cielo sin derramar sangre. El Hijo de Dios ha derramado sangre en el camino de Dios. Era la suya. De todos modos, era sangre.
El hombre que ha herido al pagano con un hueso de camello y que «fue el primero en el Islam en derramar sangre en el camino de

Dios», se llama Sad-ben-Abiwaqqas. Es el sobrino de Amina, la madre de Mahoma.

XXVII

EL CIELO DEL ASESINO

Los oligarcas de La Meca, de la tribu de los coraichitas, reprochan a Mahoma el ser sostenido únicamente por los proletarios, los esclavos y los pillos. Los primeros del pueblo, entregados a la incredulidad, dicen: "No eres más que un hombre como
nosotros. El populacho más vil te ha seguido sin reflexi6n. No poseéis ningún mérito que os haga superiores a nosotros".
Mahoma, como todo profeta y como todo hombre superior, no clasifica a sus semejantes según la fortuna que poseen, o el cargo que ocupan en la ciudad. Tampoco según su situación judicial. Muchos hombres a quienes la policía ha puesto la etiqueta de asesinos y que han sido condenados por la justicia, suben al cielo por la escalera principal. La mayoría de los santos del calendario han sido gentes mal vistas por la policía y las autoridades. La santidad decretada por la sociedad no coincide nunca con la auténtica santidad. La una es válida sobre la tierra, en el tiempo; la otra, en la eternidad.
En la época en que los musulmanes son expulsados y perseguidos de todos los modos posibles, un asesino y salteador llega a La Meca y pide ser recibido en el Islam. Se l1ama Abu-Dharr.
No es solamente el individuo Abu-Dharr un asesino, sino toda la tribu es una tribu de criminales. La tribu Ghifar, a la que pertenece Abu-Dharr vive del bandidaje y de los crímenes.
Esa tribu hace su vida nómada en una de las regiones más desoladas del mundo, en el desierto situado entre Medina y Yanbu.
Un inglés, Sir Richard Burton, viajará hacia 1850 por la región de la tribu de asesinos ghifar, al norte de La Meca. Atraviesa una «vasta llanura pedregosa, donde los únicos: seres vivientes son las langostas, sembrada de malezas quemadas por el sol; después de unas altas colinas hay otras llanuras desnudas, valles desolados, montañas graníticas llenas de gruesos bloques de piedra, cortadas por grietas y cavernas. Encima de todo esto, un cielo que parece de acero azul y pulido. Una luz parduzca, cegadora, sin la menor traza de bruma. Ni pájaros, ni cuadrúpedos.
Frente al espectador, picos abruptos.» De esa manera, viniendo de Yanbu, se presenta Arabia a Sir Richard Burton. En ninguna otra parte, como entre Medina y Suwairkiya, había visto Burton el esqueleto del planeta, tan desnudo, ni había descubierto tanta profusión de formaciones primarias graníticas.
«Era una sucesión de llanuras bajas, de ondulantes colinas, cortadas por wads, crestas, plataformas de basalto y de rocas verduzcas,

colinas abruptas, de laderas verticales, agrietadas, con formidables precipicios y cumbres que parecían coronadas por
castillos roqueros».
Tal es la región en que vive la tribu Ghifar. Los árabes consideran como una de las principales virtudes la bravura en el ghaz o la «razzia», que es una expedición de pillaje. Se efectúa como una competición deportiva, con valor y de acuerdo con las estrictas leyes del desierto. Una expedición de ghazu muestra lo que son el arte y la moral de los árabes en aquella época djahilyia.
La cosa se prepara en secreto. La tribu o la caravana a la que se quiere atrapar, debe ser atacada por sorpresa. La regla exige que el pillaje se lleve a cabo sin verter una sola gota de sangre y sin violencia de ninguna clase. Si se hacen prisioneros, debe ser sólo con la intención de pedir rescate por ellos. Jamás se ataca a los amigos. La mayor humillación es dejarse coger por aquellos mismos a los que se ha saqueado. Eso denota falta de habilidad y de rapidez. Se respeta siempre el código de honor y la galantería.
«En el pillaje de un campamento, sea de día o de noche, se trata siempre a las mujeres con respeto. Quiero decir que no se atenta a su honor. Ningún ejemplo contrario ha llegado a mi conocimiento. Pero a veces, cuando entre los contrarios existe una hostilidad profunda, se confisca a 1as mujeres sus joyas, de las que . los asaltantes las obligan a despojarse por si mismas. Invariablemente se respeta esa regla, . . Ordenan a las mujeres que se desembaracen de sus vestidos y de los objetos de valor que pueden
llevar con ellas y mientras las mujeres se dedican a esa operación, los enemigos se mantienen a cierta distancia, vueltos de espaldas».
Las maneras caballerescas, dondequiera que existan, proceden de estos nómadas de Arabia. Pero los ghifar son bandoleros.
Eso quiere decir que no respetan las leyes del honor y de la caballería. Tal es el crimen más horrible a los ojos de los árabes de la época heroica.
Los nómadas son bandoleros porque en el desierto de arena no se puede ganar los medios de subsistencia más que por el comercio o mediante el robo. El nómada se ve obligado a robar.
Pero lo hace de acuerdo con las leyes del deporte y de la caballería. Respeta las vidas humanas, respeta a los amigos, el pudor de las mujeres, la debilidad de los niños y peregrinos. Además, respeta las «Treguas de Dios». y quien no lo hace así, es excluido de la sociedad árabe.
Las gentes de la tribu Ghifar son bandoleros. Sobre todo, atacan a los peregrinos que se dirigen a La Meca, durante los meses de la «Tregua de Dios».
Por hambrientos que estén, los nómadas no atacan jamás a un hombre vestido de peregrino y durante los meses sagrados. Los ghifar lo hacen. Un hombre de esa tribu acaba de llegar ante Mahoma y le pide ser admitido en el Islam. El profeta, que cuenta con tan pocos fieles, no puede aceptar como quinto o sexto seguidor a un salteador y asesino, un ghifarita. Pero tampoco puede

rechazarlo. Tanto más cuanto que el camino recorrido por el asesino para llegar a Mahoma tiene algo de patético.
Los parientes y antepasados y toda la familia de Abu-Dharr viven del pillaje contra los peregrinos. Aunque nacido en un clan en el que el crimen es cotidiano, Abu-Dharr tiene remordimientos. Sus tormentos interiores llegan al colmo cuando ocurre el ataque a una caravana en la que había mujeres y niños.
Los peregrinos han sido asesinados. Abu-Dharr, que ha participado en la matanza, queda consternado por ella. Cuenta que los gritos de las mujeres y de los niños suenan sin descanso en sus oídos. Toma consigo a su madre ya su hermano menor, abandona la tribu y huye al desierto. Un hombre sin tribu es un hombre perdido. Sobre todo, un ghifarita, porque nadie le dará nunca protección. Abu-Dharr se refugia primero entre la familia de su madre. Pero no puede quedarse allí. Tiene sed de arrepentimiento y de perdón. Invéntase una religión para sí mismo, monoteísta. Tal y como él la concibe. Después, enfrentándose con todos los peligros, llega a La Meca. Para encontrar a Dios: «He orado a Dios antes del Islam - declara Abu-Dharr -. He orado durante tres años antes del Islam, de la manera que entonces Dios me sugería.»
En La Meca, se oculta en los barrios bajos de la ciudad. Oye hablar de Mahoma y de la nueva religión. Se informa. Y esa nueva religión le interesa. Se parece a aquella que él mismo se ha confeccionado para su uso personal. Y como tiene miedo a salir de su escondite, Abu-Dharr envía a su hermano menor a la ciudad para que recoja información, lo más completa posible, acerca del Islam y del nuevo profeta. El hermano obedece. A su regreso cuenta: «Mahoma es como tú. Adora a un Dios único. Aconseja a las gentes que hagan el bien. Además, pretende ser un enviado de Dios. Los de La Meca le acusan de ser un chair, es decir, un poeta. Yo mismo soy un poeta reconocido y puedo afirmar que Mahoma no lo es. En cuanto a la acusación de que es kahin - adivino-, he hallado a muchos adivinos en mi vida y Mahoma no se les parece en nada. Mahoma es un hombre sincero. Aconseja el bien y prohíbe el mal.»
Abu-Dharr sale de su escondite y va a encontrar al profeta. Sabe que éste y sus seguidores son perseguidos. Inmediatamente se le ofrece una prueba de ello. Pregunta a un vecino dónde está la casa de Mahoma. El hombre, al oír la pregunta, da la voz de alarma: «¡Coraichitas, aquí tenéis a un nuevo musulmán!».
Los que pasan por allí se arrojan sobre Abu-Dharr para lincharlo. El asesino salva su vida a duras penas. Dice: «Cuando volví en mi, estaba como un ídolo pintado de rojo.»
Al día siguiente, ve por primera vez a Mahoma y lo reconoce en la calle. Abu-Dharr se acerca al profeta y le habla. Mahoma escucha la historia del asesino ghifarita, lleva la mano - embarazado- a su frente y no sabe qué contestar.
¿Introducir a un asesino en el Islam?
El profeta pregunta a Abu-Dharr cuánto tiempo hace que se encuentra en La Meca. El bandido contesta que se halla en la ciudad desde hace treinta días. Mahoma le pregunta con qué se alimenta. El

bandido responde: «Con el agua de Zam-Zam. Es mi único alimento. Bebo durante la noche. Y sin ayuda de ningún otro alimento, durante estos treinta días he engordado.»
Abu-Bakr invita al bandolero a su casa. Le instruye en el Islam. Después, Abu-Dharr es enviado de nuevo a su tribu, para que predique allí la nueva religión. Abu-Dharr se convierte en uno de los más fieles musulmanes. Toda su tribu se convierte al Islam y deja de llevar la vida de los fuera de la ley .

XXVIII

EL CIELO DEL CAMPEÓN

El n6mero de fieles sigue siendo muy limitado. Mahoma sigue invitando a las gentes al Islam. Pero, con muy raras excepciones, los hombres siguen su camino. sin responder a la exhortación del profeta. En el desierto que rodea a la ciudad, Mahoma se encuentra con el campeón de lucha de La Meca. El que combate en todas las ferias. El que nunca es vencido. Se llama Rukanah. Guarda rebaños de corderos. Es como un gran bruto
estúpido. Los problemas religiosos nunca han irritado las células de su cerebro. Mahoma se detiene ante aquella inmensa criatura de Dios y le invita al Islam. Como lo hace con todo el mundo. El campeón Rukanah escucha a Mahoma que le habla del cielo, del infierno y del juicio final.
Responde: «Mahoma, yo creería en Alah, como tú me pides, si pudieras hacer caminar a esos dos árboles que están ante ti y si pudieras hacer que se acercaran el uno al otro, como dos hombres».
El campeón señala dos árboles solitarios, bajo los que pastansus ovejas.
«Es muy sencillo - contesta Mahoma -. Ve junto a ellos y diles que caminen el uno hacia el otro. Diles que es una orden de Mahoma.
El campeón vacila. De pronto, tiene miedo. Abandonados en el desierto de arena, bajo el ardiente desierto del cielo, los árabes temen a la divinidad. Exactamente Igual que tienen miedo del rayo y de los temblores de tierra. Un milagro es como un incendio. Los árabes velan sus rostros cuando profetizan y cuando se hallan en presencia de la divinidad. Porque la divinidad es incandescente. Es de fuego. Y hay que guardarse de ella.
Por esta razón, quienes se han encontrado cara a cara con la divinidad han quedado señalados por sus rayos y su rostro lleva heridas de luz. Así se escribe en la Biblia, acerca de Moisés:
Moisés no sabía que la piel de su rostro irradiaba luz mientras hablaba con Dios,.. los hijos de Israel, habiendo visto a Moisés y dándose cuenta de que su rostro lanzaba rayos. temieron acercarse a él, . . Esa es la razón de que Moisés echara un velo sobre
su rostro. hasta que volviera a hablar con el Eterno.

El campeón Rukanah se asusta de pronto: no quiere ver el milagro. Es demasiado peligroso.
Dice a Mahoma: «Me convierto al Islam y creo si puedes vencerme en combate».
Mahoma acepta. Nadie ha vencido jamás al campeón Rukanah. Pero un profeta debe tener confianza absoluta en Dios. Cuando se experimenta semejante confianza, es normal que uno se atreva a emprenderlo todo. Aun vencer al más fuerte de los árabes.
Mahoma dice: «Si te venzo, no te pediré que te conviertas, sino que me cedas la tercera parte de tu rebaño».
El campeón acepta. Comienza el combate. Rukanah lucha porque ése es su oficio. y para no perder sus corderos. Mahoma lucha con la desesperación de los profetas a quienes nadie escucha. Ese combate es para él el único medio de dar al campeón
una prueba de la potencia divina.
Mahoma vence. Por tres veces cae de espaldas el campeón. Lleno de sudor, agotado, Mahoma sacude sus vestidos. Dice a Rukanah que le deja sus corderos y que no le pide que se convierta al Islam. Sólo ha querido mostrarle que Alah es más fuerte que todos los campeones y que el mismo Rukanah. Mahoma se aleja. Rukanah corre tras él. Le pide que le instruya en el Islam. Cree.
Mahoma sabe que un profeta debe ser más que un políglota.
Debe hablar a cada uno en su propia lengua. Porque está escrito: Responde al simple de acuerdo con su simplicidad. A un luchador hay que hablarle con los músculos, porque las palabras están, para él, desprovistas de sentido. El lenguaje del campeón es el de los músculos. Ni siquiera Dios puede hablarle de otro modo. y el profeta debe hablar a todos.

XXIX

HAMZAH, EL CABALLERO DEL ISLAM

El odio contra Mahoma llega a su paroxismo. Pero ahora los adversarios del Islam dudan sobre si asesinar o no al profeta. Cuenta ya con algunos fieles importantes. Los extraños al clan no le dan muerte porque temen complicaciones y el precio de la sangre que no dejarían de exigirles. Los miembros de la familia quieren asesinarle. Pero eso les resulta difícil. Matar a un individuo del mismo clan; es amputarse un miembro. Un pie, una mano, una oreja, por mucho daño que os hagan, no son eliminados sin vacilaciones. Es difícil: se trata de una parte integrante de vuestro cuerpo. Si se amputa uno de los miembros sufre todo el organismo. El clan grita a Mahoma:
Te vemos débil entre nosotros; y sin tu clan te hubiéramos lapidado, porque no eres poderoso entre nosotros.
Por el momento, la vida de Mahoma está segura. Pero se le hace cada vez más insoportable. Tras el asesinato de Halah en el santuario, Mahoma es atrozmente golpeado en plena calle.

Cae entre el fango y le dan violentos puntapiés. Personalmente, nada de eso le sorprende. Es una aventura que le sucede con frecuencia desde que es profeta.
Los niños le persiguen en grupos, por todas las calles, le tiran piedras, le cubren de inmundicias y le gritan palabras ofensivas. Ahora, Mahoma sabe que el ridículo forma parte de la misión del profeta. A la cabeza de los perseguidores se encuentra siempre Abu-Jahl, llamado «el padre de la locura» (2).
Un día que Mahora es atado y golpeado de nuevo en la calle, por un grupo dirigido por Abu-Jahl, un árabe se presenta en casa de Harnzah, el tío de Mahoma, y le cuenta lo que acaba de suceder. Hamzah es un caballero, un gigante deportista y correcto. Vuelve de caza. Oye cómo su sobrino Mahoma ha sido pisoteado por los buitres de La Meca conducidos por Abu-Jahl.
Las cuestiones religiosas no interesan a Hamzah; deporte y combates llenan su vida. Está contra las teorías religiosas de Mahoma, porque se dice que semejantes teorías atentan a los antepasados. Por lo tanto, son contrarios al espíritu caballeresco. Pero
golpear a su sobrino, es como aplastar los dedos de Hamzah o amputarle una mano. Quien hiere al miembro de un clan hace sufrir a todo el clan. Con un sufrimiento verdaderamente físico. La reacción del beduino, del hombre del clan, para quien
asabiya, la solidaridad tribal, y achira. la solidaridad de sangre, son leyes sagradas, se desencadena de pronto. Hamzah no puede dominarse más. Se siente personalmente herido. Corre armado, tal como estaba. a la casa del agresor, Abu-Jahl, y le inflige un buen correctivo corporal. Públicamente, tal como conviene. La pena infligida por Hamzah es tanto más severa cuanto que es un barraz, un caballero especializado en los combates singulares. Es un verdadero mosquetero. En el fuego del combate, Hamzah, que se siente solidario de Mahoma, su sobrino - por la sencilla razón de que es su sobrino - y por lo tanto como si formara parte de su cuerpo, grita a Abu-Jahl.
«¿Te imaginas que Mahoma ha quedado abandonado por los suyos? Pues óyelo: j a partir de hoy, abrazo su religión. Me hago musulmán. Y si tú o cualquier otro, tenéis el valor de atacar al Islam, podéis venir a encontrarme».
A partir de ese momento, el Islam cuenta en su seno con un caballero, un barraz. que al lado de Alí llevará la gloria de Alah por todos los campos de batalla en todos los combates singulares de caballeros sin miedo.
Hamzah abraza el Islam por solidaridad de clan. Por honor.
Al mismo tiempo, la violencia de los enemigos se organiza y redobla. Se hacen más intensos los ataques contra el profeta. Pero Mahoma sabe que ser profeta es vivir en peligro.

XXX

OMAR, EL HOMBRE A QUIEN TEME EL DIABLO

Para substraerse a las persecuciones, Mahoma y sus fieles se retiran a una casa sobre la colina Safa frente al santuario de la Kaaba. Esa casa se llama la casa de Arqam por el nombre de un fiel que la ha puesto a disposición del Islam. Allí se celebra el culto público. Allí se realizan las reuniones. La casa existe todavía. Ha sido transformada en escuela.
Los musulmanes vigilan durante los oficios, puesto que muchas veces han sido atacados por sorpresa mientras estaban en el interior de la casa. Los habitantes de La Meca están exasperados. Mahoma cuenta ya con más de tres docenas de fieles declarados. El Islam comienza a convertirse en fuerza. Reina en él una disciplina de hierro. Mahoma es escuchado y obedecido como nunca lo fue ningún jefe de clan. Para los coraichitas, el peligro es grande. Doblan la vigilancia. En esa lucha, asistimos por ambas partes a una conducta puramente árabe. Un árabe no teme la muerte. Sabe que el adjal - final de la vida terrestre, o muerte - como el rizq -la pobreza y la riqueza, la dicha y la desgracia en la vida -, no dependen de la voluntad y de la sagacidad del hombre. Están en las manos del Creador, que dispone de ellas según su gusto. Pero, aunque despreciando la muerte, el árabe no la desea. Dice el poeta: «Desear la muerte abrevia la vida. Despreciar la muerte prolonga la vida». En el combate, el árabe no se expone a inútiles riesgos. No ataca de frente, como el hombre del Norte. Los ciudadanos de La Meca, especialmente, son célebres por su hilm, es decir, su flema, por su actitud razonable. reflexiva y de sangre fría ante la vida.
Comprobando que el Islam se desarrolla, los coraichitas buscan metódicamente una solución práctica, perfecta y razonable, de ese problema. Uno de los primeros oligarcas de la ciudad, Omar, de la tribu Adi, exasperado por esas negociaciones y tergiversaciones, decide poner fin a la situación y matar a Mahoma con sus propias manos. Quiere acabar de una vez por todas con el incómodo profeta. Omar está dispuesto a cargar con todos los riesgos que traerla consigo la muerte violenta de Mahoma. Todos los oligarcas de La Meca desean ese desenlace; pero ninguno de ellos, excepto Omar, .tiene el valor de actuar. Las gentes de La Meca desean la muerte de Mahoma, como desearían la muerte de un dragón que hubiera aparecido en la ciudad y les obligara a vivir en el terror. Omar es un hombre diferente de los demás de La Meca. Diferente, en primer lugar, por su talla: es tan corpulento como Abd-al-Muttalib. Qmar era tan alto que, más tarde, cuando la edificación de la mezquita de Medina, su cabeza tocará el techo del edificio. Por naturaleza, era fogoso y orgulloso de sus propias cualidades. . . Era un hombre de una decisión y de un orgullo indomables».
Así pues, Omar decide, a pleno día, sin rodeos, sin conjuras, sin intrigas, matar a Mahoma. Se arma y se pone en camino, para ejecutar su proyecto.
Mahoma se encuentra en Dar-al-Arqam, en la casa de Safa.
Nos hallamos en el año 614, el 8 antes de la Héjira.

En el camino que conduce a Dar-al-Arqam, Omar se encuentra con un amigo, Nu'aim-ibn-Abdallah-an.-Nahham. Al ver a Omar armado y dispuesto a la pelea, Nu'aim le pregunta dónde va. Omar responde en voz alta - según su costumbre - que va a asesinar a Mahoma. Y añade: «Jamás hemos soportado ofensas semejantes a las que proceden de Mahoma. Nadie se ha atrevido a lo que él. Insulta a nuestros antepasados, los antepasados de los coraichitas. Critica nuestra religión. Siembra la discordia entre los ciudadanos. Blasfema de los ídolos. Semejantes cosas. Los ciudadanos de La Meca no las han soportado de nadie hasta hoy».
Omar se aleja. Para terminar lo antes posible con Mahoma.
Para darle muerte. Pero Nu'aim tiene miedo. Hace tiempo - en secreto- se ha convertido al Islam. Quiere salvar al profeta.
Sólo que Omar no es hombre que se detenga en el camino cuando ha tomado una decisión. No conoce más que una senda en la vida, la que es recta como el filo de una espada. Omar es un hombre ffuga1, sobrio, honesto y justo. pero implacable. Se dice
que «si el diablo se encontrara con Omar en su camino, se escondería lleno de miedo».
La tradición popular cuenta que Omar se ha encontrado realmente con el diablo y que éste ha huido aterrorizado. La cosa sucedió de la siguiente manera :
Sabido es que en el momento de la creación, Dios hizo al hombre de arcilla negra, roja y blanca, para que la humanidad fuera variada y las gentes pudieran reconocerse unas a otras.
Tras haber creado al hombre, Dios hizo venir a todos los seres creados anteriormente, para que se prosternasen ante él y le reconocieran como a dueño. Todas las criaturas, desde la más pequeña hasta la más importante, se inclinaron ante el hombre, en una profunda reverencia, según la orden recibida. Sólo Iblis - el diablo- se negó a inclinarse ante Adán. Dios, disgustado, preguntó al diablo por qué se negaba a hacer reverencia al hombre. ¿Por qué no adoras al hombre? - preguntó el Señor. A lo que respondió el diablo: Soy mejor que él. A mí me has creado del fuego; al hombre. lo has creado de maloliente arcilla.
El Señor se enfadó y expulsó al diablo del Paraíso: ¡Fuera de esta morada! - gritó Dios - Serás reprobado para siempre.
Desde aquel día, el diablo vaga por la tierra. Un día, viene a encontrarse con Mahoma y le pregunta qué tiene que hacer para obtener el perdón del Señor y ser de nuevo recibido en el Paraíso. Mahoma le responde. «Ve sobre la tumba de Adán, arrodíllate como Dios te ordenó, y ríndele homenaje. Tras ese acto de sumisión, tal vez Alah te perdone».
El diablo da las gracias a Mahoma y va a besar la tierra que cubre la tumba de Adán. El diablo va muy satisfecho. Ante él se abre una perspectiva de perdón y rehabilitación.
Pero he aquí que en el camino que lleva al cementerio en que yace enterrado Adán, el diablo .se encuentra con Omar. El diablo quiere ocultarse en los matojos que bordean el camino, como acostumbra

hacer. Pero es demasiado tarde. Omar lo ha visto y le hace señal de acercarse. El diablo acude tembloroso.
Omar le pregunta dónde va. El diablo le dice la verdad. Nadie tiene el valor de mentir en presencia de Omar. Habiendo oído aquello, Omar echa una mirada de desprecio al diablo. Dícele que es inútil probar. Dios no le perdonará jamás. Arrodillarse ante
la tumba de Adán y besar la tierra es un acto de cobardía y una bajeza. El diablo debiera haberse prosternado ante el primer hombre cuando éste estaba vivo. Pero no después de su muerte.
Omar, lleno de menosprecio, se aleja del diablo.
Éste ya no tiene valor para ir a pedir perdón a Adán sobre su tumba. La tradición cuenta que si el diablo no ha sido rehabilitado hasta ahora, ha sido por culpa de Omar .
Pues este Omar que infundió temor al diablo, es el que ahora va a asesinar a Mahoma. Con la espada. Generalmente, Omar nunca necesita la espada. La tradición cuenta que “ante su látigo las gentes temblaban más que ante el alfanje de los mayores tiranos”. Pero ahora no tiene intención de castigar simplemente a Mahoma con un correctivo: va a matarlo. Por eso ha cogido una espada y no un látigo.
Nu'aim corre a Omar y le dice: «Si la nueva religión te fastidia porque divide a la ciudad, y si quieres imponer el orden sería más razonable comenzar poniendo orden en tu propia familia y después, sólo después, en la ciudad».
Nu'aim dice a Omar que su propia hermana Fátima y el marido de ésta, Said-ibn-Zajd. son fanáticos musulmanes. En la propia casa de Omar se oyen cada día los versículos del Corán.
Ornar queda absorto por semejante noticia. Y como es un hombre justo, admite que el consejo es equitativo: debe destruir el Islam ante todo en su propia familia, si verdaderamente ésta está contaminada; y sólo después, destruir el Islam en la ciudad.
Omar vuelve a su casa, furioso. Fátima, su marido y un misionero musulmán llamado Jabbab, se hallan precisamente en plena oración, declamando en voz alta un versículo del Corán. Ornar arranca las páginas del libro. Golpea violentamente a su hermana. Golpea también a su cuñado. Y se arroja sobre el misionero.
En la lucha, Fátima grita a su hermano que puede matarla si quiere, pero que nunca renunciará al Islam.
Omar se detiene. De pronto, se pregunta qué puede haber tan fascinante en esa creencia que induce a su hermana a morir bajo los golpes antes que abandonar el Islam. Un Dios por el que los hombres están dispuestos a dar sus vidas debe ser un Dios muy poderoso.
Omar desea leer el versículo del Corán que las tres personas recitaban en el momento de su irrupción en la casa. Pero los otros se oponen. Es un pagano, un profanador. Omar no se preocupa de esas injurias y cuando ha terminado de leer, exclama: «¡Esto es espléndido! ¡Extraordinario! ¡Sublime!».
Omar abraza a su hermana y a su cuñado. Pídeles perdón. Y, tal como es su carácter, declara bruscamente que quiere hacerse musulmán. Pero inmediatamente.

En compañía de Fátima, del cuñado y del misionero Jabbab, Omar se dirige hacia la casa de Arqam para convertirse. Los musulmanes que montan la guardia ven llegar a Omar armado y a los tres compañeros cubiertos de sangre. Dan la alarma. Pero Omar está ya en el umbral de la puerta. Grita que no viene animado de intenciones belicosas, sino dispuesto a abrazar el Islam. Y allí mismo se convierte. En la casa de Arqam. Omar es el musulmán número cuarenta en todo el mundo.
Después de su conversión, se pone al frente de todos los musulmanes que están en la casa y atravesando la ciudad - provocador - se dirige al santuario de la Kaaba para hacer la oración pública.
Abu-Jahl, Abu-Sufian, Abu-Lahab y los demás fanáticos antimusulmanes no se atreven a mostrarse en público. Todos temen a Ornar, el hombre de quien el mismo diablo tiene miedo.
Hace tiempo que los musulmanes no se atreven a presentarse a la luz del día, como en esa jornada. Hecha la oración, Ornar advierte personalmente a todos los enemigos de Mahoma que, si tienen algo contra el Islam, no tienen más que dirigirse a él, que es musulmán.
Los ciudadanos de La Meca toman nota, en silencio, de esta conversión. Están espantados. Pero son árabes, y un árabe no abandona jamás la lucha. A la manera del poeta Chafara que nunca la abandonó y que, después de su muerte, siguió matando a sus enemigos con las esquirlas de su cráneo. Y eso mucho después de su muerte. Los enemigos de Mahoma cierran sus filas, dispuestos a vencer o morir .

XXXI

TENTATIVAS DE RECONCILIACIÓN

La vida y la muerte de Mahoma dependen de Abu- Talib, el jefe del clan.
Mientras el profeta forma parte del clan, todos sus parientes le deben ayuda y protección. Por más que no le quieran. Si Mahoma quedara excluido de su clan, todo se arreglaría para sus adversarios. Podrían matar impunemente al profeta. Por eso, los coraichitas envían emisarios a Abu- Talib y le invitan a excluir a Mahoma del clan.
«Entréganos a Mahoma. Es incorregible. Nosotros lo mataremos. A cambio de esto, te daremos los más valerosos y los más jóvenes de los hombres de La Meca. Podéis escogerlos vosotros mismos».
Para la moral, muruwwa, de los nómadas, la muerte de un hombre es una pérdida capital: por tanto, el empobrecimiento de la tribu, que pierde una vida. El clan se hace menos fuerte, con una unidad viva menos. La vida de un hombre es un capital vivo, como el caballo, el camello o el rebaño de corderos.

Pero en el momento en que se repara esa pérdida, gracias al reemplazo del valor perdido por otro, o gracias a la disminución del clan enemigo por la muerte de uno de sus hombres el asunto queda arreglado. Se restablece el equilibrio de fuerzas.
Si alguien mata a mi cerdo, en el momento en que me ofrece otro la justicia queda satisfecha. Tal es la ley del talión. Materialista. Todos los grandes poetas de la época djahilyia han abandonado sus clanes porque, para ellos, la muerte de un adversario no bastaba para pagar el precio de la sangre. A sus ojos, la vida de un amigo, de un hermano o de un hijo, no pedía ser pagada con la muerte de otro hombre perteneciente al clan del asesino, ni por la ofrenda de camellos, aunque fueran cien o doscientos. Pero, en La Meca no hay poetas. Los coraichitas son mercaderes. Desde este punto de vista, la oferta de los emisarios coraichitas a Abu-Talib, de cambiar unos jóvenes por la vida de Mahoma, es algo corriente. Una transacción habitual.
Abu-Talib no es, ni será, musulmán. No se ha convertido. Morirá en la fe de sus mayores. Sin embargo, se niega a entregar a Mahoma, su sobrino.
Contesta: «¿Es justo que matéis a mi hijo - en este caso su sobrino - y yo dé de comer a vuestro hijo?».
De todas maneras, Abu- Talib recibe presiones de los coraichitas por todas partes. Se le conmina a excluir a Mahoma de su clan.
Abu Talib llama a su sobrino y le expone la situación.
Mahoma responde: «Tío, ¿quieres abandonarme? Te juro por Aquel que posee mi alma: aunque me trajeran como regalo el sol en la mano derecha y la luna en la izquierda, no renunciaría a mi fe ni a mi Dios. El Dios en que creo me es ayuda suficiente. Aunque tú me abandones. Hazlo, si quieres yo me quedo con Dios».
Abu-Talib anuncia a los coraichitas que esperan los resultados que él, Abu-Talib, sigue fiel a sus mayores y que nunca se hará musulmán. Pero se niega a entregar a Mahoma. Mientras viva, protegerá a su sobrino. De acuerdo con la ley del clan.
Los coraichitas se van, decepcionados. Sin embargo, no renuncian a la lucha. Se dirigirán directamente a Mahoma.
Su delegación, que va a ver a Mahoma para discutir una eventual reconciliación, está dirigida por un ciudadano conocido por su hilm, su sangre fría, su actitud razonable y su realismo. Se llama Utbah.
Dice a Mahoma. «Sabemos que eres un hombre razonable, caritativo y amable y que lo has sido siempre. Nunca hemos visto que hicieras daño a nadie. No necesito decirte qué agitación y qué desorden han causado tus iniciativas en la ciudad. Dime francamente cuál es el objeto de todo esto. ¿Deseas dinero? Te garantizo que la ciudad, para satisfacerte, reunirá todo el dinero que desees. ¿Quieres mujeres? Toma por esposas a las jóvenes más bellas de La Meca. Puedo asegurarte que todos estámos de acuerdo para satisfacer tus deseos.
»¿Quieres estar al frente de la ciudad? Prontos estamos a escogerte como jefe. Pero con una condición: no nos hieras en nuestro amor propio. No vuelvas a decir que nuestros ídolos y todos los que entre

nosotros o entre nuestros mayores los han adorado, están destinados al fuego eterno del infierno.
»Si estás enfermo, buscaremos los mejores médicos para el cuerpo y para el alma. No amamos ni las discordias ni los trastornos en la ciudad».
Mahoma escucha con inmensa tristeza aquel razonable discurso. Porque nada puede ser más desolador, en el universo, que lo razonable a toda costa.
Responde: ¿Por qué me afligís...? Soy enviado del Cielo ante vosotros... Creer en Dios y en su Enviado... Para vosotros, ése es el camino de la felicidad. ¡Ya lo sabéis, coraichitas! Adorad al Señor en esta Casa. El Señor que os alimenta. que os ha preservado del hambre y os asegura contra el temor...
Mahoma explica. Pero Utbah no entiende.
Mahoma prosigue:
El Dios clemente me ha enviado el Corán. Es el depósito de la verdadera fe. Está escrito en árabe. Instruye a los sabios. Promete. Amenaza. La mayoría se aleja y no quiere oír. Nuestros corazones, dice, están cerrados a tu voz. Un peso obtura nuestros oídos. Entre tú y nosotros se interpone un velo. . . Sigue tus principios: nosotros seguiremos los nuestros,... y yo les contesto: No soy más que UN MORTAL COMO VOSOTROS. El cielo me ha revelado que no hay más que un solo Dios. Sed justos ante Él. Implorad su misericordia.
Mahoma sabe ya cuál será la respuesta de Utbah. Y recita:
Los profetas les predicaron el culto de un Dios único. Y respondieron.. Si Dios hubiera querido ilustrarnos nos hubiera enviado a sus ángeles. Así pues, negamos vuestra misión.
Utbah vuelve a quienes le enviaron, el clan de los oligarcas coraichitas, y les dice: «Haced lo que queráis, porque este asunto supera mis fuerzas».

* * *

Mahoma está más apenado que los coraichitas por el fracaso de aquella tentativa. Ama a su clan. Ama a La Meca. Ama a los árabes. Quiere la reconciliación. La falta de acuerdo entre él y su clan le duele, como duele a todo cuerpo la amputación de un miembro"
Pero los «infieles» dicen: No tendremos fe en ti hasta que hagas brotar una fuente de la tierra... O, según tus propias pretensiones, hasta que hagas caer el cielo sobre nosotros en pedazos... o nos traigas a Alah con sus ángeles... o hasta que poseas una mansión cargada de ornamentos. . .O, bien, te eleves al cielo. . . Pero no creeremos en tu ascensión si no nos envías un escrito desde lo alto. . . Los infieles quisieran que Dios les enviara una orden escrita por su propia mano.
Para creer en Mahoma, los mercaderes de La Meca le piden que haga milagros: hacer surgir una casa de oro macizo; hacer fluir, en el desierto que rodea a la ciudad, ríos azules como los de Siria. Y llegan a pedirle que rompa la luna en dos partes, como
si se tratara de una tarta. . .

Desolado por tanta incredulidad, Mahoma - sobre todo, cuando oye que le piden que divida la luna en dos - (a él, simple mortal, que no tiene otra pretensión que anunciar una verdad que le ha sido revelada), levanta los brazos al cielo. Como hace cualquier hombre cuando no logra dar con una solución. . .
En el momento en que Mahoma levanta así los brazos, la luna, que se hallaba precisamente sobre su cabeza, se quiebra en dos, como si hubiera sido rota por las manos del profeta. Todos los asistentes quedan petrificados. Porque en torno a él hay mucha gente. Los dos pedazos de la luna quedan separados el tiempo necesario para que lo vean todos aquellos hombres, después, se unen de nuevo y la luna vuelve a aparecer completa. Se ha producido el milagro exigido por los oligarcas. Mahoma ha roto la
luna en dos, como una tarta. En público. Pero ahora sus enemigos, en vez de confiar en él, le acusan de magia. y su enemistad se hace más dura y persistente. El Corán habla de esa ruptura de la luna, que todos pedían, pero que los endureció más aún después que la vieron. Al llegar la hora, la luna quedó hendida. Pero los infieles, a la vista de tales prodigios, volvían la cabeza y decían: Magia.
Los hadith, es decir, «las cosas contadas por los testigos», refieren que el profeta estaba muy triste por no haber logrado reconciliarse con su clan. «El Enviado de Alah veía a aquellas gentes que se apartaban de él y estaba afligido por el alejamiento de que daban muestras, por lo que él había recibido de Alah.
Mahoma deseaba recibir de Alah algo que permitiera un acercamiento entre él y su pueblo».
Mahoma se dirige a la Kaaba, se prosterna y ruega a Dios que no lo aparte completamente de su clan, de los coraichitas.
Sin clan, un hombre es como un ojo sin cabeza, como un brazo sin cuerpo porque los nómadas y los átomos no existen solos en la naturaleza; viven en grupos de átomos, llamados moléculas, y en grupos de nómadas llamados clanes. Mahoma implora a
Alah que le dé un medio de acercarse de nuevo a los suyos, a los «pequeños tiburones», los coraichitas. Dice, orando en voz alta:
¿Habéis considerado a Al-Lat y a Ozza?
¿Y a Manat, la tercera?
Son sublimes diosas.
Y su intercesión es necesaria.
En el instante en que Mahoma terminó su plegaria, «el profeta se prosternó y tanto los musulmanes como los idólatras se prosternaron con él».
No se trata de un milagro. Mahoma acaba de afirmar que los tres ídolos principales de los coraichitas: Al-Lat, Ozza y Manat, pueden ser considerados como ángeles, intermediarios entre los hombres y Dios. Es una concesión hecha a los idólatras.
La reconciliación se ha cumplido. Mahoma ha hecho el elogio de los ídolos, llamándolos «sublimes diosas». Entonces se conoce a esos tres ídolos con el nombre común de gharaniq, las grullas o los cisnes..

De pronto, Mahoma se da cuenta de que está siendo un instrumento del diablo. No es el ángel Gabriel quien le ha dictado esos versículos en elogio de los ídolos, sino el diablo. Por esa razón, los muchrikun, los «asociadores», los paganos, se han arrodillado al mismo tiempo que los musulmanes.
Mahoma se arrepiente y anula allí mismo las dos ayatas o versículos, que llevan los números 20 bis y 20 tercero, conocidos con el nombre de «versículos satánicos». En lugar de las ayatas satánicas aparecen en el Corán las palabras dictadas por el ángel,
según el texto original del Corán que se encuentra en la mesa de piedras preciosas en el Cielo más alto. Las tres «grullas» no son más que nombres, con que vosotros las habéis llamado.
Alah no hizo descender sobre ellas ninguna aprobación (Sultán).
No seguís más que vuestra coyuntura y los deseos de vuestras almas, mientras que a vuestros padres les guió la dirección de su Señor.
Tras este episodio, el ángel Gabriel viene a Mahoma y le riñe severamente por haber recitado otra cosa que la que él le dictaba. Y el profeta tiene gran temor de Alah.
Pero el Señor, lleno de indu1gencia, hace saber a Mahoma que la aventura que él acaba de vivir ha sucedido a todos los profetas que le han precedido en la tierra. Porque 'todos ellos han sido engañados al menos una vez por el diablo.
No hemos enviado antes de ti a ningún mensajero ni profeta, sin que Satán, cuando deseaba algo, se lo hiciera expresar. Alah borra lo que envía Satán y después restaura las señales.
A partir de ese instante, Mahoma se mantiene en guardia: Un profeta debe contar con un enemigo más fuerte que los coraichitas: el diablo. Yel profeta debe estar extremadamente atento.
En todo caso, la reconciliación con los coraichitas es imposible. No se puede agradar al mismo tiempo a Dios y al diablo.
Mahoma queda, moralmente, sin clan. Solo. Entre los dos desiertos infinitos: el desierto de Arabia y el del cielo ardiente.
Más que nunca, está decidido a servir al Creador.

XXXII

LA HUIDA A ABISINIA

Mahoma está decidido a luchar y morir por su fe. En el pequeño grupo de musulmanes, no sucede lo mismo. Son muy pocos.
Ante las presiones ejercidas por los coraichitas, sus filas se dislocan y disminuyen. Mahoma se ve obligado a tomar medidas. Si no actúa con toda urgencia, el pequeño grupo de fieles desaparecerá, fundiéndose como la mantequilla al sol.
«Los coraichitas dirigieron contra Mahoma a aquellos mismos que le habían obedecido. De manera que el pueblo se alejó del profeta y lo abandonó, a excepción de aquellos a quienes Dios protegió; y éstos eran poco numerosos.»

El cronista prosigue:
«Las cosas siguieron así durante el tiempo que Dios quiso. Entonces, los jefes coraichitas se reunieron en consejo para decidir cómo apartar de la religión de Dios a todos sus hijos; hermanos y miembros de! clan que habían seguido a Mahoma:
«Hubo entonces para el pueblo del Islam que seguía al profeta un período de extrema tensión y rebeldía. Algunos se dejaron seducir. Pero Dios preservó a los que quiso.»
El Corán menciona esa fitnah, o «maniobra insidiosa para seducir y apartar», esa ruptura de armonía en las filas de los musulmanes. Sometidos a las presiones exteriores, algunos no pueden resistir y ceden. Abandonan el Islam. Dicen: Si abrazamos el Islam seremos expulsados de nuestro país. Las nuevas conversiones son poco numerosas. Las anteriores se ha1lan en fitnah, «en la discordia». Mahoma lucha durante algún tiempo, con todas sus fuerzas, por mantener la fe de aquel grupo reducido de fie1es. Conoce a los hombres porque «quienes buscan a Dios, lo comprenden todo». Comprende que, si no aporta inmediatamente una nueva solución, muy pronto no quedará más que un solo musulmán. Unos renegarán de su fe, otros serán expulsados de la ciudad y los demás, serán asesinados.
Mahoma decide enviar a todo el grupo de musulmanes a1 exilio, a fin de sustraerlos a la destrucción que lo amenaza en La Meca. Es una solución radical. y es la primera decisión que Mahoma toma como jefe de una comunidad terrestre.
«Cuando los musulmanes se vieron tratados de aquella manera, el profeta les dijo que partieran para el país de los abisinios.
Los abisinios estaban gobernados por un excelente rey, llamado Nadjachi, es decir, Negus. Nadie era turbado en su país y el soberano era alabado por todos por su rectitud. E1 Mensajero de Dios dio la orden y la mayoría de los fie1es musulmanes le obedecieron cuando estaban oprimidos en La Meca, o cuando temieron las maniobras insidiosas de seducción y desviación que se habían iniciado contra ellos.
»El profeta se quedó. Y durante años, los coraichitas hostigaron a todos los que se hacían musulmanes».
El primer grupo de musulmanes es enviado a Abisinia en el año 615. En el momento de la partida, Mahoma dice a los desterrados: «Abisinia es un país de verdad. Quedaos allí hasta que Dios facilite las cosas».
El grupo de exilados a Abisinia va conducida por Ja'far, hijo de Abu-Talib y primo del profeta. En la época de su matrimonio, Mahoma ha adoptado a Ali, hijo de Abu-Talib, que hallaba grandes dificultades materiales; y Abbas, el tío del profeta, ha adoptado a Ja'far, hermano de Ali. Ahora, Ja'far es un hombre en pleno vigor de la edad. Se ha casado con una mujer llamada Asma y que, después de la partida para el destierro, recibirá el nombre de Bahriyah; es decir, «la marinera». Para pasar desde Arabia a Abisinia, los musulmanes han tenido que atravesar el mar Rojo; y el viaje por mar en aquella época

es un privilegio reservado a los hombres. Esa es la razón de qué Asma
reciba el sobrenombre de «marinera».
El segundo personaje importante en el grupo de exilados es Uthman, un oligarca de La Meca, casado con Ruqaya, hija del profeta, tras haber sido repudiada por el hijo de Abu-Lahab.
El primer grupo de desterrados consta de ciento nueve personas; setenta y cinco hombres y nueve mujeres coraichitas, además de veinticinco extranjeros.
El número de exilados aumenta inmediatamente después de la llegada del grupo a tierra abisinia: las nueve mujeres coraichitas dan todas a luz nuevos vástagos.
Asma, la «marinera», la mujer de Ja'far, da a luz un hijo el mismo día que la esposa del Negus. Asma se ofrece a ser nodriza del hijo del Negus.
El hijo de Ja'far se convierte, por lo tanto, en hermano de leche del príncipe abisinio. y Ja'far llega a ser de esa manera pariente del rey de Abisinia.
Otro hecho que llama la atención de los abisinios es la belleza de Ruqaya. Por ella estallan disputas. Los rivales están a punto de matarse unos a otros. Por suerte comienza, en ese momento una guerra; los admiradores de la joven y los fieles a Mahoma deben abandonar la ciudad y dirigirse al campo de batalla.
Otros romances de amor, otras amorosas intrigas se desencadenan con motivo de este exilio, entre árabes y abisinios. Y en esas intrigas se halla mezclada directamente la misma mujer del Negus.
Ja'far ha enviado al Negus una carta de parte de Mahoma.
El profeta pide la protección del Negus para quienes están obligados a abandonar su propio país porque adoran a un Dios único y han repudiado la idolatría.
«De Mahoma, enviado de Dios, a An-Nadjachi, rey de los abisinios.
»Te dirijo las alabanzas de Dios, fuera del cual no hay otro dios, el Soberano, el Santo, el Pacifico, el Protector y Socorredor. Y doy testimonio de que Jesús, hijo de María, es el Espíritu de Dios y su Verbo, que ha concebido en María, la Virgen, la Virtuosa, la Inatacada, que lo ha llevado por efecto de Su Soplo, así como había creado a Adán con su propia mano».
Tras haber afirmado que es el Enviado de Dios, Mahoma invita al Negus a abrazar el Islam, y prosigue: «Envío ante ti a mi primo paterno Ja'far, acompañado de un pequeño grupo de musulmanes. Cuando lleguen a tu país, recíbelos con hospitalidad».
El Negus recibe muy bien a los refugiados árabes. El clan coraichita se alarma. La Meca delega a dos embajadores, que atraviesan el mar Rojo a toda prisa para pedir al Negus la extradición de íos musulmanes. Para facilitar las negociaciones, La Meca envía al rey de Abisinia una gran cantidad de pieles, a manera de presente. Los embajadores de La Meca se llaman Amr-ibn-al-As y Amara.ben-al-Walid-ibn-al-Marjzuni. Los coraichitas se presentan en la corte del Negus y solicitan la extradición de los musulmanes, diciéndole: «Son bandidos de nuestro pueblo; que han abandonado nuestra religión y

pretenden que nuestros padres profesaron errores. Insultan a nuestros dioses. Si les dejamos difundir sus opiniones, no sabemos si no llegarán a corromper tu fe.»
El segundo embajador dice: «Han abandonado la religión de su pueblo, pero tampoco han abrazado la tuya. Sus parientes, sus familias, nos envían para pedir su extradición. Los conocemos mejor que cualquiera».
El Negus está indeciso entre su deber de cristiano, ante una nueva religión monoteísta - que a primera vista parece ser una nueva secta cristiana- y los intereses de buena vecindad con los paganos árabes de La Meca.
El Negus delibera, asistido por el metropolitano de Abisinia y todos sus consejeros. Llama a Ja'far y le pide que se explique y conteste a las acusaciones presentadas contra él.
«Oh, rey - dice Ja'far - nosotros éramos ignorantes, adorábamos a los ídolos; cometíamos pecados carnales, oprimíamos a los débiles y hacíamos toda clase de cosas abominables, hasta el día en que Dios nos envió a su mensajero, uno de nosotros. Le
conocíamos perfectamente. Conocíamos su veracidad, su honestidad y sus virtudes desde siempre. Nos ha enseñado a evitar el mal, a hacer el bien ya no adorar más que a un solo Dios».
Y señalando a los dos embajadores coraichitas que piden la extradición de los musulmanes, Ja'far añade:
“Estas gentes siguen la peor de las religiones. Adoran las piedras, visitan a los ídolos, rompen los lazos de la sangre, practican la injusticia y permiten cosas prohibidas. Dios ha enviado como profeta a uno de los más nobles de entre nosotros por su jerarquía, por su raza y su corazón: un hombre que en nombre de Dios ordena abandonar el culto de los ídolos y obrar según la justicia y la verdad y no adorar más que a un solo Dios».
El Negus está convencido de lo bien fundado de la causa musulmana. Exclama: «¿Acaso voy a expulsar a gentes que están bajo mi protección en la verdad, mientras vosotros estáis en la nada?”
El Negus devuelve a los coraichitas las pieles que le habían traído y responde que no puede entregar a los musulmanes.
Tras la partida de los embajadores paganos, Ja'far recita al Negus ya su corte la decimonovena sura del Corán, en la que el profeta afirma que cree en la Santísima Virgen María y en el Mesías, que es el Verbo de Dios.
El Negus y su corte cristiana lloran de emoción al oír que los árabes veneran a Jesús ya la Santísima Virgen. El Negus dice a los musulmanes: «La fuente de esta luz (del Islam) es la misma que la del mensaje de Jesucristo. Id en paz. Nunca os entregaré a los paganos».
Las relaciones así entabladas entre abisinios y musulmanes, seguirán siendo cordiales. Algunos años más tarde, a la muerte del Negus, Mahoma celebrará un oficio musulmán por el descanso del alma del monarca.
Si el destierro pone a los musulmanes al cubierto de las persecuciones de La Meca; los expone en cambio a otros peligros.

Un musu1mán, Ubaidallah-ibn-Djach, emigrado con su mujer llamada Umm Habibah, hija del célebre comerciante Abu-Surian, de La Meca, queda impresionado por las iglesias abisinias y se pasa al cristianismo. Con otros hanif de La Meca, ha pasado su vida buscando a Dios. Parecíale haberlo encontrado en el Islam. Ahora se hace cristiano y escribe a sus camaradas musulmanes:
«Nosotros, los cristianos, vemos claro, en tanto que vosotros estáis privados de la vista como terneros recién nacidos.»
Ubaidallah es hijo de una hija de Abd-al-Muttalib. La tradición musulmana asegura que será alcohólico y morirá ahogado en un río de Abisinia.
Otro musulmán se hace cristiano: es Sukran-ibn-Amr, esposo de Saudiih. Después que su esposo se hace cristiano, Saudah regresa a La Meca y se establece en la casa de Mahoma.
Entre tanto, los coraichitas prosiguen su lucha contra los mulmanes y nuevos grupos de refugiados abandonan La Meca para ir a Abisinia. En poco tiempo el grupo musulmán, protegido por el Negus, supera la cifra de las ciento treinta personas.

XXXIII

LA HUIDA DE ABU-BAKR

La persecución contra los musulmanes en La Meca se acentúa basta el punto de hacerse insoportable para quienes no tienen la vocación del martirio. La lucha contra Mahoma está dirigida por Abu-Jahl- el padre de la locura - de quien el cronista dice esto:
«Si oía decir que un hombre noble y poderoso abrazaba el Islam, iba a buscarlo y le dirigía reproches, insultándolo y diciéndole; "Abandonas la religión de tu padre, que era mejor que tú..." Si el convertido era un comerciante, le decía: "Te juro que haremos todo lo posible para que no tengas compradores y perezcan todos tus bienes". y si el convertido era débil e indefenso- uri dhuafa-an-nas -le golpeaba e inducía a los demás
a hacer lo mismo. A los extranjeros que se hacían musulmanes, se les negaba simplemente pagarles lo que se les debiera. Tal eseI caso de Jabbab-ibn-al-Arrat, a quien nadie en La Meca quería pagar las deudas, por el simple hecho de haberse convertido al islamismo». El cuarto musulmán después de Kadidja, mujer del profeta, y de sus hijos adoptivos Alí y Zaid, fue Abu-Bakr, llamado As-Siddiq, o sea el Verídico y el Fidelísimo.
Cuando se hizo musulmán, Abu-Bakr era uno de los hombres más ricos de La Meca. Gastó por el Islam cuanto poseía. Los esclavos que abrazaban el Islam eran comprados por él y puestos en libertad. Hasta el día en que nadie quiso venderle más esclavos. Los fieles pobres eran alimentados por Abu-Bakr. Y también costeó el exilio a Abisinia.

En los diez primeros años del Islam, gastará todos sus bienes y muy pronto no poseerá nada. Sin embargo, Abu-Bakr es un hombre muy ponderado. Este buen comerciante posee el hilm, la frialdad razonada de los ciudadanos de La Meca. Es un hombre estable. Pero las persecuciones dan buena cuenta de sus fuerzas. Abu-Bakr no se ha ido al exilio con los demás musulmanes porque no queda dejar solo a Mahoma. Desde entonces
se mantiene siempre junto al profeta, sirviéndole de compañero, tesorero, de consejero, de guardia personal. Ahora, la vida de Abu-Bakr está en peligro. Se confía a Mahoma. El profeta le aconseja que se vaya. Que huya de La Meca. La conspiración no ofrece dudas: si no huye, los enemigos le matarán.
Con el corazón cargado de tristeza, Abu-Bakr, que desde el día de la revelación en el Monte de la luz no ha abandonado al profeta, ni siquiera por una hora, se decide a dejarlo ahora para salvar su propia vida.
Abu-Bakr sale clandestinamente de La Meca y se dirige hacia la Arabia del Sur, al Yemen.
Al atravesar la región de Qarah, se encuentra con Subaiah-ibn-Rufai, jefe de la tribu, al que comunica el motivo de su viaje.
El jefe qarah no cree a sus oídos. No puede imaginarse a Abu-Bakr, el célebre comerciante coraichita de La Meca, obligado a huir de su propia ciudad como un criminal.
Subaiah ofrece a Abu-Bakr su protección, el djiwar, y le acompaña personalmente a La Meca. Quien toque la persona o los bienes de Abu-Bakr, deberá en adelante dar cuentas a la tribu Qarah, que mantiene una importante fuerza militar y que vive cerca de La Meca.
Durante algún tiempo, los coraichitas dejan tranquilo a Abu-Bakr. Temen una guerra y las posibles com plicaciones con las tribus beduinas. Abu-Bakr construye, en el amplio patio de su casa, una pequeña mezquita y cada tarde recita allí, en voz alta, los versículos del Corán.
La poesia es el oro de los árabes. Poseen la tienda, el turbante, el caballo, la espada y la poesía. Eso es cuanto Dios les ha concedido para que se desenvuelvan y puedan vivir en ese país en el que las nueve décimas partes de tierra son un ardiente desierto de arena
Ni siquiera los más encarnizados enemigos del Islam, cuando pasan ante la casa de Abu-Bakr, pueden continuar su camino.
La tentación es demasiado fuerte. Se detienen y escuchan al mejor amigo de Mahoma, que recita el Corán. Abu-Bakr posee una hermosa voz. El Corán es una obra admirablemente rimada.
Y todo árabe lleva en la sangre el ritmo de la poesía.
El primer ritmo de poesía árabe fue el del hida, el canto de los camelleros; fue inventado durante los viajes de las caravanas.
«El uniforme balanceo del camello, que dobla en dos el cuerpo del jinete y produce vértigo y mareo a quien no esté acostumbrado, incita a los árabes a cantar. Observaron, al tomar la medida del recitado, que la larga fila de camellos levantaba la cabeza
y aceleraba la marcha. Ese animal estúpido y vengativo es accesible a la música, o al menos al ritmo. Asi fue inventtada la hida. Los

cuatro pasos del camello proporcionan la medida y la alternancia de las sílabas cortas da los tiempos sucesivos de esa
medida. Se atribuye el descubrimiento del metro a un gramático árabe de Basra, llamado AI-Jalil-ibn Ahmad. Al escuchar el ruido del martillo sobre el yunque, en la calle de los Bataneros de Basra, habríale venido la idea de fijar la cantidad para cada
tipo de verso. Otros afirman que el metro de la poesía árabe ha sido imitado de las gotas de agua que caen de las goteras».
El hecho es que los árabes no pueden pasar ante la casa de Abu-Bakr sin detenerse. Y eso, por el ritmo poético del Corál,.
Cada tarde, simpatizantes y enemigos encarnizados del Islam se reunen y escuchan recitar el Corán.
Nadie puede nada contra Abu-Bakr; se halla bajo el djiwar, la protección, de Subaiah.
Los coraichitas envían entonces presentes a la tribu Qarah y le ruegan que invite a Abu-Bakr a no recitar más el Corán en alta voz, porque .atrae a la muchedumbre en tomo a su casa y crea así grandes desórdenes en la ciudad.
Subaiah transmite la petición, diciendo a Abu-Bakr que es una condición sine qua non para mantener el djlwar.
Abu-Bakr se niega. Renuncia a la protección de la tribu Qarah. El precio que se le pide, de renunciar a la poesía y a la religión, es demasiado alto para un árabe. Otros pueden pagar ese precio. Porque otros pueblos viven toda su historia en la tierra sin saber que la poesía y la religión existen. Mas, para un árabe, ambas cosas son más importantes que el aire que respira.
Así, Abu-Bakr responde a su protector que renuncia a su protección. Se contentará con la protección de Alah. Ésta le basta. Y no dejará de orar y de escandir sus plegarias.

XXXIV

MAHOMA EXPULSADO DE LA MECA

Las palabras del viejo hanif Waraqah-ben-Naufal; cuando Mahoma le anunciara otrora su encuentro con el ángel, fueron:
«¡Que no pueda yo vivir en el momento en que tu propia tribu te expulse!». Mahoma había quedado sorprendido: «¿Van a expulsame?», preguntó entonces el profeta.
Hace de esto seis años y las palabras de Waraqah se confirman. Mahoma y todos los musulmanes son expulsados de La Meca. Waraqah ha muerto. No puede animar a Mahoma, como era su deseo. Sabia que la expulsión llegaría con la puntualidad de un cambio de estación que sucede a otra. Ha dicho: «Ningún hombre lleva lo que tú llevas sin ser tratado como enemigo por su mismo pueblo».
En el curso de la historia, los hombres han sido castigados con el ostracismo, expulsados, quemados vivos, linchados, siempre que han

aportado alguna cosa: ni siquiera es necesario que se trate de una nueva religión. Es el destino de esos hombres.
El destino de todos los que traen algo.
De esta manera, Mahoma y los musulmanes son expulsados de La Meca. Nos hallamos en el año 616.
Exasperados porque el reino cristiano de Abisinia no entrega a los musulmanes como La Meca exige, sino que al contrario los trata como a hermanos, los córaichitas deciden emplear los medios más fuertes para extirpar el islamismo. La decisión de ostracismo tomada contra Mahoma es objeto de todo un protocolo: en el santuario de la Kaaba se fija una sahifa, una orden por la que se pone fuera de la ley a todos los musulmanes. Queda prohibido sentarse a la mesa junto a un musulmán. Se prohibe a todo ciudadano de La Meca dirigirles la palabra. Los matrimonios con hombres o mujeres musulmanes quedan prohibidos. También vender o adquirir algo a un musulmán. Semejantes
órdenes draconianas son valederas «hasta el día en que Mahoma renuncie al 1slám o sea entregado por su tribu para ser Muerto».
He aqui que las familias Banu-Hachim y Banu-Muttalib se solidarizan con los juera de la ley. La asabia o solidaridad de la sangre se desencadena autcmáticamente, a pesar de los intereses materiales y sociales. Mahoma se ve rodeado de sus consanguineos y acompañado por ellos al exilio. A pesar de que no todos aquellos parientes sean musulmanes. La actitud del viejo Abu-Talib es sorprendente. Es un idólatra. Y sin embargo, abandona La Meca con su sobrino. De toda la familia de Abd-al-Muttalib;
el único que queda en el clan contrario es Abu-Lahab. Los otros, sufren voluntariamente el ostracismo, simplemente porque un hombre de su sangre - Mahoma - ha sido desterrado.
Los musulmanes expulsados de La Meca se refugian en el chib de Abu- Talib. Chib significa textualmente «hendidura en la roca». De hecho, el chib es un emplazamiento fuera de la ciudad, un «ghetto» en el que habitan los extranjeros, los fugitivos, los esclavos y las gentes sin clan: los heimatlos o apátridas.
Cuando un fugitivo o extranjero pide la protección de un clan, se le acepta en general. Pero no se le admite en el interior del clan. Es aceptado al margen del clan. Nadie puede tener los mismos derechos que los miembros del clan. Unidos entre sí por la misma sangre. Eso se observa evidentemente por el orden en que están plantadas las tiendas de los nómadas. Ese orden no es debido al azar. Muestra geométricamente la estructura del clan. En el centro, siempre, la tienda del jefe; en este caso concreto, será la tienda de Abu-Talib. En línea recta, a derecha e izquierda de la tienda principal, se hallan las tiendas de los hijos y de los parientes próximos. La jerarquía de la sangre en el clan puede medirse en metros, según la distancia que separa una tienda cualquiera de la del jefe. Sobre la ardiente arena del desierto, vistas desde lo alto, las tiendas de un clan dibujan la figura geométrica de un vuelo de cigüeñas. Separados de esa figura que, de hecho, es el dibujo del árbol de la sangre y del parentesco

del clan, se ven como unos puntos negros: son las tiendas de los extranjeros.
Quienes no forman parte del clan, no son admitidos en la figura geométrica, de acuerdo con la cual se ordenan las tiendas.
Viven fuera, como puntos solitarios.
Los nómadas, los wabar, es decir , los hombres que poseen tiendas, cuando se hacen madar, o sea, hombres que tienen casas, observan la misma disposición. En La Meca, los grupos de casas están dispuestos en el mismo orden lineal que 1as tiendas en las playas. En el centro se halla la casa del jefe del clan. En derredor, las casas de los parientes por la sangre, en el orden exacto de su parentesco.
Los extranjeros que están bajo la protección de los clanes de La Meca, son albergados tambien en las casas, pero fuera del espacio reservado a los parientes por la sangre o a los miembros integrales, en el barrio llamado chib. Cada clan tenía, pues, su hendidura en la roca en las cercanías de La Meca. También Abu-Talib tenía su chib, un lugar para los extranjeros. Para los esclavos. Para los negros. Para los fugitivos. A ese lugar va a habitar Abu-Talib con Mahoma, Kadidja y todos los miembros del clan Abd-al-Muttalib. Entre los fuera de la ley.
La vida de los desterrados es penosa. Los desfiladeros rocosos en torno a La Meca, donde se hallan esos chib, son lugares siniestros. Todo el valle de La Meca tiene ese carácter, como díce el poeta Haygathan: «Ni una flor, ni una brizna de hierba. La roca desnuda y salvaje reverbera el tórrido calor del sol durante el día, derramando durante la noche sobre la ciudad un aire siempre ardiente. . . En invierno y en verano, la desolación es la nisma. No vuela ningún pájaro. Ninguna flor crece allí. ¿Qué es lo que prospera? La más miserable de los vocaciones: el comercio. . . Si no existiera el comercio, La Meca estaría deshabitada».
Pero el comercio está prohibido a los musulmanes expulsados de La Meca; nadie tiene permiso de venderles o comprarles algo.
La sahifa, la bula de expulsión, clavada a la puerta del santuario de la Kaaba, es categórica y muy clara a ese respecto.
Por lo que toca a la persona de Mahoma, los cronistas no describen las terribles privaciones en que han debido debatirse el profeta y sus hombres en el fondo de esta hendidura de la roca. Mahoma padece en ese «ghetto» durante tres años.
En ese momento, los musulmanes son salvados de la muerte por un solo hecho: la institución de la «Tregua de Dios». Durante esos meses, pueden salir del «ghetto» - su hendidura en la roca - y acudir a La Meca a buscar provisiones. Después, sufrirán hambre. Uno de los desterrados cuenta que un día se ha sentido muy feliz: había encontrado la piel de un animal recientemente muerto y la hizo hervir para todo el clan.
Un día, un sobrino de Kadidja, infringe la prohibición y envia un paquete de alimentos a los exilados. El envio es inter:eptado. Los coraichitas linchan al sobrino de Kadidja, que salva su vida de milagro. Tras semejante represión, nadie tiene el valor de enviar

alimentos a los musulmanes. Pero éstos lo sufren todo con el estoicismo de los árabes.
En tres años, Kadidja pierde todos sus bienes. Nada le queda.
De toda su fabulosa fortuna, a Abu-Bakr no le quedan más que 5.000 dirhams. Es el único musulmán que ha logrado salvar algo.
Las familias Utba y Chaiba de La Meca, comienzan una campaña a favor de los musulmanes. Los coraichitas se mantienen inflexibles; para Mahoma no hay más que dos soluciones: la abjuración del Islam o la muerte. Los musulmanes están decididos a morir, pero no renunciarán a su Dios
Durante ese tiempo ocurre un milagro, que pone término a la prueba: La sahifa, la Orden de expulsión de Mahoma y sus fieles, clavada desde hace tres años en la puerta del santuario de la Kaaba, es devorada por las termitas. De la bula de expulsión no quedan más que estas palabras: en tu Nombre, Señor...
Viendo lo ocurrido, los coraichitas son invadidos por el miedo. El milagro impresiona y espanta a los negociantes de La Meca. Hacen decir a Mahoma que el destierro ha terminado. Y le suplican que regrese a la ciudad.
Los musulmanes vuelven a La Meca. Dios habia enviado a las hormigas a devorar la orden de destierro.
Tres años de hambre. de sufrimientos, de humillaciones. Pero el camino que lleva al cielo es siempre difícil. Nadie ha recorrido el itinerario hacia el Paraíso sin pagarlo con lágrimas, con sudores y con sangre. y el fardo es tan pesado que, con frecuencia, quienes emprenden el camino del cielo quedan en el punto de partida aplastados, desanimados y demasiado débiles para proseguir. Las fuerzas humanas son generalmente insuficientes para tan largo camino. Pero Mahoma no sale debilitado de la terrible prueba. Ha aumentado su fe. Aunque el destino no le ahorra golpes. Como a Job, Dios envía a Mahoma otras desgracias, cada vez mayores. Para probar su capacidad de sufrimiento y la fuerza de su fe.

XXXV

ORDEN DE NO LLORAR

El año 619, en que termina el exilio, se llama Am-el-Huzn, o el Año de la Tristeza. Es el año en que muere Kadidja. Era esposa del profeta desde hacía veinticinco años. Cuando se casaron, ella tenía cuarenta años y él veinticinco. A pesar de la diferencia de edad, él le guardó - durante aquella unión de un cuarto de siglo - absoluta fidelidad. Hasta los últimos momentos de su vida terrena, cada vez que se acuerde de Kadidja, los ojos de Mahoma se llenarán de lágrimas.
Para un árabe, la mujer alcanza una importancia que no tiene en otro lugar de la tierra. La mirada del árabe no puede posarse en el

desierto- en cuanto abarquen sus ojos y durante toda la vida - más que sobre la arena y las piédras. La única línea flexible, semejante a la de los árboles de un jardín, que se dibuja en el desierto, es la linea del cuerpo femenino. En el desierto no hay flores; los ojos, los labios y la sonrisa de una mujer son sus únicas flores. Sin competencia alguna.
En el desierto no hay ni frutos, ni lianas, ni orquideas, ni algas, ni plantas blandas y flexibles: sólo la mujer, con su cuerpo, recuerda al hombre esas cosas, creadas sobre la tierra para regocijar sus ojos. El árabe no ve todo eso más que en el cuerpo de la mujer.
En el desierto, las mujeres remplazan a los jardines, a las flores y a los perfumados frutos, a los ríos azules y sinuosos, a los torrentes y al murmullo de los manantiales. El papel de la mujer es el de remplazar, e.n el desierto, todas las bellezas, todos los esplendores que existen en la naturaleza, y representarlos. Ella sola puede hacerlo. La mujer en el desierto es toda la belleza y el esplendor del universo, concentrados en un solo cuerpo. En una sola criatura. Una imagen parcial del papel eminente que la mujer representa en el desierto, figura en el Cantar de los cantares, obra que fue creada en estos lugares, en el paralelogramo desértico de los árabes.
«¿Quién es ésa, que se levanta del desierto como una columna de humo, exaltada por el olor de la mirra, del incienso y de todos los aromas del mercader?».
Es la mujer. El hombre cae de rodillas, asombrado por tanta belleza y tanto esplendor. y exclama:
«Tu cintura es como la de la palmera y tus senos como sus racimos. . .
»La curva de tus caderas, como un collar, obra de artista. Tu ombligo, una copa redonda en la que nunca falta el licor aromático.
»Tu vientre, montón de trigo rodeado de azucenas. Tus dos pechos, como dos cervatillos, gemelos de una gacela. Tu nuca como torre de marfil. Tus ojos, las piscinas de Hesebon, próximas a las puertas de la populosa ciudad».
Cuanto de bello hay en la tierra, no aparece en el desierto sino en la criatura femenina. La mujer es el paraiso. Antes y después de ella nada de hermoso existe en este universo de arena gris, uniforme, infinito y apagado.
Kadidja fue el amor de Mahoma. Pero no fue sólo una mujer, es decir, la belleza sobre la tierra, lo que es toda mujer para el árabe. Kadidja fue consejero, compañero, tesorero, confesor y director de conciencia de Mahoma. Creyó en él. Fue su primer fiel. La primera musulmana del universo. Murió a causa de la persecución, en el chib, en la hendidura de la roca. Kadidja murió por su fe en el profeta. Mahoma,que nunca olvidó a nadie que le haya hecho algún bien, guarda hasta su muerte un reconocimiento sin limites para Kadidja, para Tajirah, la comercianta, para Tahinah, la pura. Se la ha llamado madre de los musulmanes. Según el Corán, su puesto está en el Paraíso, en el

cielo más alto, a donde puede llegar una mujer, junto a la Santísima Virgen María, madre del Señor, al lado de Kultum, de la hermana de Moisés y de Asya, la mujer de Faraón.
La muerte de Kadidja sume a Mahoma en la desolación. No llega a consolarse nunca. Dos días después de la muerte de Kaidja, primer pilar del Islam, muere Abu-Talib.
Se hunde el segundo pilar. Aunque no musulmán, Abu-Talib, en su calidad de jefe del clan Abd-al-Mtittalib, ha sostenido el estandarte de la resistencia frente a las persecuciones. Ha tomado a Mahoma bajo su protección: Ha rechazado todas las ofertas que se le hicieron para que entregara al profeta. Ha preferido la miseria, la persecución y la muerte, salvando así una reIigión que no era la suya. Es el supremo altruísmo: morir por el Dios de otro, porque este otro es vuestro sobrino. Abu-Talib muere a causa
de la persecución en el «ghetto» en que vivían los musulmanes exiliados de La Meca, En la hendidura de la roca. Tenía entonces ochenta y seis años. Entre los árabes, los moribundos son rodeados por sus parientes y amigos, que hablan a quien está muriéndose, hasta que exhala el último aliento. Y eso para que el moribundo no tenga tiempo de sentirse solo. Porque no hay mayor soledad que la de los postreros instantes, cuando el hombre abandona la tierra, la vida y su propio cuerpo. Entonces debe ser sostenido por los suyos. Abu-Lahab, hermano de Abu-Talib y enemigo principal del Islam, ha pedido a Abu- Talib que jurara que moriría en la fe de sus mayores. Así lo juró Abu- Talib. Mahoma estaba presente. La muerte de su protector le afecta hasta tal punto que ora durante toda la jornada, por su tío que le abandona en aquel año de tristeza.
Por la noche, después de la oración, el ángel Miguel se presenta a Mahoma para reprocharle por haber orado por Abu-Talib.
El profeta y los creyentes no deben interceder por un idólatra, aunque sea su pariente, porque los id6latras son precipitados en el infierno.
Tras esa reprensión, el ángel consuela a Mahoma diciéndole que tampoco Abraham había podido orar por su padre idólatra: Habiendo prometido orar por su padre, Abraham cumplió su pramesa. Mas cuando supo que su padre era enemigo de Dios,
rompió la promesa. Sin embargo, Abraham era hombre piadoso y caritativo.
Mahoma cumple la orden del ángel. No ruega más, ni vuelve a llorar por la muerte de Abu-Talib. Mahoma es un musulmán. Es decir, un sumiso. Pero le resulta difícil no orar por Abu-Talib, al que amaba y estaba reconocido. Abu-Talib era como la raíz que le había dado protección, savia y valor.
Pero millat lbrahim o el Islam es la sumisión absoluta a Dios.
Mahoma se somete y enjuga sus lágrimas, Los árabes llaman a la lágrima «la hija del ojo» o bint-al ain. Mahoma aleja de sus mejillas esas «hijas de los ojos», sus lágrimas de sobrino por la
muerte del tío que le protegia: había llegado orden de Dios de no llorar .

XXXVI

EL VIAJE AL CIELO

Mahoma está sin djiwar, sin protección. Es un fuera de la ley. Inmediatamente después de la muerte de Abu-Talib, el clan se ha reunido para e1egir un sucesor, un nuevo jefe. Se elige a Abu-Lahab, el hermano del difunto. Es el más encarnizado de los enemigos del Islam.

En los días que siguen a su elección, como jefe del clan, Abu-Lahab pone término a las persecuciones contra los musulmanes. Afirma que en su calidad de ciudadano de La Meca, es deber suyo combatir a la nueva religión y exterminarla, pero que en su calidad de jefe del clan Abd-al-Muttalib, su deber es proteger a Mahoma, que es miembro de ese clan.

Abu-Lahab anuncia que protegerá a su sobrino Mahoma hasta el dia en que éste cometa un crimen contra el clan. Ese día no tardará en llegar. Abu-Lahab convoca a todos los miembros de la tribu y pregunta a Mahoma - en presencia de todos -, dónde se encuentra en aquel momento Abd-al-Muttalib. Mahoma contesta, sin vacilación alguna, que Abd-a1-Muttalib está en el infierno. Donde se encuentran todos los idólatras.

Después se pregunta a Mahoma dónde está el que fue jefe del clan, Abu-Talib. Maboma contesta de nuevo- sin vacilar – que Abu-Talib se halla entre las llamas del infierno con los otros idólatras.

Abu-Lahab nombra a los antepasados del clan y pregunta a Mahoma dónde se encuentra cada uno de esos antepasados.

Este replica que todos están en el fuego del infierno. Entre los antepasados de Mahoma se cuentan los fundadores de La Meca, que descienden directamente de Adán, Abraham e Ismael.

Para el árabe, los antepasados no son solamente las raíces de cada hombre vivo, sino que constituyen la única ley existente y el único ejemplo de conducta. Los antepasados son el abd, que significa textualmente «la cosa maravillosa» y que abarca la totalidad de las leyes civiles, morales y religiosas. Al afirmar que los antepasados están en el infierno, Mahoma anula toda la ley árabe.

Infringir una de las leyes legadas por los antepasados es muy grave. Cambiar la línea de conducta trazada por los antepasados es igualmente grave. Pero afirmar que cuanto han hecho los antepasados es erróneo, que todos sus actos son culpables, y que se encuentran en el infierno, equivale a la anulación de la ley. Porque, fuera del ejemplo de los antepasados, no hay ley alguna.

Abu-Lahab tiene ahora el derecho de excluir a Malioma del clan. Y lo hace. A partir de ese instante, Mahoma ya no pertenece al clan Abd-al-Muttalib, Se ha convertido en un ser a1 que ignoran las leyes, porque la ley no conoce al individuo, sino al clan. Ya no importa quién puede impunemente matar, vender, torturar a Mahoma. Éste

ya no existe. No pertenece ya al estado civil. Ni siquiera puede ser juzgado.
Al suprimir la identidad terrena de Mahoma, por la exclusión del clan, Abu-Lahab olvida, sin embargo, que éste es un profeta y que su verdadera patria es el cielo. Mahoma cree en la protección divina. Llama al ángel Gabriel y le suplica que extienda sobre él su ala. Porque ya no tiene patria ni identidad en la tierra y -en verdad - en esas horas de soledad, de temor y de terrible angustia, Dios hace a Mahoma un regalo excepcional: lo invita al cielo.

* * *

El viaje de Mahoma al cielo ocurre en esa época en que el profeta se halla abandonado de todos y de todo.
El acontecimiento se sitúa en el mes de rajab - el séptimo mes del año, que coincide con la pequeña peregrinación a La Meca, con el umrah. Es pleno verano (durante ese mes se realiza la recolección de dátiles en Medina). La partida del profeta para el cielo sucede el 27 del mes de rajab. La primera parte de1 viaje, llamada isra, va de La Meca a Jerusalén.
Mahoma dormía en la casa de Umm Hani, que se encuentra en la cercanía inmediata del santuario de la Kaaha.
Durante la noche “hizose una brecha en el tejado de mi casa”, cuenta Mahoma. “Me hallaba en La Meca. El ángel abrió mi pecho y lo lavó con agua del Zam-Zam. Después trajo un jarro de oro lleno de hikma (es decir, de sabiduría y de fe) y lo derramó dentro de mi pecho. Acto seguido, lo cerró. Me tomó a continuación de la mano y me hizo subir sobre un buraq, un caballo alado”.
En el momento de la partjda, Mahoma se halla en un estado intermedio «entre el sueño y la vigilia»: El buraq es una montura «rápida como el relámpago», de tamaño mediano,
entre el caballo y la mula, con cabeza de mujer.
A invitación del ángel Gabriel, Mahoma sube sobre el buraq y parte. Hace una primera parada en Hebrón (localidad en que se halla la tumba de Abraham) y reza. La segunda parada es en Belén, la ciudad en que nació Cristo. Mahoma se detiene y hace oración. La tercera parada es Jerusalén. Aqui concluye la primera parte del viaje o isra. Va de La Meca - centro de la devoción terrena, lugar en que se halla la Santa Mezquita - a
Jerusalén, la masdjid aqsa o mezquita lejana.
En Jerusalén, punto final de la isra, viaje terrestre, comienza la mi'raj o viaje celeste.
Antes de abandonar la tierra, Mahoma deja la huella de su pie sobre la piedra de Gubbat-as-Sajra, la cúpula de la Roca en Jerusalén, como Abraham había dejado la huella de su pie sobre el maqam Ibrahim en La Meca.
La segunda etapa del viaje va desde Jerusalén hasta la cúpula del cielo, hasta el cielo de la luna, que es el más bajo de los siete cielos. Esta segunda parte del viaje sigue haciéndose a lomos del buraq .

Desde el cielo inferior, Mahoma sube al séptimo, llegando al Sidrat-al-Muntaha, es decir, al Árbol del Limite o Loto del Límite. El profeta se halla tan cerca de Dios que, desde el sitio en que está, describe el ruido de la pluma con que Dios escribe, sobre la mesa intangible, las leyes y las órdenes que rigen la marcha del universo.
A pesar de esa proximidad, Mahoma no ve (ni siquiera un instante) la figura del Señor. Ningún hombre, aunque sea profeta, tiene el privilegio de contemplar el rostro del Creador.
Existen siete cielos, como siete esferas, que más tarde describirá el Dante en su Divlina Comedia. El cielo inferior, o cielo de la luna, estáguardaqo por ángeles que comprueban la identidad de quienes llegan al Cielo, procedentes del planeta terrestre.
En ese cielo inferior, Mahoma encuentra a Adán. El primer hombre está entre dos grupos de hombres recientemente llegados de la tierra. Algunos de esos nuevos huéspedes están a la derecha de Adán; son los que subirán al Paraiso. Otros están a su izquierda: descenderán al infierno. Adán, aunque sea el primero de los hombres, es un hombre y como tal se comporta; llora cuando mira a los que están a su izquierda. los designados para ir al infierno, y sonríe cuando mira a los de su derecha, que irán al Paraiso. Adán es el padre de todos los hombres, tanto de los buenos como de los malos. Por eso, toma parte - igual que un padre - en sus alegrías y sus penas.
En el segundo cielo, Mahoma encuentra a Jesús y a san Juan. En el tercero, está José; en el cuarto, Idris; en el quinto, Aarón; en el sexto cielo se halla Moisés y en el séptimo – el más alto - Abraham.
El patriarca permanece apoyado -como un pastor- contra el muro de Bait-al-Mamur, es decir, la casa de los ángeles. Esta casa ha sido construida exactamente según el plano del santuario de la Kaaba.
Más alto que la casa de los ángeles, que está rodeada por un territorio sagrado o haram, igual que el santuario de la Kaaba, se halla el Loto del Límite, el término supremo. Cuanto hay más allá del Árbol del Limite es desconocido.
El hombre puede acercarse a Dios a una distancia que no debe ser menor de «dos arcos». No puede oírse la voz de Dios.
Para conversar con el Creador, el hombre necesita un intermediario, un ángel.
Mahoma conoce todas esas realidades celestes con motivo de ese miraj o viaje al cielo.
Dios sabe que Mahoma ha quedado excluido del clan de los coraichitas y que está expuesto en la tierra a toda clase de peligros. Le consuela, contándole los sufrimientos - muy parecidos - que los anteriores profetas han padecido. Dios recuerda a Mahoma que otros profetas han sufrido aún más: algunos han sido torturados y muertos.
Antes de abandonar el Cielo, Mahoma recibe doce mandamientos que debe transmitir a los musulmanes. Exactamente como Moisés ha recibido los diez.
Esos doce mandamientos son:
No adorar más que a un solo Dios.

Amar y respetar al padre y a la madre.
Amar al prójimo y darle lo que se le debe.
Proteger a los débiles, a los viajeros y extranjeros.
No ser pródigo.
No ser avaro.
No cometer adulterio.
No matar.
No tocar los bienes de otro, y especialmente los bienes de los huérfanos.
No hacer fraude en las medidas.
No emprender cosas insensatas.
No ser orgulloso.
En cuanto a las oraciones que todo musulmán está obligado a hacer cada dia, su número queda fijado en cinco.
Dios habla a Mahoma de Moisés y del Éxodo. Hace saber al profeta que también él - como Moisés - debe reunir a sus fieles y partir con ellos para el exilio. Cosa que exigirá de él gran ánimo y voluntad fuerte. Para dárselos, precisamente, el Creador le ha hecho venir al cielo. En realidad, la hora que seguirá será una hora decisiva en la fundación del Islam.
Mahoma describirá más tarde las personas que ha encontrado en el cielo. En la Divina Comedia, Dante seguirá el mismo plan narrativo. El Corán dice que Abraham, por ejemplo, se parece a Mahoma. Moisés tiene largos cabellos negros y nariz aguileña;
es un hombre guapo.
En La Meca, a la mañana siguiente, todo el mundo sabe que Mahoma ha realizado un viaje al Cielo. El profeta no ha contado aún a nadie-Io que le ha sucedido. Pero el hecho apenas ha podido ser mantenido en secreto. Nadie quiere creer en la autenticidad de ese miraj, de ese viaje celeste del profeta. Todos se burlan de Mahoma. Una persona sola cree desde el primer instante y sin vacilaciones: es Abu-Bakr, que desde entonces será
llamado el siddiq o verídico.
En el Cielo, Mahoma ha visto todo lo que la raza humana ha producido de más precioso y de más elevada calidad. Ahora se halla de nuevo en medio de los miserables de La Meca, que lo odian, le persiguen o se burlan de él. Está de nuevo entre los coraichitas, «los pequeños tiburones». Está amenazado de muerte.
Ahora bien, en ese tiempo se encuentran en La Meca árabe llegados de todas las tribus de Arabia, con motivo de la pequeña peregrinación o umrah. Los coraichitas buscan entre los extranjeros un asesino a sueldo-que dé muerte a Mahoma. El profeta lo sabe. Pero confía en Dios. Un día, sin embargo, Thumamah-ibn-Uthal, jefe de la tribu Banu-Hanifah, le impide el paso, saca la espada y dice a Mahoma que si abre la boca le matará.
Mahoma no abre la boca. Era una provocación. A ésa seguirán otras tentativas de asesinato. Esta vez, Mahoma escapa. Pero en adelante, deberá buscar otro sitio para vivir. En La Meca, los coraichitas terminarán asesinándolo. Mahoma piensa seriamente
en un lugar de refugio, para él y para su grupo de fieles.

XXXVII

MAHOMA ES EXPULSADO A PEDRADAS DE LA CIUDAD DE TAIF

Si no fuera por tu clan, te lapidaríamos.
Tal es la amenaza que Mahoma oye desde hace años. Ahora la vieja amenaza cesa: ya no hay clan. Los coraichitas, sus compatriotas, pueden darle muerte. Sin exponerse a castigos. Sin remordimientos de conciencia.
Mahoma tiene conciencia del peligro. Huye de La Meca durante la noche. Tiene intención de pedir protección a su familia de Taif. Es ésta una ciudad situada al sur de La Meca, a una distancia de una jornada a lomos de asno, o de dos, a lomos de camello. La ciudad está edificada a mil seiscientos metros de altura, sobre una fértil meseta, que en nada se parece al infinito desierto que la rodea. La población de la ciudad de Taif pertenece a la tribu Banu-thaqif.
Todos los ciudadanos ricos de La Meca poseen una villa y un jardín en Taif, donde todo es verde, el aire puro y donde uno se creerla en otro continente, no en el paralelogramo desértico de los árabes.
Los ciudadanos de Taif son ricos. Su principal ocupación es el préstamo con usura. En Taif se presta dinero al 100 por ciento de interés. Nunca a menos. El segundo carácter de la ciudad lo constituyen sus jardines y huertos: se cultiva en éstos, legumbres y cereales. Lo que hace a los taifianos célebres entre los beduinos es que comen pan. . . En el desierto, eso es cosa excepcional. En Taif, las gentes tienen tiempo y medios para ocuparse de arte, de ciencias y de letras. El único médico conocido en aquella época en Arabia es un taifiano, llamado Harith-ibn-Kaladah. Ha estudiado en el Irán.
Cuando el nacimiento de Mahoma, el cielo se llenó de cometas y estrellas fugaces. El astrónomo más célebre, al que las gentes pidieron explicaciones acerca de los fenómenos celestes, era un astrónomo de Taif, llamado Amr-ibn-Umayah.
Todo el territorio de la ciudad es haram, o sagrado. Sobre una peña de su recinto está la estatua de AI-Lat, una de las tres haraniq -las tres grullas - que son el origen de los versículos satánicos del Corán.
El territorio que rodea a la estatua y al santuario es lugar de refugio. En principio el peor de los asesinos dejaria de ser perseguido si penetrara en ese recinto. En el territorio sagrado de Taif no se puede matar ni bestias ni pájaros y ni siquiera derribar un árbol.
La ciudad de Taif es la única de toda Arabia que está rodeada de muros. En árabe, ta'if significa muralla. Después de los servicios prestados al emperador de Persia por un taifiano, el soberano le dijo que pidiera lo que deseara a modo de recompensa.
El taifiano dijo que querla un ingeniero que edificara un muro de defensa en tomo a su ciudad. Así fueron construidas las fortificaciones que rodean la ciudad de la meseta llamada Wajj.

No lejos de Taif se celebra cada año la feria de Ukaz.
Mahoma entra en la ciudad de las murallas, en lo alto de la meseta, y se dirige a la casa de Abd-Yalil, un primo suyo del clan de Abd-al-Muttalib. Yalil no sólo se niega a recibir a Mahoma en su casa, sino que envia a un grupo de esclavos y de granujas para lapidarlo. Mahoma es atacado y expulsado a pedradas por todas partes en las calles de Taif. Para salvar su vida, se refugia en un jardín y se oculta entre unos árboles. El propietario del jardín en que se refugia el profeta es un ciudadano de La Meca. No protege a Mahoma, para no ganarse la enemistad de sus conciudadanos, pero se apiada del desgraciado. Mahoma está herido y su rostro lleno de sangre. El propietario ordena a un esclavo
que lleve al fuera de la ley un racimo de uvas. El esclavo es un cristiano de Ninive y se llama Addas. La extrañeza del esclavo no tiene limites cuando oye a Mahoma, antes de llevarse los granos de uva a la boca, decir: «por la gracia de Dios». El esclavo pregunta al profeta si es cristiano, puesto que la fórmula que ha pronupciado es la misma que usan los cristianos entre sí.
Mahoma responde negativamente. Se explica: «Soy un profeta, un enviado de Dios, como tu compatriota Jonás». Porque es profeta lo apedrean y amenazan de muerte. Entre el profeta del Islam y el esclavo cristiano surge en seguida la amistad. Son
hermanos por la fe. Ambos creen en un Dios único, creador del cielo y de la tierra.
El esclavo ayuda a Mahoma a salir de Taif sin encontrarse con los grupos que lo buscan para lapidarlo.
Por la noche. Mahoma regresa hacia La Meca. No ha encontrado sitio en que refugiarse. Debe volver a la ciudad de donde ha huido. En el camino, poco antes de medianoche, se
detiene, fatigado, herido, hambriento, desesperado, y ora: Oh Dios mío, yo trabajo para ti, pero estoy tan débil, tan falto de fuerzas. ¡Quisiera continuar, para no atraerme tu cólera, pero ayúdame, te lo suplico!
Mahoma está en tierra. Vencido. Pero un árabe sabe que para un hombre la mayor vergüenza sobre la tierra es perder 1a paciencia. Y Mahoma la conserva, soporta el dolor moral de haber sido expulsado a pedradas de Taif, el dolor físico de sus heridas y el dolor de la fatiga y del hambre. Prosigue por su camino de regreso, hacia La Meca.
En la región de Najla, región frecuentada por los demonios y por toda clase de espíritus, donde hasta Abraham había sido victima de los djinns y les había tirado piedras, Maboma se detiene de nuevo y reza otra vez. Está en pie. Nunca antes ni después de entonces su oración ha sido tan fervorosa, Está en el colmo de su dolor. Comprueba que sobre la tierra la huida no podría merecernos refugio alguno. Que el único refugio posible está en Dios. Mientras Mahoma reza con lágrimas de sangre, un grupo de djimls escucha la oración del profeta y llora de piedad. En lugar de torturar a Mahoma, los djinns se van y se convierten al Islam. Hay en total siete grupos de djinns que han oído la oración del profeta en el desierto de Najla y

se han conmovido. Mahoma prosigue su camino hacia La Meca. Llegado a las cercanias de la ciudad, se detiene. Si entra, le darán muerte. Envía a un mensajero para pedir la protección, el djiwar, de Ajnas-ben-Chariq, del clan de Zuhrah. Mahoma espera la respuesta. Está cerca del monte Hira, donde el ángel Gabriel le habló por primera vez, hace diez años. Ahora, Mahoma es otro hombre. Nadie reconoceria ya al rico comerciante de hace diez años, que iba a la gruta de la Montaña de la Luz a retirarse allí. Ahora, Mahoma es un proscripto, expulsado de pedradas de la ciudad en que había buscado asilo. Está delgado, sucio, cubierto de sangre, berido y tan aplastado por la tristeza que hasta los demonios tienen piedad de él y han llorado. No tiene valor para entrar en La Meca, porque teme ser asesinado. El correo despachado por el profeta regresa. La respuesta es negativa. Ajnas no puede conceder a Mahoma su protección. Es un aliado de los coraichitas. Un aliado no puede conceder libremente su protección a otro; ni siquiera tiene los mismos derechos que los miembros del clan de que depende.
Mahoma pide entonces la protección de Suhail-ben-Amr. Éste no es un aliado. Es un coraichita. También él niega la protección pedida por Mahoma. Las leyes del clan son estrictas, severas y precisas. Suhail es un coraichita que no desciende del clan principal de Kab. Por lo tanto, no puede conceder protección contra los coraichitas. Mahoma se resigna por segunda vez. Por último, implora el djiwar de Mut'im-ibn-Adi. Éste acepta. Envia a sus propios hijos con armas para escoltar al profeta que se dirige a La Meca. Mut'im forma parte de la tribu Naufal. Concede su protección, pero en determinadas condiciones. Mahoma no podrá beneficiarse por mucho tiempo de esa concesión. El profeta busca un refugio estable. Porque no tiene de estable más que el djiwar, la protección, de Dios.

XXXVIII

¿DEBE UN PROFETA ESCOGER ENTRE LA VIDA O LA MUERTE?

«Desear la muerte es abreviar la vida. Menospreciar la muerte es prolongar la vida», dice el poeta árabe. Mahoma se halla en esa alternativa. No puede islamizar a La Meca. Tiene conciencia de la vanidad de sus esfluerzos. Debe morir asesinado por sus perseguidores coraichitas, por su propia tribu o huir.
Los profetas no huyen. Esperan - como una liberación - a la muerte. Son felices cuando los perseguidores vienen para someterlos a tortura y llevarlos al suplicio. Todo profeta tiene vocación al martirio. Pero Mahoma es un árabe. y un árabe sabe que nunca tiene elección. Sobre todo, cuando se trata de la vida y de la muerte del hombre. Nadie ha sido consultado antes de venir al mundo.
Si se les consultara, los hombres, en su mayoría, se negarían a venir. Peto reciben la existencia sin su consentimiento, como un don de Dios. No tienen elección entre ser o no ser. La hora de la muerte- el término de la vida, o adjal, como se dice en árabe - se sitúa también

fuera de la voluntad y elección del hombre. Para el árabe, la existencia es un bien que Dios ofrece al hombre cuando quiere y lo retira igualmente cuando quiere
El hombre tiene la libertad de usufructuar . No es el propietario. Su vida es propiedad de otro. Pertenece al Creador.
«Los menos morbosos de los pueblos han aceptado el don de la vida como axioma incontrovertible. La existencia es a sus ojos un usufructo impuesto al hombre y que un destino que está fuera de nuestro control, concede o retira a su capricho. El suicidio, entonces, es inimaginable y la muerte deja de ser un mal».
Mahoma es un árabe y, además, un musulmán, es decir, un hombre abandonado totalmente a la voluntad de Dios. Su vida y su muerte son una cuestión que no le toca personalmente: son asunto de Dios. Ni siquiera imagina que pueda elegir. Eso sería impío. Si Dios quiere que Mahoma muera mártir, asesinado por los coraichitas, Mahoma morirá del modo más normal del mundo. Death is no grief. «La muerte no es un mal».
A la espera de la decisión divina, Mahoma actúa como cualquier beduino excluido de su tribu: se busca otra tribu. En el desierto nadie puede vivir sin tribu. Como el átomo salido de una molécula busca otros átomos para formar una molécula nueva. La naturaleza niega a los átomos y a los beduinos la existencia individual en el universo.
En La Meca se hallan ahora en el séptimo mes del año o radjab, época de la pequeña peregrinación, la umra. Casi todas las tribus árabes tienen alli sus representantes. Mahoma y sus fieles entran en contacto con los jefes de las tribus extranjeras y piden su protección. Mahoma recibe la negativa de quince tribus.
A pesar de todo, su oferta es tentadora. Dice a las tribus extranjeras: «Protegedme y escuchad mis palabras, y muy pronto seréis los dueños de los imperios vecinos». Los jefes de las tribus escuchan a Mahoma y se ríen de buena gana de sus promesas. Nadie toma en serio al profeta. En Oriente, el ejemplo de los ricos es seguido por todos con fervor. Desde el momento en que los coraichitas - capitalistas del desierto - expulsan a Mahoma de su seno, eso quiere decir que Mahoma nada vale. Además, Abu-Lahab, Abu-Sufian, Abu Jahl y los otros enemigos del Islam hacen saber a losa beduinos que Mahoma es un loco peligroso. Que no es recomendable escucharle. Que cuanto dice es insensato. Los beduinos no tienen motivo alguno para dudar de las afirmaciones prodigadas por los grandes negociantes de La Meca. Por consiguiente, llenan de ultrajes a Mahoma. Pero el profeta no se desanima. Es un árabe. Si los árabes se desanimaran, no podrían atravesar el desierto de arena sin agua, sin alimentos, de un extremo al otro, durante toda la vida y durante toda la historia. La primera virtud de quien vive en el desierto es la paciencia; la segunda es la paciencia y la tercera virtud capital es de nuevo la paciencia. Las demás virtudes son secundarias.
«Es imposible estimar a un hombre que sea incapaz de soportar los sufrimientos físicos y morales». La paciencia de Job es moneda corriente en el desierto. Quien no la posee, pierde la vida. Porque sin

la paciencia de Job, es inimaginable la vida del hombre en el desierto. Mahoma no se desanima. Como dice un proverbio: «Busca bien en el desierto de tu desgracia y acabarás encontrando un oasis».
La decimosexta tribu a la que Mahoma se dirige en demanda de protección, escucha al profeta sin burlarse de él. Acepta su proposición. Es un grupo de seis hombres de Medina o Yatrib.
Para discutir, con calma y con todo detalle, el ingreso del profeta en su clan, los árabes de Medina se entrevistan con él en el desfiladero aqabah, nombre que en árabe significa precisamente «desfiladero». El lugar está a breve distancia de La Meca.
La discusión entre Mahoma y los seis árabes de Medina se entabla sobre una base muy seria: para las gentes de Yatrib, Mahoma no es un extraño. Su padre está enterrado cerca de Medina, en Abwa. Abd-al-Muttalib, su abuelo, era hijo de una mujer de Medina. El «castillo» de esta mujer existe todavía hoy, contruido con una piedra blanca como la plata.
Los seis hombres de Medina escuchan atentamente a Mahoma. Y abrazan el Islam sin vacilaciones. Tras la peregrinación a La Meca, regresan a su tierra y organizan con su clan, la elección de Mahoma. Entre tanto, el profeta permanece en La Meca. Además de los lazos de parentesco, hay otros motivos por los que los seis homres que hablaban en nombre del clan dominante en Medina, el clan Jazraj, aceptan a Mahoma. Ante todo, en Medina hay muchos judíos.
Los judíos hablaban sin cesar, sobre todo desde hacía algún tiempo, de la llegada inminente de un profeta o Mesías. Incluso hacen sus preparativos para recibirlo en Medina. Los hombres de Jazraj ven en Mahoma al profeta anunciado por los judios. Están encantados de que esta vez el enviado de Dios sea un árabe y no un judio. Además, el nuevo profeta es un coraichita. Por lo tanto, un noble. Las gentes de Yatrib se sienten muy honradas con recibir a un noble en su ciudad, es decir, a un hombre que puede poner en contacto el desierto infinito que se extiende a sus pies, con el infinito azul que hay sobre sus cabezas.
Entre tanto, Mahoma prosigue su actividad. Soporta los golpes con más ánimo, porque entrevé un oasis, Medina, en el que podrá refugiarse.
Mahoma se casa con Sauda-Bint-Zamah. Es la mujer divorciada de un musulmán llamado Sukrán, que ha emigrado a Abisinia. Allá, Sukrán ha abjurado el islamismo, haciéndose cristiano, al mismo tiempo que un nieto de Abd-al-Muttalib, llamado Ubaidallab-ibn-Djach. Ambos han quedado impresionados por el culto cristiano, por los iconos y las iglesias que han visto en Abisinia.
La esposa de Sukrán, que sigue siendo musulmana, se ha divorciado y regresa sola a La Meca, donde se instala en la casa del profeta. Saudah no es ni joven ni hermosa. Mahoma la recibe por esposa porque ha permanecido fiel al Islam y ha regresado a La Meca, prefiriendo divorciarse antes que seguir a su marido y hacerse cristiana como él. Es una recompensa que el profeta concede a esa mujer por su fuerza y su fe en el Islam.

Además, Mahoma está solo. Nadie ha ocupadá ni ocupará jamás en su corazón el puesto de Kadidja. Pero “ya que su madre ha muerto, los hijos de Kadidja necesitan otra madre que los peine”. Saudah, la nueva esposa de Mahoma, es una dueña de casa de edad madura. Al convertirse en esposa de Mahoma, declara: «No deseo lo que las mujeres desean tener en este mundo, sino solamente alcanzar un puesto entre las esposas del profeta el día de la asamblea suprema». Al mismo tiempo, el más fiel amigo del profeta, Abu-Bakr, que ha sacrificado toda su fortuna por el Islam, ruega al profeta que le haga el honor de prometerse con su hija Aicha, la primera niña nacida musulmana. Aicha tiene siete años. Llegará a ser esposa de Mahoma cuando sea púber. Por el momento, su padre, Abu-Bakr pide solamente que se prometa con ella; así, Abu.Bakr se convierte en pariente del profeta. Sus lazos de amistad quedarán ahora fundados en la sangre. Aunque ni el profeta ni Abu-Bakr, el cuarto musulmán, conocen el porvenir, presienten terribles acontecimientos, a los que no podrán hacer frente sino más unidos de lo que lo están. Nos hallamos en el año 620.

XXXIX

EL JURAMENTO DE LAS MUJERES

Llegamos al año 621. A La Meca, con motivo de la pequeña peregrinación, llegan doce musulmanes de Medina. Son los seis del año anterior, con otros seis fieles. Diez de ellos pertenecen a la tribu Jazraj y dos a la tribu Aus. Estos dos clanes importantes de Medina están de acuerdo para recibir en sus filas Mahoma y a sus fieles. «Nuestro pueblo está muy desgarrado por disputas intestinas. Tal vez Dios lo libre de ese mal por tu mediación. Todos vamos a trabajar en ese sentido y a proponer a nuestro pueblo lo que tú nos propones y nosotros hemos aceptado».
Tal es el discurso del representante de los doce hombres de Yatrib. El encuentro de Mahoma con los doce medineses sucede presicamente en Aqabah, en el mismo desfiladero en que se celebró la entrevista del año anterior.
El desfiladero está entre La Meca y Mina. Es un lugar frecuentado por Satanás y por toda clase de espiritus y de djinns.
Cuando Abraham salió para sacrificar a su hijo lsaac, para probar a Dios que era muslim, es decir, abandonado a la voluntad divina, fue perseguido por e1 diablo que lo alcanzó en ese mismo sitio, en el desfiladero de Aqabah. Abraham se vio obligado a
tirar piedras al diab1o para desembarazarse de él. Este rito de arrojar piedras al diablo es respetado en nuestros días con motivo de las peregrinaciones.
Cuando llegan a aquel lugar, los musulmanes tiran sobre los tres djarma, o montones de guijarros, siete piedras, que cada uno ha llevado de Moz Dalifa. También allí se presentan el año 621 los doce

medineses que llevarán en el porvenir el nombre de ansares (o ançares) o sea, auxiliares de Mahoma.
Los doce musulmanes ansares, que hablan en nombre de una de las ciudades más importantes de Aíabia, no solamente quieren conceder su protección a Mahoma sino que, además, le juran fidelidad y le tratan como debe ser tratado un enviado de Dios.
En Medina es muy elevado, desde hace un año, el número de convertidos. Semejante rapid-ez en el ritmo de las conversiones tiene algo de milagroso. Uno no puede dejar de preguntarse de qué magia usaba Mahoma. El mismo afirma que no hace milagros. Pero el que realiza, por la eficacia del proselitismo, es a los ojos de los árabes el mayor de los milagros.
Cada época y cada pueblo piden a sus profetas milagros diferentes. En esa época, los árabes reclamaban de su profeta algo que conste escrito, como lo tienen judios y cristianos. Mahoma les ha dado el Corán. Ese era el gran milagro que esperaban los árabes para salir de aquel estado de inferioridad en que se hallaban con respecto a los pueblos que poseen libros, los judíos y los cristianos. Al recibir el Corán, ven abrirse la via de ia emancipación árabe. Se hallan asi en pie de igualdad con quienes poseen el Evangelio y el Pentateuco. Para los árabes, el Corán es el libro más maravilloso del mundo.
Sábido es que cada profeta lleva a cabo milagros para probar 1a autenticidad de su misión. En cada caso, Dios escoge la clase de milagro, según las preferencias que manifiesta el pueblo y la época en que vive cada profeta. En tiempos de Moisés, los hombres apreciaban a los magos más que ninguna otra cosa.
Dios concedió a Moisés el poder de hacer prodigios como los prestidigitadores. En tiempos de Jesús, lo que más aprecia el pueblo son las curaciones y resurrecciones. Jesús realiza ambas, sobre todo las curaciones milagrosas, en amplia escala. En tiempos de Mahoma, nada aprecian los árabes tanto como la habilidad en expresarse. Con precisión, vigor y talento poético, Mahoma realiza ese milagro por el Corán.
En las discusiones que entabla con los ansares, Mahoma habla desde el comienzo como un jefe. Además, Medina buscaba desesperadamente un jefe. En el mismo momento en que Mahoma discute con los ansares de su ida a la ciudad en calidad de árbitro y de profeta, los joyeros de Medina trabajan en cincelar una corona para un eventual rey de la ciudad. Porque una parte de los ciudadanos está decidida a escogerse un rey. Conocida es la persona del nuevo monarca. Se llama Abadía-ibn-Ubaiy-ibn-Salul. Los orfebres han tomado ya la medida de su cabeza para cincelar la corona. Pero Ubaiy es un jazrajita y las demás tribus no están de acuerdo. Prefieren que, en vez de nombrar un rey, Medina haga venir a Mahoma, que será profeta y árbitro. Un profeta es superior a un rey. Se beneficia de la colaboración de Dios. La ciudad sólo puede salir ganando.
Mahoma dice a los doce ansares: «Os emplazo a protegerme como protegeríais a vuestras mujeres e hijas».

Es la clásica fórmula del juramento, para quienes no tienen clan, cuando son elegidos para otro clan. Es el bay-at an-nisa, el «juramento de las mujeres».
Los doce ansares juran. En el momento en que pronuncian el «juramento de las mujeres» ante Mahoma, el diablo, que rondaba según su costumbre por el desfiladero Aqabah, comienza a gritar.
Los ansares no prestan atención a los terribles aullidos del diablo y siguen pronunciando la fórmula solemne del juramento:
Juramos escuchar y obedecer, tanto en la dicha como en la desgracia, en el placer como en el disgusto. Tendrás preferencia sobre nosotros mismos. Y no negaremos el mando a quien lo detente. Ni temeremos, por la causa de Dios, la ira de ningún contrario. No asociaremos a Dios a ningún otro que no sea Él mismo. No robaremos. No fornicaremos. No mataremos jamás a nuestros hijos. No propagaremos la calumnia entre nosotros ni desobedeceremos en ninguna acción.
Mahoma responde a los ansares:
“Si cumplis vuestro juramento, el Paraíso será vuestra recompensa; si lo violáis en cualquier sentido, será Dios quien os castigue o perdone”.
Los doce ansares vuelven a su ciudad, como doce apóstoles. Van acompañados de un misionero que debe enseñarles el Corán y guiarlos en el Islam, es decir, en el abandono en Dios.
Este misionero enviado del Profeta, se llama Musab-ibn-Umair. Es un hombre de sienes plateadas, de voz musical, que recita el Corán con arte pero que es, sobre todo, un gran seductor de hombres. Posee el arte de hablar y hacerse querer.
Cumplirá su misión con habilidad y talento. En Medida se intala en la casa de Asad-ibn-Zurarah, uno de los seis convertidos al Islam. A finales del año 621, toda la población de la ciudad de Medina se habrá hecho musulmana, excepto los judios. Estos, aunque no abandonen el judaismo, son favorables a la venida de Mahoma como árbitro.
Entre tanto, Mahoma espera en La Meca. Tiene conciencia de la gravedad de su acto. Todos los árabes tienen conciencia de eso. Es una fitna, una ruptura, cosa grave en la sociedad árabe.
Porque las raíces de cualquier hombre están en su árbol genealógico. Mahoma se separa de sus raíces. En adelante, los hombres ya no estarán ligados a su voz por la sangre, sino por la fe.
La nueva sociedad que él crea no constará ya de hombres descendientes de unos mismos antepasados, sino de hombres que creen en un mismo Dios. La nueva sociedad se llama ummah, que significa comunidad. Su jefe supremo es Dios. El representante de Dios es el profeta. Todos los miembros de esa colectividad son iguales entre sí y delante de Dios. Los ricos, los pobres, los negros, los blancos y amarillos, las mujeres y los hombres son iguales. La ummah no está separada del resto de los hombres -como el clan- por la sangre, sino por la fe. «Todos los creyentes forman una sola y misma ummah fuera de los humanos». Por supuesto, todos los hombres de la tierra pueden

entrar, sin distinción de derechos - en esa comunidad, si se abandonan a la voluntad de Dios, si se hacen musulmanes.
Queda formada la sociedad islámica.
Tal es el acontecimiento del año 621. Nadie ignora, ni los ansares, ni el profeta, que aquella noche acaba de crearse en Aqabah una ummah, una comunidad que sobrevivirá a los siglos y que abarcará a cientos y cientos de millones de hombres.
Porque, aquella noche, no ha habido en el desolado desfiladero de Aqabah, más que doce hombres y su profeta.

XL

EL JURAMENTO DE GUERRA

A1 año siguiente, 622, el día después del tachriq, tras la peregrinación a Mina, Mahoma se encuentra por tercera vez, siempre de noche y una vez más, en el desfiladero de Aqabah, con los musulmanes de Medina. Además de los doce ansares que el año anterior prestaran el «juramento de las mujeres», hay otros.
En total, son setenta y tres hombres y dos mujeres. Se deslizan en la oscuridad - desfiladero adelante- sin ser vistos, rápidos como los pájaros. El encuentro es estrictamente secreto. Son necesarias las precauciones. En esos días de peregrinación, la muchedumbre es numerosa. Esta vez ya no se trata de un simple compromiso, de un «juramento de las mujeres», al margen de la protección y de la obediencia: los setenta y cinco musulmanes de Yatrib juran a Mahoma que lucharán por él. Es un bay'at al harb, un juramento de guerra.
El ceremonial nocturno en el salvaje desfiladero frecuentado por el demonio, es más solemne que el del año precedente.
Mahoma abre la sesión recitando lentamente, con su voz musical, unos versiculos del Corán. Inmediatamente, vuelve a prestarse el bay`at an nisa el «juramento de las mujeres», para quienes no estuvieron presentes en la anterior ocasión. Mahoma dice: «Os emplazo a protegerme de la misma manera con que protegéis a vuestras mujeres e hijos».
Los setenta y cinco conspiradores - por la causa de Alah - responden: «Si, juramos por Aquél que te ha enviado provisto de la verdad, que te protegeremos de la manera que protegemos a nuestras mujeres».
Mahoma informa a los setenta y tres hombres que podrian ser llevados a tomar las armas por Alah. A hacer la guerra. Los ans.ares no retroceden. Juran defender a Mahoma ya su fe todos contra todo el mundo. Es el juramento de guerra. Quien pronuncia tal juramento lo mantiene. Pero los ansares tienen, también, una pregunta que hacer en caso de victoria, ¿los dejará Mahoma para volverse a La Meca? Objetan: “Oh enviado de Dios: hay un pacto entre nosotros y los judios de nuestra región, y pensamos denunciarlo. Pero si lo hacemos y si más tarde Dios te da la victoria, ¿pensarás abandooarnos para regresar a tu pueblo?”.

A su vez, Mahoma jura fidelidad a los musulmanes de Medina: Vuestra sangre se ha hecho mi sangre. Vuestra remisión es la mía. Participo de vosotros y vosotros participáis de mí. Combatiré contra aquel a quien comba'tais vosotros y haré la paz con aquel con quien vosotros la hagáis.
Mahoma pide a los doce ansares que se escojan doce jefes, uno para cada uno de los nueve clanes kazrajitas y de los tres clanes aus. Los jefes elegidos reciben el nombre de naqib. Mahoma elige como jefe a uno de los naqib, en la persona de As'ad-ibn-Zurarah. Es el ciudadano de La Meca en cuya casa ha habitado y predicado el misionero Musab-ibn-Umair.
En ese momento. con excepción de tres pequeñas familias, todos los ciudadanos de Medina son musulmanes.
Mahoma dice a los doce naquib que van a representarle en Medina: «Seréis para vuestras gentes la garantia de todo lo que les concierne, como fueron los doce apóstoles de Jesús, el Hijo de María».
Se ha desencadenado ya la revolución que debe desarrollarse en años sucesivos. La sangre ha sido remplazada por la fe.
El clan continúa; un clan en el que los hermanos no son ya los que tienen el mismo padre y la misma madre, sino quienes poseen la misma fe. Sólo los musulmanes son henmnos entre sí.
El clan queda quebrantado. Dios ha dividido a los hombres en clanes y en naciones para que pudieran reconocerse, no para que las naciones y los clanes constituyan una barrera entre los hombres.
Mahoma recomienda a los fieles que piensen en Dios, como piensan en sus propios padres y hasta con más intensidad.
El jefe tribal de los árabes es Abraham.
El sitio en que han sido prestados el «juramento de las mujeres» y el «juramento de guerra» queda hoy señalado por una mezquita, una masjid. Porque en ese lugar se halla la piedra fundamental del Islam.
De esta manera se abrió un nuevo periodo de la vida de Mahoma. Seguirla siendo, sin duda alguna, el transmisor fiel de la Revelación y el Consejero Espiritual de los Creyentes; pero ahora se convertia además en el dueño responsable de la existencia material de cierto número de hombres. Con razón el Corán le propone en adelante como modelo a Moisés: se ha convertido en jefe de pueblos».

XLI

PARA CAPTURAR A LOS «ANSARES»

El vocabulario islámico cuenta en adelante con dos vocablos básicos de nuevo cuño: ansar –o ançar- que textualmente significa «ayudante» o «auxiliar» y que es el nombre que llevarán todos los musulmanes de Medina, y muhajirun - o mohajirun -, que significa refugiado, emigrado y que será el nombre de todos los ciudadanos de

La Meca refugiados en Medina, para integrarse en la ummah, comunidad musulmana.
Mahoma declara: «Los seres para mi más queridos en el mundo son los mohajtrun y los ansares».
Los ansares son quienes han albergado y protegido a Mahoma en el exilio; los mohajirun son los que le han seguido en el destierro. Los unos y los otros han sufrido y sufrirán mucho por su fe.
Aunque el pacto militar, el bay'at-a'-harb, el «juramento de guerra» del mes de radjab del año 622, ha sido concluido en Aqaba en el mayor sigilo, los coraichitas saben que algo grave ha ocurrido.
Los ansares han sido discretos. Son hombres hábiles. Han acudido a la entrevista de noche, deslizándose entre las rocas del desfiladero como los qata, es decir, como los pájaros. Pero a pesar de ello, los «pequeños tiburones», los coraichitas, han sabido que un pacto ha sido confirmado aquella noche. Y comienzan sus pesquisas.
Los ciudadanos de Medina que se hallan de peregrinación y son interrogados, contestan sinceramente que nada saben de ninguna conspiración. Sólo los setenta y tres hombres y dos mujeres conocen algo, pero han desaparecido de La Meca. Los coraichitas se tranquilizan de nuevo. Seguramente se les ha dado la alarma sin fundamento alguno. Pero unos días después del juramento de guerra, los coraichitas reciben informaciones precisas: realmente se ha tramado una conspiración. Inmediatamente reúnen una caravana de camellos blancos -los más rápidos - y de caballos para alcanzar a los ansares y capturarlos.
Los ansares han partido al siguiente día del bay'at-al-harb.
Se hallan en camino. El viaje de La Meca a Medina dura once dias. Con todo, existen caravanas ultra-rápidas que pueden recorrer esa distancia en cuatro dias y en cuatro noches. Una de esas caravanas es la que los coraichitas han puesto en marcha para adueñarse de los ansares y saber con certeza cuál es la conjura urdida entre ellos y los musulmanes de La Meca.
Los ansares ya se esperan ser perseguidos por los idólatras. Cada día han cambiado de ruta. Y los coraichitas no los encuentran. Echan mano a un comerciante de Medina que ha formado parte de la caravana de los ansares y que, rezagado, se ha separado de ellos. El cautivo, encadenado, es llevado a La Meca y sometido a un interrogatorio sin descanso. Declara que en verdad ha hecho parte de su viaje con la caravana de los
ansares. Pero nada sabe del Pacto de Aqaba. A pesar de la tortura, lo,s coraichitas no pueden arrancar una confesión del comerciante. Por otra parte, es imposible proseguir por más tiempo el interrogatorio, porque el prisionero es hombre muy rico y tiene relaciones muy influyentes en La Meca. Sus amigos lo liberan rápidamente.
Aunque ignoran todos los detalles, los coraichitas están en ascuas. Una cosa les parece clara: la conjura de Mahoma se dirige contra ellos. Envían urgentemente una nueva caravana y espías a Medina, a fin de recoger informaciones concretas sobre la conspiración. En La Meca, la casa de Mahoma está rodeada y vigilada de día y noche. Por

primera vez, los coraichitas abandonan la ironía, el ultraje y la sátira, en sus relaciones con Mahoma. Se ha convertido para ellos en un peligro real.
En esa época, Mahoma está muy tranquilo, aunque casi prisionero. Ha iniciado el combate por la vittoria del Islam, según la orden del ángel: «Combátelos (a los muchrikum, es decir, a los idólatras hasta que no haya más tentación, fitnah, y la religión de Dios lo sea todo». Desencadenada la lucha, no puede cesar más que con la total victoria o de los idólatras o del Islam. Porque «el clavecin visual de los árabes no tiene medios tonos. Este pueblo ve al mundo en negro o en blanco... No conocen más que la verdad o la falsedad, la fe y la incredulidad, sin vacilaciones ni matices».

XLII

TERROR CONTRA LOS «MOHADJIRUN»

El Corán define asi a los mohadjirun: Aquellos a quienes el celo por la santa religión ha hecho expulsar de sus casas y de sus posesiones.
Inmediatamente después del pacto militar concluido con los ansares, Mahoma ordena a sus fieles de La Meca organizarse en pequeños grupos, formar caravanas y refugiarse en Medina.
A su llegada a esta ciudad, los Mohadjirun, los refugiados a causa del islam, eran acogidos por los ansares, sus hermanos en Alah.
El éxodo de los musulmanes de La Meca prosigue, día a día.
Pero la marcha se hace más dificil conforme pasa el tiempo. Los coraichitas se esfuerzan por impedir la formación de un grupo hostil de emigrantes, y eso ya desde los comienzos. No retroceden ante ningún medio.
La marcha de los que van a convertirse en molradjirun se realiza en secreto. Mas no es posible guardar un secreto absoluto. Tres amigos musulmanes deciden marchar juntos al exilio.
Se llaman Aiyach-ibn-Rabiah y los hermanos Umat y Hachim-ibn-As. Realizan sus preparativos con la mayor discreción posible.
Pero la vispera de su partida, uno de los hermanos, Hachim, desaparece. Los otros dos marchan sin él. Al día siguiente, todos los ciudadanos de La Meca conocen el caso Hachim. Sabiendo que es musulmán y que trata de exiliarse, los coraichitas lo detienen. En La Meca no hay prisión. La primera prisión árabe será construida en Kufah, años después de la muerte de Mahoma, por su hijo adoptivo Ali.
Pero en esta época, los detenidos son, como el negro Bilal, encadenados y abandonados desnudos sobre la arena o crucificados sobre un camello y agregados a una caravana o
arrojados al fondo de un pozo.
Hachim es despojado de sus vestidos, cargado de cadenas y encerrado en una casa sin tejado, para que la espada del sol lo abrase y le abra las carnes hasta los huesos.

En la tradición árabe, el sol es del género femenino; está representado bajo el aspecto de una mujer vieja y maligna, que sólo hace daño al universo. Por el coI:ltrario, la luna, que trae la frescura de la noche, es, para el árabe, del género masculino.
La luna es esposo del sol; y las manchas azules y negras que vemos por la noche en el disco lunar son los cardenales que el sol ocasiona en el cuerpo de la luna, porque cada vez que el sol se encuentra con su esposo, lo ataca y hiere. y cada noche, el cuerpo de la luna, mártir conyugal, queda cubierto de golpes y heridas. Tales son las manchas que vemos en él.
Así pues, Hachim queda entregado al sol para que éste le corte la carne y la piel. Los otros dos fugitivos son perseguidos, pero nadie los alcanza. Los emisarios coraichitas se presentan en casa de Aiyach, en Medina, y le anuncian que su madre está enferma. Le suplica que vaya. Aiyach sabe que se trata de una trampa. Pero prefiere caer en ella antes que ser sordo al llamamiento de su madre, por si le llama realmente. Es conducido a La Meca y encerrado desnudo y con cadenas en la misma casa sin tejado en que está Hachim, para ser ejecutado por el sol, el más grande verdugo del desierto.
Pero ninguno de los dos musulmanes muere bajo las torturas del sol. Son liberados por un reducido grupo de ansares, llegados especialmente de Medina. No solamente se inflige a los mohadjirun tormentos fisicos, sino que se presiona sobre ellos arrebatándoles sus fortunas. Abu-Sufian se adueña de la casa de Banu-Djach. Un musulmán llamado Suhaib-ar-Rumi, que posee una gran fortuna, es capturado por los coraichitas cuando se refugia en Medina con otros musulmanes. Los coraichitas le dicen: «Llegaste pobre a nuestra ciudad. Te has enriquecido entre nosotros. ¿Ahora quieres irte con la fortuna que has ganado en La Meca? No te lo permitiremos». Suahib no vacila un momento: renuncia a sus bienes y parte para Medina, pobre, pero lleno de fe. El Corán lo cita como ejemplo y alaba su actitud.
Para el mundo materializado de los negociantes de La Meca, el hecho es inconcebible.
Los ricos de La Meca poseen propiedades para las vacaciones en Taif. Los dátiles y las hortalizas cultivadas en esas residencias de vacaciones son vendidas en el mercado de La Meca. Una residencia estival no es verdaderamente agradable más que si produce además dinero.
«Pero se contaba en La Meca con asombro y emoción profunda, y casi con angustia mistica, que un riquísimo coraichita, dueño de un gran huerto en Taif, se limitaba a hacer de él una propiedad de puro placer, no un negocio. Las más sangrientas
escaramuzas de los beduinos del desierto no hubieran conmovido tanto a los elegantes representantes de los altos negocios de La Meca».
En semejante sociedad, en la que el dinero es más precioso que los astros, abandonar toda su fortuna para seguir a un profeta es un hecho increíble. Y sin embargo, no hay duda alguna: docenas y

centenares de hombres abrazan el Islam, dejando fortuna, casa, familia y clan para seguir a Mahoma en el destierro.
El número de los mohadjirun aumenta. Y cuanto más crece su número, mayor es la angustia de los coraichitas. Buscan una solución. Pero nadie puede evitar semejante éxodo, como no se puede detener las aguas de un río cuando crece el nivel y se desborda.

XLIII

NUEVO PLAN PARA ASESINAR AL PROFETA

Reunidos los coraichitas, tratan de buscar un nuevo plan para asesinar a Mahoma y aniquilar el Islam. Los coraichitas comprenden diez familias. Su organización es la de la sociedad nómada, según la cual, el territorio de la ciudad, con sus alrededores, es haram, es decir, sagrado. Ese territorio, según la tradición, ha sido delimitado por Abraham. Mide cerca de doscientos ki1ómetros cuadrados.
Cada familia coraichita posee su territorio propio, más un anexo situado fuera de la ciudad, el chib, donde se albergan los clientes, extranjeros y esclavos de la tribu.
Además de los miembros de la familia propiamente dicha, cada uno de esos clanes comprende una población numerosa.
Hay, ante todo, los maula, o clientes, que son los «hermanos contractuales». La segunda categoria se llama halif y se compone de extranjeros admitidos en el clan. Siguen los jar, o sea los «hermanos contractuales temporarios». Los esclavos, muy numerosos, no pertenecen a ninguna de esas categorías, sino a la de los objetos y animales.
Cada clan tiene su sitio de reunión, llamado nadi. Además, todos los clanes de La Meca tienen un lugar de reunión común, el dar-an-ntJdwah. En las sesiones del dar-an-nadwah participan todos los jefes de nadi, y en general todos los coraichitas que hayan superado los cuarenta años, «a causa de su inteligencia excepcional». La sala del consejo es generalmente utilizada para las festividades y de modo especial para las bodas, Las mujeres se muestran allí cubiertas de joyas que, si no son propias, son prestadas por los joyeros de Kaibar.
De esta manera se reúnen los «pequeños tiburones», los coraichitas, para estudiar el caso de Mahoma y tomar contra él medidas urgentes. Todos saben que se decidirá su asesinato. Es la más radical y la más fácil de las medidas. Pero antes de decidir fa elección, los coraichitas consideran otras soluciones. Primero se propone el arresto de Mahoma. Pero no seria eficaz.
Sus partidarios correrlan a liberarlo. Habría derramamiento de sangre y el prisionero acabarla por recobrar la libertad. Se elimina también el destierro. Si Mahoma fuera expulsado, levantaria pronto un ejército en pie de guerra y atacaria a La Meca.
Y no sólo se elimina esa solución, sino que se decide que por todos los medios debe impedirse que Mahoma salga de la ciudad.

Por fin se piensa en el asesinato y todos los coraichitas están de acuerdo. Es la única solución razonable para terminar de una vez con el profeta y el Islam.
Para la sociedad coraichita, el asesinato en sí mismo no es un hecho grave desde el punto de vista moral, religioso y humano. La vida de un hombre es exclusivamente un bien material.
Si se suprime a un hombre, puede ser remplazado por camellos, corderos, dinero, o por otro hombre. No se conoce aún el pecado de bomicidio. A este respecto, el asesinato de Mahoma no presenta desventaja alguna. Su vida pertenece al clan Abd-al-Muttalib. El jefe de ese clan es Abu-Lahab. Ha excluido a Mahoma del clan, por falta grave contra los antepasados. Por lo tanto, Abu-Lahab no pedirá reparaciones a los asesinos, por la vida de Mahoma. Al contrario, tomará parte en el asesinato de su sobrino. Planteado así el problema, la muerte del profeta no puede traer consigo inconveniente alguno. Desde el momento que la familia no exige reparaciones en caso de muerte, es que la vida de Mahoma no tiene valor alguno. No cuesta nada.
El proyecto de asesinato del profeta es adoptado por unanimidad. Incluso lo aprueban familias que se consideran amigas de Mahoma. Los coraichitas son comerciantes, y por lo tanto, gentes muy prudentes. Saben que, por el momento, no suscitarán complicación alguna, ni se exponen a gaffios si matan a Mahoma. Pero procuran también que esa muerte no tenga malas consecuencias en el porvenir. Andando el tiempo, otro individuo del clan Abd-al-Muttalib puede substituir a Abu-Lahab en la dirección, y el nuevo jefe podría exigir a los asesinos el precio de la sangre, por la vida del profeta. Para ponerse al abrigo de cualquier exigencia futura, exigencia que puede surgir en diez, cien o más años, y que seria una fuente de disgustos para los descendientes de los asesinos, se decide que el grupo de encargados de dar muerte a Mahoma estará formado por representantes de todas las familias coraichitas, de todas las tribus asociadas y de todas las categorías de clientes y aliados. De ese modo, el número de asesinos que eventualmente habria de rendir cuentas, sería tan
elevado como para desanimar cualquier veleidad de reclamación.
Es necesario que la muerte de Mahoma sea en cierta manera ánónima. El asesinato debe realizarse como un linchamiento. Puestos de acuerdo acerca de esa cuestión, los negociantes coraichitas hacen la lista de las personas que participarán en el asesinato. No debe olvidarse a nadie. Porque nadie debe quedar inocente de esa muerte. y el número de culpables debe ser lo más elevado posible. La culpabilidad en materia de asesinato crece en razón inversamente proporcional al número de asesinos. Cuando el plan queda bien dispuesto en todos sus detalles, se decide ejecutarlo con toda urgencia.
Los coraichitas, aunque invencibles en materia de comercio, pues son meticulosos y prudentes, cometen un error: olvidan que Mahoma es el enviado de Alah; un djiwar más eficaz que el de los coraichitas.

A causa de ese error, el plan de asesinato del profeta fracasa. No tener en cuenta a Alah será un olvido fatal para los asesinos.

XLIV

LA HÉJIRA

El mundo quiere saber si Mahoma es capaz de evitar la muerte. Si es verdaderamente un profeta, es decir, un hombre que puede hacer milagros. Mahoma les grita: Diles: no tengo poder alguno para procurarme lo que me es útil y alejar lo que me es dañoso, sino en cuanto Dios lo quiere. Si conociera las cosas ocultas, me haría rico. Pero no soy más que un hombre encargado de anunciar y advertir. ¿Qué soy, sino un mortal y un apóstol?
Mahoma es musulmán, es decir: abandonado a la voluntad divina. Espera lo que Dios decida.
Y Dios decide salvar al profeta.
Una tía de Mahoma, llamada Ruqayab-bint-Abi-Saifi-ibn-Hachim, casada con un hombre de la tribu Zuhrah, tiene noticias de que los coraichitas han decidido la muerte del profeta, para la noche siguiente, por obra de un grupo de asesinos pertenecientes a todos los clanes. Acude a anunciárselo a Mahoma. El profeta se lo esperaba, sin duda alguna. Pero ignoraba que su muerte estuviera tan próxima. Cada vez que se hallan ante la muerte, los hombres quedan sorprendidos: siempre les parece demasiado pronto.
Mahoma no cuenta más que con dos personas que pueden ayudarle en aquel momento de locura: Dios en el cielo y Abu-Bakr en la tierra.
Ruega a Dios y abandona la casa,
ocultándose para acudir a Abu-Bakr.
Abu-Bakr, el comerciante ponderado y prudente, que posee el hilm de los hombres de La Meca, la flema árabe, se esperaba la visita de Mahoma. Lo ha preparado todo - en sus mínimos detalles - para una huida. Ha comprado dos camellos blancos, es decir, lo más rápido que hay en el desierto; y esos dos camellos, escondidos a la entrada de La Meca, en un ramblazo están dispuestos para la marcha. Abu-Bakr prohibe a Mahoma que regrese a su casa. Lo conduce a una cueva del monte Thaur. Ali, el hijo adoptivo de Mahoma, acude a recibir las últimas instrucciones del profeta. Para burlar la vigilancia de los guardias que rodean la casa de Mahoma, Alí se pondrá la capa del profeta y
permanecerá en la casa, cerca de la ventana, para hacer creer a los coraichitas que Mahoma sigue allí. Debe pernianecer todo aquel tiempo junto a la ventana, de espaldas a la calle. Por la noche, Alí dormirá en la cama del profeta.
Alí ejecuta todas las órdenes. Durante toda la jornada, los ciudadanos de La Meca, que preparan la muerte de Mahoma, gozan

con saber que el profeta está allí, en su casa, ajeno a lo que se trama. Asi pues, podrán matarlo en su lecho.
Entre tanto, Abu-Bakr y Mahoma organizan la huida. Son ayudados por dos personas: un esclavo libertado de Abu-Bakr, llamado Abdallah-ibn-Arqath, y un guia llamado Amir-ben-Fuhayrah. Al crepúsculo, y para mayor seguridad, Abu-Bakr y Mahoma dejan a sus dos ayudantes con los camellos y los bagajes, y parten solos, a pie, a ocultarse en una cueva, lo más lejos posible de La Meca.
Al día siguiente al amanecer, cuando sea descubierta la huida de Mahoma, los coraichitas organizarán batidas enormes en todo el desierto, para descubrir y capturar al profeta. Éste y Abu-Bakr permanecerán ocultos durante todo el tiempo que duren las búsquedas. Varios días después, Arqath y Amir se reunirán con ellos llevando los camellos y bagajes. Y entonces partirán para Medina.
Tal es el plan. Mahoma y Abu-Bakr se van a pie. Caminan casi toda la noche. Quieren alejarse lo más posible de La Meca.
El camino es largo, de muchos kilómetros. Hacia el Norte, el terreno, muy accidentado, está cubierto de piedras. Mahoma tiene los pies bañados en sangre. Está preocupado. Sabe que Dios le ha salvado. Dios.no ha querido que su profeta muera. Ha enviado a Ruqayah para advertirle que los coraiohitas van a matarlo durante la noche. El Corán habla así de esta huida: Cuando los creyentes usaban astucias contigo para retenerte prisionero y darte muerte, se manifestaban muy astutos; pero Alah lo era más: porque Alah es el mejor de los astutos.
Mahoma está, por supuesto, muy halagado de que Alah le haya salvado de la muerte haciéndole anunciar por medio de Ruqayah que debe huir de noche de aquella casa en que iba a ser asesinado.
Pero sufre. Las únicas raices de la sociedad árabe, gracias a las cuales los árabes han podido mantenerse sobre la tierra, residen en el qwaw, la tribu. Es el árbol genealógico. Los antepasados. El qwaw es para ellos lo que la tierra para el campesino.
Los antepasados y el clan son para el nómada la tarjeta de identidad, la tarjeta de visita, la herencia, el único bien terrestre y el único modelo. Mahoma ha abierto una brecha en el clan. Abate el árbol que mantiene al pueblo árabe sobre la tierra. Porque, sin el árbol genealógico, la vida de los árabes no sería posible entre los dos desiertos infinitos, el que se extiende bajo sus pies, de arena ardiente, y el que se ext!ende sobre su cabezas,
ese cielo de fuego color ópalo. Ahora, Mahoma abandona el clan para vivir en una comunidad según la fe, el ummah. En su ca1idad de árabe, eso le resulta difícil. Tal vez sea la cosa más difícil que Dios le haya pedido. Pero los que se encuentran con Dios deben sacrificarse. Dios ha enviado a Mahoma al ángel Gabriel. Mahoma debe hacer lo que el ángel le ordena. El ángel es su huésped. y un huésped es sagrado. El poeta árabe dice: «Partiría mi cuerpo para dar de comer al huésped y me contentaría con agua pura».
Dar es un gran placer para los árabes. Dan hasta su vida. Esta vez, Mahoma sacrifica, efectivamente, al cielo, el árbol de carne y sangre de su clan. Para siempre. Es más doloroso que sacrificar su propio

cuerpo: Porque el árbol genealógico es el único que crece, resiste y protege al hombre en el paralelogramo desierto de los árabes donde, en una extensión de tres millones de kilómetros cuadrados. no crecen otros árboles. El
árbol genealógico es el único bien concreto y estable del desierto.
Mahoma avanza al lado de Abu-Bakr, que tiene tres años más que él, pero camina con más facilidad, porque no está aplastado por el peso de los pensamientos y responsabilidades que lleva consigo el profeta. Entre tanto, surgen los primeros resplandores de la aurora. Ambos fugitivos buscan una gruta en que ocultarse, durante esa jornada que ahora empieza.
En La Meca, los asesinos penetran en la casa de Mahoma, con sus cuchinos dispuestos al crimen. Se lanzan sobre el lecho del profeta, prestos a herir. Pero de aquel lecho, vestido con la burda, la capa del profeta, y nevando en la cabeza el gorro de Mahoma, se levanta Alí. Los asesinos le molestan. Buscan por toda la casa, lo destrozan todo. Por último, comprenden que han sido burlados. Mahoma ha huido. Organizase inmediatamente la persecución. Nunca La Meca ba perseguido a un asesino con tantos medios como persigue ahora al profeta. Estos negociantes realistas, los «pequeños tiburones», los coraichitas, saben con certeza que, si no matan a Mahoma ahora, si se les
escapa, acabará conquistando a La Meca.
Por el momento, los coraicbitas despachan a los munadi y muazin - es decir, pregoneros públicos- para anunciar por todas las calles de la ciudad que, aquel que indique el lugar en que se halla Mahoma recibirá en recompensa cien camenos. Se ha puesto precio a la cabeza del profeta.

XLV

LA CUEVA DE LAS SERPIENTES

Al llegar a la caverna, el fiel Abu-Bakr entró el primero, barrió el suelo y desgarró su túnica interior para cerrar los agujeros, por temor a las serpientes. Después, llamó al proteta».
" Abu-Bakr, el de más edad y el más rico, hace estos servicios como si Mahoma fuera un príncipe. Entre los suyos, Mahoma goza de una autoridad excepcional. Por lo demás, absolutamente merecida. Es un hombre que se ha encontrado con Dios, lo que lo eleva por encima de la condición humana. Está marcado, como el rostro de Moisés lo estaba por las manchas de luz, semejantes a las quemaduras que producen los rayos.
«Moisés ignoraba que, de la entrevista que había mantenido con Dios, habían quedado en su rostro rayos de luz». Si el rostro de Mahoma hubiera conservado rastros de luz, tras el viaje al cielo y las conversaciones con Dios, Abu-Bakr, hombre de casi sesenta años y

personalidad conocida en todo el mundo árabe, no tenía porque arrodinarse para limpiar la gruta, ni tenía por qué romper su capa y sus vestiduras para tapar los agujeros de la cueva.; ni prepararla el lecho de Mahoma como si se tratara del de un príncipe de Las Mil y Una Noches.
Mahoma ha nacido y vivido en la misma ciudad que Abu-Bakr. Pero Mahoma se ha elevado sobre la condición humana, puesto que se ha encontrado con Dios.
Tras haber preparado el lecho de Mahoma, Abu-Bakr le invita a entrar y descansar. Los pies del profeta sangran. Está rendido. «Hallándose fatigado el profeta, puso su cabeza sobre las rodillas de Abu-Bakr y se durmió».
La tradición dice que la burda, la túnica que Abu-Bakr desgarró para tapar los agujeros de la caverna e impedir que entraran las serpientes, no fue suficiente; mientras Mahoma duerme con su cabeza sobre las rodillas del amigo, Abu-Bakr se da cuenta de que uno de los agujeros no ha sido tapado. Si entrara una serpiente mientras dormían, la vida del profeta estarla en peligro. Abu-Bakr estira su pierna y cierra el hueco con el talón.
Hecho esto, se duerme también, satisfecho de haber tomado todas las medidas necesarias para proteger la vida del enviado de Dios.
Las preocupaciones de Abu-Bakr no han sido inútiles: por el agujero que no ha podido tapar con un pedazo de te¡a, penetra una serpiente. Se encuentra con el talón de Abu-Bakr y lo muerde. El compañero de Mahoma se despierta, desgarrado por el dolor; pero se esfuerza por no gritar, para no turbar el sueño del profeta. El dolor, empero, es demasiado fuerte. Sobre el rostro de Abu-Bakr, inmóvil, se desliza el sudor. que cae sobre la cara de Mahoma y le despierta. El profeta sabe que una serpiente ha mordido a Abu-Bakr. Chupa el veneno de la herida. Y los dos compañeros vuelven a dormirse.
Al día siguiente, las búsquedas comienzan y se desarrollan. El desierto en torno a La Meca hormiguea de rastreadores que buscan a Mahoma. Toda la ciudad se ha movilizado para atrapar al profeta, vivo o muerto. Se da la alarma a las tribus de beduinos. Todos saben que quien encuentre a Mahoma recibirá en recompensa cien camellos.
Abu-Bakr y Mahoma duermen, sin sospechar que sus perseguidores han pasado cien veces ante la gruta en que se esconden.
En realidad, los coraichitas no tienen oportunidad alguna de descúbrir al profeta. Han movilizado a cientos de hombres y de rápidos camellos para explorar los caminos del desierto, las cuevas y desfiladeros. Cuentan únicamente con su número, su fuerza y su habilidad. Ignoran que tienen que luchar también con Dios. No creen en Dios. Pero Dios, una vez más, ha salvado al profeta. Cuando el primer grupo de perseguidores llega ante la gruta, el Señor envía unas arañas que tejen su tela apresuradamente ante la entrada de la caverna. Al ver intacta la tela de araña, los hombres que buscan al profeta, pasan de largo, persuadidos de que hace tiempo que nadie ha entrado en aquella cueva.

El segundo grupo que Hega al lugar intenta entrar en la gruta, pero Dios envía un pájaro que hace su nido y pone sus huevos en el mismo umbral. y de nuevo los perseguidores siguen su camino. La tercera vez, son las piedras que caen y cierran el paso. Cuando despierta, Abu-Bakr está deprimido. La fatiga, la huida, la mordedura de la serpiente, el hambre, todo pesa sobre él. Mahoma anima a su compañero y le aconseja que no se deje abatir. No son dos; son tres, puesto que Dios está con ellos. El Corán dice:
Su brazo protegi6 al profeta cuando los infieles le perseguían. Su compañero de huida (Abll-Bakr), le ayudó, cuando el profeta y él se refugiaron en la caverna. Mahoma le dijo: «No te aflijas. El Señor está con nosotros». El cielo envió la tranquilidad y una escolta de ángeles, invisibles a sus ojos.
En el momento de salir de la cueva de las serpientes, Mahoma y Abu-Bakr ven la tela de araña, el nido y los huevos de pájaro y las piedras que han obstruido la entrada. Ahora están convencidos. Dios los protege. Y eso redobla su fe. Mahoma y su compañero pasan tres dias en aquella cueva. La última vez que los perseguidores pasan junto a ellos, un árbol crece ante la entrada de la gruta. Es el supremo milagro.
Las búsquedas cesan a los tres días. Los coraichitas renuncian a encontrar a Mahoma. El guía Amir-ibn-Fuhairah y el esclavo manumitido Arqath llegan con los camellos y las provisiones. Los fugitivos toman el camino de Medina.
Normalmente, ese viaje dura once días. Pero la caravana de los cuatro fugitivos da muchas vueltas, para evitar cualquier encuentro en el camino.
Mahoma y Abu-Bakr están vestidos de andrajos. Mahoma, porque en el momento en que Ruqayah le advirtió lo que se tramaba, partió de su casa c6n un solo vestido viejo. Abu-Bakr, porque ha roto su túnica.
Al cabo de cierto tiempo, los fugitivos no tienen agua ni alimentos. Los rodeos que se ven obligados a hacer son bastantes más de lo previsto. Llegan a ua campamento de nómadas. No encuentran más que a una vieja mujer, Umm Mabad. Les ofrece algo que comer, pero no posee nada.
No tiene más que una vieja cabra estéril. Mahoma le dice que trate de ordeñarla; tal vez tenga leche. Escéptica, la vieja va a ordeñar la cabra. Y ésta da la leche suficiente para apagar la sed y calmar el hambre, no sólo de los cuatro hombres, sino también de la anciana. Es uno de los milagros con que Dios favorece al profeta de vez en cuando.
Poco tiempo después ocurre un segundo milagro. En el camino de los fugitivos surge una caravana de Siria. Se trata de amigos y parientes de Mahoma. Y llevan precisamente lo que falta a los fugitivos: alimentos y vestidos. Mahoma se equipa con
vestidos nuevos de pies a cabeza. Tal y como conviene ir vestido a un profeta, que debe ser recibido en medio de gran pompa por cientos de fieles. Porque los caravaneros, al dar a los fugitivos vestidos y alimentos, les anuncian que toda la población de Yatrib o Medina, al

saber la huida del profeta, le prepara un recibimiento triunfal, como a un verdadero enviado de Dios a la tierra árabe.
Después de ese encuentro, que reanima el espiritu de los fugitivos, viajan con menos cuidado y vigilancia. Mahoma y sus compañeros son descubiertos y alcanzados por unos hombres armados hasta los dientes y que montan caballos. Se trata de miembros de la tribu Banu-Mudluj. Son aliados de los coraichitas.
Identifican a Mahoma. Lo quieren capturar para ganar la oferta de cien camellos. Tres veces el jefe de los Banu-Mudluj se acerca al galope a la caravana de Mahoma y por tres veces su caballo resbala y retrocede. Cuando por cuarta vez el caballo se niegue a acercarse al profeta, el jinete que se llama Suraqah y será más tarde uno de los más célebres generales del Islam, siente miedo. Está persuadido de que es el mismo Dios quien impide al caballo acercarse a los fugitivos. Descabalga inmediatamente y pide perdón a Mahoma. Confiesa que quería capturarlo para ganar los cien camellos ofrecidos por los coraichitas. Suraqah ofrece sus servicios a Mahoma. Es uno de los más célebres caballeros y guerreros del mundo árabe. y promete a Mahoma rechazar a todos, los perseguidores.
“Haré que todos tus perseguidores retrocedan”.
Suraqah mantiene su palabra. Ninguno de los perseguidores procedentes de La Meca o de las tribus aliadas ha podido alcanzar a los fugitivos. Pero el peligro no ha desaparecido. Otros les esperan más allá, dispuestos a impedirles el paso. Entre ellos,
se encuentra una docena de hombres de la tribu Aslam, conducidos por su jefe Buraidah. Estos hombres atacan a la caravana de los fugitivos. Mahoma y sus compañeros no tienen otra oportunidad de escapar que una conferencia con su jefe. Mahoma habla a quienes les han rodeado y que se aprestan a hacerlos prisioneros para entregarlos a los coraichitas, que los matarán.
Primero, los hombres de la tribu Aslam se burlan de la manera con que Mahoma trata de enternecerlos y de salvarse mediante los discursos. Pero cuando comienza a recitar los versículos del Coran, los perseguIdores retroceden. Inmediatamente piden gracia. Caen de rodillas. Solicitan su admisión en el Islam.
Todos. Mahoma los convierte. La tribu Aslam se hará musulmana en su totalidad, gracias a aquel encuentro. Constituirá la fuerza de base del ejército musulmán. Antes de morir, Mahoma afirmará que ama a los hombres de la tribu Aslam tanto como a los ansares ya los mohadjirun.
«Los que me son más queridos son los mohadjirun, los ansares, los ghifar y los aslam». Los ghifar son los vecinos de los aslam. bandoleros convertidos. Por esta razón, Mahoma ha dicho, con un juego de palabras: «Aslam salamaha'illah, ghifar ghafaraha'illah», “Dios salve a los aslam, Dios perdone a los ghifar”.
Más adelante, otro jefe aslamita, encontrándose con Mahoma, le ofrece alimentos yagua y le regala un esclavo, que le guíe hasta Medina. Este segundo aslamita se llama Aus-ibn-Rajar.

Un guía, en el desierto, no es sólo un hombre que muestra el camino. Un guia es un salvoconducto y un pasaporte, más una seguridad total contra los ataques y los robos, contra la falta de alimento y de agua. Un guía, en el desierto, es una seguridad contra todos los riesgos. Es un pasaporte vivo. Se llama en árabe rafik o rabia, palabra que significa textualmente: «El hombre que cabalga detrás de ti, a la grupa de un camello». A lo lejos, ese guia apostrofa a los viajeros y les explica quién es, quiénes son las personas que le han enviado. A la voz de este hombre, el camino se abre como en las fábulas. Llegado al límite de los aslamitas, Mas'ud regresa con los suyos. Mahoma, Abu-Bakr y los dos hombres que los acompañan, prosiguen solos el camino.
Es el año 622. Los cuatro fugitivos atraviesan la localidad de Thaniyat-al-Wada, próxima a la ciudad de Yatrib o Medina.
El viaje Hega a su término. Inmediatamente se encuentran en la localidad de Quba. Mahoma se detiene. Pide un favor a Abu-Bakr: que le venda la camella sobre la que el profeta ha viajado hasta aquí y sobre la cual hará su entrada en Medina. Mahoma desea entrar en la ciudad sobre su propia camella. Abu-Bakr acepta. Mahoma le entrega 400 dirhams. Se siente feliz por haber hecho esa adquisición. Su camella se llama Qaswa, «la que tiene un cuarto de oreja cortado». Esa camella ha entrado en la historia. Es la camella del profeta, a cuyos lomos ha hecho este célebre viaje, esta huida de La Meca a Medina, llamada hedjira.
Los musulmanes contarán en adelante sus años a partir de esa fecha. Como los cristianos los cuentan desde el nacimiento de Cristo. Porque la Héjira es el comienzo de una era para el Islam, para aquellos que se abandonan a la voluntad divina.

XLVI

MEDINA, LA CIUDAD DEL PROFETA MAHOMA

En el mes de septiembre del año 622, Mahoma llega al oasis en que se halla situada la ciudad de Medina. Sin embargo, el calendario musulmán no comienza en el mes de septiembre, sino el 6 de julio del año 662. Es la Héjira. Comienza la era musulmana.
Mahcma entra en la localidad de Quba, al sur de Medina, a mediodía, «estando el sol en su zenit». Desde hacía varios dias, la población le esperaba febril, deseosa de dedicarle un recibimiento triunfal.
A mediodía, cuando el sol ardiente cae vertical, las gentes vuelven a sus casas. Nadie queda en las calles. Por lo tanto, Mahoma entra en Quba, arrabal de Medina, a una hora en que nadie hay en las calles. La ciudad está desierta, como abandonada. Con una sola excepción: ¡un judio! Uno solo. Esperaba a Mahoma bajo el sol ardiente de mediodía. En el momento en que el judío ve a Mahoma, en el colmo de su alegría comienza a correr por las calles y a gritar lo más fuerte que puede: ¡Eh, banu qaila (Todos los judíos de Medina eran

llamados Banu-qaila, cualquiera que fuese la tribu de que formaran parte).
Los gritos del único hombre que aguardaba la llegada de Mahoma llenan la pequeña localidad: «Banu-qaila, he aquí que llega vuestra suerte».
Hombres, niños, mujeres, salen como una tromba a la calle.
Todo ser con un soplo de vida quiere recibir y ver al profeta enviado por Dios a los árabes.
Mahoma, acompañado por Abu-Bakr se instala bajo una palmera datilera. La muchedumbre de curiosos que los rodea y aclama no sabe a ciencia cierta cuál de los dos es el profeta.
Para evitar confusiones, discretamente y con elegancia, Abu-Bakr se quita su capa, se coloca detrás de Mahoma y hace una especie de toldo con su vestido, para cobijarlo. Ante aquella manifestación de respeto y adoración, las gentes comprenden quién es el profeta y quién el compañero, y los aclaman.
Mahoma recibe hospitalidad de un jefe musulmán local, llamado Kulthum-ibn-Hidm. Es una casa modesta. Para poder recibir a quienes acuden a verle y saludarle, Mahoma escoge una casa más amplia, perteneciente a Sad-ibn-Jai,thaman. En la primera, se aloja; en la segunda, recibe. Las docenas de mohadjirun - emigrantes de La Meca - que ya se encuentran en Medina, llegan a Quba para acoger al profeta.
El primer acto de Mahoma en Quba es edificar una mezquita. Todos los musulmanes se ponen al trabajo, con Mahoma al frente. Omar, «e1 hombre a quien hasta el diablo teme», transporta las piedras. Abu-Bakr, el agua. Y trabajando con sus propias manos como los demás, Mahoma se preocupa además de organizar la nueva comunidad. Los proyectos anteriormente concebidos deben ser modificados según las circunstancias y el
terreno. A fin de conocer mejor ese terreno, Mahoma prefiere detenerse alli, para comenzar en el barrio, a las puertas de Medina y retrasar un poco su entrada en la ciudad.
En tiempos antiguos, Yatrib o Medina se llamaba Tabab taibah, que significa, «la que es agradable». El nombre no era exagerado. Para quien llega del desierto tras semanas enteras de viaje en el infinito estéril y tórrido, un oasis y una ciudad son lo que hay de más agradable: Tabab taibah.
Más tarde, la ciudad «que es agradable» fue llamada Yatrib, que significa «hace daño». En realidad, Medina «hace daño». El clima del oasis es demasiado húmedo para las gentes que vienen del desierto. Los emigrantes que han seguido a Mahoma en el destierro -los mohadjirun -caen todos enfermos tras algunos dias de estancia en Yatrib «la ciudad que hace daño». El clima es malsano para hombres llegados de una región en que la lluvia es casi desconocida.
Amir-ibn-Fuhairah, que ha acompañado a Mahoma y Abu-Bakr desde la cueva de las serpientes hasta Quba, afirma, después de unos días de estancia en Medina, donde ha caído enfermo a causa del clima, «que alli ha probado la muerte antes de morir». También Abu-Bakr

cae enfermo y exclama: «Estoy más cerca de la muerte que de mis sandalias».
Además del clima hay otro factor que contribuye a enfermar a los mohadjirun: el alejamiento de La Meca, donde se hallan sus familias y su clan.
Mahoma, que conoce a los hombres, ordena que se haga toda clase de esfuerzos para llevar lo antes posible desde La Meca a Medina a las familias de los desterrados.
Más tarde, la ciudad será llamada Medina, que significa simplemente «la ciudad», sin especificar si «hace daño» o si «es agradable». La ciudad, que se extiende sobre treinta kilómetros cuadrados, posee cincuenta y nueve «castillos» pertenecientes a los judíos y trece a los árabes. Son verdaderas ciudadelas en las que, en caso de peligro, cada familia guarda a sus gentes, sus cosas y rebaños.
Situada en el centro de un oasis (largo una jornada de viaje a lomos de un camello, de norte a sur y otro tanto de este a oeste) Medina se halla entre dos montañas, Thaur al norte y Air al sur, y entre dos desiertos de lava, llamados Harras, uno al este y otro al oeste. «El clima es suave, la tierra fértil, el agua, fresca y abundante. Hasta hay un lago en el que se reúnen las aguas de la lluvia y en el que no falta el agua en todo el año.
En ese lago, llamado Aqul, Mahoma aprendió a nadar, a la edad de seis años, cuando hizo una visita a Medina con su madre Amina.
La población de Medina está organizada en clanes. Los más importantes son los clan es hermanos: los Jazraji y los Aus. Como suele ocurrir entre hermanos, están en frecuentes conflictos. La última pelea entre Jazraji y Aus se ha llamado hatrib, o «guerra por la tierra». En ella, cuyo punto culminante fue la batalla de Buath el año 617, han participado todas las tribus. No ha habido, en el combate por las tierras, ni vencedores ni vencidos. Serán 1os neutrales quienes salgan fortalecidos, bajo la dirección de Abd-dallah-ibn-Ubaiy. Es el hombre a quien algunos ciudadanos de Medina decidieron hacer rey y según las medidas de su cabeza, los orfebres de la ciudad han cincelado la diadema real. La llegada de Mahoma, en calidad de profeta-árbitro, echó por tierra los proyectos de los realistas.
Además de los árabes Aus y Jazradji, llegados del Sur, donde está la cuna de todos Jos árabes, existe en Medina una tercera tribu, los An-Nadjar. Estas tribus árabes constituyen por sí solas la mitad de la población; la otra mitad está formada por judíos.
Hay tres tribus judias: Qainuqa, Nadir y Quraizah, más una pequeña tribu llamada Uraid. Los clanes árabes y los judios concluyen sus alianzas de tal manera que, en todos los combates, árabes y judíos se hallan en igual proporción, lo mismo en un campo que en otro. Nunca ha habido guerra entre árabes y judíos.
Los judios de Medina se ocupan del comercio y del artesanado: y una de sus tribus, la Nadir, que significa «verde»; se ocupa, como indica su nombre, de las plantaciones, porque posee los cultivos de dátiles más importantes del oasis.

Qainuqa es la de los orfebres; lo dice su nombre. La tercera gran tribu judia, Quraizah, palabra que significa «acacia», comprende a los curtidores. Para el curtido se emplea la acacia. Esas tribus judias detentan la mayor parte de los castillos o atan de Medina, o sea cincuenta y nueve.
Como en La Meca, no hay en Medina ni prisión, ni tribunal, ni policia. Cada tribu hace su propia justicia y asegura la administración dentro del clan. En Medina no hay territorio sagrado como en La Meca y en Taif.
Si el miembro de un clan comete un asesinato o un robo, no carga individualmente con ninguha culpabilidad. El juzgado y quien debe pagar es el clan. La persona experta que establece lo que debe pagarse se llama achnaq. En La Meca, era Abu-Bakr quien realizaba esas funciones. En Medina, como en La Meca, existe un baremo para cada acto. La vida de un hombre cuesta generalmente cien camellos. Un diente se paga con un diente, un ojo con cincuenta camellos. Cada tribu fija, de acuerdo con sus fuerzas militares y las riquezas de que dispone, el precio de las vidas humanas que le pertenecen. Los judios no han protestado por el llamamiento de Mahoma como árbitro. Le han dado su asenso y al principio han sido partidarios del profeta y del Islam. Los judíos están persuadidos de que, gracias al monoteísmo y al respeto declarado por Mahoma al Antiguo Testamento y a Moisés, no tardará en convertirse al judaísmo, como ha ocurrido con todos los árabes monoteístas, cada vez que se han puesto en
contacto con una poderosa comunidad judía.
Mahoma es recibido por los judíos de Medina con calor fraternal, como a un futuro correligionario. Porque la absorción del Islam por el mosaísmo era, en buena lógica, inevitable.
Los judíos de Medina no se han equivocado. Apenas llegado a Medina, el profeta decide una serie de innovaciones que le acercan al judaísmo. La mezquita que Mahoma hace edificar en Quba está orientada hacia Jerusalén, a fin de que esté en la misma dirección que los lugares de culto judaico. Además, la mezquita está construida sobre un terreno de abluciones rituales judaicas, llamadas murtasila.La fuente vecina a la mezquita, fuente llamada aris, es utilizada hace tiempo para prácticas de culto.
Mahoma ordena a los musulmanes que continúen las anteriores prácticas rituales. Él mismo, como los demás, escupe en el agua, arroja su anino y vuelve a encontrarlo en el lugar en que fluye la fuente.
Ordena a sus adeptos que hagan la oración de mediodía, llamada por los judios zohr. Acepta el ayuno de los judios, llamado ashra y tigri; el día décimo del mes muharran. El barrio Quba está habitado en su mayor parte por judíos. Mahoma está encantado con esa vecindad y con las relaciones de amistad que él mismo favorece. Desea que el Islam, cuya raíz está en Abraham, guste a judíos y cristianos. Quiere estar por encima de ellos. Y además, que el Islam sea una religión árabe.

Mahoma acepta el ser interrogado por los rabinos, como en la escuela. Responde como lo hicieron al Negus los refugiados en Abisinia, no poniendo en evidencia más que las semejanzas que hay entre el Islam y el judaismo.
Los judíos se manifiestan contentos. Pero, desde el principio, los rabinos llaman la atención de Mahoma sobre el hecho de que ellos no pueden considerarlo profeta. Mahoma es árabe. Para ser profeta, hay que ser, ante todo, judío. Dios no habla más
que a un pueblo, el pueblo judío. Los demás pueblos que hay en la tierra son pueblos de segunda clase. Por supuesto, Dios se dirige a todos los hombres y a todos los pueblos, pero sólo por mediación de los judíos. Sólo ellos son los escogidos, cuando se trata de tomar asiento a la mesa de Dios.
Mahoma no acepta esa teoría. Sabe que no hay pueblo elegido. Sabe que todos los pueblos y todos los hombres son iguales ante Dios. Sabe que el encuentro del hombre con Dios no está reservado a una sola raza, tal como sostienen los judíos.
A causa de esa divergencia, el cielo de Medina comienza a ensombrecerse.

XLVII

ADIÓS A LA MEZQUITA DE LAS DOS QIBLAS

Cinco días después de su llegada a Quba, Mahoma celebra un oficio divino. Es viernes. De esa manera, Mahoma, que ha hecho todo lo posible por acercarse a los judíos ya los cristianos, sin recibir de ellos más que menosprecios, fija el viernes como día de la oración de los musulmanes. A fin de que pueda verse y .saberse que los musulmanes son distintos de los judíos y los cristianos. Envía a los musulmanes de La Meca un mensaje para invitarles a festejar en adelante el viernes.
El oficio se celebra en la mezquita que han construido Mahoma, Ornar, Hamzah, Abu-Bakr y todo el grupo de fieles y de refugiados de La Meca, con sus propias manos.
En cuanto a la fra1ernización con los judíos, el optimismo de Mahoma se convierte en decepción. No podrá conducir a nada en este barrio judío de Quba. Fuera del judío Chalum, que se ha subido a los tejados para anunciar la llegada de Mahoma y que se ha hecho musulmán ya en los primeros días, el número de judios que abrazan el Islam es nulo.
El celo de Cha'lum de Quba es una excepción. Viene citado en el Corán como un ejemplo para los judíos que buscan la verdad.
El viernes, Mahoma habla en la mezquita a los judíos para convencerles de que son hombres como los demás. Que no han sido elegidos para dominar el universo y detentar el monopolio de contactos con el cielo. Les dice que no hay razas superiores y razas inferiores. Que todos los hombres y todos los pueblos son iguales.

Mortales, os hemos creado de un hombre y de una mujer, os hemos repartido en pueblos y en tribus, para que os distingáis los unos de los otros.
Mahoma explica a los judíos que su pueblo no ha sido creado para poseer a solas la amistad y el amor de Dios.
«El más estimable a los ojos de Dios es aquel que más le teme».
Los judíos poseen el Antiguo Testamento, la Thora, el Talmud, que les dicen que son el pueblo elegido y el único que posee un pacto de alianza con Dios. Así pues, Mahoma habla en el desierto.
Es el primer oficio del profeta en el exilio. Los judíos, viendo que los musulmanes no son, como ellos esperaban, una secta Judaica, empiezan a combatirles. Difunden por Medina el rumor de que todas las mujeres musulmanas han sido castigadas por Dios con la esterilidad. Que cualquier mujer que abrace el Islam no podrá ser madre en adelante.
Esta noticia provoca un pánico terrible entre los musulmanes.
Los exilados están todos enfermos. Sufren la malaria, padecen nostalgia y se ahogan en la atmósfera húmeda del oasis de Medina.
El rumor de que las mujeres musulmanas están castigadas con la esterilidad cae, en tal estado de ánimo, como el vinagre sobre una herida.
Mahoma invita a todos los presentes a ser generosos en palabras de aliento, en «buenas palabras». Afirma que a quien dirija una buena palabra a un desgraciado, Dios le pagará en oro el equivalente de esa palabra. «Asi pues, quien quiera protegerse del infierno, que lo haga, aunque sea por un pedazo de dátil. Quien no posea nada para darlño en carided, que diga una buena palabra, porque una buena palabra es recompensada por
Dios de diez a setecientas veces su valor.”
Después de un oficio divino, Mahoma contempla largamente la mezquita apenas terminada. Está edificada sobre un emplazamiento sagrado para los judíos y sobre el millat lbrahim; sobre la fe de Abraham, cop la intención de arbitrár a todos aquellos que
creen en un Dios único, hacen el bien y combaten el mal.
Para que el Islam se encuentre en el mismo camino que las dos grandes religiones que le han precedido, judaísmo y cristianismo, la qibla, o dirección en que se colocan los creyentes cuando hacen la oración, es la de Jerusalén, la ciudad santa de los judíos y los cristianos.
Mahoma se pregunta en seguida si no habrá cometido un error al escoger esa dirección para orar. No quiere que se le confunda con aquellos que creen tener el monopolio del amor de Dios. Al menos, por el momento.
Mahoma dice adiós a esta mezquita. Muy pronto tendrá otra qibla. A causa de esto, será llamada la «mezquita de las dos qiblas». Y no sólo dice adiós a la mezquita. También al arrabal de Quba. Busca otro sitio para orar y servir a Dios. Seguido de todos sus fieles, se dirige al Norte.

XLVIII

LA MEZQUITA DE MEDINA

Mahoma sale de Quba y entra en Medina, por Jauf, el valle.
El profeta monta la camella «que tiene un cuarto de oreja cortado», la Qaswa. Todos los musulmanes de Medina están en la calle. Saben que el profeta cambia de casa y busca otro domici1io. Todos desean tenerlo en su barrio, cerca de sus casas.
Los fieles se adueñan de las riendas de la camella y cada uno trata de dirigirla hacia su barrio. Mahoma dice: «Dejad que la camella avance. Ella os conducirá donde Dios quiere».
Las riendas de la camella quedan sueltas.. El animal va donde cree que será mejor para el profeta. Y se dirige al barrio de la tribu An-Nadjdjar. Es la tribu de los antepasados de Mahoma.
Una muchedumbre curiosa, interesada y entusiasta, sigue a la camella. Ante ella surge la torre Dihyan, construida en piedra blanca. La torre brilla a1 sol como si fuera de plata. En ese atam, o castillo, nació la bisabuela de Mahoma, madre de Abd-al-Muttalib. Aquí transcurrió la infancia del hombre que concluyera una transacción con un Dios desconocido. La bisabuela de Mahoma fue la viuda de Uhaihah-ibn-al-Djulah. Se casó con Hachim, de La Meca, y uno de sus hijos fue Abd-al-Muttalib, abuelo y protector del profeta.
La camella se dirige al castillo de los antepasados, blanco como la espuma del mar. Pero no se detiene. Más alla, en el mismo barrio, se halla la casa de An-Nabighan. Todos miran atentamente a la camella. ¿Irá a detenerse ante esa casa? Allí vivió Mahoma cuando, a la edad de seis años, vino a visitar Medina con su madre. La camella no se detiene. Algo más allá está la tumba de Abdallah, el padre de Mahoma: Amina, su madre, está enterrada fuera de Medina. En ese mismo barrio de An-Nadjdjar habita la compañera de juegos de Mahoma, una jovencita llamada Unaisah. Han aprendido juntos a nadar y a coger nidos de pájaros. Pero la camella no se detiene ante ninguna de esas
casas. Pasa adelante. Pero no sale del territorio de 1a tribu An-Nadjdjar, subdivisión del gran clan Jazrajita y Aus. A esa tribu se unen las ramas maternas del árbol genealógico del profeta.
Mahoma está conmovido. Es su árbol, y el árbol genealógico del árabe es el único que crece en el desierto. Sólo a su sombra el individuo puede tener tranquilidad, protección, medios de subsistencia y de defensa, en el infinito de arena.
La camella se pasea por el territorio de An-Nadjdjar, como bajo las ramas de un árbol inmenso. No siente el calor del sol, que cae como un alfanje sobre las cabezas de personas y animales. Bruscamente, la camella se detiene en un terreno baldío.
Se arrodilla. Mahoma la obliga a 1evantarse y proseguir su camino. La camella se niega. Después, se levanta, da una vuelta y vuelve al sitio de donde ha partido. Al mismo terreno baldio.
Es un lugar que sirve para secar los dátiles. La casa más próxima se halla a distancia bastante grande y pertenece a Abu Aiyub.

La muchedumbre aplaude a la camella. Todos se preguntan quién es el feliz propietario del terreno en que se ha detenido la camella del profeta. Porque, sin duda, Mahoma construirá aqui su mezquita y su casa. En este sitio tendrá el Islam su cuartel general.
El terreno en que se ha detenido la camella pertenece a dos huérfanos. Su tutor se llama Asad-ben Zarara. Este hombre se encuentra, por supuesto, entre la muchedumbre de curiosos que siguen al profeta. Inmediatamente le ofrece el terreno. Mahoma no acepta el regalo. Quiere pagar. Tanto más que se trata de un bien perteneciente a dos huérfanos de padre y madre y sabe cuán amargo es el pan de quien no tiene padres. Abu-Bakr que, como de costumbre se halla junto al profeta, abre su bolsa y paga en dinero contante. Asad-ben Zarara recibe diez dinares. Es el primer terreno comprado por el Islam. Diez dinares es una importante suma. En esa época, La Meca y Medina no poseen más que monedas bizantinas y persas. El dinar es de oro y el dirham, de plata. Un dinar de oro vale diez dirhams de plata. La moneda se Mama dtrham Kisrawan, es decir, de Cosroes, o dinar, «hirag1i», de Heraclio, bizantino.
Mahoma descabalga. Todos le imitan. La camella permanece echada. A partir de ese momento, está en su casa.
Ya al día siguiente se empieza a edificar la mezquita de Medina. Los trabajos duran siete meses.
Todos los trabajos se realizan en común. Los musulmanes empezando por el mismo Mahoma, trabajan con sus propias manos.
«El profeta trabaja con sus manos en 1a construcción de su mezquita. Esta será una fuente de inspiración para todas las mezquitas ulteriores. Descansa sobre tres codos de fundamentos en piedra. Está hecha de ladrillos y de madera de palma y de ghargad. Está cubierta con hojas de palmera, djarid. Eso basta, pues así era el refugio de Moisés, arich. El nicho que indica la dirección, la qibla, está vuelto hacia Jerusalén. Cerca de la mezquita se levantan muy pronto las casitas de las dos esposas del profeta, Saudah y Aicha. Mahoma albergará provisionalmente allí a pobres emigrantes que no encuentran sitio en otra parte.
Dormirán sobre banquetas y serán «los hombres de la banqueta», al-as-suffah, nombre del que harán timbre de gloria».
Más tarde, este suffah, esa pieza que por las noches sirve de dormitorio de pobres y durante el día hace de escuela, se convertirá en la primera universidad musulmana del mundo.
Por el momento, Mahoma se detiene ahi. Él mismo quita la silla a la camella. Permanece con la silla en las manos, preguntándose dónde ir. Todos los puntos cardinales pertenecen a Dios. Todos los puntos cardinales son direcciones válidas. A condición de que la fe del hombre sea fuerte.
El Oriente y el Occidente pertenecen a Dios. A cualquier sitio que se vuelvan vuestras miradas, encontraréis el rostro de Dios.
Dos hombres que habitan en las casas más próximas al terreno del Islam, Abu Aiyub-ben-Zaib y el maqib, jefe musulmán del barrio, se encargan, el primero de la silla y el segundo de las riendas de la camella. Cada uno quiere tener al profeta en su casa. Esa es la razón

de que las gentes se sientan de nuevo curiosas por ver a qué parte se dirigirá el profeta. Mahoma vacila un instante; después exclama: «¡El hombre va con la silla!». Sigue a Aiyub y habita en la casa de éste durante los siete meses, que dura la construcción de la mezquita y de las casitas adyacentes.
Mientras se construye la mezquita, Mahoma se preocupa de organizar la nueva comunidad, el ummah. El ángel Gabriel le dice: Los que creen, que han emigrado, que llevan la lucha diaria de sus bienes y de sus personas por los caminos de Dios, y quienes les han cobijado y ayudado, son verdaderos fieles... Los que, en adelante abracen la fe, se expatrien y combatan por la defensa del lslam, se convertirán en compañeros vuestros.
Mas para un árabe, arrancarse de su clan, de su ciudad y de su familia, y vivir en Medina por una creencia religiosa, aunque esa fe sea de granito, es terriblemente duro. Casi todos los muhadjirun están enfermos de nostalgia, de lejania, de miseria.
Porque todos son pobres, muy pobres. Además; hay miedo. Ahí está la maldición lanzada sobre los musulmanes por los judíos, y la predicción según la cual todas las mujeres musu1manas están condenadas a la esterilidad. Felizmente nace un niño. Durante la edificación de la mezquita, 1a esposa del musulmán Abdallah-ben-Zubair da a luz un hijo, robusto y lleno de salud.
¡Así, pues, la raza de los musulmanes no está condenada a la esterilidad y a la extinción! Las profecías de los judíos eran mentira.
Para vencer la miseria, Mahoma dispone que cada emigrante se una a un ançar, o «auxiliar», es decir, a un musulmán de Medina, de manera que, como hermanos, compartan cuanto poseen.
Esta acción se llama muakhat, o «emparejamiento». De esta manera, dos seres extraños el uno al otro se hacen hermanos por la fe, unidos como si lo fueran por la sangre.
Ciento ochenta y seis muhadjirun son hermanados con otros tantos ançares. Hamzah es hermanado con Zaid-ben-Thabit, el que ha ofrecido la primera cena del profeta en Medina. Los hermanos por la fe comparten el trabajo, el alimento, las armas.
Un día, por ejemplo, Hamzah trabaja en una plantación de palmeras datileras; Thabit, su hermano, va a las obras de Mahoma, trabaja en la construcción de la mezquita y asiste a las ceremonias religiosas. Al dia siguiente, es Thabit quien va a la plantación a ganar la comida de los dos hombres, y Hamzah se encarga del trabajo gratuito por Alah y por el Islam.
Algunos emigrantes que tienen el genio del comercio, se hacen ricos. Tal es el caso de Abd-ar-Rahman-ibn-Auf. Pero la mayoría sufre ha.mbre siempre. Mahoma no ha querido unirse a ningún ançar, para no provocar discordias. Está unido a Ali, su hijo adoptivo. Mahoma vive de lo que gana Ali. Éste trabaja en un obrador, donde lleva el agua para la fabricación de ladrillos.
Como salario le corresponde «un dátil por cada cubo de agua». Transporta cada dia diez y seis cubos, que debe ir a buscar muy lejos.

Recibe, pues, cada día dieciséis dátiles, que reparte con el profeta. Así viven con los dieciséis dátiles diarios los dos durante aque!los tiempos de la fundación del Islam.
Pero todos los musulmanes creen firmemente en su victoria final. En ninguna otra religión se aplica con más exactitud el razonamiento de san Agustín: «Creo porque es absurdo».
Así como el cristianismo está fundado sobre el amor, el Islam se funda en la fe ciega, absoluta, inquebrantable. Sobre la tawakku o confianza absoluta en Dios.
En el Islam todo depende de la fuerza con que el hombre cree en Dios.

XLIX

VOLVER LA CARA HACIA LA MECA

Al mismo tiempo, Mahoma trata de ganarse la simpatía y la colaboración de los judíos, que constituyen la mitad de la población de Medina. Las respuestas de los judíos a las invitaciones de Mahoma son invariables y cada vez más hostiles. Repiten hasta la saciedad que Mahoma no es profeta, puesto que es árabe. Sólo los judíos pueden ser profetas. Dios no habla más que al pueblo escogido, el pueblo judío. Los demás pueblos
de la tierra no pueden conocer los mandatos de Dios sino por mediación de los judíos.
Por lo tanto, es imposible la colaboración del Islam con los judíos. Mahoma que siempre ha dicho que Dios se halla en cada punto cardinal al que el creyente vuelve su rostro, toma una decisión. En adelante, los musulmanes, cuando hagan oración no se volverán más hacia Jerusalén, sino hacia La Meca.
Preguntará el insensato: ¿Por qué Mahoma ha cambiado el lugar a que debe dirigirse la oración?
Respondo: Oriente y Occidente pertenecen al Señor... Pero hemos cambiado el lugar hacia el que todos oráis, a fin de distinguir a los que siguen al Enviado de Dios, de los que vuelven a la infidelidad. Este cambio no es penoso más que para quienes no luce la luz del día. . . El Señor no dejará vuestra fe sin recompensa. . . Todos los pueblos tienen un lugar al que dirigen sus plegarias.
Aplicaos en hacer lo que es mejor, dondequiera que estéis. Sea cual fuere el lugar de que salgas, vuelve tu rostro hacia el templo sagrado- haram-, hacia La Meca.
Con respecto a los judíos, Mahoma ya no tiene ninguna ilusión. Los judíos no desean más que una cosa: que los musulmanes se hagan judíos. Aun cuando hicieras brillar milagros ante sus ojos, no adoptarion esta religión. Ni tú adorarás la suya. Aún entre ellos hay ritos diferentes. Si condescendieras a sus deseos, según la ciencia que has recibido, figurarías en el número de los impíos.

La elección de La Meca como qibla o dirección de la oración, es una de las decisiones capitales de Mahoma. Ante todo, es la emancipación de la nueva religión con respecto a los pueblos a quienes anteriormente han sido reveladas las leyes divinas. El Corán es un libro árabe venido del cielo por medio de un profeta árabe, y dirigido a los árabes. La Meca, la nueva qibla, es un santuario árabe construido por Abraham, el padre tribal
de los árabes.
La emancipación de los musulmanes, sobre todo con respecto a los judíos, es completa. A partir de esa fecha, los árabes se colocan en pie de igualdad con los más antiguos pueblos monoteístas.
Millat lbrahim, la fe de Abraham, que constituye la base de la fe musulmana, es anterior al judaísmo y al cristianismo. Incluso puede abarcarlos. El Islam pone así las bases de su universalismo. Cambio capital, que encanta a los musulmanes: orar vueltos hacia La Meca, de donde fueron echados, pero donde están las raíces de su árbol genealógico, es un consuelo porque nuncá un «muhadjirun», un emigrado musulmán, olvidará a La Meca.
Además, ese cambio de la qibla vuelve a poner en primer plano la vieja religión árabe, la de los antepasados, puesto que Alah es el Señor del santuario sagrado de la Kaaba. Expresar alabanzas a Alah, a Abraham y a Ismael, es para un árabe como cantar un fakr, un canto de elogio de los antepasados, canto que es lo más conmovedor para un árabe.
Mahoma compra en el mercado de Qudaid tres camellas.
Como de costumbre, le acompaña Abu-Bakr. Esas tres camellas, unidas a las dos que ya poseen, con las que han rea:lizado la Héjira, la huida de La Meca a Medina, son cubiertas con sus arneses y enviadas a La Meca. Los conductores de la pequeña caravana de cinco animales son Alí y Zaid, los dos hijos adoptivos de Mahoma. Su misión es llevar a Medina a la familia del profeta.
Porque cada miembro de una familia que se encuentre alejado, es como una rama separada de1 árbol, como un brazo separado del cuerpo.
En el momento en que concluye la edificación de la mezquita de Medina, llega a esta ciudad la caravana que trae desde La Meca a sus nuevas moradas, pobres barracas en realidad, a Fátima y Umm Kulthum, hijas de Mahoma y Kadidja, a Saudah y Aicha, esposas de Mahoma y a Umm Aiman, esposa de Zaid.
Ruqaya, la tercera hija del profeta, se encuentra ya en Medina, con su esposo Uthman. En cuanto a Zainab, cuarta hija de Mahoma, no ha podido salir de La Meca, pues está casada con Abul-As, que no es musulmán. Es la única ausente de toda la familia del profeta.
¡Hay otras muchas familias separadas, porque los maridos y las mujeres no son de la misma religión!
La caravana de cinco camellas ha traído de La Meca únicamente a mujeres. Es recibida con entusiasmo por el profeta y por todo el grupo de musulmanes. De la misma manera, cada emigrado se esfuerza por traer a su familia a Medina. Crece cada día la nueva comunidad, la ummah. Los ciudadanos de Medina están encantados.

Conceden privilegios especiales, no solamente a los emigrados y sus familias, sino también a los animales. La camella del profeta, por ejemplo, goza de un régimen de extremo favor. Puede pacer y abrevarse donde le parezca, en cualquier sitio de la ciudad, porque es la camella del profeta.

L

LA CONSTITUCIÓN DE LA CIUDAD-ESTADO DE MEDINA

Mahoma redacta una constitución para la ciudad autónoma e independiente de Medina. Cada tribu, pagana, judía o musulmana, procederá según sus leyes y tradiciones -autónomas y libres- junto las demás tribus de la ciudad-estado. Esa constitución, común a cuantos habitan en Medina, quedará dividida en cincuenta y dos artículos. Los veinticinco primeros se refieren a los musulmanes, los otros veintisiete a los judíos. Se
proclama la constitución el año I de la Héjira, es decir, el 623.
Se aclara bien que se trata de un kitab o «acta escrita». Escrita sobre sahifah, sobre hojas, como los libros sagrados y las leyes reveladas por Dios a los hombres, la constitución de Medina es la obra humana del profeta. No ha sido dictada. por el ángel
Gabriel, como el Corán.
En el cuadro de esa constitución, cada comunidad de Medina conserva. en lo referente a cuestiones internas, sus leyes y su fe. Sólo cuando se trata de defender a la ciudad se pone en común las fuerzas militares. También son comunes las cuestiones de interés general. El árbitro - para la aplicación de la constitución - es Mahoma.
Constitución liberal. inspirada por el mismo espíritu de tolerancia que inspira la conducta de Mahoma respecto a los judíos, y el texto del Corán:
¡Oh pueblo de la Escritura (judíos)! Llegad a una fórmula entre vosotros y nosotros: no adoramos más que a Dios y no le asociamos nada; que, entre nosotros, nadie tome a los demás como señores al lado de Dios. Si os vuelven la espalda decidles: sed testigos de que en verdad estamos sometidos a Dios.
Mahoma, aunque invita al Islam a todos los hombres, mostrándoles que el mejor camino es el abandono en Dios, como lo practicó Abraham, no excluye del Paraíso ni a judíos ni a cristianos, ni siquiera a quienes encuentran a Dios por caminos diversos de los oficiales.
Ciertamente, quienes creen y practican el judaismo, y los cristianos y sabeos: en una palabra, quienes creen en Dios y el día final y hacen el bien, recibirán la recompensa de las manos de Dios. Quedarán exentos del temor y de los suplicios.
En otra sura, el Corán, anuncia que quien respeta la ley de Moisés o la de Jesús va al Paraíso.

La observancia del Evangelio y del Pentateuco y de los preceptos divinos, les procurará el goce de todos los bienes.
Para un fundador religioso, es una tolerancia única el aceptar en el Paraíso a hombres de otras religiones. La tolerancia de Mahoma no ha sido repetida por nadie en la historia.
En esta constitución, Mahoma reúne en una sola e idéntica comunidad a los árabes refugiados. a los árabes de Medina y a los que abrazan el Islam. Todos forman el ummah. Esta comunidad actúa como un solo cuerpo. Los dos primeros artículos de la constitución son los siguientes:
«1. En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso, he aquí lo que ha prescrito el profeta Mahoma a los creyentes y a los sumisos de entre los coraichitas y los yatribitas, y a quienes les han seguido. se han unido a ellos y han combatido a su
lado.
2. Estos forman una sola ummah, comunidad, fuera del resto de los humanos».
A continuación se cita a todas las tribus que viven en el recinto de la ciudad de Medina. con todos los derechos y deberes anteriores. que son mantenidos y garantizados por la nueva constitución.
«Los creyentes no dejarán a ninguno de los suyos bajo la carga de pesadas obligaciones, sin pagar por él, con toda benevolencia, ya sea el rescate, ya sea el precio de sangre.»
Por lo tanto, de acuerdo con este artículo, el individuo, aunque haya abandonado su clan, no está solo; forma parte de la ummah.
El artículo 13 estipula:
«Los creyentes deberán ponerse en contra de aquel que, entre ellos, hayan cometido una violencia o deseado una injusticia, un crimen o una transgresión de derechos, o cualquier clase de perturbación contra los creyentes, y las manos de todos se alzarán contra él. aunque fuera el hijo de uno de ellos.
El artículo 15 de la constitución de Medina proclama la abolición de las diferencias de clases:
«Siendo una la garantía de Dios. la protección concedida al más humilde de los creyentes debe ser válida ante todos, porque los creyentes son maulas, es decir, hermanos entre sí».
Artículo l6:
«Los judíos que se unan a nosotros por alianza. tendrán derecho a nuestra ayuda y cuidado. sin ofenderlos en modo alguno y procurando no ayudar a quien los ataque.»
El asesinato es castigado según la ley del talión. Nadie tiene derecho a proteger al asesino.
Artículo 23:
«Cualquiera que sea la cosa que os divide, deberá volver a Dios y al Enviado de Dios.»
«Los judíos tendrán la obligación de soportar los mismos gastos que los creyentes, durante todo el tiempo que unos y otros permanezcan unidos en la lucha» (Artículo 24).

«Los judíos tendrán su religión, y los musulmanes la suya, aunque se trate de sus maulas o de sus protegidos, o de ellos mismos.» (Artículo 25).
«A los judíos sus gastos, a los musulmanes los suyos, y que haya entre ellos unión contra quien combata a los que se refiere este escrito. Que haya entre judíos y musulmanes benevolencia y buena disposición. Observancia, no violencia» (Artículo 27).
«Nadie deberá perjudicar a su aliado; el oprimido debe ser ayudado con toda clase de socorro» (Artículo 37).
«Los jarr, es decir. las personas bajo protección, deben ser considerados igual que sus protectores. Ni opresor, ni oprimido» (Artículo 40).
Uno de los artículos más importantes para la evolución del Islam es el 43 de esta misma constitución de Medina:
«Ni los coraichitas, es decir, los ciudadanos de La Meca, ni quien los haya ayudado deberán ser puestos bajo protección.»
«Entre los judíos y los musulmanes habrá unión frente a cualquiera que ataque a Yatrib o Medina» (Artículo 44).
«Si los judíos son llamados a concluir una paz. lo harán y se adherirán a ella. Igualmente, si llaman a los musulmanes a cosa semejante, tendrán idénticas obligaciones para con los creyentes. Excluyendo el caso en que se haya combatido por la religión» (Artículo 45).
«El territorio de la ciudad de Medina o Yatrib es declarado haram, sagrado» (Artículo 39).
Todo el mundo queda encantado con esta constitución, porque judíos y musulmanes son puestos en pie de igualdad y amistad.
Los árabes son musulmanes en su inmensa mayoría. Hay, con todo, un grupo dirigido por Abdallah-ben-Ubaiy, que se mantiene neutral. Son los tibios. El Corán los llama munafiqun, es decir, los hipócritas. No son antimusulmanes, pero tampoco verdaderos musulmanes. Navegan entre dos aguas. Munafiqun, traducido generalmente por la palabra hipócrita, significa literalmente «el que se arrastra» y «topo».
El Corán habla de ellos así: Los que creen y dejan de creer; vuelven a creer y después no creen de nuevo, aumentando más tarde su incredulidad... oscilan entre dos extremos. sin atenerse nunca ni al uno ni al otro.
Para Mahoma, como para Dante, que ha sacado del Corán la arquitectura del Infierno. esos tibios, esos neutros, son enviados, después de la muerte a los círculos más bajos del Infierno. Los tibios y los neutros son castigados con más severidad que los demás pecadores. La indiferencia es el mayor pecado del hombre.
Fuera de los adversarios de frente, de retaguardia y de lo alto, Mahoma ha tenido que luchar también contra esos enemigos que reptan y se deslizan, los munafiqun. Los neutros son la continuación de una especie peligrosa. Los reptiles, cuando tienen figura humana, son siempre neutros. Su espinazo no es vertical, sino ondulado. Sólo el hombre posee espinazo vertical. En cuanto hombre, no es neutro.

LI

LA MECA DECLARA LA GUERRA A MAHOMA

Los coraichjtas han excluido a Mahoma de La Meca. Han intentado darle muerte. No lo han logrado. Ahora, Mahoma está lejos de ellos. En lugar de aplacarse el furor de los coraichitas contra Mahoma, no hace más que aumentar.
Abu-Sufian y Ubaiy-ibn-Jalaf, dos de los primeros ciudadanos de La Meca, envían a los ansares, a los musulmanes de Medina, un ultimátum: entregar a Mahoma o prepararse a la guerra.
«Ahora bien: no hay tribu alguna entre los árabes con quienes una «quemadura», es decir, una guerra, nos sería más penosa que con voso.tros. Pero habéis tratado de ayudar a uno de los nuestros, que era noble y se hallaba en la posición más elevada. Le habéís concedido asilo y lo defendéis, lo que verdaderamente es una vergüenza para voso.tros y una mancha para nosotros. No intervengáis, pues, entre nosotros y él. Si es hombre de buena conducta, somos nosotros quienes debemos aprovecharnos de ello. Si es malo, tenemos más derecho que nadie a adueñarnos de él».
Los ansares reciben con burlas este ultimátum, por el que se les pide que entreguen al profeta. Encargan al poeta Ka'b-ibn-Malik que responda a los coraichitas con una hiriente sátira.
Con versos que hacen tanto daño a quienes los oyen como flechas envenenadas. La fe en el poder mágico del verbo y del poeta, que puede matar con un solo verso, como se mata con la espada, es tenaz incluso entre los musulmanes. Los coraichitas no
retroceden ante el fracaso. Ahora se dirige a los tibios y a los neutrales de Medina. He aquí el texto de la carta que recibe Abadía-ibn-Ubaiy:
«:Habéis dado asilo a nuestro camarada fugitivo. Juramos que si no le combatís o si no lo entregáis, avanzaremos contra vosotros, para matar a vuestros guerreros y violar a vuestras mujeres».
Los neutrales no toman decisión alguna. De haberlo hecho, ya no serían neutrales. Eran munafiqun, reptantes. De esos de quienes el árabe dice que desde que salen del vientre de su madre y hasta que son encerrados en la tumba, nunca se han decidido ni por un sí ni por un no, y han vividó siempre preguntándose si hay que decidirse y por qué, pero cuando están a punto de hacerlo, no se deciden a decidirse. y permanecen neutrales.
Así pues, los coraichitas nada logran, ni con sus gestiones ni con sus amenazas, ni con su ultimátum, ni ante los ansares, ni ante los idólatras, y menos aún ante los neutrales. Por lo cual, los coraichitas se dirigen ahora a los judíos de Medina. Éstos responden con prudencia, sin negar eventualmente la ayuda pedida por sus interlocutores.
La Meca, que controla todas las rutas de las caravanas en el desierto, decide el bloqueo de la ciudad de Medina. El boicoteo es el

arma preferida de los negociantes. Y La Meca es la capital de los negocios. Pronto comienzan a faltar víveres en Medina. Por un testimonio de Abu-Nailah, sabemos la gravedad de la situación creada por aquellas medidas: «La llegada de este hombre {Mahoma) a nuestra ciudad ha sido para nosotros una inmensa desgracia. Toda Arabia se nos ha hecho hostil y el mundo entero se levanta contra nosotros. Nos cortan los caminos, nuestras familias mueren de hambre. No tenemos que comer. Padecemos las mayores dificultades para alimentarnos».
Mahoma, instalado en la barraca junto a la mezquita, con su familia, está indignado por el bloqueo coraichita, que se encarniza con la ciudad, la somete al hambre, sólo porque los coraichitas le odian a él y al Islam.
Mahoma vive en Medina con gran sencillez. Por lo demás, todo el mundo vive sencillamente en esa época. Igual que los profetas de la Biblia.
“La casa del profeta estaba construida con palmas de datilera y para que los curiosos no pudieran mirar a través de las ranuras, estaba cubierta de pieles”.
En Medina, el lecho es desconocido. Un comerciante de La Meca ha ofrecido a Mahoma un lecho; pero es casi seguro que el profeta no se ha servido de él. Puede dormir, como todo el mundo, en tierra. Las yacijas están hechas con pieles de cordero. La almohada es de cuero, rellena con hojas de palma. Se come en el suelo sóbre manteles hechos con hojas de datilera.
El único lujo de Mahoma, que consiste en poseer una servilleta para limpiarse las manos, no ha escapado a ningún cronista.
El mobiliario consta de una jarra, un recipiente para el agua y un molino de mano. Eso es todo. Aicha cuenta que, incluso en la época en que Mahoma estaba en plena gloria, no poseían ni siquiera un tamiz; «no teníamos cribas, en vida del profeta; había que soplar la harina salida del molino para separar el salvado».
La manera de vivir de Mahoma es descrita así por Aicha:
«Durante todo un mes, no encendimos el fuego para preparar la comida. Nuestra alimentación se componía sólo de dátiles y agua, a menos que se nos enviara un poco de carne. Las personas de la casa del profeta nunca comieron pan dos días seguidos.»
En general, Mahoma sólo vivió de dátiles, pan de centeno, leche y miel. Barria su habitación, encendía el fuego, arreglaba sus vestidos; de hecho, es su propio criado.
Mahoma fabrica por sí mismo sus sandalias y su túnica interior. Tiene la pasión de la limpieza. Afirma que «la limpieza es la mitad del culto». Se limpia los dientes con un cepillo hecho de raíces.
En este universo tan simple fue fundado el Islam.
El ultimátum coraichita, el bloqueo de las rutas y la amenaza de guerra obligan al profeta a ocuparse de la historia. Tiene la custodia - como se lo ha ordenado el ángel Gabriel- de todos los que han abrazado el Islam. Ahora se hallan amenazados en su existencia terrena, y no son solamente los creyentes los amenazados, sino

también toda la ciudad que les ha ofrecido hospitalidad. Medina entera está amenazada.
Por consiguiente, Mahoma se ve obligado a actuar en el terreno temporal. En ese terreno, se actúa por la diplomacia y por la espada. En la historia no existen otros métodos. De la misma manera que en la costura no hay más que las tijeras y la aguja. El que quiere coser, debe utilizar esos instrumentos.
Los musulmanes se ven obligados a desenvainar la espada.
Es una cuestión de vida o muerte. ¡La espada. . . ! «El forjador le ha dado la ligereza de la pluma, la flexibjlidad del junco, la dureza del granito y el alma del guerrero. La espada posee una voz que puede ser un canto de manantial o un silbido de serpiente».
El poeta árabe dice: «¡Mi sable! Tu hoja es tan dulce de acariciar como el brazo de una doncella. Tu empuñadura tiene 1a suavjdad de un fruto. Tu curva es como un pedazo de
luna».
En adelante, el Islam debe crecer a la sombra de las espadas.

LII

APLAZAMIENTO DE LA PRIMERA BATALLA

Mahoma hace saber a los coraichitas que el territorio controlado por el Islam queda en adelante prohibido a las caravanas de La Meca. Porque La Meca ha decidido el bloqueo de Medina.
Para prohibir a las caravanas coraichitas atravesar el territorio musulmán, es decir, pasar por el radio de la ciudad de Medina, Mahoma envía patrullas. Sin vacilar, el profeta del Islam se convierte en jefe militar; pero, como se dice en la Biblia, los que buscan a Dios lo comprenden todo. El profeta debe comprender también los problemas militares.
Se envía una patrulla compuesta de cuarenta hombres al espacio situado entre Medina y el mar Rojo, en el territorio de la tribu juhaina, por donde pasan las caravanas que van a Siria. La patrulla está bajo el mando de Hamzah, el caballero gigante y sin miedo, el barraz, campeón de combates singulares.
Los cuarenta musulmanes son voluntarios. Son todos mohadjirun, hombres de La Meca refugiados en Medina.
La patrulla musulmana está equipada con camellos: dos hombres para cada camello. Ni un solo caballo. Para tener caballos, los únicos animales eficaces en esa clase de acciones, hay que ser ricos. Y los musulmanes son de una pobreza extrema.
En el Hedjaz, es decjr, en el territorio que bordea el mar Rojo, a lo largo de más de mil kilómetros y muy montañoso, están los mejores caballos de la tierra.
Pero son muy raros. En toda Arabia, el caballo es una rareza. El caballo no resiste la vida del desierto. Sólo el hombre y el camello pueden mantenerse en él. Además, cada vez que hay una razzia y se

utilizan caballos, hay que llevar un número suplementario de camellos, sólo para transportar el forraje y el agua de los caballos. Los caballos no pueden soportar ni el hambre ni la sed. Un camello, si tiene un poco de hierba o unos manojos de séjer, arbustos y cardos leñosos, puede vivir. Es su alimento. Cuando encuentra un poco de verdadera hierba, el camello ya no necesita agua. Si en la caravana hay también caballos - animales nobles y frágiles -, los camellos deben llevar para ellos forraje yagua. y con mucha frecuencia, los hombres se ven obligados a ceder a los caballos su leche y su agua; porque el caballo es más frágil que el hombre.
Pero tras unas semanas de marcha, cuando el grupo de ataque está a punto de intervemr, el caballo es inigualable. Nada puede remplazarlo en una .razzia. Por eso los árabes tienen verdadera adoración por el caballo. Pero, como todas las cosas que aman y desean, el destino ha prohibido a los árabes el caballo.
Es un lujo demasjado grande para el desierto.
Cuenta la tradición popular que el Señor, tras haber creado el mundo y todo lo que existe sobre la tierra, presentó a Adán todos los animales del universo y le preguntó cuál era el que más le gustaba. Adán escogió el caballo. El Señor quedó encantado de la elección del hombre, porque también el Señor prefiere el caballo.
Para conducir a Mahoma al cielo, con motivo del miradj, o viaje celeste, Dios puso a disposición del profeta un caballo especial, el-buraq, pero que era un caballo. Al cielo no se puede ir más que a caballo. El poeta árabe canta así a los caballos:
«¿Qué mujeres poseen cabelleras más sedosas que las crines de nuestros caballos, senos más duros que los pomos de nuestras sillas, miradas más excitantes y esplendorosas que el fulgor de nuestros sables?»
«¿Qué mujeres muestran más ardientes impaciencias que las de nuestros caballos, estremecimientos más profundos, frenesí más irresistible, embriaguez más mortífera, abandonos más seductores?»
Los hombres y los caballos están sólidamente unidos en la pasión del combate:
«Somos la aurora y la noche, somos la tempestad y la calma, somos la mansedumbre y la carnicería, la desgracia y la felicidad. . . Somos insensibles al hambre, a la sed, a los frutos suculentos que brillan en los oasis».
La verdadera razzia, o ghazzu, tal como ha sido cantada por los poetas árabes en el ghazawat, género literario que sólo canta ese tema debe ser realjzada con caballos.
Los musulmanes mandados por el caballero sin miedo Hamzah son demasiado pobres para tener caballos en su primer combate. Pero una patrulla que pretenda impedir el paso a las caravanas coraichitas entre Medina y el mar Rojo, franja de más
de cien kilómetros de anchura de desierto montañoso, carecerá de eficacia si no posee caballos.
Si Hamiah y los cuarenta musulmanes por él mandados no tienen caballos, están en cambio ayudados por los ángeles. A pesar de lo

cual se muestran tristes por no poseer alazanes de crines sedosas, como las sueltas cabelleras de las mujeres.
A Hamzah y a sus compañeros les gustaría ser como los árabes combatientes que encontraría más tarde un viajero italiano, hacia el año 1500, en aquellos mismos lugares en que lucha la patrulla:
«:Puede ocurrir (al caballero) caminar durante un día y una noche con sus jumentos, sin detenerse un instante, y al término del viaje darles a beber, para refrescarlos, leche de camella. . .
Me hacen el efecto, no ya de correr, sino de volar como halcones. He estado con ellos y los he visto, con excepción de algunos jefes, montar sin silla con sus vestidos flotantes. Tienen como arma una lanza de dos codos de largo, y cuando van en expedición se mantienen en filas cerradas; como los estorninos. Esos árabes son de baja estatura, de pjel oscura...».
Hamzah y los cuarenta musulmanes, que van al primer combate por la defensa del Islam con las armas, están tristes porque ni siquiera tienen un caballo.
El amor a los caballos es tan fuerte entre los árabes que la tradición popular dice:
«Es deber para todo musulmán, que tenga posibilidad de ello, criar a los caballos en los caminos de Dios. Los caballos no deben ser castrados, puesto que es necesario que se reproduzcan, ni privados de sus crines y de sus colas, defensa natural contra el frío y las moscas. El hombre que tiene sincera intención, aunque no la lleve a cabo, de criar caballos, recjbe la misma recompensa en la vida de ultratumba que los n1ártires de la fe. El hombre que cuida su caballo, verá colocados en su balanza el día del juicio final, como el peso de otras tantas buenas acciones, el estiércol y la orina de su cabalgadura».
Este hadith o «cosa contada» no figura, desde luego, en las antologías oficiales del Islam; pero nos da una idea familiar del amor infinito que el árabe siente por los caballos.
Hamzah, con sus hombres y sus camellas, guarda el territorio entre Medina y el mar Rojo para impedir el paso de las caravanas coraichitas.
Muy pronto aparece una de ellas. Va conducida por el más grande enemigo de Mahoma y el Islam, Abu-Jahl, el padre de la locura. Aquel que tantas veces .ha intentado asesinar a Mahoma, ya por su propia mano, ya por la de esbjrros a sueldo. Ha puesto precio a la cabeza del profeta, ofreciendo cien camellos a quien le llevara a Mahoma yjvo o muerto. Es él quien en el santuario de la Kaaba ha encerrado a Mahoma en el estómago de un camello muerto y quien le ha atado con los intestinos del animal.
Ahora, Abu-Jahl dirige la caravana coraichita. Hamzah y los cuarenta musulmanes tienen ante sí a sus propios enemigos.
Los musulmanes pueden tomarse su desquite. Están dispuestos a atacar. En ese momento aparece Madj-ibn-Amr, jefe de la tribu local. Suplica a Hamzah que no ataque a Abu-Jabl y la caravana de La Meca. Esta ciudad paga a su tribu juhaina, cuyo territorio atraviesan las caravanas, un salario llamado impuesto de fraternidad o jawa. A

cambio de ese impuesto, la tribu ofrece su muwadi, su protección a todas las caravanas. Es decir, se compromete a no robarles nada ya impedir que otros las saqueen en su territorio. Es una cuestión de honor. De palabra dada. Por lo tanto, una cuestión sagrada.
Madj-ibn-Amr ha concluido la misma convención con Medina, cuyo jawa o jmpuesto de fraternidad recibe. Es por lo tanto, responsable de la protección de ambas caravanas. Por consiguiente, impide que peleen en su territorio. Ofrece garantías, tanto a una como a otra, de que no serán atacadas. Los musulmanes y los antimusulmanes se encuentran frente a frente. Pero el código del honor y de la palabra dada, que es, en el desierto
árabe, una ley jnquebrantable, les impide luchar. Los musulmanes se vuelven a Medina y los coraichitas regresan a La Meca.
La primera batalla entre musulmanes y antimusulmanes ha quedado aplazada. Por una razón de honor. Pues, como dice el poeta: «El árabe no posee, en su desierto infinito, otro bien que el honor; nuestro honor es la única herencia que nos dejan nuestros padres».

LIII

SE ANULA TAMBIÉN LA SEGUNDA BATALLA

La Meca no se atiene a la prohibición que le han hecho de pasar con sus caravanas por el territorio controlado por los musulmanes.
«Las caravanas de La Meca a Siria se veían obligadas a pasar entre Medina y la costa. Aun manteniéndose lo más cerca posible del mar Rojo, debían pasar a menos de ciento treinta kilómetros de Medina; a esa distancia de la base enemiga, se hallaban dos veces más lejos de sus propias bases. Los asaltantes no tenían más que ocuparse de la tropa que acompañaba a la caravana y podían dominarla fácilmente antes de que llegaran los
socorros.
»El objeto de tales expediciones, como el de la mayoría de los combates de 1os árabes en el desierto, era dejar al adversario en estado de inferioridad; por ejemplo, tendiéndole emboscadas. En esas primeras expediciones, parece que la ocasión favorable no se presentó nunca».
Tampoco esta vez a que nos referimos tendría lugar la lucha entre los musulmanes y los paganos de La Meca.
En esta segunda expedición, los musulmanes ya no van mandados por Hamzah, el gran caballero, sino por su hermano Ubaidah-ben-al-Harith-ben-Aba-al-Muttalib. Se trata, por lo tanto, de un tío del profeta. El grupo está integrado por sesenta hombres.
Todos voluntarios, todos mohadjirun, es decir, emigrados de La Meca. Para esta segunda expedición, los musulmanes tampoco tienen caballos. Patrullan durante días en el territorio entre Medina y el mar Rojo. Tras algunas semanas, interceptan una

caravana coraichita, cerca de la localidad de Thaniyat-al-Murrah. La caravana de La Meca va conducida por Ikrimah, hijo de Abu-Jahl, el feroz enemigo del Islam.
A la vista de los musulmanes, los miembros de la caravana coraichita tratan de salvarse huyendo. Aunque son numerosos y capaces de sostener un combate. De manera que éste no tiene lugar. Mientras el grupo musulmán vuelve a Medina, es alcanzado por dos hombres que formaban parte de la caravana de Ikrimah. Se llaman Miqdad-ibn-Amr y Utbah-ibn-Ghazwan.
Ambos son musulmanes. Fueron de los primeros fieles perseguidos y habían emigrado a Abisinia. Poco tiempo antes de la Héjira volvieron a La Meca. Pero el profeta había partido. Trataron varias veces de llegar a Medina, pero sin éxito. Por fin, se alistaron en la caravana de Ikrimah, con la intención de abandonarla cuando pasaran por la ciudad del profeta. Pero Ikrimah ha evitado pasar por Medina: ya la vista del grupo musulmán ha huido. Ambos fieles aprovechan esa ocasión para desertar y seguir a la patrulla musulmana, único medio para ellos de llegar hasta el profeta.
Su aventura no les sorprende. Es el camino que el Señor había trazado para ellos, para que lleguen al cielo. Ese camino pasaba por Abisinia y por la caravana enemiga. Porque las rutas que llevan a Dios están llenas de sorprendentes rodeos.
Los dos fugitivos son recibidos con entusiasmo por sus hermanos en la fe.
Inmediatamentes después del regreso a Medina de la segunda expedición, una tercera se pone en camino. Está integrada por veinte musulmanes, dirigidos por Sad-ibn-abi- Wakkas. Un hombre conocido. Es el sobrino de Amina, la madre de Mahoma, y el primer musulmán que ha derramado sangre enemiga por el triunfo del Islam, hiriendo con un hueso de camello a uno de los coraichitas que habían atacado a los musulmanes en oración en un desfiladero cerca de La Meca.
Wakkas intercepta una caravana enemiga cerca de la localidad de Jarrar, al lado de Rabigh. Pero por tercera vez, la quema, el combate entre musulmanes e infieles, no ocurre.
El motivo principal hay que buscarlo de nuevo en el “impuesto de fraternidad” que las tribus locales reciben desde hace tiempo tanto de La Meca como de Medina. Son nuwada, es decir, aliadas de ambas ciudades. y sacan de 1as caravanas que atraviesan su territorio buena parte de su subsistencia. Por lo tanto, tienen natural interés en que ese territorio sea un camino seguro para los peregrinos, para los comerciantes y para las latimah, las grandes caravanas de transporte. Además del tributo jawa, los árabes del desierto se ganan la vida vendiendo a los caravaneros la comida, la bebida y el forraje. Por último, la protección es para ellos cuestión de honor. El árabe, en su país, ofrece efectivamente la protección. Aun los extranjeros, cuando se hallan al alcance de la vista y la voz, tienen derecho a la protección en caso de peligro. Los beduinos, por lo tanto, no pueden dejar que los de Medina ataquen a las caravanas de La Meca; pero tampoco pueden permitir la inversa.

Mahoma decide concluir alianzas militares con los nómadas. Quiere asegurar a los beduinos unos ingresos más importantes que el miserable «impuesto de fraternidad» que reciben de La Meca, más importantes que lo que ganan con su negocio de forraje y víveres como guías para los peregrinos y los mercaderes. Mahoma promete a los beduinos el Paraíso.
Los beduinos, habitantes del desierto, reciben ese nombre por la palabra bady, que significa estepa. Son los árabes más puros. Cuando se les ofrece el Paraíso, están dispuestos a abandonarlo todo para seguir a quien les hace semejante oferta. Un beduino es un hombre que, literalmente, no vive en la tierra: bajo sus pies no hay tierra, sino arena que abrasa, arena móvil. Su mentalidad no es terrenal, porque nunca está en contacto con la tierra. La arena del desierto no es tierra, sino un infinito movedizo. El beduino es un hombre que vive para otra cosa que los bienes terrenos, que en ningún caso posee, y que ni siquiera tiene ocasión de poseer. A causa de eso, toda idea, toda creencia que le ofrezca otra cosa que la materia, le entusiasma.
«El beduino, nacido y criado en el desierto, abraza con toda su alma la desnudez infinita, porque, en ese vacío, se siente verdaderamente libre. Pierde los lazos materiales con el universo, la comodidad, lo superfluo y otras complicaciories para realizar su libertad individual, que sólo está amenazada por la muerte y por la esclavitud. No ve una virtud en la pobreza; gusta de los pequeños placeres, vicios y lujos: el café, el agua fresca, las mujeres. Son los únicos a que puede aspirar. En la vida del desierto, el beduino posee el aire, el viento, la luz, los espacios infinitos y el vacío inmenso. En derredor de él no se ve la traza de un esfuerzo humano o de la fecundidad de la naturaleza: únicamente el cielo por encima y la tierra inmaculada debajo. Inconscientemente, se acerca a Dios».
Así pues, en el momento en que los beduinos se encuentrancon un profeta, le siguen y se acogen a su fe, porque los árábes «pueden agarrarse a una idea como a una cuerda».
Mahoma se dirige a aquellos hombres para ofrecerles el Paraíso. A cambio, les pide que se hagan musulmanes, es decir, que «se abandonen a la voluntad divina». Si no logra atraerlos con la promesa del Paraíso, el Islam está perdido. La Meca reducirá por el hambre a Medina mediante el bloqueo, como si la asediara, pero el bloqueo no puede romperse sino con la ayuda de los beduinos. El Paraíso pintado por el Corán se parece a un cartelón cuyos vivos colores deben seducir a los beduinos y convencerles para que lo abandonen todo; y especialmente para que renuncien a la amistad con La Meca, para recibir en contrapartida allá arriba, donde van a habitar, los jardines regados por ríos, morada de suprema felicidad. En el Paraíso los justos beberán vino exquisito, mezclado con agua de Cafur..., la fuente en que. saciarán su sed los siervos de Dios. Harán fluir las aguas a su gusto. . .. En ese Paraíso, las mujeres vuelven a ser todas bellas y vírgenes. Los viejos recobran de nuevo su juventud. Desaparecen los cabellos blancos. Las amantes no se marchitan. El

sol no quema los cuerpos, ni corta las carnes como un cuchillo. Los musulmanes tienen su cabeza ceñida por un brillo radiante. La belleza y la alegría fulguran en su frente. . . Dios los ha liberado de toda pena. . . Jardines de delicias
y vestidos de seda son el premio a su perseverancia. . . Descansarán en un lecho nupcial. El brillo del sol y de la luna no les importunará. . . Los árboles de las cercanías los cubrirán con sus dulces sombras. Las ramas cargadas de frutos se doblarán hacia ellos... Les traerán vasos de plata y copas iguales en belleza al cristal... Saciarán su sed a su gusto. Una mezcla de exquisito vino y de agua pura de Zmrgebil será su bebida. Salsabil es el lugar de donde fluye esa fuente soberbia. Muchachos dotados de eterna juventud se esmeran en servirles. La blancura de su piel iguala al brillo de las perlas. El ojo, en esa mansión deliciosa, no ve más que objetos encantadores... Se pasean en un reino de vasta
extensión. Oro y seda en sus vestidos. Brazaletes de plata son su ornato. Dios les hace beber en la copa de la felicidad. Tal es la recompensa que se os promete. En el Paraíso prometido por Mahoma a los beduinos, que ignoran toda clase de delicias terrenas, nada falta. «Las cosas fútiles serán desterradas de aquel lugar. Allí se encontrarán fuentes manantes. Lechos bien dispuestos, copas preparadas, cojines en orden, alfombras extendidas por doquier». Dejada a un lado el agua, uno de los placeres esenciales para un beduino es la mujer. En el Paraíso habrá, según sus deseos, muchas hur-al-aín, es decir, «mujeres de brillantes ojos negros».
El Corán da detalles sobre esas mujeres perfectas, llamadas huríes: «Saciaros, les dice el Señor, con estos bienes que se os ofrecen. Son el premio de vuestra virtud. Descansad en esos lechos dispuestos en orden. Estas vírgenes de senos de alabastro y de ojos negros, serán vuestras esposas" . . Los creyentes hallarán en el Paraíso a aquellos de sus hijos que hayan sido fieles. Tendrán a placer las frutas y manjares que deseen. Se les presentarán copas llenas de un vino delicioso, cuyos vapores no les jnducirán a conversaciones indecentes ni les incitarán al mal... Jóvenes servidores se esmerarán en torno a ellos. Serán blancos como la perla en su concha. Los huéspedes del Paraíso se visitarán y conversarán
juntos.. . .Reposarán en lechos ornados de oro y de piedras preciosas. . . Junto a ellos estarán las huríes de bellos ojos negros. La blancura de su piel igual al brillo de las perlas. . . Sus favores serán el premio de la virtud».
La tradición popular ha completado este cuadro de recompensas, según los deseos de cada uno: «El Señor me ha dado cincuenta huríes; conocía mi gusto por las mujeres».
El santo obispo e himnógrafo Efrén el Sirio, que figura en calendario cristiano, promete, antes de Mahoma, a los monjes que han vivido en esta tierra en abstinencia, los favores de las mujeres del paraíso: «y cuando un hombre haya vivido en virginidad, ellas (las mujeres del Paraíso) le acogerán en su seno inmaculado, porque siendo monje, no ha caído en el lecho y en el seno de un amor terrenal...»

En el Paraíso cristiano de san Efrén, las mujeres y los hombres vuelven a ser jóvenes y desaparecen todas las arrugas de sus rostros. «Tus arrugas desaparecerán».
Los esplendores del Paraíso, donde hay agua y sombra, son otras tantas irresistibles tentaciones para el nómada que, desde hace milenios, vive sediento y herido por el sol. Escucharán atentamente a Mahoma: el Paraíso interesará a los beduinos. Y estarán muy pronto dispuestos a pedir un billete de entrada y el derecho a la estancia.

LIV

EL ISLAM Y LOS BEDUINOS

Por tres veces, los musulmanes han tratado de impedir a las caravanas de La Meca el paso por su territorio y por tres veces la operación ha concluido en un fracaso. Entonces, Mahoma cambia de táctica. Equipa a sesenta voluntarios mohadjirun y se pone al frente de ellos. El objeto de la expedición es concluir alianzas militares con las tribus beduinas.
Mahoma sale de Medina a la cabeza de su pequeño ejército de cinco docenas de hombres. Tampoco en esta expedición hay caballos. Sólo una camella por cada dos hombres. El destacamento conducido por el profeta se dirige hacia el territorio ghifar. Es la primera tribu árabe que haya abrazado el Islam. Diez años antes, Abu-Dharr, el salteador de caminos arrepentido y que había comenzando a buscar a Dios creándose una religión individual y monoteísta, y habiéndose hecho musulmán, ha sido enviado por Mahoma a su tribu para convertirla. En poco tiempo, Abu-Dharr ha convertido a todo su clan. Desde hace diez años, los ghifar son musulmanes. Acampan entre Medina y Yambu. Desde su conversión, han renunciado al bandolerismo y al crimen.
En ausencia de Mahoma, queda en Medina Sad-ibn-Ubadah, en calidad de intermediario. Es un hombre de La Meca y pariente del profeta. Dirigiéndose hacia el territorio de la tribu ghifar, Mahoma se detiene primero en Abwa. Busca la tumba
de su madre. En aquel lugar murió y allí mismo fue enterrada, hace ahora cincuenta años. Mahoma se inclina sobre la tumba y, sin pronunciar una palabra, comienza a llorar. Todos rodean al profeta. Los fieles esperan un discurso de Mahoma. Creen que va a decirles algo. Pero cuando levanta de nuevo la cabeza, no es para hablar, sino para mostrar un rostro conmovido y unos ojos bañados en lágrimas. Nadie se atreve a preguntar a Mahoma qué le ocurre. Sólo Omar, el hombre a quien el mismo diablo teme, y que es el único en dirigirse a Mahoma sin ser preguntado, se arriesga a decirle: «¿Por qué lloras?». «Es la tumba de mi madre. He pedido a Alah permiso para visitar
esta tumba. Y Alah me ha permitido venir aquí. Entonces le he suplicado que perdone los pecados de mi madre. Pero Alah no ha querido escuchar mi plegaria. Por eso lloro».

Cuenta la leyenda que, por fin, Alah tuvo piedad del profeta, que sufría enormemente por la idea de que su padre y su madre, muertos jóvenes ambos, estaban en el infierno como idólatras.
Alah devolvió por unos instantes la vida a Abdallah y Amina, padres de Mahoma; abrazaron el Islam y volvieron inmediatamente a la muerte. Pero esta vez partieron hacia los lugares reservados a los fieles, al Paraíso. Al pueblo musulmán, esta leyenda le parece verdadera, porque los árabes han creído siempre en. la posibilidad de un regreso temporal de los muertos al país de los vivos. Un escritor musulmán recomienda a los fieles que se dirijan con la mayor frecuencia posible a los cementerios, para saludar en sus tumbas a los muertos amigos y conocidos.
Porque «Dios devuelve por un instante sus almas a los muertos, para que puedan recibir el saludo de los vivos».
No lejos de Abwa, a tres días de camino hacia el Sur, acampa la tribu Banu-Damrah. Es una rama de la .tribu ghifar. Ni un solo damrahmita es musulmán. Mahoma permanece toda una semana en Waddan y discute con los nómadas, invitándoles al Islam ya la conclusión de una alianza militar. Tras largas y difíciles conversaciones, se llega a un pacto de alianza.
«En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, he aquí un escrito de Mahoma, enviado de Dios, dirigido a los Banu-Damrah-ibn-Abd- Manat-ibn- Kinanah:
»Tendrán la garantía de sus bienes y de sus personas, y se les socorrerá contra quien los ataque. Será deber suyo prestar ayuda al profeta, hacia quien Dios se incline, y eso por todo el tiempo que el mar sea capaz de mojar una concha, salvo en el caso en que los musulmanes combatan por la causa de Dios.
»Además, en cuanto el profeta los llame en su ayuda, deberán responder a su llamamiento, y para ello contarán con la garantía de Dios y la de su enviado. A ellos se les deberá ayuda, a favor de quienes - entre ellos - hayan observado su compromiso y temido la violación del pacto».
Por parte de los Banu-Damrah, ese pacto de alianza con los musúlmanes es firmado por el jefe damrahmita Marchchi-ibn-Amr. Waddan, capital de la tribu, se halla a tres días de camino de Medina y a nueve días de La Meca. La cercanía de La Meca es una de las causas que han conducido a los nómadas a firmar el pacto de alianza. Pero esa ciudad es muy poderosa para que los
beduinos tengan el valor de firmar un pacto con los enemigos de los coraichitas. Verdad es que por esa época acaba de estallar un conflicto entre la tribu Ban-Damrah y La Meca, a causa de un asesinato y del precio de sangre. Pero ni ese motivo ha sido suficiente para inducir a los beduinos a declararse aliados de los enemigos de La Meca. Si la tribu damrah ha aceptado riesgo tan inmenso ha sido, ante todo, por ganar el Paraíso. La oferta de Mahoma es demasiado tentadora para no aceptarla razonablemente. Cuando se os ofrece el Paraíso, Con la perspectiva de vivir en él eternamente, ningún riesgo parece bastante grande. Los Banu-Damrah han roto con La Meca. Con los coraichitas. Con los dueños

del desierto. Han escogido el Paraiso. Y son los primeros beduinos que firman un pacto de alianza militar con el Islam.
Desde su territorio, Mahoma se dirige hacia el Oeste, para visitar a los musulmanes de la tribu ghifar.
Los hombres de esta tribu son puros árabes, tal como los describirá el coronel Lawrence, que vivirá entre ellos: hombres que no conocen más que el bien y el mal, el blanco y el negro, la verdad y la falsedad. Del crimen y del bandolerismo, los chifaritas, hechos musulmanes, han pasado a la santidad. No conocen más que los extremos. Abu-Dharr, que abandonó su tribu y se inventó un Dios y una religión individual, a causa de sus remordimientos de conciencia, es un ejemplo. Paralelamente, Ma`iz, un ghifarita que ha abrazado el Islam al mismo tiempo que toda su tribu, convertida por Abu-Dharr .
Después de su conversión, Ma'iz ha cometido el pecado de adulterio, pecado mortal a
los ojos del Islam igual que ante las demás religiones. Nadie, fuera de 1a mujer, su cómplice, sabe el pecado de Ma'iz. Nadie puede denunciarle y menos que nadie la pecadora. Pero la conciencia de Ma`iz no le permite soportar aquella falta. El castigo exigido por esa clase de pecado es el mismo que entre los hebreos: muerte por lapidación. Ma'iz se presenta ante el profeta para ser muerto a pedradas, como merece un hombre culpable de adulterio.
Así son los hombres de la tribu ghifar, los hombres parecidos a Abu-Dharr y Ma'iz: hombres que sólo pueden ser o asesinos o santos.
Durante una expedición, Mahoma, falto de camellos, ha tenido que eliminar de la columna de ghifaritas a un cierto número de voluntarios. Ellos no pueden soportar semejante dolor: comienzan a llorar y sollozar. Como plañideras profesionales. Imposible consolarlos. Desde aquel día, la tribu ghifar es llamada Banu'l barka, «la tribu de las plañideras».
Los ghifaritas han recibido a Mahoma, que viene a ellos por primera vez, con un entusiasmo delirante. Todos son musulmanes. Todos son fieles. Más tarde, cuando Mahoma salga de Medina, dejará allí como representante suyo a Abu-Dharr; los ghifaritas son las gentes más dignas de confianza.
Con motivo de esta visita, los banu-ghifar firman con Mahoma este pacto de alianza militar:
«Los banu-ghifar serán contados en el número de los musulmanes con los mismos derechos y deberes que los musulmanes.
Además, el profeta compromete a su favor la garantía de Dios y de su enviado, tanto sobre sus bienes como sobre sus personas. Si el profeta los llama en su ayuda, deberán contestar al llamamiento y será deber suyo ayudarle, salvo aquellos que entre ellos combatieran por el Dim, la religión. Y esto, por todo el tiempo que el mar sea capaz de mojar una concha. Esta constitución, por supuesto, no deberá oponerse a un crimen».
Mahoma se beneficia ahora de una alianza militar con dos tribus beduinas. Se dirige al oeste de Medina, a la montaña Radwa, en la región de Yambu, donde firma un tratado de alianza con la tribu juhainah. El tratado es firmado por el jefe Buwat. Los juhainah serán

más tarde musulmanes de primer orden. En Medina, edificarán su propia mezquita, que será la segunda; la primera después de la construida por el profeta
Mahoma prosigue su viaje y concluye una alianza militar con una cuarta tribu, la de los muludjitas. El jefe de esta tribu de beduinos es un viejo amigo de Mahoma.
Cuando el año 622 Mahoma huía de La Meca en compañía de Abu-Bakr, Suraqah, jefe muludjita, trató de adueñarse de él para recibir la recompensa de cien camellos prometidos por los coraichitas a quienes entregaran al profeta vivo o muerto. Por tres veces, el caballo de Suraqah se negó a acercarse a Mahoma.
El jinete descabalgó y se convirtió al Islam. Impresionado por el milagro, Suraqah juró fidelidad eterna a Mahoma.
Aparte del jefe Suraqah, la tribu muludjita es idólatra. A pesar de ello, Mahoma es recibido con entusiasmo. También allí se firma un pacto de alianza militar. Suraqah llegará a ser más tarde uno de los grandes jefes militares del Islam. Por el momento, promete a Mahoma la ayuda militar de sus jinetes. El profeta está encantado con esas alianzas. Todas las tribus que han firmado pactos con él se hallan en la trayectoria de las caravanas que van de La Meca a Siria. De esta manera, podrá impedir el paso de las caravanas coraichitas.
De vuelta a Medina, Mahbma se entera de que la ciudad del Islam ha sido atacada. Por primera vez, un grupo de idólatras armados ha entrado en la ciudad del profeta, saqueándola e incendiándola.
El destacamento ha sido mandado por el fihrita Kurz-ibn-Jabir y equipado por los coraichitas.
La guerra entre los musulmanes y los idólatras de La Meca es inminente. Estamos en el año 2 de la Héjira, de la huida de Mahoma. En este año 624, van a precipitarse los acontecimientos que determinarán la difusión del Islam. Pero los musulmanes son muy pobres. y los pobres no pueden hacer la guerra. La guerra es un lujo.

LV

LA ELECCIÓN ENTRE DIOS Y “LA TREGUA DE DIOS”

Noviembre del año 623. La situación económica de la ciudad de Medina, a partir del Islam, es extremadamente grave. La Meca ha conseguido ais1ar a la ciudad del profeta. sometida a un severo bloqueo. En represalia, Mahoma ha prohibido a las caravanas de La Meca que atraviesen el territorio controlado por los musulmanes y sus aliados. A pesar de ello, las caravanas siguen surcando el

territorio prohibido. Las siete campañas militares, o al-maghazi, emprendidas por los musulmanes, no han dado resultado alguno. Para las tres primeras, los efectivos oscilaron entre los veinte y ochenta hombres. Las últimas contaban ya con ciento cincuenta o doscientos. Pero terminaron en idéntico fracaso.
En el mes de noviembre, Mahoma decide cambiar de táctica.
Las caravanas dirigidas desde La Meca a Siria comprenden 2.500 camellos y más de 300 hombres. Es difícil atacarlas.
Mahoma se propone llevar su esfuerzo a otra línea de caravanas coraichitas. Forma un grupo de ocho hombres, dirigido por Abdallah-ibn-Djach. Los ocho hombres ignoran dónde y contra quién deben combatir.
Mahoma entrega a Abdallah-ibn-Djach un escrito y le envía hacia Nadjiyah, la «tierra alta», en dirección a un pozo, un rukayak. Tras dos días de marcha hacia el Oeste, hacia el pozo de la «tierra alta», Abdallah, según le ha sido ordenado, abre el escrito que contiene las instrucciones del profeta.
Abdallah las ejecuta al pie de la letra. Dos semanas más tarde, se halla en una dirección totalmente opuesta. La orden escrita le ha enviado sobre la ruta entre La Meca y Taif. El grupo de combate de Abdallah llega al objetivo prescrito a finales del mes de radjab. Se detiene, de acuerdo con las instrucciones recibidas en las cercanías de Najlah. Es ésta una localidad célebre, el lugar preferido por el Diablo para sus paseos. Allí Abraham
arrojó pjedras a Satanás y allí se encuentra el célebre ídolo Manat. También en ese sitio, arrojado de Taif y lapidado, el profeta se detuvo una noche y oró, en pie, con tanto dolor que hasta los djinn lloraron de compasión. En ese lugar y aquella noche, hizo la oración más ardiente de su vida. Era un jal, es decir, un hombre excluido de su clan; y Taif, a la que pidiera auxilio, lo alejó a pedradas. Era la oración de un saluk, un hombre sin patria, sin familia y sin derecho alguno en toda la extensión del desierto árabe. Allí ha sido enviado el grupo de ocho hombres. Llegados a Najlah, ya no son ocho, sino seis. Dos de
ellos, Sad-ben-Wakkas- y su compañero de camello Utbah-ben-Ghazwan, se han perdido. Los seis musulmanes tienen orden de apostarse en Najlah para interceptar una caravana coraichita que, procedente de Taif, debe dirigirse a La Meca.
El mes de radjab es el mes de la «Tregua de Dios» y de la Pequeña Peregrinación. Durante ese mes cesan todas las violencias. El grupo de combate se encuentra con la caravana coraichita. Procede ésta de Taif y transporta uvas, vino y pieles. La caravana va acompañada por cuatro hombres. El encuentro con los musulmanes asusta a los coraichitas. Pero el miedo se desvanece en seguida porque uno de los musulmanes, llamado Ukkacha - tiene la cabeza rasurada. Los coraichitas lo confunden con un peregrino. A pesar de todo, no quieren esperar en Najlah.
Se apresuran a llegar a La Meca con su caravana. Están a un sólo día del fin de mes, el de la «Tregua de Dios». Los caravaneros no quieren ser sorprendidos en el camino cuando haya concluido la

tregua. Abdallah y sus seis hombres se hallan ante una alternativa. Si atacan inmediatamente a la caravana coraichita, transgredirán la «Tregua de Dios». Si esperan al término de la tregua, es decir, un día más, la caravana penetrará en el territorio sagrado de La Meca, el haram. Atacar sobre el territorio haram es tan grave como atacar durante la tregua. Ambos pecados, para los árabes, son capitales. Por otra parte, si los musulmanes respetan la tregua y el haram, descuidan el servicio de Dios.
Porque su lucha tiene como fin el salvar al Islam de un exterminio por el hambre, decidido por los idólatras.
Abdallah debe escoger entre Dios y la «Tregua de Dios». Decite faltar a la tregua y permanecer fiel a Dios. Y ataca inmediatamente a la caravana. Uno de los paganos es muerto; dos caen prisioneros y el cuarto consigue huir. Los musulmanes se adueñan de los camellos y de las mercancías. El coraichita muerto se llama Amr-ben-al-Hadrami. El musulmán que le ha dado muerte es Waquid-ben-Abdallah. Es el primer musulmán que
ha cometido un homicidio por la victoria del Islam.
El cuarto coraichita, el que ha logrado escapar al ataque, llega a La Meca y da la voz de alarma. Estalla el escándalo. Los de La Meca no consiguen alcanzar a los musulmanes. Éstos vuelven a Medina con el. botín y los prisioneros. La acción es conocida ya en la ciudad. Y no sólo está escandalizada La Meca, sino también Medina. ¡Violar la «Tregua de Dios» es de una gravedad inimaginable! Los enemigos de Mahoma, y especialmente los judíos, lanzan sus sátiras, sus hijas y sus epígramas que ridiculizan a Mahoma, le injurian y acusan. Los idólatras dicen: «Mahoma cree seguir obedeciendo a Dios, pero ha sido el primero en profanar el mes sagrado. Ha dado muerte a un compañero nuestro durante el radjab».
Para sobrevivir en el desierto, la sociedad pre-islámica necesitaba algunos tabús. El primero de todos, era la «Tregua de Dios». Sin esa tregua, el transporte y el comercio serían imposibles. Ahora bien, en el desierto no hay otra posibilidad de ganarse el pan cotidiano sino mediante el comercio y el transporte. A los ojos de la sociedad árabe, Mahoma acaba de cometer un mortal sacrilegio. Por primera vez en su vida, el profeta, que es un hombre previsor, queda sorprendido por la reacción hostil, desfavorable a más no poder, que ha suscitado esa profanación de la «Tregua de Dios».
A cada ciudad de Arabia corresponde un mes de tregua, que coincide con la feria local. Teniendo en cuenta las localidades adyacentes, La Meca tiene cuatro meses de tregua; el undécimo, el duodécimo, el primero y el séptimo mes del año. Éste es el radjab, durante el cual la tregua ha sido violada por los musulmanes.
Nadie se ha atrevido nunca a violar la «Tregua de Dios». En esa ocasión, los más encarnizados enemigos deponían las armas y acudían juntos a La Meca. Esa institución árabe funciona como un reloj. Es un verdadero mecanismo de precisión. Los funciona.
rios encargados del calendario, el oficio de nasi, se llaman en La Meca los qalanbas. Abren y cierran el mes de la tregua. Su función

es por lo tanto de extrema importancia, porque de ellos depende la guerra y la paz, en todos los caminos que convergen hacia La Meca. Cuando el qalanba penetra en el santuario de la Kaaba, pronuncia 1a. frase siguiente: «Soy aquel que está al margen de toda censura y cuya decisión nunca ha sido rechazada»
Los árabes tienen un calendario lunar y uno solar. El cálculo de los meses de la tregua es cosa delicada. Durante dos años consecutivos, los meses sagrados son el undécimo, el duodécimo, el primero y el séptimo, (Delcaada, Delhajj, Moharram y Radjab). Pero, cada tres años, el qalanbas interrumpe la «Tregua de Dios» después de dos meses e introduce en el calendario el decimotercer mes del año, llamado «Luna vacía» o Safar.
El decimotercer mes, el «vacío», es un mes profano. Entonces, comienzan de nuevo la guerra y el pillaje. Los negociantes y los peregrinos que se hallan en camino con sus caravanas pueden ser atacados y robados, capturados o muertos. Al término de ese mes «vacío», comienza el tercer mes de la tregua.
La violación de la tregua pone a Mahoma en gran embarazo. Cuando los seis musulmanes expedicionarios regresan a Medina con los prisioneros y el botín, Mahoma pone los bienes bajo secuestro. No quiere tocarlos siquiera. Una comisión coraichita llega de La Meca, rescata a los prisioneros y paga 1.600 dirhams por cada hombre. Pero uno de los prisioneros rescatados se ha hecho musulmán y se niega a volver a La Meca. Esa conversión impresiona mucho. Mahoma utiliza la palabra kabir, es decir, «grave» para este asunto de profanación. Algunos días más tarde,
el ángel Gabriel viene a aclarar al profeta: el caso no es tan kabir, tan grave, como parece. Y el ángel Gabriel revela al proleta los siguientes versos del Corán:
Te preguntarán si debe combatirse durante los meses sagrados. Contéstales: Imputable os es la guerra durante ese tiempo. Pero apartar a los creyentes del camino de la salvación, ser fiel a Dios, expulsar a sus servidores del templo santo, son crímenes horribles a sus ojos. La idolatría es peor que el homicidio. Los infieles no cesarán de perseguiros, con las armas en la mano, hasta que os hayan arrebatado la fe, si es posible. Quien de vosotros abandone el islam y muera en l!a apostasía, habrá hecho inútil el mirito de sus obras en este mundo y en el otro. Y será entregado a las llamas eternas. Los creyentes que abandonen sus patrias y combatan por su fe tendrán razón para esperar en la misericordia divina.
De esta manera, Mahoma no niega la santidad de los meses de tregua. Al contrario. Es perfecta. Está profundamente arraigada en la moralidad de los árabes: y es cosa excelente que sea así. Pero Mahoma afirma que cuando se trata de Dios, cuando hay que escoger entre Dios y la «Tregua de Dios», el hombre debe escoger a Dios y faltar a la tregua.
En sí mismo, el homicidio cometido por Waqid y sus compañeros durante el mes sagrado, es un gran pecado, es verdad.

Dios es justo y castiga a los que yerran. Pero los musulmanes no deben olvidar que, cuando se trata de un fiel que se presenta ante Dios para ser juzgado, por cada pecado cometido por ese fiel, hay mil acciones buenas que acuden a defender al culpable.
Además, la indulgencia de Alah es muy grande para con los musulmanes, porque “los musulmanes han emigrado con el profeta y han preferido a Dios a todos los bienes terrenos”.

LVI

LA LEGENDARIA BATALLA DE BADR

Seis semanas han transcurrido desde que Abdallah-ben-Jahch volviera de Najlah. El asunto de los tabús referentes a las «Treguas de Dios» y de otros tabús, se ha arreglado definitivamente en el Islam: cuando se trata de Dios, no hay tabús. Dios está por encima de todas las treguas y de todos los tabús.
Los espías del Islam, los ayun, es decir, «los ojos del jefe», han señalado una caravana de La Meca que procede de Gaza de Siria y se dirige hacia La Meca con un cargamento de gran valor. La caravana se compone de más de dos mil camellos. Las mercancías transportadas representan un valor de más de 50.000 dinares. Todas las familias de La Meca han invertido capitales en esa caravana. Todos los coraichitas están interesados materialmente en ella. Guía la caravana Abu-Suffian.
Mientras la caravana avanza hacia La Meca cargada con todos los tesoros que puede transportar una latimah, una caravana de mercancías, la hija de Abd-al-Muttalib recorre las calles de La Meca, anunciando a sus conciudadanos que va a producirse una terrible catástrofe, La hija de Abd-al-Muttalib es una vidente.
Predice que la desgracia va a ocurrir en los tres próximos días.
La catástrofe, para unos mercaderes, no puede ser otra cosa que la pérdida de su dinero. Por lo tanto, de la caravana. Abbas Abu-Jahl, Abu-Lahab y los demás coraichitas están aterrados.
Escuchan petrificados las predicciones de Bint-Abd-al-Muttalib.
Los ciudadanos esperan, con el corazón en un puño, el correo que debe anunciarles la llegada de la caravana. Ese se llama nattaf , que significa «el que obliga a depilarse a las mujeres» porque, a la llegada de ese correo, las mujeres se refugian en sus casas y procuran embellecerse para recibir a sus maridos y amantes que regresan con dinero y regalos. Se depilan. Se bañan. Quieren mostrarse seductoras. Pero esta vez, «el que obliga a las mujeres a depilarse» tarda en llegar. Fuera de la horrible predicción, no hay noticias acerca de la caravana coraichita. Sin embargo, existe en La Meca un servicio oficial de informaciones, compuesto por los que anuncian en las calles las noticias de interés general. Esos informadores públicos se llaman munadi o muazzin.
De repente surge en las calles el muazzin y difunde las noticias de la esperada caravana. Trátase, en efecto, de una catástrofe, tal y como

estaba anunciado. El muazzin va aderezado y vestido como lo exigen sus funciones cuando se trata de algo dramático. Monta un camello de orejas cortadas, de las que mana aún sangre. La silla deL animal está al revés; también está al revés, y desgarrada, la túnica del informador. Tiene el rostro tiznado y los cabellos hirsutos. Grita: «¡Coraichitas! ¡La caravana! ¡La caravana! ¡Las mercancías transportadas por Abu-Suffian! ¡Mahoma se dirige contra la caravana para saquearla! ¡Reuníos todos! ¡Desgracia, desgracia!». Al mismo tiempo se presentan, procedentes de todos los ángulos de la ciudad, otros informadores. Porque «si hay alguna noticia grave que difundir con urgencia, como la inminencia de un ataque, quienquiera tiene la obligación de despojarse totalmente de sus vestidos a fin de llamar la atención, y de lanzarse desnudo a las calles para anunciar la catástrofe». Esos informadores desnudos se llamaban nadhir uryan. El inminente ataque a la caravana coraichita por parte de los musulmanes, es anunciado por esos mensajeros desnudos.
En unas horas se reúne un ejército de 950 hombres, 700 camellos y 100 caballos.
La sed de venganza contra los musulmanes, el odio y la violencia, son desencadenados y mantenidos. por las mujeres coraichitas; Hint, la mujer de Abu-Suffian, va a la cabeza de todas ellas. Esas mujeres acompañarán al ejército hasta el campo de batalla y participarán en la guerra, excitando, animando y entusiasmando a los hombres.
Al mismo tiempo que constituyen el cuerpo expedicionario, los negociantes de La Meca renuncian a sus beneficios. Añadiendo además donaciones personales, reúnen la fabulosa suma de un cuarto de millón de dirhams. El dinero se utiliza en equipar el ejército.
La Meca ha perdido su hilm, su célebre sangre fría, su flema, su ponderación. Los coraichitas están devorados por el odio contra Maboma, como por un incendio. La Meca no tiene más que una idea fija: exterminar el Islam, a Mahoma y a los musulmanes. Totalmente, de una vez para siempre, y para llevar a cabo esa idea, dan hasta el último céntimo.

* * *

En Medina, en el mayor secreto, Mahoma ha preparado el ataque contra la caravana pagana. Moviliza a 313 hombres, todos voluntarios. De esos 313, 70 son ançares o compañeros, de la tribu Aus y 10 de la tribu Jazrajita. Los otros son muhadjirun, emigrados. Es la primera vez que los «compañeros» participan en un maghazi, en una campaña militar del Islam. Hasta aquel día, nunca se les ha invitado a combatir. Todas las expediciones militares fueron llevadas basta entonces por emigrados. Los ançares insistieron ahora para participar en la lucha y el profeta aceptó. Además de los 313 hombres, el ejército del Islam posee 70 camellos. Cada bestia llevará a dos hombres. Mahoma y el Islam son pobres. La Meca posee 700 camellos para 950 hombres, además de 100 caballos. El Islam no

lleva al combate más que dos caballos. Es la primera vez que el ejercito musulmán se permite el gran lujo de tener dos caballos. Pero sólo esos dos.
Hasta esa fecha, los fieles seguidores de Mahoma han llevado a cabo todas sus campañas sin caballos.
El día 17 del Ramadan, en el mes de marzo del año 624, Mahoma y su tropa aguardan a la caravana de la Meca para atacarla, cerca de Wadi Badr, a unos veinte kilómetros al sudoeste de Medina.
Pero una vez más, el encuentro entre musulmanes y hombres de La Meca no llega a ocurrir. No se ha hecho uso de una discreción total. Alguien ha hablado en Medina, la ciudad del profeta. Los enemigos de Mahoma, los judíos y los neutrales de Ubaiy, sobre todo, han advertido a Abu-Suffian de la inminencia y del lugar del ataque. Abu-Suffian desvía la caravana de su ruta. Y en vez de la caravana, llega a toda prisa, para encontrarse con el ejército musulmán, un cuerpo expedicionario de 950 hombres, perfectamente equipados y fanatizados contra el Islam.
La traición de los de Medina está a punto de ser fatal para Mahoma. El profeta ya no puede retroceder. Apostado en Wadi Badr, recibe la noticia de que el ejército coraichita viene mandado por el feroz Abu-Jahl. Mahoma implora al cielo y pregunta a Dios qué actitud debe adoptar. La desproporción de las fuerzas es demasiado grande. Pero sabe que si los musulmanes resultan vencidos, el Islam desaparecerá totalmente de la tierra. Nadie volverá a saber que existió un día un profeta y una religión de abandono total a la voluntad divina, religión llamada Islam.
Mientras Mahoma ora y pide el consejo del cielo, le traen dos prisioneros. Son dos rastreadores del ejército de La Meca. No pueden decir exactamente cuál es el número de los soldados coraichitas. Pero saben, en cambio, cuántos animales hay que matar cada día para alimentar al ejército. Mahoma hace sus cálculos: tiene que haber un millar de soldados enemigos.
Mahoma confía las funciones de portaestandarte del profeta a Musab-ibn-Umair. El pendón es blanco. Y flota por primera vez sobre un campo de batalla. Mahoma concede a su hijo adoptivo, Alí, un segundo estandarte en el que campea un águila. El tercero, queda en las manos de un «auxiliar».
Al mismo tiempo, el profeta da la orden de ocupar todos los pozos y manantiales. Anuncia a sus tropas el comiezo del ataque. Nadie debe huir. La fuga de nada serviría, ni favorecería a nadie. Si los musulmanes huyeran, serían perseguidos por los coraichitas. De regreso en Medina, los fugitivos caerían en manos de los judíos y los hipócrítas, es decir, los neutrales, que los entregarían al enemigo.
Aunque inferiores en número, los musulmanes están obligados a atacar ya sostener el combate con todas
sus fuerzas. Mahoma decide que el ataque se realice en filas cerradas y con la máxima disciplina. Hay que evitar el combate individual. Mahoma inventa aqui, en Wadi Badr, para uso de los árabes, una táctica ya creada hace tiempo por Filipo, el padre de

Alejandro de Macedonia: la falange. Hasta entonces, los árabes combatían siempre individualmente: hombre contra hombre. En adelante lucharán en grupo compacto. Los musulmanes atacarán ceñidos el uno al otro, como si fornlaran un solo cuerpo: el grupo. Dice a los fieles: Quienquiera que vuelva las espadas el día de la batalla, a menos que sea para seguir luchando o para unirse a los demás, cargará con la cólera de Dios y tendrá por mansión el infierno.
Mahoma dice que cada musulmán lucha en aquella ocasión por la vjctoria de Dios; y quien muere por el Señor en esa batalla, va directamente al Paraíso. Más aún: en el Paraíso, el héroe ocupa un puesto excepcional.
«Nadie, entre los elegidos del Paraíso, desearía volver a este bajo mundo, a excepción del mártir. Sólo el mártir desearía regresar, para ser muerto de nuevo; y eso hasta diez veces seguidas, dado que sabe los favores celestiales que le están reservados».
Han concluido los preparativos musulmanes para el ataque. Cae la tarde. El enemigo acaba de aparecer. Entre musulmanes y paganos no se interpone más que una colina arenosa. Mahoma ordena a sus soldados que se echen y descansen, para estar dispuestos al día siguiente, fecha de la batalla decisiva.
El profeta se retira a un abrigo de ramajes, sobre una cima. Ruega: «¡Oh, Dios mío! Si esta pequeña batalla se nos convierte en derrota, nunca más serás honrado en la tierra».
Después de la oración, Mahoma inspecciona las tropas dormidas. Comienza a llover. Una lluvia fría y rápida. Para los hombres del desierto, es un acontecimiento. Los soldados musulmanes, que duermen tendidos sobre la arena, están calados. Pero ni siquiera uno se despierta. Están tan profundamente sumidos en el sueño, que no sienten la fría lluvia y no adivinan que el profeta vela angustiado su reposo.
De aquella noche habla así el Corán:
Dios os envió el sueño de la seguridad. Hizo descender el agua del cielo, para purificaros y libraros de la abominación de Satán y para atar vuestros corazones mediante la fe y reafirmar vuestro valor.
Al día siguiente es la batalla. Uno contra tres. Sin contar la desproporción del armamento y equipo. Del número de caballos y camellos. Librar tal batalla, cuando las fuerzas son tan desiguales, es absurdo. Pero Mahoma va a la lucha. Es el argumento más irrefutable de que dispone para demostrar su inquebrantable convicción de que Dios no lo abandonará nunca. Que Dios le asistirá. Que Dios no puede permitir que los paganos aplasten a quienes lo adoran y honran. . . Porque Mahoma está convencido de que lucha por Dios. No por si mismo. Su fe no retrocede ni ante las cifras, ni ante la lógica. Cree en Dios y en la victoria.

* * *

Habitualmente, el jefe de los ejércitos árabes dirigia las operaciones desde un lugar situado en retaguardia. Mahoma lo hace desde lo alto

de una colina. Dispone a las tropas en orden geométrico. Da órdenes precisas a cada uno con respecto a las maniobras que hay que reaiizar. Los trescientos trece hombres ven reglamentados todos sus gestos coma las piezas de una máquina. Atacarán por grupos.

Ya en los primcros encuentros salta a la vista la diferencia entre ambos campos. Los paganos combaten de una manera ostentosa, por el orgullo y la gloria. Practican el combate individual. La lucha cuerpo a cuerpo. Desordenada. Cada uno intenta sobresalir.

En el campo musulmán hay unos hombres disciplinados, severos, graves, conscientes de que si pierden esa batalla pierden la vida. Además saben que luchan por Dios. Saben con certeza que quien muere en el combate va directamente al Paraíso.

Desde el punto de vista árabe, esta batalla no tiene más que un fundamento jurídico: la muerte de Amr-ben-Hadrami, en Najlah. Mahoma envía un mensaje a Abu-Jahl, el comandante las tropas de La Meca, proponiéndole la paz. «La única causa de guerra era, ahora, la sangre de Amr-ben-Hadrami; y Utbah-ben-Rabiah estaba dispuesto a pagar con dinero; pero Abu-Jahl, lo avergonzó hábilmente para obligarle a retirar su oferta y forzar así a los coraichitas a avanzar. De esta manera, Abu-Jahl esperaba desembarazarse de Mahoma de una vez para siempre».

Al amanecer, los dos ejércitos enemigos se encuentran. El combate empieza con invectivas. Con estrofas que hieren más mortalmente que las flechas envenenadas.

Tras esa primera confrontación, salen del ejército coraichita tres barraz. Tres caballeros especializados en el combate singular.

Allí está Utbah, el padre de Hint, mujer de Abu-Suffian; el segundo caballero es Chaiba, tío de Hint; y el tercero Al-Walid, hermano de Hint. Tres ançares o «auxiliares» salen de las filas musulmanas para enfrentarse con esos enemigos. Pero los caballeros de La Meca rechazan a sus adversarios. Les preguntan:

- ¿Quiénes sois?

- Ançares- replican los musulmanes.

- No os conocemos - dicen los de La Meca.

La Meca exige que salgan tres nobles entre los musulmanes. Entonces, Mahoma llama a Hamzah, su tío; Alí, su hijo, y Ubaida-ben-Harith. Inmediatamente comienza el combate. Hamzah y Alí dan muerte a sus respectivos enemigos sin dificultad alguna.

Ubaida-ben-Harith y su coraichita correspondiente, ambos viejos, se hieren mutuamente. Por fin, Ubaida mata a su adversario.

El combate individual ha concluido. Los musulmanes quedan vencedores. Seguros de su superioridad numérica y de la calidad sus armas y de sus monturas, los coraichitas arrojan sus flechas al aire y las cogen de nuevo al vuelo, en señal de bravura, de confianza en sí mismos y de victoria.

A los primeros choques iniciados por los coraichitas, los musulmanes retroceden. Mahoma abandona su puesto de mando, se mezcla a los combatientes y llega a la vanguardia. Grita a sus fieles que todos los que mueran aquel día, en aquella batalla,

subirán directamente al Paraíso. Las palabras del profeta surten un efecto fulminante. Umair tira los dátiles que se aprestaba a comer y se lanza a la lucha gritando: «¡Entre yo y el Paraíso ya no hay obstáculos!» y muere {15).
La batalla se hace furiosa. Ardiente. Con diversas alternativas. En ese momento, dos merodeadores, ocultos en la colina y dispuestos a lanzarse sobre el campo de batalla para saquear los cadáveres después del combate, ven una nube que desciende del cielo y toca la tierra.
«Estando nosotros en la colina, cuenta uno de ellos, una nube se nos acercó y oímos relincho de caballos. Escuché una voz que gritaba: "¡Adelante!"».
De la nube descienden ángeles armados. Algunos van a caballo; otros a pie. Uno de los merodeadores muere por la emoción al ver descender del cielo un ejército de ángeles, con cascos de coloridos penachos. Los caballos de los ángeles llevan también borlas y cascabeles de todos los colores. Los ángeles jinetes y los infantes, apenas descendidos del cielo, se alinean en posición de combate al lado de los musulmanes, contra los coraichitas.
De creer a los testigos, el ejército celeste se compone de cerca de cinco mil ángeles. Pero nadie sabe su número exacto, ya que algunos ángeles permanecen invisibles para poder decapitar a los paganos sin ser vistos.
En ese momento del combate, Mahoma ordena a Alí que coja un puñado de arena. El profeta toma la arena de manos de Alí y la arroja sobre los paganos gritando: «¡Vergüenza sobre vuestros rostros!» Todos los combatientes enemigos reciben la arena én los ojos y quedan ciegos.
Los musulmanes intensifican el ataque. Az-Zubair lleva un turbante amarillo; Abu-Dadjama, turbante verde; Hamzah, un penacho de plumas de avestruz. Los musulmanes luchan con Sión. Saben que no están solos. Los ángeles combaten a su lado.
«Nuestro casco protege nuestras cabezas como una losa protege un manantial. Nuestros escudos quebrantan los golpes de las lanzas, como un árbol vigoroso quebranta el viento. Nuestras cotas de malla ondulan sobre nuestros pechos como los lagos en la tormenta».
Al frente de los ángeles que ayudan a los musulmanes en el campo de batalla de Badr, se halla Gabriel, que es el mayor ángel del cielo. Cerca de él está Miguel, el segundo en la jerarquía angélica.
Durante el combate, Mahoma se entera de que su tío, el usurero Abbas, se halla en las filas enmigas. Seguramente, Abbas hubiera preferido no participar en la batalla; en primer lugar, porque no son las batallas lo que le interesa, sino los negocios; después, porque no quiere luchar contra su sobrino Mahoma; por último, la esposa de Abbas es musulmana. Y le ha rogado que no combata el Islam. Por todos esos motivos, Abbas permanece oculto entre las últimas filas de los enemigos durante la batalla de Badr.
Mahoma ordena a sus soldados que lo busquen y capturen. Deben conducírselo vivo. Un musulmán llamado. Abu-Yazir encuentra a Abbas. Pero Yazir es un hombre menudo y débil mientras que Abbas

es un coloso, de la misma estatura que su padre Abd-al-Muttalib. Sin embargo, Yazir intenta lo imposible: capturar a Abbas, levantarlo en sus brazos y conducirlo ante el profeta. Y se realiza el milagro, aunque Yazir no abulte ni la mitad del prisionero que transporta. Pero hay una explicación para este hecho: dos ángeles han acudido y ayudan al soldado musulmán Yazir a conducir al prisionero, demasiado pesado para él.
Otros musulmanes buscan al jefe de los paganos, Abu-Jahl, el enemigo de Dios y del Islam.
Abu-Jahl está rodeado por sus guardias de corps. Pero los musulmanes hunden aquella muralla de pechos paganos que protege al padre de la locura. Aplas,tada la guardia, uno de los más bravos musulmanes, Muadh.ibn Amr, se precipita sobre Abu-Jahl y le hiere un pie de un sablazo. Ikrimah, el hijo de Abu-Jahl, acude en ayuda de su padre; con el sable, corta la mano de Muadh, que ha herjdo a Abu-Jahl. Muadh-ibn-Amr mira un
jnstante su bra:zo derecho, apenas sostenido por un girón de piel, se lo arranca, puesto que en adelante será jnútil, y sigue combatiendo con el izquierdo. Entre tanto, otro musulmán mata a Abu-Jahl.
Tras la muerte de su jefe, el ejército pagano se retira en desorden. La victoria musulmana está asegurada. Para los soldados de La Meca aquello significa la desbandada. En el campo de batalla de Badr, los paganos abandonan setenta muertos y otros tantos prisioneros. Entre los muertos se hallan, además de Abu-Jabl y uno de sus hijos, el suegro y el cuñado de Abu-Suffian.
También ha muerto en Badr, Muait, el coraichita que trató de asesinar a Mahoma en el santuario de La Meca, en los años de las persecuciones contra el Islam, asfixiándolo con una capa.
El Islam ha perdido catorce hombres en esa batalla legendaria. Pero la victoria está de su parte. Mahoma da las gracias a Dios. Dice a los musulmanes, que se hallan en el colmo de la alegría por esa victoria inesperada y milagrosa: No sois vosotros quienes los habéis matado. Han caído bajo la espada del Todopoderoso. No eres tú, Mahoma, quien los ha asaltado y vencido: ha sido Dios, para dar a los fieles una señal de su protección. Dios lo sabe y lo oye todo. Ha sido su brazo quien os ha protegido. . . La victoria demuestra la equidad de nuestra causa.

* * *

La batalla de Badr es conocida en todo el mundo árabe, que desde hace siglos no se cansa de oír contar el milagroso hecho de armas. Los legendarios acontecimientos de Badr están contados en Ayym el Arab o «Jornadas Árabes». La leyenda del combate de Badr ha levantado la moral de los ejércitos musulnanes de un extremo a otro de la tierra, durante siglos. Porque Badr fue la primera batalla del Islam.
Ante todo hay que comprobar que en esa batalla, hecho inconcebible para el mundo árabe, los padres lucharon contra los propios hijos,

los hermanos contra los hermanos. En esa sociedad en que los miembros del clan están ligados entre sí por la sangre y se unen a su árbol genealógico como las ramas se adhieren al árbol, semejante batalla hubiera sido inconcebible antes de Mahoma.
Un combatiente se detiene ante un cadáver y lo levanta para arrojarlo a un pozo. Es el cadáver de un pagano. Seguramente muerto por la propia mano del combatiente. Antes de arrojar a su víctima al pozo, el soldado musulmán, que se llama Utbah-ben-Rabiah, lo contempla. El cadáver de un guerrero muerto en combate es hermoso. Lo es siempre. Exangües, unas horas después de su muerte, los soldados muertos en los campos de batalla tienen el cuerpo del color de la nieve. Todos están inmaculados y blancos. «Su rostro parece modelado en nieve bañada de luna». Y no sin dolor, el musulmán Utbah se decide a arrojar el cadáver de su enemigo en el pozo de Badr. «Lo he contemplado. En su capa guerrera, parecía un árbol abatido al que el leñador hubiera arrojado sus vestidos. El cadáver estaba frío. Sus manos, rígidas, poseían el brillo de dos flores rojas».
Utbah está triste. Mahoma se acerca a él y le pregunta qué le sucede. «Es mi padre», contesta Utbah.
El profeta trata de consolarlo. El joven musulmán responde: «No tengo duda alguna acerca de mi padre y de la manera en que ha muerto. Pero sabía cuanto había en él de juicio, de prudencia y de mérito, y esperaba que todo ello le conduciría al Islam. Ahora, viendo lo que le ha sucedido y pensando que ha muerto en la incredulidad, después de tantas esperanzas como había puesto en él, siento una gran pena».
Mahoma ora por los muertos. Está solo. Inclinado sobre el pozo de Badr, al que han sido arrojados los cadáveres de los enemigos. El profeta les habla en voz alta, recordándoles la resistencia que le han opuesto cuando estaban entre los vivos, y la hostilidad que han manifestado para con todas sus profecías y predicciones.
Los musulmanes no se atreven a jnterrumpjrle. Omar, lleno de ánimo, como de costumbre, se acerca a Mahoma y le interroga. ¿Qué le sucede para hablar así a los muertos? Los muertos no oyen. Es inútil dirigirles la palabra.
«Ni vosotros oís mejor que ellos lo que os digo», replica Mahoma. Y prosigue su sermón a los adversarios muertos, arrojados en el pozo de Badr.
Antes del combate, Mahoma había prohibido cualquier clase de mutilación: «Dios es hermoso y ama la belleza». Y repite lo mismo que repetirá durante toda su vida: «Dios prescribe la gentileza, ihsan, en todo».
También ordena que las tumbas de los muertos sean bellas. Un fiel, viendo con cuánta insistencia habla el profeta de la belleza de las tumbas, pregunta si una tumba fea y descuidada incomoda al muerto. Mahoma contesta que una tumba fea y ruin no enoja a los muertos, pero molesta a los ojos de los vivos.

Tras haber enterrado a los muertos, Mahoma debe resolver el problema de los vivos. Los prisioneros. Bastante más grave y más difícil.

* * *

Hay setenta prisioneros. Las leyes árabes son categóricas. Los prisioneros pertenecen a los combatientes que los han capturado. Y éstos pueden disponer de ellos a su antojo. Pueden venderlos como esclavos. Pueden restituirlos a sus familias a canbio de una suma. Pueden matarlos. Pueden reducirlos a esclavitud. . .
Algunos musulmanes proponen que los prisioneros sean muertos. Para evitar en el futuro la demanda de una diya, precio de sangre, se sugiere que cada prisionero sea asesinado por un pariente próximo. Porque en el seno de una misma familia no existe el precio de sangre.
Omar, el hombre temido por el diablo y que se manifiesta siempre por las acciones claras, sin equívocos, propone que inmediatamente se corte la cabeza a los prisioneros. Para evitar cualquier clase de discusión y complicación. La decapitación de los prisioneros, realizada por los soldados que los han apresado, es cosa lícita.
Abu-Ubaida propone que se queme vivos a los prisioneros, dentro de una fosa, como hizo el célebre señor de los bucles, Dhu Nuwas, con los veinte mil cristianos del Nedjran que se negaron a convertirse al judaísmo.
Abu-Bakr, el más ponderado de los musulmanes, propone que los prisioneros sean devueltos a sus familiares a un determinado precio.
Mahoma se retira y hace oración, pidiendo consejo al ángel Gabriel. Regresa después entre sus fieles y manifiesta que ha adoptado la solución de Abu-Bakr. Cada prisionero será devuelto a los coraichitas de La Meca a cambio de 4.000 dirhams. La suma es enorme. Pero La Meca es una ciudad rica. Y los prisioneros que no puedan ser rescatados con dinero, quedarán libres a cambio de un cierto número de lanzas. Los prisioneros letrados no están obligados a pagar su libertad con dirhams o con lanzas; serán libertados cuando hayan enseñado a leer y escribir a diez niños musulmanes. Entre tanto, Mahoma ordena que los prisioneros sean bien tratados. Los cautivos son vestidos. El Islam les proporcoona gratis alimento y vestuario. Para una más conforme aplicación de ese principio, Mahoma ordena a sus soldados que adopten cada uno un prisionero y compartan con él su alimentación. Eso proporcionará el mayor placer a Alah. Y sabiendo que Dios se complace en ver bien tratados a los prisioneros, algunos soldados llegan hasta privarse de sus raciones y de sus propios vestidos para ofrecerlos a los cautivos.
Con motivo de esa primera batalla, se establece una jurisprudencia referente a los prisioneros de guerra. que no deben ser muertos, sino al contrario, bien tratados, alimentados y vestidos gratuitamente.

* * *

En La Meca, tan grande es la cólera cuando se conoce la derrota de Badr, que la ciudad comienza inmediatamente los preparativos para una guerra de desquite.
Abu-Suffian, el primer ciudadano de La Meca, ha perdido en Badr un hijo, a su suegro ya su cuñado. Otro hijo de Abu-Suffian y de Hint ha caído prisionero. El fanfarrón jura solemnemente no rasurarse la barba ni acercarse a su mujer hasta que Mahoma haya sido castigado. Hint, esposa de Abu-Suffian, hace el públjco juramento de que devorará, ante todos sus conciudadanos, el hígado de aquel que le ha matado al hijo, al padre y al hermano. Jura cortar a los asesinos la nariz, las orejas y la lengua, y hacerse unos collares con ello, ponérselos en tomo al cuello y danzar de esa manera aderezada el día de la derrota del Islam.
Ese juramento, esas explosiones de rabia, manifiestan el dolor de La Meca. El odio de los coraichitas contra Mahoma alcanza su paroxismo después de la batalla de Badr.
Entre tanto, los emisarios musulmanes anuncian que los prisioneros coraichitas puedes ser rescatados. Al principio, La Meca decide no rescatar a un solo cautivo, a fin de no enriquecer a los musulmanes. Pero son tales las súplicas de los familiares de los prisioneros, que se decide su rescate. Además del cuarto de millón de dirhams recogido antes, todos los negociantes de La Meca reúnen las ganancias aportadas por la última caravana, para equipar con ese dinero un ejército que aniquile al Islam.
Entre los cautivos de Badr se halla un sobrino de Kadidja. Se llama Abul-As; se ha casado con Zainab, la hija de Mahoma.
La hija del profeta envía el rescate pedido por la libertad de su marido. No poseyendo los 4.000 dirhams en contante, Zainab completa la suma con sus joyas.
Al recibir el rescate, Mahoma encuentra entre las joyas un collar de Kadidja. Lo había regalado a su hija después de la muerte de su primera esposa. Y ahora Zainab lo envía para rescatar a su marido. A Mahoma se le saltan las lágrimas. Consulta a sus camaradas de combate y les ruega que liberen gratuitamente a su yerno. Sus fieles conceden ese favor al profeta. Abul-As recobra su libertad sin necesidad de rescate. Pero se compromete, a su retorno a La Meca, a enviar a Zainab a Medina.
Mahoma considera inadmisible que su hija permanezca casada con un pagano.
Otra liberación difícil de arreglar es la de Abbas, el tío de Mahoma. Ha luchado, aunque involuntariamente, en las filas enemigas contra el Islam. Abbas fue capturado con la ayuda de dos ángeles, puesto que Yazir, el musulmán que se adueñó de él, era demasiado débil para llevárselo por sí solo. Abbas es conducido maniatado ante Mahoma. El corazón del profeta se desgarra de dolor. Ama a su familia y de uri modo especial a su tío. Pero nada puede hacer. La captura de Abbas es un acto de justicia, llevado a cabo cbn ayuda celeste. Lo único que Mahoma podría hacer por su tío es aflojarle un poco la cuerda que le ata. No se trata, desde luego, de soltarlo; sino, simplemente, de aflojar un poco los lazos.

Abbas afirma que es un musulmán clandestino y en calidad de tal pide la libertad. Mahoma responde: «Alah sabe en qué consiste tu Islam. Si es como tú dices, Alah te lo tendrá en cuenta. Pero a nosotros sólo nos toca juzgar de tus actos exteriores.
Has combatido al Islam y a Dios con las armas en la mano. Te hemos capturado. ...Ahora, paga tu rescate».
Incluso encadenado, Abbas no olvida que es usurero. Y empieza a regatear el precio de su libertad. Dice a Mahoma que, muchos años antes, le prestó veinte onzas de oro y que el profeta no se las ha devuelto nunca. Abbas propone a Mahoma su libertad a cambio de aquellas veinte onzas.
Mahoma no acepta. Dice: «Esas veinte onzas de oro me las ha dado Alah por tu medio: Alah, que es poderoso y fuerte».
Cuando Abbas oye que no ha sido él quien prestara el oro a su sobrino, sino Alah, y que él ha servido de jnstrumento en el regalo hecho por Dios al profeta, busca otro medio de esquivar el rescate. Afirma que no posee fortuna alguna. Que todo lo que tenía lo ha perdido en especulaciones.
Mahoma responde a Abbas que antes de partir para la batalla de Badr contra el Islam, ha entregado el dinero, las joyas y todos los objetos de valor a su mujer, e incluso le ha indicado el sitio en que debía guardarlos. Mahoma precisa ese lugar. Desarmado, Abbas reconoce que está vencido. Nadie, fuera de él mismo y de su esposa, conoce el valor exacto de su fortuna y el lugar en que la ha ocultado. Que Mahoma lo sepa, indica que Dios le tiene al corriente de todas las cosas. Abbas acepta pagar el rescate y queda en libertad.
Durante el combate, ha perdido su camisa. Ahora tiene el torso desnudo. Un joven musulmán, hijo de Ubaiy, el pretendiente al trono de La Meca, se apiada del cautivo y le ofrece su propia camisa. Mahoma queda muy conmovido por el gesto de Ubaiy. Diez años después, cuando muera el padre de Ubajy, y aunque haya sido un enemigo de Mahoma. el profeta ofrece su propia camisa para que se amortaje al muerto, en señal de
reconocimiento al gesto de Ubaiy aquí, en Badr, con respecto a Abbas.
Aunque la batalla de Badr no haya sido más que un mínimo hecho de armas, tuvo una influencia capital en el desarrollo del Islam. En ese combate, Mahoma no dispuso más que de dos caballos, de trescientos trece hombres, y de un camello por cada dos soldados. Y a pesar de eso, la legendaria batalla de Badr es más conocida que aquellas otras en que el Islam puso diez mil caballos en línea de combate.
Si Mahoma hubiera perdido, tal vez el Islam hubiese sido vencido para siempre. El mismo Mahoma lo afirma. Pero, vencedor, el Islam se convierte en algo más importante que La Meca misma. El prestigio de la victoria de Badr abre al Islam las puertas de la Historia.

LVII

DUELO EN LA FAMILIA DEL PROFETA

Ruqaya, una de las hijas de Mahoma, es la mujer más bella de La Meca. Se casó con un hijo de Abu-Lahab; pero fue repudiada por su marido en cuanto el profeta comenzó a manifestar sus primeras revelaciones. Abu-Lahab estimó que no era digno de su hijo tener por esposa a la hija de uno que habla con los ángeles. Entonces, Ruqaya se casó con Uthman, joven rico, elegante y escéptico. Los esposos emigran a Abisinia, con el primer grupo de musulmanes perseguidos. En Abisinia, la belleza de Ruqaya se hace legendaria. Por ella hay cada día duelos y alborotos entre los jóvenes abisinios.

Pero de pronto estalla una guerra: los jóvenes aristócratas abisinios van a combatir y se olvidan las querellas cuyo centro había sido la hermosa musulmana, hija del profeta árabe.

Ruqaya es, de todas sus hermanas, la más semejante y cercana al profeta. Fue ella quien corrió al santuario de la Kaaba para salvar asu padre cuando éste estaba a punto de morir sofocado, atado y encerrado por sus enemigos en un estómago de camello.

De regreso del exilio, abandona La Meca y se instala en Medina con su marido, al mismo tiempo que las primeras familias musulmanas que acompañaron al profeta en el momento de la Héjira. Pero Ruqaya estaba enferma. En el momento de la batalla de Badr, Mahoma ruega a su yerno Uthman que permanezca en Medina para cuidar a su esposa. A fin de justificar semejante ausencia, Mahoma nombra a Uthman comandante de Medina.

Después de la victoria, el yerno de Mahoma recibe el mismo botín de guerra que los demás combatientes, puesto que ha permanecido en Medina en servicio, por orden del Profeta. A pesar de todos los cuidados recibidos, Ruqaya muere. La victoria de Badr aparece entristecida con ese suceso. El duelo aflige profundamente al profeta. Mahoma ama apasionadamente a su familia y a su pueblo. Pero la pena que causa a Mahoma la muerte de su hija Ruqaya irá acompañada por otros dolores. Muere, al nacer, un nieto del profeta. Se trata del primero de sus nietos.

He aquí los hechos. Entre los prisioneros, se encuentra uno llamado Abul-As, sobrino de Kadidja, casado con Zainab, segunda hija de Mahoma. El matrimonio tuvo lugar antes de la muerte de Kadidja. En ef hogar hay unidad y felicidad. Cuando comienzan las persecuciones contra Mahoma, Zainab vacila largo tiempo, obligada a escoger entre el Islam y su marido, que es pagano. Por fin, escogió a su marido: fue la única hija de Mahoma que permaneció en La Meca en vez de partir con los musulmanes en el tiempo de la Héjira. Su marido se ha distinguido en el campo de batalla de Badr, antes de ser hecho prisionero. Cuando, entre las joyas para pagar su rescate, Mahoma encuentra el collar de Kadidja, da la libertad al yerno sin exigir nada a cambio. Pero le pide que devuelva a Zainab a Medina.

Abul-As mantiene su promesa. De regreso en La Meca, después de su liberación, envía a su esposa a Medina.

Zainab, que está encinta, queda bajo la protección de Kinnah, hermano de Abul-As. La caravana en que iba la hija del profeta, abandona La Meca de noche. A pesar de esto, los coraichitas husmean la partida. En ese momento, su odio a Mahoma ha llegado al colmo. Los pagano.s forman una banda, conducida por un individuo llamado Habbar, y atacan la caravana de Zainab.
Kinnah y sus hombres luchan contra los agresores. Zainab se salva en el último instante. Pero, durante la lucha, ha tenido la desgracia de caer de su camello. Y da a luz antes de tiempo a un niño muerto. Era el primer descendiente varón del profeta. Al saber que su nieto ha muerto al nacer, Mahoma ordena que Habbar, a quien considera asesino, sea quemado vivo. Es la pena más severa que jamás haya pronunciado. Y sin embargo, no es un hombre cruel. Durante los preparativos del suplicio, Mahoma se echa atrás. Dice a sus hombres que no quemen vivo a Habbar.
«Es el Dueño del Fuego, es decir, Dios, el único, que puede castigar con el fuego. Contentaos con matarlo. No lo queméis».
En su infancia, Mahoma quedó impresionado por los relatos de Abd-al-Muttalib, su abuelo, acerca de los veinte mil árabes del Nedjran que habían sido quemados vivos por negarse a convertirse al judaísmo. Ahora, no puede soportar la idea de que un hombre pueda ser quemado.
Por lo demás, no sólo no será quemado, sino que Habbar salvará su vida. Más tarde, volverá a Mahoma e implorará su perdón. Y Mahoma lo perdona, como ha perdonado siempre a sus enemigos, por grande que sea su crimen.
Zainab llega a Medina sin hijo y enferma. Después del parto prematuro, no logrará reponerse; morirá enferma. Pero, durante el tiempo que aún le queda de vida, Zainab no se consuela de sentirse separada de su marido. Es la primera mujer musulmana “separada por motivos religiosos”. Tampoco Abul-As se consuela de aquella separación. Durante un viaje, cae prisionero de los musulmapes. Se evade y llega clandestinamente a Medina. Acude a la casa de su antigua esposa. Esta lo recibe
con lágrimas en los ojos. Al día siguiente, en medio de la mezquita, Zainab anuncia a todos que concede su protección el djiwar, al que fue su marido.
Los códigos árabes imponen a todos la obligación de respetar la protección concedida a un fugitivo. Y a ese respecto, las mujeres tienen derechos especiales. El fugitivo que sólo toca las cuerdas de una tienda en que se halle una mujer, debe ser respetado. Está bajo su protección: «Un fugitivo queda garantizado por la mujer que eche sobre él su manto. Se convierte en su djar, su protegido».
Mahoma se alza y dice: «La más humilde entre las musulmanas tiene también el derecho de conceder su protección, que debe ser válida para ,toda la comunidad». Sin embargo, el profeta se acerca a su hija Zainab y.le dice: «Recibe lo mejor que puedas a tu protegido, pero no te entregues a él. La cohabitación con un pagano está prohibida a las mujeres musulmanas». Para evitar toda complicación, Mahoma pide a los hombres

que guardan la casa de Zainab que restituyan a su yerno todos los bienes confiscados y le dejen huir. Abul-As parte así, con la complicidad de sus propios carceleros, tras habérsele devuelto todos sus bienes.
De regreso en La Meca, Abul-As liquida cuanto posee y vuelve a Medina, donde abraza el Islam. Dice a Mahoma: “Si hubiera abrazado el Islam cuando me hallaba cautivo.,
hace unos días, se hubiera creído que lo hacía por razones de interés material. Aquí me tienes ahora con una conciencia pura. Reconozco que el Islam es la verdadera religión.”
Por su parte, el profeta le restituye su mujer, sin renovar el matrimonio. Poco después de haberse hecho musulmán y haber reanudado la vida conyugal, Abul-As queda viudo. Zainab muere. De esa manera, Mahoma pierde a su segunda hija, poco después de la victoria de Badr. Esas desgracias en la familia no son las únicas tristezas que ensombrecen la victoria.
Las tribus judías de Medina, a pesar de las prohibiciones estipuladas por la constitución, concluyen una alianza con los coraichitas y La Meca, a fin de exterminar al Islam y a Mahoma.
Los más famosos poetas judíos de Medina se dirigen a La Meca, con el propósito de excitar a la población contra Mahoma. Entre ellos se encuentra Kab-ibn-al-Ashraf, célebre por sus sátiras contra el Islam y su profeta.
En aquella época, La Meca no tiene más que una preocupación: la guerra contra el Islam. ¡Qué no quede un solo musulman! ¡Que no vuelva a oírse la fórmula La Ilah Illah' llah: “No hay más Dios que Alah”!
Para sostener el odio contra Mahoma y endurecer los corazones, se prohibe en La Meca llorar a los caídos en la batalla de Badr. Los coraichitas lanzan la consigna: «Los muertos no deben ser llorados, sino vengados». Para una madre, es dura prueba el retener las lágrimas cuando su hijo ha muerto. Pero los eventuales castigos son extraordinariamente severos. En La Meca, las madres no se atreven a llorar a sus hijos muertos en Badr.
La tradición cuenta que una noche cierto ciudadano, cuyo hijo había muerto en el combate - pero que no lo llora, puesto que está prohibido - oye a una vecina que se lamenta y solloza. Sale de su casa y se dirige a la de su vecina para preguntarle si ha cesado la prohibición de llorar, puesto que también él tiene el corazón lleno de lágrimas y no puede dominarse más tiempo. La vieja que llora no tiene el valor de confesar la verdad. Dice que no llora a su hijo muerto, sino por un camello perdido. Porque en La Meca no está prohibido llorar por un camello en aquel año de 624 en que la ciudad prepara la lucha por el exterminio del Islam.

LVIII

LA MUERTE DE UN ENEMIGO

Después de la muerte de Abu-Ja:hl, el más encarnizado de los enemigos del Islam es Abu-Lahab. Con él, contra Mahoma, están Abu-Suffian y Safwan-ibn-Umaiyah. Tal es el triunvirato del odio. Abu-Lahab, el tío de Mahoma, no ha participado en la legendaria batalla de Badr contra los ángeles, contra Alah y contra los musulmanes. El enemigo número uno del Islam se hallaba enfermo. Ha pagado, según los usos y costumbres, a un mercenario que le remplazara en el combate. El mercenario se llama Aciben-Hicham y ha recibido la suma de 4.000 dirhams por luchar en vez de Abu-Lahab.

La derrota de los paganos en Badr ha puesto fuera de sí al terrible enemigo del Islam. y decide una vez más hacer asesinar a su sobrino Mahoma. Busca urgentemente a un asesino a sueldo, que salga para Medina y acabe con el profeta.

El plan de asesinato no es dificil de maquinar. La vida de Mahoma en el exilio de Medina es semejante a la de los demás habitantes de la ciudad. Circula por las calles sin que le acompañe escolta alguna. En la casa del profeta puede entrar cualquiera; aunque esté reparando sus sandalias, cosiendo sus vestidos o llevando a cabo pequeños trabajos manuales.

Mahoma tiene también un criado. Uno solo. Pero ese criado no debe realizar más que tres cosas. Sirve de guía a las delegaciones extranjeras que acuden a visitar al profeta; marcha a la cabeza del cortejo cuando hay una procesión, a fin de abrirle camino; y, en fin, guarda las sandalias del profeta mientras éste se halla en la mezquita.

Mahoma no teme que le roben sus sandalias. Pero, a la salida de la mezquita sigue habiendo mucha gente y empujones. Siempre se encuentra algún torpe, que hace un movimiento falso, y los cientos de sandalias quedan mezcladas en montones. Los propietarios pierden demasiado tiempo en encontrarlas. Por horror al desorden y para ganar tiempo, Mahoma dispone un guardián de las sandalias. Es uno de los pocos servicios que Mahoma pide a otrps. Y puesto que junto al profeta no hay ni centinela, ni
guardia de corps, el asesino enviado por el triunvirato de paganos de La Meca podrá entrar en la casa de Mahoma cuando quiera y matarlo. Se encuentra un asesino, llamado Umair-ibn-Wahb. Su hijo fue hecho prisionero en Badr. Umair anuncia que se dirige a Medina para rescatar a su hijo. Una vez en casa de Mahoma, podrá asesinarlo. Solamente están al corriente de este proyecto el mismo Umair, por supuesto, y los triunviros del odio: Abuh-Lahab, Abu-Suffian y Safwan-ibn-Umayah. Éste último presta a Umair lo necesario para los gastos del viaje y toma a su cargo a sus hijos durante la ausencia del padre.

Así pues, Umair. es el asesino ideal. Llega a la casa de Mahoma. El profeta le pregunta qué desea. Umair responde que viene a rescatar a su hijo.

«El rescate de tu hijo no es más que un pretexto para entrar aquí», le dice Mahoma. y repite a Umair, palabra por palabra, su conversación con Safwan. Igual que si hubiera estado presente a ella.

El asesino arroja el puñal con el que proyectaba asesinar al profeta; cae de rodillas ante Mahoma y dice: «yo me he burlado siempre de tus pretendjdas revelaciones divinas. Pero Safwan y yo estábamos solos. ¿Cómo has sabido lo que nos dijimos? ¡No puede haber sido más que por una revelación de Dios!
Eres el auténtico mensajero del Señor. Abrazo tu religión».
Mahoma perdona a Umair el haber venido con intención de asesinarlo. Acepta su conversión. Después, lo envía para que predique el Islam en las filas de los coraichitas de La Meca.
Umair está entusiasmado con esa misión. Dice: «Hasta ahora hice todo lo posible para impedir la propagación del Islam. En adelante haré cuanto pueda para extenderlo».
De regreso, en La Meca, Umair no encuentra a Abu-Lahab.
El feroz enemigo del Islam ha muerto.
Un día, en el marbad, esa plaza en que se detienen las caravanas, Abu-Lahab ha oído a un beduino contar cómo en la batalla de Badr cinco mil ángeles han descendido desde una nube como desde una alfombra volante, para luchar junto a los musulmanes.
La muchedumbre, asombrada, oía con la boca abierta la historia de la batalla de Badr. Abu-Lahab, furioso, interrumpe la narración. Irrumpe en injurias. El narrador y los oyentes contestan. Abu-Lahab quiere explicar que aquella historia de los ángeles no es más que una leyenda. Que nada de verdadero hay en ella. Pero la muchedumbre no sentía deseos de oír las objeciones de Abu-Lahab. Quería oír la historia maravillosa en que los ángeles descienden del cielo y combaten, vestidos de soberbios uniformes, con cascos llenos de plumajes, penachos y airones. Alguien empuja a Abu-Lahab. Al querer insistir en sus razones, lo golpean. La muchedumbre le hiere gravemente. Abu-Lahab, llevado a su propia casa, cae en cama para no levantarse más. Siete días después, muere «de un acceso de fiebre bubónica». La familia, temiendo el contagio, entierra el cadáver
de Abu-Lahab lo más lejos posible de La Meca. Pero, desde el día siguiente al de los funerales, y hasta nuestros días, no han dejado de caer piedras, arrojadas por los fieles que pasan por allí, sobre la tumba de Abu-Lahab, el enemigo irreductible del Islam. Más ade}ante, la esposa de Abu-Lahab, serír inhumada cerca de su marido, en el desierto, en los confines de La Meca, a fin de recibir también sobre su tumba la lluvia de piedras e
injurias de los caminantes.

Dice el Corán, hablando de esa muerte del enemigo:
La fuerza de Lohab se ha desvanecido. Él mismo pereció.
¿De qué le sirvieron sus inmensas riquezas?
Descenderá al fuego del infierno.
Le seguirá su esposa, llevando leña.
Ya su cuello atarán una cuerda de palma.

Abu-Suffian, o más exactamente, Hint, su apasionada esposa, toma ahora el puesto de Abu-Lahab al frente de la coalición

antimusulmana. y será esta mujer quien, durante años enteros, llevará adelante la guerra contra el Islam.

LIX

LA EXPEDICIÓN DE LA HARINA DE CEBADA

Diez semanas después de la batalla de Badr, La Meca envía contra Medina un destacamento de castigo, mandado por Abu-Suffian. Este gran negociante, enemigo encarnizado del Islam y hermano de leche de Mahoma, es también poeta. Sus hija o sátiras contra el profeta, son de lo más virulento. Ahora, Abu-Suffian parte con cuatrocientos hombres a atacar a Medina. Sale de La Meca en plena «Tregua de Dios». Las intenciones de Abu-Suffian son claras: «Su primer objeto era restaurar la confianza en los de La Meca y demostrar al mundo que los coraichitas están siempre en su sitio».
El destacamento dirigido por Abu.Suffian sale en secreto de La Meca. Viaja por caminos desusados, a fin de presentar batalla por sorpresa.
Llegado a un día de camino de Medina, Abu-Suffian deja a las tropas en las gargantas del monte Nib y, al frente de un reducido grupo de hombres armados, penetra en la ciudad.
Los coraichitas han concluido una alianza secreta con los judíos de la ciudad del profeta. Abu-Suffian se dirige a la casa del jefe del clan nadir, a quien pertenecen las plantaciones de dátiles del oasis. Es un hombre llamado Sallam-ibn-Micham. Recibe a Abu-Suffian en su castillo, el atam, con todos los honores debidos. El jefe de los terratenientes de Medina ofrece a Abu-Suffian un festín real. Pero anuncia a su huésped que los judíos de Medina, aunque decididos a combatir alIado de La Meca para el exterminio del Islam, no están aún dispuestos a hacer la guerra. Es demasiado pronto para comenzar las hostilidades. En todo caso, la tribu nadir no puede participar en la lucha contra Mahoma, como le ha pedido Abu-Suffian, ni aquella noche, ni las noches siguientes. Los riesgos son demasiado grandes. De manera que el plan de ataque contra Medina, con los 400 hombres y la complicidad de los judíos del jnterior de la ciudad,
fracasa.
Abu-Suffian, furioso, abandona la residencia del jefe de los judíos. Incendia y saquea las granjas del barrio judío de Uraiq, al norte de Medina. Mata a dos árabes. Después, huye con el botín.
Nadie da la alarma. Por más que hayan negado su ayuda a Abu-Suffian, los judíos no quieren hacer manifestaciones de hostilidad frente a él, ni excitar a la población después de los incendios y saqueos cometidos en su barrio. De todas maneras, los musulmanes conocen lo ocurrido, aunque con retraso. Y se ponen inmediatamente en camino, a la búsqueda de Abu-Suffian.
Los incendiarios, viéndose perseguidos, y para ir más aprisa, arrojan todos los sacos de harina de cebada, o sawiq, de que se habían

adueñado en las granjas antes de incendiarias. A causa de esos sacos abandonados, la fracasada expedición, señalada
por la defeccjón de los judíos en la lucha contra Mahoma, tomará el nombre de «expedición de la harina de cebada», o «asunto del sawiq».
Para castigar ese ataque nocturno contra Medina y el asesinato de los dos árabes del barrio Uraiq, Mahoma ordena el ataque y saqueo de una caravana de La Meca.
La ocasión no tarda en presentarse. Abu-Suffian, en compañía de Sadwan-ibn-Umaiyah, el que otrora sobornara a Umair, el asesino, regresan de Jaibar, ciudad judía al norte de Medina, con una caravana cargada de plata. Jaibar es célebre por su industria de plata, sus ornamentos y sus vasos. Y no sólo los vende, sino que los da en préstamo. Con motivo de bodas y fiestas, los coraichitas de La Meca alquilan regularmente vasos, joyas y aderezos en Jaibar. Unos años antes, algunos objetos alquilados por La Meca se han perdido y la ciudad ha debido pagar a los de Jaibar una indemnización de diez mil dinares de oro.
Los musulmanes son unos cien. Su jefe es Zaid-ibn-Haritha. Intercepta la caravana coraichita cerca del manantial Al-Qaradah, en el desierto de Nadj. Abu-Suffian y Safwan logran huir. Todas las mercaderias que llevan caen en manos de los musulmanes. El botín, objetos de plata en su mayoría, está valorado en cien mil dinares. Es la primera caravana de La Meca que cae realmente en manos de los musulmanes. Es el desquite al ataque nocturno de Medina en la “expedición de la harina
de cebada”.
La noticia de semejante pérdida hace más urgentes los preparativos de guerra de La Meca contra Mahoma.

LX

LA PARTIDA DE LOS ORFEBRES DE MEDINA

Mientras La Meca prepara su gran campaña contra Mahoma, los antimusulmanes de Medina luchan con las armas de que disponen: la poesía. «No se debe olvidar que en aquella época, en Arabia, la sátira y el panfleto eran armas mortales. Para un hombre como Mahoma, cuyo éxito dependía en buena parte de la estima de sus compatriotas, una sátira violenta podía ser más perjudicial que una batalla perdida». Kab-ibn-al-Ashraf, que ha permanecido durante meses en La Meca, incitando a los coraichitas a tomar las armas contra Mahoma y contra el Islam, vuelve pronto a Medina. Sigue escribiendo, declamando y haciendo declamar en todos los lugares públicos, por cantores y recitadores, las sátiras, las terribles hijas árabes, que él mismo escribe contra Mahoma y contra la nueva religión. Una amiga de Kab, la poetisa Asma-bint-Marwan, conquista al público de Medina zahiriendo vjolentamente a Mahoma. sus profecías,

Alah, el ángel Gabriel y el Islam. El tercer propagandista antimusulmán se llama Abu-Atak. Aunque ya de edad, se le encuentra en todos los lugares en que se vitupera al Islam.
Mahoma sufre mucho por esa campaña. Los fieles ven el dolor del profeta, pero éste posee la virtud capital del árabe: la paciencia. Dice el Corán: Quienes se hacen de la paciencia una ley serán los únicos en salvarse.
Pero los discípulos no soportan con la misma paciencia el ver ridiculizado y ultrajado cada día, en público, a su profeta, a su Dios ya su fe. Una noche, un ciego musulmán penetra en la casa de Asma-bint-Marwan, la panfiktista, y la apuñala. El ciego, ha clavado el puñal en el corazón de la poetisa. Tal proeza parece superar las posibilidades de un ciego; pero se trata de un pariente próximo de Asma. y conoce bien cada lugar. No necesita ojos. Durante años enteros ha vivido en la intimidad de la mujer de mortales estrofas.
Al día siguiente, el asesino se dirige a la mezquita. Mahoma ha sido advertido del crimen, pero jgnora quién es el asesino.
Pregunta al ciego: «¿Eres tú quien mató a Asma?»
«Sí», contesta el asesino; y añade: «¿Pesa algo contra mí por eso? Dos chivos no se comearán por una cosa así».
Mahoma se encoleriza. Detesta el crimen. Para castigarlo, se necesita una protesia de la tribu a que pertenece la víctima. Ahora bien, el asesino es uno de sus parientes. Por lo tanto, la tribu no puede reclamar castigo alguno: se trata de un asunto interno del clan. Y nadie de fuera del clan tiene derecho a mezclarse en ello. Ni siquiera el profeta. La constjtución de Medina deja a cada tribu su legislación y sus libertades anteriores: De acuerdo con esas leyes, no se considera como tal un asesinato si la víctima y el asesino son miembros del mismo clan: todo se reduce a un asunto de familia.
El segundo asesinato es el de Kab. Es su hermano de leche quien le da muerte. Tampoco en ese caso puede reclamarse la diya, el precio de la sangre. También ahora se trata de un asunto de familia. Y cada familia constituye un estado independiente. Autónomo. Prohibido a todos los de fuera. Lo mismo se repite con el tercer propagandista antimusulmán, Abu-Afak. También él es asesinado por un miembro de su propio clan.
De todas maneras, prosigue la campaña contra Mahoma, después de la muerte violenta de los tres enemigos del Islam.
La sede de la propaganda anrimusulmana se encuentra en las tribus judías de Medina. Mahoma acude a los judíos y les invita a hacer las paces. A vivir en armonía. A respetar los compromisos adoptados.
Los judíos de Medina han firmado un pacto secreto de alianza con La Meca contra el Islam. Es un acto contrario a la constitución de la ciudad. «Está formalmente prohibido a las tribus de Medina ayudar a los coraichitas.»
Es, ante todo, una cuestión de lógica y de buen sentido, el no ayudar a los enemigos de la propia patria; además, se trata de un acto prohibido a los ciudadanos de Medina por el artículo 45 de la constitución: «Ni los coraichitas, ni quien les dé ayuda alguna, podrán ser puestos bajo protección».

El banu-Qainuqa recibe información de que La Meca enviará dentro de poco tiempo un ejército de algunos miles de hombres contra Mahoma; de esa manera desaparecerá el Islam.
Se trata de cuestión de semanas. Seguros de la inevitable caída del enemigo, los judíos contestan a Mahoma con arrogancia y en tono provocativo. Ni siquiera le llaman por su nombre, Mahoma. Dirigense a él con la fórmula Abu-Qasim, que es un apodo, una kunya, y que significa «padre de Qasim»; porque Mahoma ha tenido un hjjo, muerto en la niñez y llamado Qasim.
«Oh Abu-Qasim, dice el jefe de la trjbu Qainuqa, tú no has conocido como adversario más que a tu propio pueblo. No te hagas, por lo tanto, ilusiones por la victoria alcanzada sobre un pueblo que no sabe llevar las armas. Por casualidad, le has infligido una derrota en Badr. Pero por Dios, si nosotros, los judíos te combatimos, verás lo que son hombres animosos, valientes y poseedores del arte militar».
Mahoma insiste para obtener al menos un compromiso con los judíos de Medina: que ellos no le ataquen por la espalda en el momento en que el ejército de La Meca se lance al asalto.
Los judíos, que esperan la llegada de las tropas coraichitas y han prometido su ayuda a los paganos de La Meca, no quieren, ni siquiera oír hablar de semejante compromiso.
Los musulmanes soportan las ofensas, la arrogancia y las provocaciones, a fin de no hallarse entre dos enemigos en el conflicto que se ha hecho inevitable. Los poetas judíos de Medina cantan ya la muerte de Mahoma y la desaparición del Islam. La situación es explosiva en las comumdades. Mientras Mahoma espera todavía llegar a un acuerdo con los judíos, estalla un incidente. Una joven árabe penetra en el barrio judío de la tribu
Qainuqa. Un grupo de jóvenes la acosa, le dirigen cumplidos bastante soeces y por último, para poder admirarla a su gusto, intentan arrancarle el velo. La joven se defiende. Los muchachos insisten. Durante ese tiempo, un orfebre sale de su tienda y fija al muro, con un clavo, el vestido de la joven. Cuando ella trata de escapar y huir de sus asaltantes, su vestido queda enganchado en el clavo y la muchacha aparece desnuda. Un musulmán que pasa por allí en ese instante toma su defensa y golpea al orfebre. Los muchachos, que han rodeado a la joven se precipitan sobre el musulmán y lo matan. De acuerdo con la costumbre, los musulmanes exigen el precio de la sangre por su camarada asesinado. La tribu Qainuqa se niega a pagar reparaciones por el crimen. Así se inician las hostilidades entre musulmanes y orfebres. No solamente los orfebres, unos setecientos, persisten en su negativa a pagar el precio de la sangre, sino que se fortalecen en su barrio, en losatam, y esperan la llegada del ejército coraichita. Los musulmanes ocupan el barrio forrificado. Ni de una parte ni de la otra hay heridos o muertos. Los banu-Qainuqa lamentan que la guerra contra Mahoma haya estallado unos días antes de lo debido; pero deciden resistir y esperar la llegada de Abu-Suffian con todo el ejército de La Meca, para librar batalla.

Sólo que el ejército de La Meca se retrasa. Dos semanas después, los banu-Qainuqa saben que los coraichitas ni siquiera han salido de La Meca. Entonces se rinden. Mahoma les confisca las armas, les invita a abrazar el Islam o irse. Mahoma no quiere
derramamiento de sangre, ni expoliaciones. Fuera de las armas, no arrebata nada a los vencidos. Los banu-Qainuqa declaran al profeta que han decidido irse. Mahoma les responde que tienen derecho a llevarse cuanto poseen, excepto la tierra.
«Quien de vosotros posea algo no transportable, que lo venda. . . La tierra, sabedlo, la tierra no os pertenece. La tierra pertenece a Dios».
La tribu Qainuqa se lo lleva todo, excepto la tierra de Medina. Todo: hasta las puertas y los tejados de las casas. Están en su derecho. y los vencedores no se oponen a él.
Los banu-Qainuqa se dirigen a Wadil-Qura, de donde una parte sigue hacia La Meca, para reforzar el ejército coraichita y volver a Medina. Los otros continúan hacia Adhriat.
Con la marcha de los banu-Qainuqa, uno de los enemigos de los musulmanes en el interior ha quedado eliminado. Pero sólo uno. Hay todavía muchos, lo mismo en el interior que en el exterior. El más importante sigue siendo La Meca. El ejército
coraichita no tardará en llegar. El ataque es inminente. Pero he aquí que La Meca, incluso antes de entablar combate, acaba de perder a uno de sus aliados: el clan de los orfebres de Medina.
Simplemente, por una falta de sincronización. Con esos 700 aliados emboscados en la retaguardia enemiga, La Meca hubiera logrado una fácil victoria contra el Islam. Ahora es demasiado tarde. Llegados ante Medina, los de La Meca no encontrarán y a a sus aliados, los orfebres. Porque éstos han dicho adiós a la ciudad.

LXI

OHOD: LAS DERROTAS SON TAMBIÉN OBRA DE DIOS

El 11 de marzo del año 625, La Meca envía un ejército poderoso contra Mahoma. Los efectivos de ese ejército llegan a 3.000 hombres, 700 de los cuales llevan armadura. No se trata de las armaduras metálicas de los guerreros del Norte; equipados de ese modo, los soldados del desierto morirían achicharrados, como sobre una parrilla. Los 700 coraichitas llevan cota de malla, muy eficaz contra las armas de su tiempo.
La Meca dispone de 200 jinetes. A la cabeza del ejército va Abu-Suffian, secundado por Sufwan-ben-Umaiyah, el hombre que un año antes enviara a Umair para asesinar al profeta.
El segundo capitán, comandante de la caballeria pagana, es Ja1id-ben-al-Walid. Será más tarde el gran conquistador del Islam y se le llamará «Jalid; la espada de Dios». Ahora, conduce la caballeria de La Meca contra el Islam. A su lado se halla Ikrimah, hijo de Abu-Jahl,

que ha heredado el odio de sus padres contra Mahoma. El pendón de La Meca es llevado por la tribu Abd-ad-Dar.
Mahoma tiene jnformaciones precisas acerca de las fuerzas del enemigo y del momento en que parte de La Meca. La noticia de la invasión llega al profeta un día en que se halla
en la mezquita de Quba. Es el prjmer edificio religioso que Mahoma ha hecho edificar. Se llama la mezquita de las dos qiblas, o de las dos direcciones de oración: una hacia Jerusalén; la otra, hacia La Meca. Cada semana, Mahoma acude allí para hablar a los fieles. Desde hace tiempo se han tomado las medidas necesarias ante un choque con el enemigo.
El jueves 21 de marzo del año 625, la vanguardia de las tropas mandadas por Abu-Suffian penetra en el oasis y acampa al norte de Medina, en Ohod, después de haber rodeado la ciudad.
Los coraichitas dejan sus caballos y camellos para que pazcan libremente en los campos de cereales y en los huertos y jardines del oasis. Eso; es señal de provocación.
El grueso del ejércjto pagano llega siguiendo el lecho del río Wadi-Aqiq, y acampa también al norte de la ciudad, en Ohod.
Mahoma convoca a los jefes del clan de Medina y discute con ellos durante toda la tarde del jueves 21 de marzo; la discusión sigue aquella noche ya la mañana del día siguiente, viernes.
La guardia musulmana toma posiciones ante el enemjgo. La discusión acerca de la conducta que conviene adoptar es difícil sobre todo a causa de Abdallah-ben-Ubaiy, jefe de los neutrales (los munafiqun, los hipócritas, los topos, que se ocultan cuando hay peligro y aguardan el desarrollo de los acontecimientos para pronunciarse a favor del partido victorioso). Pero Mahoma quiere saber con precisión si habrá gentes que le ataquen por la espalda, en su propia ciudad. Desde luego, si la suerte no le es favorable, los munafiqun y todas las tribus judías de Medina le atacarán por la espalda; sin contar con un grupo conducido por Abu-Amir. Al comienzo de las operaciones, los neutrales y los judíos se abstienen de manifestarse. Sólo Abu-Amir declara abiertamente su hostilidad.
Mahoma pasa al segundo capítulo. ¿Qué táctica adoptar durante el combate? Abdallah Ubaiy propone que el ejército de Medina se atrinchere en los sitios fortificados, en las pocas docenas de atam, o castillos fortalezas, para resistir al ataque. Explica: «Nunca hemos salido de nuestra ciudad y nadie ha tratado de entrar en ella sin ser capturado».
Abu-Bakr y los compañeros del profeta, las personas de edad, son del mismo parecer: hay que fortificarse en los castillos y resistir el ataque que procede del exterior. El combate debe ser librado en el interior de la ciudad. Porque, a diferencia de La Meca, Medina tiene fortificaciones. Es normal, por lo tanto, que sean utilizadas. Para eso precisamente han sido construidas en otro tiempo.
Mahoma desconfía. Lógicamente, quienes sostienen ese plan tiene razón. Mas parece sospechoso que Abdallah-ben-Ubaiy, que nunca ha adoptado una actitud clara, se pronuncie ahora con tanta pasión por el plan de atrincherarse en las fortificaciones.

Cuando ese hombre recomienda una línea de conducta, puede sospecharse que oculta algo. Mahoma sospecha que Ubaiy y los enemigos del Islam proponen ese plan para preparar el ataque a traición, que han debido disponer en algún lugar secreto.
Por otra parte, existe un plan que cuenta con las preferencias de los jóvenes musulmanes. Estos piden que el combate se entable a campo abierto, fuera de la ciudad, según la táctica habitual de los árabes. A su modo de ver, no enfrentarse con el enemigo a campo raso es una actitud humillante, sobre todo tras la destrucción de las cosechas al norte de la ciudad. Los jóvenes no tienen más que una preocupación: no ser tildados de cobardes por el enemigo. Quieren gestos valerosos. «Sacan la espada y deliran como camellos machos», dice el cronista, al hablar de ellos.
Mahoma reflexiona mucho. Con general sorpresa, adopta el plan de los jóvenes. El profeta no da explicación alguna a nadie.
No está entre sus costumbres el explicar por qué obra de una determinada manera en vez de otra. Mahoma escucha durante horas la exposición de todas las opiniones; después de eso, toma una decisión, de la que nunca se vuelve atrás. A partir del instante en que ha optado por una solución, exige una sumisión total y se niega a dar explicaciones. Inmediatamente toma la decisión de trabar combate en el exterior de la ciudad; y hecho esto, Mahoma se levanta y pide a Abu-Bakr que le ayude a ponerse su cota de malla. Ciñe una espada en la que están escritas estas palabras: «La cobardía a nadie salva de su destino».
Abdallah-ben-Ubaiy y los partidarios del combate en el interior de las fortificaciones insisten por última vez ante Mahoma para que no presenten batalla en terreno abierto, fuera de la ciudad, porque la derrota será inevitable.
«No, replica Mahoma; no es conveniente que un profeta vuelva a envainar la espada una vez que la ha sacado, ni que vuelva la espalda cundo ya ha dado los primeros pasos,
hasta que Dios decida entre él y el enemigo».
Acto seguido, Mahoma inspecciona el ejército musulmán. Está compuesto de mil hombres. La Meca cuenta con 3.000. Por lo tanto, habrá que batirse a uno contra tres. No llegan a 300 las cotas de malla de los musulmanes. La Meca tiene 700 soldados con armadura. Además, La Meca tiene 200 caballos y los musulmanes solamente dos. Porque son demasiado pobres para tener más. Mientras inspecciona las tropas, Mahoma recibe la advertencia de que parte de los judíos ha decidido, por una bravata pasarse al enemigo ffimediatamente después del comienzo de las hostilidades. Esa defección de buena parte del ejército de Medina producirá un terrible efecto sobre los musulmanes.
Automáticamente seguirá la derrota del Islam. Mahoma comprueba la información, que es exacta. Pero finge ignorarla. Hasta nueva orden, no cambia de actitud para con las tribus que han decidido traicionarle durante la batalla. Pero, a fin de desarticular su plan, el profeta decide que ni un solo judío tome parte en el combate. Y se

explica así: «Se trata de una guerra religiosa. De acuerdo con la constitución y con nuestros pactos de
alianza, nuestros amigos los judíos no están obligados a ayudarnos con las armas cuando luchamos por nuestra religión».
Sería ilógico, efectivamente, que los judíós combatieran por la religión de otros. Además, añade Mahoma, es un sábado y las leyes judías prohiben la lucha en ese día.
Los judíos se retiran. Ubaiy hace lo mismo. Ahora, los musulmanes no tienen más que 700 hombres aptos para el combate. Con dos caballos. Y se enfrentan con 3.000 hombres con 200 caballos.
Mahoma impone a sus hombres la misma táctica que en Badr: discipina y ataque en grupo. Nunca el ataque individual. Dispone los arqueros musulmanes de manera que puedan dividir en dos a la caballería enemiga, lo que le impedirá atacar de frente. La caballería de Jalid debe ser forzada a la inmovilidad por los arqueros. Si esa maniobra tiene éxito, y debe tenerlo si las órdenes son ejecutadas al pie de la letra, los musulmanes obtendrán pronto la victoria.
Mahoma explica a sus soldados que sólo por la disciplina podrán dominar a un ejército tres veces más numeroso y mejor equipado.
Dice a los arqueros que la suerte de la jornada depende de la disciplina con que guarden
sus posiciones. El profeta ordena:
«No abandonéis vuestros puestos, aunque veáis que los buitres están comiendo vuestros cadáveres».
Ahora, los ejércitos enemigos están frente a frente. Jalid manda un ala del de La Meca; la otra está encomendada a Ikrimh, el hijo de Abu-Jahl. Entre ambos ejércitos beligerantes hay un terreno salino. Para encontrarse, los combatientes deben atravesar
el cauce seco del río, el wadi.
En el bando de La Meca son las mujeres quienes arman el mayor alboroto. Van conducidas por Hint, la esposa de Abu-Suffian. A su paso por Abwa, donde está enterrada Amina, la madre del profeta, Hint y las mujeres coraichitas que la acompañan han profanado el sepulcro. Aquél es un acto de odio excepcional, al que los árabes no se entregan más que en momentos extremadamente graves.
En el ejército coraichita, hay numerosos esclavos que acompañan a los guerreros. Hint ha prometido la libertad a cualquier esclavo de La Meca que mate a Harnzah o a otro jefe de los musulmanes. Y son muchos los que han acudido para tratar de recobrar así su libertad. Pero gran parte de los soldados son negros de la tribu de Ahabich, que no vienen para luchar por su libertad, sino por un salario, como mercenarios.
Todas las mujeres de lo más selecto de La Meca están presentes en el campo de batalla de Ohod, porque es una vieja costumbre árabe que las mujeres acompañen a los hombres en la guerra. Tal presencia estimula, inflama a los combatientes. Es indispensable para el mantenimiento de la moral en un ejército árabe. Nada ni nadie puede remplazarlas. «Nuestras mujeres nos miran siempre mientras luchamos», dice el poeta, «son las antorchas que iluminan nuestra sangre».

En los momentos difíciles de la batalla, las mujeres sueltan sus cabellos, desgarran sus vestidos y con el torso desnudo y los senos descubiertos, se lanzan adelante, pidiendo a los soldados que las sigan y prometiéndoles su amor cuando hayan vencido. Nadie resiste a semejante llamamiento. Gracias a las mujeres, muchos combates que parecían perdidos se han trocado en victorias.
Ahora, en el comienzo de la batalla, los musulmanes llevan ventaja. Los coraichitas han retrocedido desde los primeros encuentros. Por otra parte, las señales que anuncian la victoria comienzan a aparecer del lado del Islam. Al amanecer, cuando la columna de los creyentes se pone en marcha, precedida de los dos únicos caballos que poseen, uno de éstos, con un movimiento de la cola ha hecho saltar de su vaina la espada de un jinete.
Para el comienzo de una batalla no puede haber mejor augurio. Es la señal de una victoria cierta. y como para no desmentirla, los coraichitas siguen retrocediendo.
En el instante en que el ejército de La Meca comienza a retirarse en desbandada, los arqueros musulmanes, a los que Mahoma ha ordenado no moverse «aunque vieran a los buitres devorar sus cadáveres», abandonan sus posiciones y comienzan el pillaje en el campo enemigo. Creen tal vez que ya no necesitan de la disciplina. Ni mantener sus posiciones. Imaginan que desde el momento en que el enemigo huye, la batalla está ganada. Pero las mujeres de La Meca se interponen y, con invectivas, juramentos, gritos de ánimo, promesas. y lágrimas, consiguen frenar la retirada. «Yo las he visto, dice un testigo, levantar sus piernas y mostrar a los soldados sus brazaletes».
Gracias a las mujeres, el ejército coraichita vuelve a recuperarse. La batalla se hace de nuevo ardiente. Nueve miembros del clan Abd-al-Dar caen muertos uno tras otro, defendiendo el pendón de La Meca. Tras la muerte del noveno, cae la enseña de la ciudad. Una mujer, llamada Amrah, la levanta de nuevo y la lleva en alto. Precede a todos los soldados. El poeta musulmán, Thabit Hassan escribirá más tarde, con motivo de ese acontecimiento:
«Si no hubiera habido allí una mujer harithita - dijo Thabit Hassan -, todos hubieseis sido vendidos en el mercado como esclavos».
El estandarte musulmán lo lleva Musab-ben-Umair. Cae muerto. Dice la tradición que entonces fue un ángel quien tomó el pendón y lo entregó a Alí. Es el único ángel que participa en la batalla de Ohod y ayuda a los musulmanes. Porque, habiéndose hecho culpables de insubordinación, los musulmanes no pueden ser ayudados por fuerzas celestes. En el instante en que los arqueros del profeta cometen el pecado de indisciplina, Jalib y los jinetes paganos a sus órdenes se lanzan al ataque. Cargan contra
las posiciones del Islam. La situación cambia bruscamente. Los coraichitas toman ahora la iniciativa. Un esclavo negro, llamado Wahchi corre como un desesperado al campo de batalla, a la busca de Hamzah; tras haberlo localizado, lo sigue paso a paso y lo asesina. Por la espalda. Así gana su Jibertad. Y no sólo liberará al asesino de Hamzah, sino que, en pleno campo de batalla, Hint se quitará todos

sus brazaletes de las muñecas y de los tobillos, se desprenderá de los pendientes que cuelgan de sus orejas y de sus collares y los ofrecerá a Wahchi.
Otros esclavos buscan apasionadamente al profeta para matarlo. Buscan también a Abu-Bakr, a Omar y Alí. Pero no vuelve a repetirse la suerte de Wahchi. Durante la batalla, Mahoma es herido. Tiene dos llagas en el rostro y un diente roto. Cae en un pozo disimulado. Pero aun en ese estado, mata con su espada al coraichita que le atacaba. Mientras Mahoma cae herido, Suraqah, el nómada que quiso capturarlo cuando la huida a Medina y que después se ha convertido y lucha en el campo musulmán, queda tan trastornado por la herida del profeta que comienza a gritar con toda la fuerza que puede:
«¡Mahoma ha muerto!»
La noticia sc difunde por el campo musulmán. Los soldados del Islam quedan aterrados. Son presa del pánico. Inmediatamente, Suraqah niega haber dado aquel grito. Hasta el fin de sus días lo negará, jurando que nunca ha anunciado la muerte del profeta. La explicación del hecho es sencilla. No ha sido él quien ha gritado que Mahoma había muerto, sino el diablo, que se ha servido de la voz de Suraqah para desmoralizar al
ejército musulmán.
Pero la desmentida sobre la supuesta muerte del profeta llega demasiado tarde. Los combatientes fieles, en plena derrota, huyen del campo de batalla. Mahoma, con algunos compañeros, entre ellos Abu-Bakr y Omar, se retira a una roca de basalto negro, en los confines del campo de Ohod, donde tiene lugar la lucha.
Fátima y Umm Jultum, las dos hijas del profeta, que han asistido a la batalla, acuden junto a su padre y cuidan sus heridas.
Fátima es la mujer de Alí. Umm Jultum, la de Othmann, que se ha casado con ella a la muerte de Ruqaya.
La batalla de Ohod ha concluido. Los musulmanes están vencidos. Buena parte de los combatientes del Islam han muerto o están heridos. El resto se ha dado a la fuga.
Abu-Suffian se presenta lleno de orgullo en el campo de batalla. De los coraichitas han muerto veinticinco. De los musulmanes, setenta. Abu-Suffian pregunta con potente voz, de modo que se le oiga desde Medina, si Mahoma ha muerto o sigue con vida. Pero hay orden de no contestar. Omar, el hombre a quien hasta el diablo teme, no puede dominarse a sí mismo; contesta a Abu-Suffian, con voz aún más fuerte, que el profeta Mahoma está vivo.
Abu-Suffian anuncia que la guerra ha concluido. Los musulmanes han dado muerte a setenta paganos en Badr. Los coraichitas han matado aquí, en el campo de Ohod, a setenta musulmanes. El asunto está arreglado. Ya no hay motivo para proseguir la guerra. Sin embargo, Abu-Suffian hace saber a los musulmanes que los cita para el año próximo en la feria de Badr, en el caso de que aún quisieran combatir. Después, el ejército coraichita se retira. Antes de abandonar el campo de batalla, Hint, la esposa de Abu-Suffian, busca el cadáver de Hamzah. Le desgarra el vientre. Le saca el hígado y se

lo come, como había jurado. Corta al cadáver las orejas, la nariz, la lengua y los atributos masculinos y se hace con ellos Un collar. Adornada con semejantes joyas, danza y canta. Semejante embriaguez de sangre, de odio y crueldad es general entre las mujeres de La Meca. Una de ellas, Sulafah-bint-Sad, busca el cadáver del musulmán que ha matado a su hijo en la batalla de Badr, lo decapita y se lleva la cabeza, jurando que con el cráneo va a hacerse un vaso y que, en lo que le queda de vida, no beberá en otro recipiente.
Mahoma queda profundamente entristecido por todo ello. Manda buscar el cadáver mutilado de Hamzah. El caballero del Islam, el baraz Hamzah, no era solamente un compañero fiel y heroico del profeta, sino también su tío. Ha sido uno de los valerosos hombres que han Nevado sobre sus hombros la fundación del Islam.
Ante el cadáver mutilado de su compañero, Mahoma anuncia que, para vengar aquella ofensa, mutilará en el próximo encuentro a treinta soldados enemigos. Pero apenas pronuncia ese voto, se retracta. Dice: «Si infligís un mal, hacéis lo mismo que habéis sufrido; pero si soportáis con paciencia ese mal, será mejor para los pacientes».
Mahoma ordena que se entierre a los muertos. Cada uno donde haya caído. Los muertos musulmanes de Ohod son chuhada, es decir, mártires caídos en la guerra santa. Mahoma recita setenta veces, por los setenta musulmanes mártires, la talbiya, la oración de los muertos.
El profeta prohibe que se laven los cadáveres, tal y como lo exigía la costumbre árabe antes de la inhumación. Dice a sus fieles que los mártires caídos en el combate son lavados por los ángeles. Es inútil, por lo tanto, que sus compañeros lo hagan.
Hamzah, «el león de Alah» y los setenta chuhada, han entrado directamente en el Paraíso.
El asesino de Harnzah, el esclavo negro Wahchi, deserta del ejército de Abu-Suffian, se presenta ante Mahoma y le pide perdón. Mahoma no castiga al asesino. Nadie ha superado la capacidad de perdón del profeta. Pero pide a Wahchi que no vuelva a presentarse delante de él mientras viva.
El asesino de Hamzah cometerá otros crímenes; pero ahora a favor de la causa del Islam. Entre otros, matará al profeta Musailima. Morirá alcoholizado, en Emesia, a edad muy avanzada.
Realizados los funerales, Mahoma hace el balance de lo ocurrido. Propónese una primera pregunta: ¿por qué los coraichitas se ha retirado y no han seguido batiéndose tras haber ganado la primera batalla y haber derrotado a los musulmanes?
La explicación es natural: Abu-Suffian y el ejército de La Meca se han retirado después de su victoria de Ohod porque han organizado la guerra de tal manera que Mahoma debía ser asesinado por. la espalda en Medina por los munafiqun y las tribus judías. Abu-Suffian y los coraichitas no podían imaginar que Mahoma saldría de la ciudad para atacar, ya que en Medina hubiesen podido resistir como en una fortaleza. La salida del ejército musulmán a campo abierto y

la prohibición dirigida a los judíos y a los hipócritas de participar en la batalla han desbaratado todos los planes de La Meca. Surgía así una nueva situación. A pesar de la victoria obtenida, Abu-Suffian prefiere retirarse por el momento. Pero cuenta con volver más tarde, para el combate decisivo, en que los judíos y los neutrales de Medina no faltarán a la cita.
Mahoma hace venir a los musulmanes y les habla. Les dice que no se entristezcan. Recita ante ellos la tercera sura del Corán en la que se afirma que Dios ha castigado a los musulmanes mediante aquella derrota de Ohod, porque no han escuchado las
palabras del profeta y porque los arqueros abandonaron sus puestos para entregarse al pillaje. Mientras huíais en desorden, no escuchabais la voz del profeta que os llamaba al combate. El cielo os ha castigado por vuestra desobediencia. Que la pérdida del botín y la desgracia de Dios no os hagan inconsolables. Dios conoce vuestras acciones.
Mahoma dice a los musulmanes vencidos que las derrotas son también, lo mjsmo que las victorias, obra de Dios. Además, la derrota es un medio por el que Dios prueba la fuerza de la fe de sus fieles.
Inmediatamente después de la derrota, los judíos de Medina desencadenan una campaña de calumnias contra el Islam. Gritan en voz alta por todos las caminos y encrucijadas que «Mahoma no es un profeta. Mahoma ha sido vencido en esa batalla. Y nunca, desde que el mundo es mundo, se ha visto a un profeta vencido. Quien resulta derrotado no es profeta, sino impostor».
Mahoma responde:
¿Cuántos profetas han combatido contra numerosos ejércitos, sin desanimarse por las derrotas sufridas sosteniendo la causa del cielo? No se han empequeñecido por cobardía. Dios ama a quienes son constantes.
Los musulmanes no interpretan la derrota de Ohod como una victoria de La Meca, sino como una prueba a la que Dios somete a sus fieles. También ha probado Dios a Job y a todos los hombres llenos de fe.
La interpretación dada por Mahoma devuelve los ánimos a los musulmanes. Reúnense y entran en la ciudad en orden perfecto. Los enemigos ven de repente a las tropas del Islam, uniformadas y armadas, que desfilan como después de una victoria. Los combatientes explican que acaban de sufrir una simple prueba, impuesta por Alah y que la victoria de los coraichitas no tiene otra explicación.
Al día siguiente, el ejército musulmán, perfectamente disciplinado, sale de Medina. Los soldados, alineados, se dirigen al oeste, hacia el gran desierto. Acampan allí. Es una demostración de disciplina que no puede menos de impresionar al enemigo. Por lo demás, una jornada a campo abierto, al aire libre, hace excelente efecto después de una derrota. Como tras una enfermedad. El aire fuerte del desierto eleva de nuevo la moral.
Entre el infinito de arriba y el infinito de abajo, la derrota de Ohod se reduce a proporciones insignificantes.

Mahoma y los musulmanes vuelven a Medina llenos de optimismo. Han pasado tres días en el infinito de arena inmaculada del desjerto, cerca de Hamra-al-Asad, a ocho millas de Medina.
Desde su vivac, los musulmanes observan los movimientos del ejército enemigo. Abu-Suffian se retira verdaderamente; se dirige a La Meca.
De regreso en Medina, Mahoma recibe una advertencia acerca del inminente ataque que prepara el clan Banu-Nadir. Intenta evitar el conflicto. Los banu-nadir rehusan toda discusión con los musulmanes. Se atrincheran en su barrio. Construyen barricadas. Mahoma da la orden de asedio. Se invita a los banunadir a abandonar la ciudad. Nadie debe vivir en una ciudad si medita entregarla a sus enemigos. Mahoma garantiza a los exilados la integridad de sus personas y bienes. Los agricultores, como en otros tiempos los plateros se llevan cuanto les pertenece, incluso las puertas, ventanas y tejados de sus casas y salen de Medina, precedidos de música y vestidos de fiesta. Las mujeres llevan sus joyas y ornatos de los grandes días. Todos prometen volver con el ejército coraichita, para dar muerte a Mahoma y destruir el Islam. Es un triste acontecimiento para los musulmanes. Pero a Mahoma no le faltan consuelos. Una mujer de la tribu Diwar, llamada Hint-bint-Amr, y cuyo hijo único ha muerto en la batalla de Ohod, acaba de encontrarse con el profeta y le habla alegremente. Mahoma le pregunta: ¿no estás triste por la muerte de tu hijo?.
«No estoy triste por la muerte de mi hijo, responde Hint: si tu estás vivo, profeta, las demás desgracias son mínimas».

LXII

ASUNTOS DE FAMILIA

Omar, el duro, el hombre íntegro y sin reproche del grupo que ha colaborado con Mahoma en la fundación del Islam; tiene una hija llamada Hafsah, casada con uno de los primeros soldados musulmanes, Junais-ibn-Hudhaifah. El profeta estima mucho a Junais. Por su fe y su fidelidad, pero también porque es yerno de Omar.
Junais ha caido en Ohod. Es un mártir de la guerra santa, un chuhada.
La hija de Omar tiene un carácter que es todo lo contrario del de su padre. Hafsah, mujer de gran belleza, pero de temperamento emotivo y lírico, poetisa, una de las pocas mujeres cultas de ese tiempo, no puede consolarse de la pérdida de su esposo.
Tiene entonces veinte años.
Para arreglar las cosas, Omar interviene a su modo, que es directo y sin muchos matices. Se dirige a la casa de Uthman, que ha sido el marido de Ruqaya, la hija del profeta:
Ruqaya ha muerto y Uthman está inconsolable. Omar le dice: «Tu mujer ha muerto; tú estás inconsolable. Ruqaya era muy hermosa y es natural que sufras. Pero piensa que mi hija Hafsah se halla en la

misma situación que tú. Su marido ha muerto en Ohod. Ella es tan hermosa como Ruqaya y tú eres tan guapo mozo como lo era su marido, Junais. Casáos los dos. Os consalaréis de la viudez.»
Uthman se niega. No puede olvidar a Ruqaya de la mañana a la noche, ni remplazarla como se hace con un objeto perdido; sólo amar podía enfocar las cosas de esa manera dura y desprovista de matices. La negativa de Uthman a la propuesta de matrimonio con Hafsah es jnterpretada por Omar como una ofensa. Monta en cólera. Está a punto de sacar la espada. Es un hombre de granito. Cuando se le roza, deja escapar chispas. Anuncia a Mahoma que tiene intención de matar a Uthman y le cuenta el motivo. Mahoma, gran conocedor de los hombres, comprende inmediatamente que sólo está herido el orgullo de Omar. Dícele que tiene razón en darse por ofendido. Es una ofensa que le infligen al rechazar a su hija. Y para consolarle, será él, Mahoma en persona, quien se case con Hafsah. Es un gran honor, el honor más grande. Omar queda encantado. No esperaba semejante solución. Y da a Mahoma por esposa a su hija Hafsah. Con Aicha, la hija de Abu-Bakr, Hafsah, hija de Omar, será la esposa preferida de Mahoma.
De esa manera, Mahoma se alía a dos de sus primeros lugartenientes y colaboradores: Abu-Bakr y Ornar. En cuanto a Uthman, Mahoma lo llama y le propone el matrimonio con su segunda hija, Umm Kulthum. También Uthman queda encantado. Aunque Ruqaya haya muerto, casándose con la hermana de la difunta, sigue siendo yerno del profeta.
El cuarto colaborador de Mahorna, Alí, se ha casado ya con otra hija de aquél, Fátima. De este modo, los cuatro colaboradores principales del profeta se han convertido en parientes suyos.
Entre Mahoma y sus compañeros, los lazos de unión son dobles. Aunque esté formada la ummah, la comunidad basada en la fe, los árabes no han olvidado que la sangre es el más poderoso fundamento social. Cuando una sociedad está unida por la sangre y por la fe, es más fuerte que el granito y más dura que el diamante.
Hafsah, la n,ueva esposa, introduce en la familia del profeta una nueva dimensión, porque es poetisa, lectora y calígrafa y ha sido siempre la mejor amiga de Aicha.
Poco tiempo después oe este matrimonio, Mahoma vivió una nueva aventura. El pudor del profeta es sólo comparable a su frugalidad. En esa sociedad primitiva, bíblica, los hombres conservan en ciertos repliegues del alma una pureza de adolescentes. Desde que vive en Medina, Mahoma - que ha habitado en La Meca, la ciudad en que no existe una flor, ni una brizna de hierba - descubre el mundo vegetal y, de un modo especial, las
palmeras datileras. Las mira y las estudia como verdaderas maravillas de la naturaleza. Pero Mahoma observa que los cultivadores del oasis de Medina practican la polinización de las palmeras de dátiles. Su pudor queda ofendido. La fecundación de los datileros c.on el concurso del hombre, parece al profeta un atentado al pudor, una violación hecha a la naturaleza. Prohibe la polinización de las palmeras de dátiles. Como, en nuestros días,

ciertas religiones prohiben la inseminación artificial. Al año siguiente, la cosecha de dátiles se ve comprometida. Mahoma levanta la prohibición. Pero contra su voluntad. Nunca más asistirá a la polinización de los datileros. Su moral y su pudor se ofenden con ese procedimiento.
La misma aventura le sucede, en otro plano, poco después de la derrota de Ohod. Mahoma, entrando en la casa de su hijo adoptivo Zaid, encuentra a Zainab, la mujer de éste. Está sin velo y ligeramente vestida. Como cualquier otra mujer en la propia casa, en aquel país tórrido. Casi desnuda. Mahoma enrojece y se retira, avergonzado. Zainab, que tiene treinta y ocho años, es una mujer bellísima. Mahoma no ha experimentado sólo vergüenza, sino también ha quedado estremecido ante el cuerpo de su nuera. Siéntese culpable por haber sido turbado por el cuerpo de la esposa de su hijo adoptivo. En semejante aventura, reacciona como un adolescente; da al asunto las mismas proporciones que poco antes a la polinización de las palmeras datileras; hace de ello un problema de moral. Mahoma hace venir a Zaid y se confiesa ante él. Zaid, que es un realista, sin sombra de sutileza, no comprende que el profeta deba inquietarse por un hecho tan anodino. Aquello es una tempestad en un vaso de agua. Zaid confiesa precisamente al profeta que está pensando en separarse de su esposa. Si el profeta quiere desembarazarle de ella casándose con Zainab, se sentirá dichoso. De pronto, Mahoma se
encuentra encantado. Podrá así reparar la falta de haberse turbado por una mujer ajena. Pero el problema es bastante más complicado: Zaid es el hijo adoptivo del profeta. El matrimonio de Mahoma y Zainab seria por lo tanto contrario a las leyes árabes. En semejante situación, a primera vista sin salida, se le aparece el ángel Gabriel, que anuncia al profeta que le da licencia para casarse con la antigua esposa de su hijo adoptivo.
Gabriel ha tenido piedad del profeta. Y de esta manera queda solucionado otro problema familiar. Zaid se siente satisfecho de quedar libre de una mujer con la que ya no puede entenderse; Zainab, encantada de convertirse en esposa del profeta; Mahoma, contento de haber legalizado y reparado una tentación visual; y los enemigos de Mahoma están satisfechos de contar con un nuevo tema de calumnia, presentando al fundador del Islam como una especie de «Barba-Azul» que arrebata las mujeres de sus hijos.
Porque, a los ojos de sus enemigos, las cualidades de Mahoma se convierten en defectos. Las cualidades y los méritos quedan reservados únicamente a los amigos y aliados... Los enemigos no tienen más que defectos.

LXIII

MATANZA Y CRUCIFIXIÓN DE MUSULMANES EN LA MECA

La Meca ofrece una prima por cada musulmán muerto. Sulafah no es la única mujer coraichita que desea servirse de un cráneo musulmán

a manera de taza. El odio contra Mahoma y el Islam es sostenido día y noche por las tribus de los plantadores y orfebres que, tras su salida de Medina, se han establecido en parte en La Meca, donde ejercen la única actividad de excitar a los coraichitas contra Mahoma. Estas tribus concluyen una alianza militar con La Meca contra el Islam y, aunque de religión judaica, sellan el pacto prestando juramento «sobre el muro de la Kaaba».
Cuando los beduinos saben que se entrega una fuerte suma por cada musulmán capturado, organizan la caza del hombre.
Los prisioneros son entregados a La Meca, donde se les lapida o somete a tortura hasta la muerte.
Por entonces, un grupo de misioneros musulmanes camina hacia los territorios del sur de Medina y allí se detiene. Tras la batalla de Ohod, algunos jefes de tribus del Sur han pedido a Mahoma que les envíe hombres capaces de instruirles en el Islam. Mahoma acepta. Esos hombres forman un grupo de hasta varjas docenas y son dirigidos por Amir-ben Thabit.
Los hombres de presa de La Meca esperan a los misioneros musulmanes en el camino, para capturarlos y obtener de los coraichitas, los nadir y los qainuqa las primas ofrecidas. Los musulmanes se defienden. Todos los misioneros mueren en el combate, excepto tres, que caen prisioneros. Los agresores forman parte de la tribu Hudhail. Conducen a sus cautivos a La Meca a fin de venderlos a los paganos. Uno de los tres prisioneros, sabiendo que los coraichitas no los compran más que para matarlos en medio de atroces torturas, se evade. La población de la tribu Hudhaillo captura y lapida. Muere. El linchamiellto ha tenido lugar cerca de la localidad Ar-Raji, no lejor del lugar en que los demás misioneros fueron asesinados. El musulmán muere mártir, a manos de los paganos y es enterrado en la localidad de Az-Zarhan. Los otros dos son conducidos a La Meca. Todos quieren comprarlos. Algunas personas están dispuestas a pagar el precio que sea por los dos supervivientes de la matanza.
¡Igual que en una subasta! Pero no hay nlás que dos cautivos para una muchedumbre que quiere matar a millares. Para satisfacer la sed sanguinaria del gentío, se decide entonces que quienes tengan el privilegio de adquirir los prisioneros deberán matarlos en público, a fin de que también los pobres puedan gozar el espectáculo. No sería justo que sólo los compradores tuvieran ese regalo. La muerte en la tortura de los musulmanes es un espectáculo selecto. Uno de los cautivos no es otro que el jefe de la misión exterminada, Amir-ben-Thabit. Es comprado por el enemigo encarnizado del Islam, Safwan-ibn-Umaiyah, el hombre que ha intentado varias veces asesinar a Mahoma. Safwan es ahora, después de Abu-Suffian, el personaje más importante de La Meca. y puede darse el lujo extravagante de adquirir una de esas dos piezas raras, vivas: un musulmán al que poder matar. Es una cosa que todo el mundo hubiera deseado ofrecerse. Pero solamente las personas muy ricas, como Umaiyah pueden procurárselo.

Safw'n confía el musulmán comprado a un cierto Nastas, con el encargo de matarlo en público. El cráneo del musulmán llevado a la muerte es puesto a subasta inmediatamente, y se obtiene por él un precio muy elevado. Pero ocurre algo insólito. En el momento en que el comprador del cráneo acude a decapitar el cadáver para despojar el cráneo de su piel y hacerse una copa en que beber su vino, un enjambre de avispas cubre el cadáver, como una armadura. El comprador no puede acercarse a él y arrancarle la cabeza. Espera a que concluya el día, instante en que las avispas se irán y él podrá entrar en posesión de su bien, esa cabeza de muerto que acaba de adquirir.
Pero, con el crepúsculo, se abate sobre La Meca un furioso vendaval, seguido de un tomado; y el cadáver del musulmán es arrebatado por la tempestad y las aguas. El crárieo del mártir no servirá de copa , a los paganos.
El segundo prisionero es crucificado en el confín de La Meca, en una localidad llamada Tanim. Toda la población de la ciudad se dirige allí en cortejo, para asistir al suplicio. Clavado a la cruz, el musulmán cautivo es injuriado y torturado a lanzadas, hasta que sobreviene la muerte. Es el primer musulmán crucificado por su fe. Esto ocurre en el año 624. En vez de desanimar a los hombres a abrazar el Islam, acrecienta el número de
conversiones. El musulmán linchado por Nastas y el crucificado en Tanim, han muerto felices, gritando su júbilo de morir por Dios y conquistar así el Paraíso. En esa ocasión, el mundo, conoce que los mártires van al .Paraíso. El cielo fue siempre una tentación para los hombres. Ahora, muchos se acercan al Islam porque éste les promete el Paraíso. Los dos mártires de La Meca son envidiados por la muchedumbre, en vez de ser llorados. ¿No se hallan acaso en el séptimo cielo, junto al Creador del Universo?
Sin embargo, sigue la persecución contra los musulmanes.
En el mes de julio del año 625, un grupo de cuarenta misioneros que iban a convertir a las tribus de Amir-ben-Sasaah, por petición de aquéllas, es asesinado junto al pozo, bir, llamado Bir Maunah.
El desierto, donde las caravanas encuentran con frecuencia huesos de hombres y camellos muertos de sed, contiene desde ahora una nueva categoría de esqueletos: los de hombres que no han muerto de hambre, ni de se:d, sino porque creen en un Dios único, evitan el mal y hacen el bien. Puesto que tal es, a sus comienzos, la definición del Islam. La misma definición de todas las grandes religiones de la tierra.

LXIV

EL NUEVO ENCUENTRO DE BADR Y EL ASEDIO DE MEDINA

Antes de retirarse del campo de batalla de Ohod, en el mes de marzo del año 625, Abu-Suffian grita a Omar: «Si deseáis aún otra derrota, podéis venir a la feria de Badr el próximo año» .
Omar responde: «¡iremos!».

En el mes de abril del año 626, fecha de la feria anual, Mahoma llega a Badr al frente de un ejército de 1.500 hombres y 50 caballos. La feria de Badr dura ocho días. Inmediatamente después de la llegada del ejército musulmán mandado por Mahoma, Abu-Suffian (que se encuentra allí) hace saber que no puede alinear a sus camellos, a causa de la sequía. Sin esperar al fin de la feria, parte con los suyos. Así pues, el combate entre los musulmanes y los de La Meca no tiene lugar. La retirada de Abu-Suffian y de sus 2.000 hombres armados ante los musulmanes, disminuye el prestigio de La Meca a los ojos de los beduinos. Aquel año, los musulmanes realizan negocios excepcionales en la feria de Badr. Regresan ricos a Medina. Mas no pueden aprovechar el nuevo prestigio, recién adquirido en el mundo de los nómadas árabes, ni los beneficios comerciales que sacan de él.
Esta vez, Medina será completamente rodeada. Todas las tribus de los contornos, y de modo especial los ghatafan y los fazarah, que acampan al norte de Medina, entran en la coalición de Jaibar, con La Meca. Parte de los judíos de Medina se hallan ahora en Jaibar, ciudad situada a 200 kilómetros al norte de Medina; los demás están en La Meca, a 400 kilómetros al sur. Jaibar es una ciudad exclusivamente judía. «Los judíos de Jaibar se dirigieron a los gharatafanitas y les ofrecieron la totalidad de los dátiles de Jaibar durante un año, si les ayudaban contra el profeta. Y ellos aceptaron de buena gana».
Los fazaritas, que también habitan al norte de Medina, vecinos de los ghatafan, aceptan igualmente la alianza propuesta y financiada por Jaibar.
Al este de Medina se halla la tribu Banu-Sulain. También ella, necesitada de dinero, se alía a Jaibar y La Meca contra el Islam. Al sur estaban los de La Meca, los kinanah y los thaqif. Todos enemigos del Islam.
De esta manera, Medina queda rodeada por todas partes. Sus caravanas ya no pueden salir del oasis, ni circular en ningún sentido. Todos los puntos cardinales les están prohibidos. El círculo de la alianza La Meca-Jaibar se aprieta cada vez más en torno a Medina. Además. La Meca y Jaibar son ciudades inmensamente ricas. Pueden comprar a todos los nómadas del desierto infinito de Arabia.
Al mismo tiempo que se lleva a cabo este bloqueo, a mayor distancia se asesta otro golpe importante. Ukaidir, jefe de las tribus árabes del norte, que poseen la ciudad de Dumat-al-Jandal, lugar de paso de todas las caravanas que se dirigen a Siria y
Mesopotamia, suprime a los musulmanes el derecho de tránsito a través de sus territorios.
Es un golpe mortal que ni Medina ni otra ciudad alguna del desierto podria soportar. En el desierto, nada germina. En el oasis de Medina existen algunos cultivos de datileros y cereales. Pero no bastan para alimentar a la población. El árabe saca su subsistencia del comercio. y ese comercio solamente lo hace con el país del norte. Prohibir a los musulmanes la ruta del Norte equivale a condenarlos a muerte.
Mahoma conoce esos acontecimientos con profunda tristeza. La situación es gravísima. Pero el profeta es musulmán. Para él, los

hechos no tienen demasiada importancia. En todo instante es posible el milagro. Lo principal es tener la tawaku, la fe inquebrantable en Dios.
Ese fatalismo, o abandono total a la voluntad de Dios, que la cultura occidental considera una capitulación del hombre, es un estimulante para el musulmán. Porque no hay mayor optimismo que el de saber que Dios puede hacer posible una cosa que la
evidencia y los hechos presentan como imposible. Cuando se posee semejante fe, la desesperación, la duda y el pesimismo son inimaginables.

LXV

LA EXPEDICIÓN A ORILLAS DEL MAR ROJO

El cerco de Medina se ha cerrado. Ahora es completo. El eje La Meca-Jaibar adopta, después de las operaciones de aislamiento, la siguiente estrategia: alejar a Mahoma de Medina y, en su ausencia, ocupar la ciudad, con la ayuda de los partidarios del interior, es decir, de los quraizah, los curtidores y los neutrales marrufiqun, conducidos por Abdallah-ibn-Ubaiy.
El ataque a Medina, desde el exterior, debe ser realizado por las tribus más cercanas: Ghatafan, Fazarah y Sulaim, con ayuda de las trIbus de Medma y de Jalbar. El exterminio de las fuerzas musulmanas está perfectamente reglamentado, como un mecanismo.
Entre las tribus que se han aliado con La Meca y Jaibar contra el Islam, se halla la tribu Banu-Mustaliq. Esta tribu hace su vida nómada a lo largo del mar Rojo, a la altura de La Meca y Medina. A Mahoma le llega la advertencia de que Banu-Mustaiq se está armando, para participar en un ataque contra el Islam. Sin vacilar, Mahoma emprende una expedición sorpresa contra Banu-Mustaliq. Para desbaratar los planes de sus enemigos, Mahoma invita a Abdallah Ubaiy a que tome el mando de la expedición. Es el mismo Abdallah Ubaiy que, en ausencia de Mahoma, debía sublevar a la ciudad. La marcha de Mahoma deja encantados a los antimusulmanes. Pero no podían éstos esperarse que les fuera arrebatado su jefe. Abdallah Ubaiy se ve obligado a aceptar el cargo que le ofrece Mahoma. Por esa razón, la sublevación de Medina se aplaza hasta que regrese el jefe de la oposición.
Ubaiy parte de Medjna con Mahoma contra la tribu Banu-Mustaliq. El destacamento mulsumán es ínfimo: 30 hombres, o sea 10 muhadjiruns y 20 ançares o auxiliares. La salida de Medina ocurre en,el mes de diciembre del año 627. Encuentran al enemigo en la costa del mar Rojo, no lejos de la localidad de Qudaid y de la fuente AI-Muraisi, a ocho días de camino hacia el oeste de Medina. Las fuerzas de Banu-Mustaliq comprenden 200 hombres. Los 30 musulmanes luchan con ardor. El combate concluye con la victoria

de los musulmanes. Banu-Mustaliq deja en el terreno 10 muertos y los musulmanes uno solo.
Toda la tribu cae prisionera, con sus rebaños y hombres. Más tarde, Mahoma pronunciará la célebre fórmula: La riqq' alla' Arabi, «¡Ninguna esclavitud entre los árabes!». Pero esa decisión aún no se ha tomado por entonces. Los musulmanes capturan a cientos de personas. La tribu Mustaliq, que se ha alistado como mercenaria al servicio de La Meca y Jaibar, para aniquilar al Islam, queda reducida a la esclavitud en su totalidad.
Según la costumbre árabe, los esclavos son repartidos entre los combatientes. Entre aquéllos, se halla la hjja del jefe de la tribu. Llena de audacia, ayudada por su belleza, la joven se presenta ante Mahoma y le dice:
«¡Oh enviado de Dios! Yo soy la hija de Al-Harith, el jefe de mi pueblo. Ya ves la desgracia que me ha herido y la esclavitud a que he sido reducida. Ayúdame a rescatar mi libertad».
Mahoma, que hubiera podido rescatarla de haber querido atender a su deseo, o tomarla como esclava si hubiera codiciado retenerla como concubina, tiene una reacción brusca: pide a Juwairiyah en matrimonio.
A primera vista, el gesto parecía inexplicable. Pero se trata de uno de esos actos espontáneos, de habilidad y de valor, de que está tejida la biografía de Mahoma.
Abdallah Ubaiy y los compañeros de guerra miran a Mahoma con total desaprobación, pero sin atreverse a confesar ese sentimiento al profeta que, imperturbable, ordena celebrar el matrimonio.
Solamente al día siguiente álde la boda, los musulmanes comienzan a comprender: lo que ha sucedido. Mahoma llama a todos los combatientes y les dice que es injusto e indigno de un profeta el tener por esclavo a su propio suegro. Todos están de acuerdo. El padre de Juwairiyah queda libre allí mismo, con el consentimiento de su nuevo propietario, puesto que los esclavos han sido repartidos a suertes. El musulmán que ha recibido a Harith, suegro del profeta, se siente feliz de ponerlo en libertad y manifestar así la fidelidad y amistad por Mahoma.
Pero el problema se complica. Se tiene en cuenta la jurisprudencia, según la cual no es digno que un pariente del profeta sea esclavo. Pero ahora, todos los miembros del clan Banu-Mustaliq se han convertido, por ese matrimonio, en parientes del profeta. De manera que todos, hasta el último, quedan en libertad. Por respeto a su parentesco con el enviado de Dios.
En señal de reconocimiento, la primera cosa que hacen los esclavos liberados es abrazar el Islam, jurar fidelidad a Mahoma y ofrecerle sin reservas su alianza militar. Entonces, todos los compañeros de Mahoma comprenden por qué éste se ha decidido bruscamente a casarse con una esclava que de todas maneras le pertenecía, sin necesidad de ceremonia nupcial.
A partir de esa fecha, Banu Mustaliq se convierte en uno de los más fieles aliados del Islam. Todo ha ocurrido rápidamente, sin esfuerzo

alguno aparente, y por sorpresa, como todo juego puro de inteligencia y diplomacia.
Poco después de firmada la alianza con Banu-Mustaliq, Mahoma ordena el regreso a Medina. Según las informaciones que el profeta ha recibido, el ataque a la ciudad es inminente.
Con motivo de la expedición a las orillas del mar Rojo, Abdallah Ubaiy, jefe de los neutrales de Medina, ha podido apreciar algunos ejemplos de tacto y de eficacia militar, política y diplomática. con que actúa Mahoma. A pesar de todo ello, en vez de acercarse más al profeta, Ubaiy acrecienta su odio. Proyecta asestar a Mahoma un golpe mortal, antes incluso de entrar en Medina. El profeta descubre el nuevo peligro. Mas espera,
tranquilo. Sabe que la vida de un profeta está expuesta a cada paso a toda clase de peligros.

LXVI

EL COLLAR DE TSAFARI

La expedición al mar Rojo ha concluido. Una nueva tribu de beduinos se ha aliado y convertido al Islam. En adelante, los Banu-Mustaliq permanecen al lado del profeta.
Abdallah Ubaiy está desesperado por el éxito de Mahoma.
Aquel pretendiente a la corona de Medina se irrita de repente y pasa a la acción. La expedicjón que dirige cuenta con 30 hombres. Ubaiy comienza por levantar a los ançares o auxiliares contra los muhadjirun. Después, ançares y muhadjirun reunidos, contra Mahoma: el pretexto estará en el reparto del botín. El escándalo se tranforma en rebelión. «El profeta tuvo mucho que hacer en reconciliar a los hombres».
Para calmar a la tropa revue]ta y reducirla por el cansancio, Mahoma suprime las pausas y aguija cuanto puede a la caravana. Después de muchas horas de camino autoriza un brevísimo descanso. Entre Muraisi, lugar en que se había librado la batalla, y Medina, la distancia es de ocho días de camino. Durante el viaje, Mahoma descubre todas las intrigas fomentadas por Abdallah Ubaiy para levantar a los musulmanes unos contra
otros y todos contra el profeta. Pero Mahoma es un hombre de La Meca, un hombre cuya cualidad princjpal es el hilm, es decir, el dominio de sí mismo y la sangre fría. Finge ignorar toda aquella trama. Testimonia a Ubaiy la misma solicitud que le había démostrado en el pasado: Entre tanto, todos los soldados confirman]as palabras pronunciadas por Ubaiy: «Cuando estemos de regreso en Medina, el más fuerte hará salir de la ciudad al más débil». Y otras diversas amenazas.
Los hombres se han calmado. Comprendiendo que no han sido más que los instrumentos de Ubaiy, se acercan más y más a Mahoma. El hijo de Abdallah Ubaly, al conocer la conjura preparada por su padre

contra Mahoma, va a entrevistarse con el profeta y le dice que no puede pedirle la salvación de su padre.
Ubaiy ha conspirado contra la vida del profeta; merece la muerte. No existen circunstancias atenuantes. El joven Abdallah Ubaiy, con lágrimas en los ojos, pide solamente un favor a Mahoma: que le permita ejecutar a su padre con su propia mano.
Dice: «Cuando hayas decidido entregar a mi padre a la muerte, dame la orden a mí mismo y te traeré su cabeza. Todo el mundo sabe en Medina que no hay nadie tan piadosamente fiel a su padre como yo; .pero si encargas la ejecución de mi padre a algún otro, temo que después, viendo caminar entre la muchedumbre al asesino de mi padre, mi corazón me incitará a matarlo. Y entonces mataré a un creyente a causa de un infiel e iré al infierno».
Mahoma queda profundamente impresionado por las palabras del joven musulmán. El hijo de Abdallah Ubaiy no es el único que, sin vacilación alguna, hubiera matado incluso a su mismo hermano por el Islam. Otro joven, Hamzah-ibn-Amr, ha caído en Ohod, donde combatía contra su padre, que mandaba un destacamento coraichita; y ha sido matado, probablemente, por su padre. Otro musulmán, Abu-Naila, ha dado muerte al polemista antimusulmán Kab. Preguntado por su hermano, que se extrañaba de aquella muerte, ya que Kab era hermano de leche de Naila, éste responde: «Si tú, mi hermano, fueras enemigo del Islam y de Dios, te mataría con mi propia mano sin vacilar».
Impresionado por tanta fe, el hermano de Naila se convirtió al Islam. Cuando el joven Ubaiy propone matar a su propio padre. Mahoma le contesta: «Nadie matará a tu padre. Le mostraremos afecto y tendremos en gran honor su compañía, mientras permanezca con nosotros».
La clemencia de Mahoma para con sus enemigos es proverbial. Nadie en la historia ha perdonado más, con más rapidez y de modo más total, a sus enemigos mortales. El profeta del Islam ha ignorado siempre la venganza.
Pero el viejo munafiqun Abdallah Ubaiy no tiene en cuenta la clemencia de Mahoma. Fracasado en sus esfuerzos por levantar a la tropa contra el profeta, prepara antes de llegar a Medina otro, golpe, que él considera mortal.
Aicha, hija de Abu-Bakr y esposa de Mahoma, participa en la expedición del mar Rojo, según manda la costumbre. Viaja en un palanquín cerrado, del que desciende durante los breves descansos. En una de esas paradas, Aicha se da cuenta de que ha olvidado en la arena su collar de perlas de Tsafari, o perlas de Zofar. Descendiendo rápidamente del palanquín, sale a buscat el collar. Lo encuentra. Pero a su regreso, ya no hay palanquín.
La caravana ha reanudado su marcha. Aicha está sola en el desierto. Los hombres que han cargado el palanquín sobre el camello no se han dado cuenta de que pesaba algo menos que antes. Es que Aicha apenas pesa. Apenas tiene quince años. La joven comienza a llorar y corre tras la caravana. Pero se da cuenta de que su esfuerzo es

inútil. Siéntase en la arena y espera, entre lágrimas, la ayuda de Alah. ¿No es ella la primera mujer nacida de padres musulmanes? Al cabo de cierto tiempo aparece un hombre montado sobre un camello. Era un rezagado de la caravana musulmana. Reconoce a Aicha, la toma consigo y a la grupa de su camello la lleva a Medina. Pero llega con un día de retraso.
Este asunto, provocado por el collar de perlas de Tsafari, es una ganga para los enemigos de Mahorria. Abdallah Ubaiy ha notado la ausencia de Aicha, la esposa preferida del profeta y ha dado la voz de alerta a las tribus judías de Medina. Unas horas
después, los libelistas de la ciudad arrojan sobre el mercado cientos de estrofas satíricas. Todo el mundo se burla de la desaparición de Aicha y de las desgracias conyugales de Mahoma.
Cuando Aicha llega a Medina, en el mismo camello que el joven Safiyan, la muchedumbre se muere de risa. Mahoma está comprometido. Ubaiy, que ha organizado toda esa campaña, exulta. Esta vez, Mahoma se halla en una situación sin salida. Pero el profeta posee el genio de hallar solución a los problemas más difíciles, sin derramar una gota de sangre. Aunque esta vez, eso parece imposible. Mahoma se halla ante una alternativa: o castigar a Aicha por el crimen de adulterio, cuyo precio es la muerte, o seguir viviendo con ella, pero, en este último caso, nunca más podrá salir en público. Será objeto de burla para todos los árabes. Porque es inconcebible que un hombre normal cohabite con una mujer que ha cometido público adulterio.
La primera decisión de Mahoma es no recibir en su casa a Aicha. Le ordena que regrese junto a su padre, Abu-Bakr y espere. La población de Medina rie cada vez más su infortunio. Es un hombre comprometido. El profeta manda venir a todos sus
colaboradores y les pide opinión y consejo.
La mayor parte de aquellos hombres no toma posiciones. Además, en aquel tiempo, no existe en Arabia más que una sola solución para lo que acaba de ocurrir. Es el repudio de Aicha, la mujer que ha pasado una jornada en el desierto, sola, con un hombre joven, y su lapidación por crimen de adulterio. Pero nadie expresa una opinión. Ni es necesario. Sólo Alí, hijo adoptivo de Mahoma, expresará el sentimiento general con estas palabras: «Alah no ha limitado la elección de esposas: éstas son numerosas».
Tras haber oído a sus consejeros, Mahoma toma de pronto una decisión que, como de costumbre, nadie podía esperarse.
Anuncia que el ángel Gabriel acaba de hacerle una revelación. El ángel le confirma que Aicha no es culpable. Todos los que se han pronunciado contra la joven son calumniadores, que merecen el fuego del infierno.
Aicha, llorosa, regresa al domicilio conyugal. Su padre, Abu-Bakr, se siente dichoso. Mahoma también. Todos los musulmanes son felices. y todos quedan obligados al ángel Gabriel, que ha hecho conocer la verdad.
La fitnah, la discordia, no ha arraigado en aquellos instantes de tanta gravedad para el Islam, para Medina y para el profeta. Porque, en La

Meca, un ejército de 10.000 hombres en pie de guerra está dispuesto a avanzar contra la ciudad del Islam. Los únicos infelices al ver que el asunto del collar no ha podido separar al profeta de sus más queridos colaboradores, y especialmente de Abu-Bakr, y no ha destrozado su familia, son los enemigos del Islam. El collar de Tsafari no les ha servido para nada. Pero ese collar, tras la muerte del profeta, provocará la mayor ruptura que haya sufrido el Islam: Alí y Aicha se odiarán a muerte y dividirán al Islam en dos facciones.

LXVII

JANDAQ: LA LINEA DE TIZA DE LOS ÁRABES

El ataque a Medina debe ocurrir cuando Mahoma y el ejército musulmán estén lejos de la ciudad. Se espera, pues, a la marcha de Mahoma en un maghazi, una expedición. Se le provoca por todas partes; se hace todo lo posible para que el profeta salga de Medina. Mahoma no ignora los planes de sus enemigos.
Pero, ya que la ruta de las caravanas está totalmente bloqueada por el norte, el profeta se siente obligado a correr el riesgo. Saliendo de Medina con casi todo su ejército, se dirige hacia Dumat-al-Jandal, ciudad que se halla a dos semanas de camino hacia el Norte. Trátase de romper el bloqueo de la ruta de las caravanas medinesas hacia Siria y la Mesopotamia.
Inmenso es el riesgo para el Islam, pero sin la libertad de circular hacia el Norte, la vida se hace imposible para Medina.
Ukaidir, rey de Dumat-al-Jandal, ha llegado a una alianza militar con el eje Jaibar-La Meca. Prohibe el paso de las caravanas musulmanas. Mahoma sale de Medina al frente de una caravana de mil hombres. Y atravesando el territorio de las tribus Ghatafan, aliadas militares de la ciudad de Jaibar, invita a su jefe Uyainah-ibn-Hisn, pintoresco. personaje, a buscar con él un modus vivendi.
Uyainah acepta la discusión. Reconoce haber establecido una alianza con Jaibar a cambio de la cosecha de dátiles. Pero está dispuesto a romper el pacto si se le paga más. Durante la conversación, Uyajnah dice a Mahoma que no tiene tiempo para discutir. Parte para la guerra. Su alianza con Jaibar le obliga a estar presente en los días que van a seguir, al gran ataque contra Medina. Las tropas de La Meca están ya en camino hacia
aquella ciudad. De esta manera, se divulga el plan de ataque contra el Islam. Mahoma comprueba la información y sabe que no solamente La Meca y Jaibar, sino también una buena cantidad de tribus aliadas de La Meca se dirigen hacia Medina.
Por primera vez en su vida, Mahoma vuelve por el camino que ha venido, Súbitamente renuncia al ataque contra Damat-al-Jandal. Vuelto a toda prisa, Mahoma se encuentra a Abdallah Ubaiy, a los munafiqun y a los judíos sorprendidos al verle de regreso.
Saben que el profeta, una vez vestida la armadura de guerra, no se la quita hasta que Dios ha decidido la suerte de la batalla.

Así está escrito en el Corán. A pesar de esto, Mahoma ha regresado antes de llegar al campo de batalla, Los planes de Ubaiy y de los judíos quedan desbaratados. Mahoma no estará ausente en el momento en que se ataque a Medina.
Tras el regreso de Mahoma, llegan siete hombres de la tribu Juzah; anuncian al profeta que el ejército de La Meca está en marcha. Se necesitan once días para recorrer la distancia entre La Meca y Medina. Los correos juzah han empleado cuatro solamente, para advertir al profeta el peligro. Porque ahora el peligro es grande. Un ejército de 10.000 hombres acaba de salir de La Meca. Hombres armados hasta los dientes. Traen
también 300 caballos. Están decididos a no volverse sino después de haber exterminado al Islam.
Mahoma se dispone al combate. El ejército de 10.000 antimusulmanes llega al oasis de Medina, el último día del mes de marzo del año 627. La guerra que sigue en seguida se llamará "guerra del jandaq" palabra que en árabe significa foso o trinchera. Los coraichitas avanzan por la misma ruta que recorrieron ya cuando la batalla de Ohod, región que les ha sido favorable en el combate precedente.
La primera operación ordenada por Mahoma cuando sabe la llegada de las tropas coraichitas (a las que los musulmanes llaman ahzab o bandas), es la recogida urgente de todas las cosechas en el oasis, Las cosechas no han podido madurar. Pero de todas maneras se las recoge, para que no caigan en manos del enemigo. Y se las deposita en el interior de la ciudad.
La segunda operación ordenada por Mahoma ha sido la construcción al norte de Medina de una trinchera a jandaq.
"¡Todo el mundo trabaja en la fosa! El profeta da ejemplo. Tiene el pico en la mano día y noche, y los musulmanes cavan y cantan con él".
La idea de cavar esa trinchera se atribuye a un persa, llamado Salman-al-Farisi.
Cuando la trinchera está concluida, los musulmanes toman posiciones entre ella y la ciudad. Los enemigos, los 10.000 guerreros llegados de La Meca y de Jaibar, se hallan adosados al monte Ohod, a la otra parte del foso. El jandaq hace milagros.
«Los árabes del siglo VII no ignoran las fortificaciones y veremos a Mahoma, por ejemplo, chocar con los muros de Taif. Pero la trinchera inesperada e improvisada de Medina turbó no poco a los invasores y Abu-Suffian necesitó de toda su autoridad para lograr que comenzara el ataque. Un grupo de jinetes reconoció un punto especialmente estrecho de la fosa, se lanzó por él y entró en contacto con los medineses; pero Alí mató a su jefe y sus hombres huyeron en desorden».
Otro biógrafo de Mahoma escribe:
«Seguro de su victoria, el ejército de los Diez Mil se acercaba lentamente. Muy pronto vio en la lejanía los castillos rocosos de Medina; presintió la victoria y se estremeció de deseo, al pensamiento del botín que se podría hacer. De pronto, observaron a

lo lejos una cosa extraordinaria y desconcertante. Era la gran fosa: lo que comprobaron una vez que estuvieron cerca.
Abu-Suffjan era un buen comerciante; pero le faltaba inteligencia e ignoraba todo lo referente a la guerra. El jmprevisto obstáculo hizo que perdiera la cabeza. Nunca había visto cosa semejante. Quedó petrificado ante la trinchera; y desconcertado, miraba a la otra parte. La astucia del adversario le impresionaba visible y vivamente. A sus espaldas, el ejército de los Diez Mil miraba igualmente la fosa y estaba tan sorprendido como su jefe. ¿Cómo iban a franquar aquel foso? Habían contado con una lucha dura, con una noble defensa llevada a cabo por valerosos caballeros, y chocaban con una trinchera. Los hijos del desierto no comprendían nada. Mirábanse los unos a los otros, moviendo las cabezas y sin saber qué decir. Una fosa así nunca había sido prevista en el arte militar de los árabes. Y no sabían qué hacer para franquearla. El ejército permanecía hipnotizado por la trinchera, como una gallina por una raya de tiza trazada en el suelo. Ante todo era necesarjo que se apaciguara la emoción que oprimía a los hombres. Más tarde se pensaría en las medidas que había que tomar. La grotesca situación en que se hallaban los beduinos, caracterizaba su simplicidad. La inesperada trinchera había interrumpido verdaderamente el avance de los Diez Mil.
»Aunque los jefes no habían tomado aún decisión alguna, comenzaron a plantarse tiendas; y como no había nada mejor que hacer, se empezó el asedio de la ciudad. Porque, en realidad, ¿qué podían hacer diez mil contra una fosa? Para ellos, la guerra era el combate a campo abierto. Y no comprendían otra cosa.
»El ejército del profeta vigilaba detrás de la trinchera. Reinaba la alegría de un éxito inesperado. . . y aguardaban los acontecimientos. Los de La Meca injuriaban al ejército musulmán con todas sus fuerzas y en todos los tonos:
»¿Qué clase de guerreros sois vosotros?, gritaban; ¿Estáis ahí para refugiaros tras una fosa? ¿Acaso es ésa una manera de hacer la guerra digna de los árabes? ¿Así combatieron nuestros padres y nuestros abuelos? ¡Sois perros tiñosos y no árabes!
¡Venid a mostrar aquí lo que sabéis hacer!»
»Los bravos guerreros del profeta no se dejaban aturdir. Bien instalados y protegidos por el amplio foso, burlábanse de los gritos de los paganos».
Pasaron los días. El ejército de La Meca, descontento, empezaba a desmoralizarse. Aunque las noches sean frías, Mahoma permanece al borde de su trinchera, vigilando con sus combatientes. Cada noche, el ejército coraichita trata de franquear la trinchera, sin éxito. Durante ese tiempo, los dos ejércitos que se hallan el uno frente al otro, al alcance de la voz, se acribillan de «flechas árabes», que son las hiyas, las estrofas venenosas de la sátira.
No son sólo los coraichitas quienes sufren con esa guerra de trincheras. También los musulmanes la padecen. Y en idéntica medida. Su temperamento apenas les permite mantenerse inmóviles ante una fosa: Siéntense todos humillados. No es digno de un

hombre vigilar un foso. Los musulmanes no perdonan siquiera al profeta. Dicen de él:
«¡Nos ba prometido los tesoros de Kesra y de César y ni siquiera podemos cabalgar!».
En las polémicas interminables de esos dos ejércitos que se injurian, separados por el jandaq, se aborda toda clase de temas.
La Meca emplea a tribus beduinas, compuestas de simples mercenarios. Está, por ejemplo, Uyaina-ben-Hisn, el jefe de los gathafanes, que ha hecho saber al profeta el día del ataque y le ha forzado a volver sobre sus pasos. Se ufana de estar pagado por La Meca y por Jaibar, y se siente orgulloso del salario que recibe. El salario de Hisn es la cosecha del año de los dátiles de la ciudad de Jaibar. Por esos dátiles, combate contra Mahoma.
El ejército musulmán, por encima de la trinchera, ofrece a Uyaina-ben-Hisn, el hombre que combate con el beligerante que más le ofrece, un tercio de la cosecha de dátiles de Medina, a condición de que abandone inmediatamente a Abu-Suffian y tome las armas contra él. Comienza el regateo. Dura días y días. Hisn no se niega, pero exige más. Los musulmanes le ofrecen más.
Por fin, se lleva a cabo la transacción. Uyainah-ben-Hisn se decide a pasar al campo musulmán, con toda su tribu, a cambio de la cosecha de dátiles de Medina. En ese momento, el jefe de los neutrales de Medina, Abda1lah Ubaiy, se opone al arreglo. Afirma que Medina ni puede ni debe pagar ese precio, demasiado alto a su parecer. La transacción queda anulada. Hisn permanece en el campo enemigo.
Pero la guerra no ha terminado. En ese combate, Abu-Suffian cuenta también con la ayuda de los antimusulmanes y de los judíos de Medina, que deben atacar a Mahoma por la espalda.
Para obtener la iniciación de aquel «segundo frente» detrás de los musulmanes, penetra de noche en Medina una delegación del campo de Abu-Suffian y se pone en contacto con la tribu de los curtidores; los quraizah, a fin de sincronizar su ataque desde el interior con el de los invasores. Si tales entrevistas entre los Diez Mil, que acampan ante Medina y la tribu quraizah, que se halla a espaldas de los musulmanes, llegaran a un resultado concreto, la genial idea del jandaq. o foso, no hubiera servido de nada. Porque los musulmanes no podrían luchar en dos frentes a la vez.
Adivinando la inminencia del ataque procedente de la retaguardia, los musulmanes pasaron días y noches de pánico. El Corán conserva el recuerdo de aquella época de angustia: Rodeados por los enemigos volvíais vuestras miradas consternadas.
Vuestros corazones, presa de la más viva alarma, formaban diversos pensamientos acerca de Dios. . . Los fieles fueron sometidos a prueba y fueron presa de violentas agitaciones.
Así pues, los fieles quedaron dominados por el pánico. Por la desesperación. Porque sabían que el temido ataque por la espalda aniquilaría a los musulmanes totalmente y para siempre.
Se ha sellado un pacto entre La Meca y la tribu Quraizah, y eso no es un misterio para nadie. El ataque de los quraizah era inminente. Los curtidores se aprestaron a atacar a los musulmanes. Todo el mundo

sabe que «un ataque de los quraizah por el sur, a la retaguardia musulmana; hubiera puesto fin a la carrera de Mahoma». La trinchera, de la que tan orgullosos se mostraban los musulmanes al comienzo de las hostilidades, ya no puede serles útil por sí sola. Ahora necesitan un socorro más eficaz. Imploran a Dios que acuda en su ayuda. El ángel Gabriel aconseja a Mahoma: además de la vigilante guardia que debe mantener siempreal borde del jandaq, es necesario que abra un segundo frente, un frente secreto. El ángel confirma que la situación es grave.

Ante Medina, La Meca tiene sus 10.000 combatientes, más los quraizah, que atacarán por la retaguardia, a pesar de los tratados de alianza concluidos entre los quraizah y Mahoma. Ese ataque es cobarde. Grave. Mortal. Pero Mahoma ha hecho una alianza con Dios. Y esa alianza es más fuerte que todas las realizadas con las tribus árabes. En ella debe confiar el profeta.

Gracias a ella obtendrá la victoria, aunque esté cogido entre dos enemigos. Dios puede hacer milagros. El hombre no.

Y se produce el milagro. Cuando la gravedad de la situación llega a su paroxismo, cuando el ataque de la tribu Quraizah es ya sólo cuestión de horas, un individuo llamado Nuaim-ibn-Masud, se presenta ante Mahoma. Es el hombre encargado de fijar los últimos detalles referentes al plan concertado entre el ejército de Abu-Suffian y los quraizah. Debe preparar contra Mahoma los ataques delante y detrás de la trinchera. El hombre añade que, aunque esté encargado de las operaciones, hace tiempo que simpatiza con el Islam.

Nuaim dice a Mahoma que ha acudido a él porque desea la victoria del Islam. Sólo por eso. Mahoma ve en ese hecho la intervención directa de Dios. Vuelve a animarse. Dios viene en su auxilio cuando nadie puede ayudarle. Mahoma aconseja a Nuaim que prosiga la misión que le han confiado los enemigos del Islam, pero, antes de transmitir las instrucciones de un campo a otro, debe venir a comunicárselas a él. El profeta tiene intención de modificar cuanto digan ambos aliados, de manera que nunca puedan actuar de mutuo acuerdo.

Nuaim acepta. y dice a la tribu Quraizah, so pretexto de transmitirle el mensaje de Abu-Suffian: «Soy yuestro amigo desde hace tiempo. Os aconsejo que reflexionéis antes de actuar. No hay duda de que los coraichitas y sus aliados, que no son habitantes de Medina, volverán tarde o temprano a sus casas y os dejarán solos aquí. Ni siquiera es cosa segura que lleguen a matar a Mahoma. A mi parecer, deberíais obtener garantías ciertas antes de romper la paz con los musulmanes y atacarlos por la espalda. Pedid, por ejemplo, a los de La Meca algunos rehenes para estar seguros de que continuarán la guerra hasta el fin y no os abandonarán por cualquier razón.»

Las palabras de Nuaim tienen un fundamento lógico. Los judíos se dan cuenta de ello y reflexionan largamente. La proposición de Nuaim debe ser estudiada. Durante ese tiempo Nuaim va a ver a Abu-Suffian y le dice:

«Bien conocida es mi amistad por vosotros. Acabo de saber, que los judios quraizah se acaban de aliar de nuevo con Mahoma y que, para testimoniarle su sinceridad, le han prometido entregarle determinado número de personalidades apresadas de entre vosotros, que él podría hacer matar. Tenedlo en cuenta por si los judíos os piden rehenes. Además, os aconsejo que les propongáis atacar el sábado, lo que os probará su sinceridad en la lucha contra Mahoma. La fecha, además, estaría tanto mejor escogida cuanto que los musulmanes no se lo esperan, de manera que el éxito será más seguro y fácil.»
Abu-Suffian reflexionó sobre las palabras de Nuaim.
Durante ese tiempo, los musulmanes hicieron correr, entre las filas de los Diez Mil, él rumor de que los judios iban a pedir a los coraichitas algunas personalidades de La Meca como rehenes, pero que inmediatamente las entregarían a Mahoma para que éste les diera muerte.
Preguntado por los musulmanes acerca de la verdad de tales rumores, contestó Mahoma: La'allana-amarnahum bidhalik, «Tal vez les hayamos acopsejado que obren así».
Estas palabras del profeta fueron referidas a Abu-Suffian. Pero nada explicaban: son palabras sibilinas. Podían ser interpretadas de diversas maneras. Pero la duda y la desconfianza comenzaban a adueñarse de ambos campos. La delegación coraichita, que debe entrar en Medina la noche siguiente para discutir la apertura del segundo frente a espaldas de los musulmanes, comienza a atemorizarse.
Ni uno.de los hombres de La Meca quiere dirigirse al barrio de los banu-quraizah. Todos temen ser hechos prisioneros por los judíos y entregados a Mahoma. Por fin, se logra reunir una delegación que tiene el valor de aventurarse en el barrio de los banuquraizah.
Los judíos, que a su vez desconfían mucho de Abu-Suffian, piden rehenes a los coraichitas, para estar seguros de que no se les abandonará una vez ccmenzado el combate. Cuando saben que los judíos piden rehenes, los coraichitas desconfían a su vez. La petición de rehenes les confirma las palabras de Nuaim.
Dejando la cuestión sin respuesta, los coraichitas piden a los judíos que ataquen a Mahoma por la espalda el próximo sábado. Los judíos no ven en esa sacrílega invitación más que un propósito de los coraichi'tas de herirles en sus sentimientos religiosos para entregarles después a Mahoma. Sólo unos enemigos pueden pedir a los judíos que combatan en sábado. Porque todo el mundo sabe que un judío que combata en sábado quedará transformado en puerco o en simio.
Gracias a esos equívocos no se lleva a cabo la unión del enemigo con los de la retaguardia. Semejantes intrigas tienen algo de pueril. Lo milagroso está en que intrigas tan pueriles den resultado. Los aliados no llegan a ponerse de acuerdo. Y la desconfíanza entre los quraizah y los coraichitas aumenta de día en día.

Hace ya dos semanas que Abu-Suffian y los Diez Mil acampan ante la trinchera. Las tropas están enervadas. El hecho de que Mahoma haya recogido las cosechas antes de tiempo, provoca graves dificultades de abastecimiento. Abu-Suffian contaba con la cosecha del oasis de Medina. Pero todo ha sido recogido prematuramente. Los animales que traen los de La Meca, y sobre todo los caballos, carecen de forraje. Cada vez se habla más de levantar el asedio y volverse a La Meca.

Algunas tribus, a instigación de Mahoma, han abandonado a Abu-Suffian. Otras tienen prisa en volverse, porque pronto comenzará la «Tregua de Dios». Otras se hallan pura y simplemente sorprendidas por aquel estado de cosas, que no es ni de guerra, ni de paz, Es una situación ridícula.

Mientras la desmoralización y la escasez se difunden por el campo de los Diez Mil como una gangrena, levántase una terrible tempestad de arena que arranca todas las tiendas, extingue las hogueras y desencadena el pánico entre los supersticiosos
beduinos. Están convencidos de que la tempestad es obra de Mahoma. No quieren esperar más tiempo.

Abu-Suffian se ve obligado a dar la orden de partida. Y se da tanta prisa, cabalga con tanta rapidez su camella, que ya se encuentra en la silla cuando quitan la traba a la cuarta pata del animal.

La guerra de la trinchera ha concluido. Los de La Meca han tenido ocho muertos y los musulmanes seis.

Abdallah Ubaiy, jefe del partido de los munafiqun o neutrales se ha comprometido con motivo de esta guerra. Definitivamente. Se ha puesto abiertamente de parte de La Meca. Los munafiqun (los hipócritas) que, desde que salieron del vientre de su madre, fueron incapaces de tomar una decisión, han tomado una esta vez. Y han tomado una decisión errónea. Han optado por el partido que llevaba las de perder. Mahoma se ocupará de los neutrales más tarde. Primero, debe juzgar la traición de los quraizah. Pero Mahoma no quiere, en absoluto, mezclarse en semejante asunto. De acuerdo con la constitución, es árbitro supremo de derecho. Pero renuncia a sus prerrogativas y deja esa tarea a un hombre de un clan aliado de los quraizah. El árbitro encargado de juzgar su traición es designado por ellos mismos y se llama Sad-ben-Muadh. Todas las tribus de Medina quedan obligadas, por la constitución de la ciudad, a ayudarse mutuamente cuando Medina es atacada desde el exterior. Pero los quraizah, no sólo se han negado a asociarse a la defensa de la ciudad contra el ejército de los Diez Mil, sino que han pactado con el enemigo, tomando las armas contra sus conciudadanos y contra la ciudad. Los hombres del clan son condenados a muerte. Sentencia sin apelación posible. Y se ejecuta.

LXVIII

LA ELECCIÓN ENTRE LA MECA Y JAIBAR

La guerra de la trinchera, la guerra del jandaq , ha concluido. Los enemigos del interior de Medina quedan eliminados. A pesar de esto el Islam se encuentra, como antes, encerrado entre los brazos de una tenaza, entre La Meca, a 400 kilómetros al sur y Jaibar, a 200 kilómetros al norte. Las caravanas musulmanas ya no pueden circular. El bloqueo económico es casi completo. Tarde o temprano, es inevitable la guerra, de la que saldrán totalmente aniquilados, ya los paganos, ya los musulmanes. Los enemigos del Islam están más unidos que nunca. «Había un pacto entre los habitantes de La Meca y los de Jaibar: en el caso de que el profeta fuera contra uno de esos dos pueblos, el otro invadiría Medina». El Islam se halla entre ambos.

A causa del bloqueo económico, que impide el paso de las caravanas, el Islam se ve obligado a atacar o a La Meca o a Jaibar. No queda más que una solución: la de las armas. Al menos por el momento.

Jaibar es una ciudad extremadamente rica. Sus habitantes no pueden ser comprados ni corrompidos, como las tribus beduinas. No pueden tampoco ser convertidos al Islam, porque son todos judíos. Para los judíos, Mahoma no es un profeta. Es un árabe. Y para ser profeta, ante todo hay que ser judío. Dios no se dirige más que al pueblo elegido.

Igualmente dificil sería corromper a los de La Meca, donde se hallan los mortales enemigos del Islam y de Mahoma.

Abu-Suffian, Ikrimah, el hijo de Abu-Jahl, Safwan-ben-Umaiyah, Hint, esposa de Abu-Suffian, y toda la clase de los coraichitas, que persiguen al profeta desde hace veinte años.

Uno de los rasgos caracteristicos de los árabes es el poder adherirse sin dificultad a una solución absurda, sin posibilidad lógica de realizarse. El árabe, que ignora la lógica cuando ésta no puede ayudarle, se agarra a una creencia irrealizable y combate por ella con todas sus fuerzas, con toda su fe, incluso cuando el fracaso parece seguro. Y la mayor parte de las veces, cosa increíble, el absurdo se realiza. La lógica parece impotente ante una creencia titánica e ilimitada. Colocado en la alternativa de atacar a La Meca o a Jaibar, puesto que una de esas ciudades debe ser atacada sin falta, si se quiere romper el bloqueo de Medina, Mahoma escoge una tercera solución, que sorprende a cuantos le rodean: anuncia que va a hacer la peregrinación, la umrah, a La Meca, en compañía de todos sus fieles.

La Meca es la ciudad enemiga por excelencia. La ciudad de la que Mahoma ha sido expulsado. Donde se le ha condenado a muerte y al exilio. La Meca es la ciudad que ha enviado contra Mahoma a miles de guerreros encargados de exterminarlo. ¡Y ahora, el profeta anuncia que va a dirigirse a La Meca para orar! ¡En peregrinación! Los compañeros del profeta tratan de comprenderlo. ¿Acaso piensa en conquistar La Meca? El profeta contesta con candor que él va a rezar, no a pelear. Invita a todos los fieles del Islam a seguirle. Se llama la atención de Mahoma sobre el hecho de que los coraichitas, en cuanto puedan adueñarse de él, lo matarán, y los musulmanes que le acompañen serán vendidos como esclavos o asesinados. Pero

nada puede hacer que renuncie a su idea. Quiere ir a orar a La Meca. Y responde a los fieles inquietos por su vida: «Los coraichitas pueden pedirme lo que sea en nombre de la caridad: yo se lo concedería ahora mismo».
Así pues, Mahoma está dispuesto a dar su vida a los coraichitas, si éstos se lo piden en «nombre de la caridad». Por lo tanto, ya no hay más obstáculos entre Mahoma y La
Meca. Comienzan los preparativos para la partida. Nos hallamos en el año 628.

LXIX

VIAJE A LAS PUERTAS DE LA MECA

En el mes de febrero del año 628. Mahoma sale de Medina y se dirige hacia La Meca, a fin de llevar a cabo la piadosa peregrinación a la Kaaba. Esa clase de peregrinación existe desde tiempo inmemorial. Consiste en ciertas prácticas, veneradas ya por los antepasados y que el Islam respeta, sin cambiar en ellas nada. Inmediatamente, el fiel que va en peregrinación, se pone en estado de haram, es decir, ayuna, practica la abstinencia sexual, se rasura la cabeza y se viste con una túnica llamada iram, formada por una sola pieza de tela, sin ornato alguno. Es el estado en que se ponen todos los fieles de las diversas religiones del mundo, desde la más primitiva hasta la más desarrollada, cuando quieren acercarse a la divinidad y alejarse del mundo terreno.
Las diferencias no son esenciales. Los actos de piedad no difieren más que en el detalle. Los árabes, lo mismo antes que después de Mahoma, hacen las circum ambulationes, llamadas tawaf, en torno a la Kaaba. Hacen también genuflexiones, llamadas rikat .
Antes del islamismo, precedían a la peregrinación grandes sacrificios de animales; y todo concluía con una importante feria.
Mahoma invita a todos los fieles a acompañarle. Los primeros en negarse son los beduinos nómadas. Saben que Mahoma se halla en estado de guerra con los ciudadanos de La Meca y no quieren tomar parte en el encuentro de los beligerantes. Además, por superstición, los beduinos no desean participar en una guerra contra la santa ciudad de La Meca, a lo que se niegan incluso los que son ya musulmanes. El Islam de los beduinos no es lo bastante profundo para sacarlos de determinados tabús preislámicos.
Pero existe una categoría de musulmanes que se halla en el colmo de la felicidad al saber que el profeta los invita a acompañarle a La Meca. Son los mohadjirun, los emigrados de La Meca. Para todo árabe, La Meca es la ciudad en que Adán levantó el primer santuario, reconstruido después por Abraham.
Además, para un árabe muhadjirun, La Meca es la patria. Es la ciudad de la que se ve separado. Los desterrados deliran. La columna musulmana que parte de Medina comprende dos mil hombres, en su mayoría muhadjirun: exilados. Hace seis años que

han salido de La Meca con su profeta. El camino de regreso es un camino de felicidad. Porque, si para cualquier hombre vivir en el exilio es difícil, para un árabe, morir lejos de los suyos es considerado como el dolor más grande.
Las ceremonias y la peregrinación a la Kaaba, están permitidas a todas las religiones. De manera que La Meca no puede prohibir a los musulmanes una peregrinación que a nadie le está vedada. Pero los coraichitas no pueden tolerar que su mayor enemigo, Mahoma, entre en la ciudad.
Mahoma y los suyos van sin armas. Abu-Suffian está ausente de la ciudad. Los demás coraichitas no saben qué decisión tomar. La principal fuente de beneficios de la ciudad es la religión. Durante el mes de la «Tregua de Dios», quienquiera puede entrar en La Meca. Resulta, por lo tanto, inconcebible, prohibir la entrada a Mahoma. ¿Se llegará a la violencia contra él? Eso equivaldría, durante la «Tregua de Dios», a arruinar las ferias de que tanto beneficio saca La Meca. Establecer una discriminación entre una religión y las otras, significaría que La Meca renuncia a ser La Meca, es decir, el asilo de la tolerancia. Mas, si se permite a los dos mil musulmanes y a su profeta penetrar en la Ciudad, esa masa de hombres podría adueñarse de ella. La primera decisión que hay que tomar es detener el avance de Mahoma. Un destacamento de
cuarenta jinetes coraichitas parte para hostigar a la columna musulmana. Todo los caballeros de La Meca caen prisioneros, pero Mahoma ordena que sean puestos en libertad, con sus armas, y sin pedir por ellos rescate alguno. Tras ese acto de clemencia, inaudito en el desierto, Mahoma y sus musulmanes reanudan la marcha hacia La Meca.
Preguntado acerca de su actitud para con los jinetes asaltantes. Mahoma hace observar que él y los dos mil musulmanes que le siguen son peregrinos. Y los peregrinos no se hacen prisioneros.
Poco después del incidente, la columna musulmana es interceptada por un destacamento de doscientos coraichitas, mandados por Ikrimah, hijo de Abu-Jahl, el feroz enemigo de Mahoma.
En el momento en quc Ikrimah alcanza a la columna musulmana, el profeta y sus dos mil fieles, alineados en perfecto orden, hacen oración vueltos hacia La Meca. Es la hora de la oración.
Ikrimah no tiene el valor de atacar. Vuelve grupas, pero sigue decidido a impedir a Mahoma el acceso a la ciudad.
Por esa razón, Mahoma envía un embajador a La Meca, para explicar que solamente viene como peregrino. El embajador musulmán se llama Jirach-ibn-Umaiyah; pertenece a la tribu de los Juzah y cuenta con numerosas relaciones entre los coraichitas. Ikrimah, que vigila los accesos a La Meca, intercepta al embajador musulmán y para impedir que prosiga su camino, corta las corvas a todos los camellos. Jirach y sus compañeros quedan abandonados en el desierto. Ya es milagro que hayan salvado sus vidas. Vuélvense a pie, a ocupar sus puestos en las filas musulmanas. Mahoma no protesta. Como lo ha prometido, está dispuesto a soportarlo todo. Llegado a la frontera del territorio sagrado, puesto que no solamente la ciudad, sino toda la

comarca que rodea a La Meca cs considerada tierra sagrada, Mahoma se detiene. Ordena que los animales destinados al sacrificio sean consagrados según la costumbre árabe. El Islam demuestra así que nada ha cambiado de las prácticas exteriores del culto. Mahoma ha comprendido que, para las masas lo importante no es la religión en sí misma, sino sus formas exteriores.
Por consiguiente respeta el ceremonial exterior del culto público. La fe y el culto se hallan siempre en razón inversamente proporcional; cuando el culto público alcanza el máximo de sudesarrollo, la fe es mínima. Cuando la fe es más ferviente, el culto apenas existe. Mahoma sabe que los coraichitas no tienen ni un polvillo de fe. Sólo se atienen a la forma exterior del culto. Y Mahoma les demuestra que respeta las formas.
La consagración de los animales se hacía marcándolos, hasta el derramamiento de sangre, con el wasm, o signo tribal. Después se ponía una cuerda en torno al cuello de los animales. Eso significaba que estaban ya destinados al sacrificio. Tras la consagración de los animales, la columna musulmana prosiguió su marcha hacia La Meca. Ikrimah y la caballería coraichita se les opusieron de nuevo en su camino.
Los musulmanes están todos en tensión. ¿Va a ordenarles el profeta que franqueen a Ja fuerza los obstaculos de la caballería coraichita, o dará orden de retirarse? Mahoma no se atiene a ninguna de esas decisiones. Ordena a la columna que avance hacia La Meca, por un sendero que ni siquiera sería accesible a las cabras. A causa de esto, ni siquiera hay en aquel lugar una empalizada coraichita. El sendero atraviesa un territorio montañoso, lleno de rocas y barrancos, en la rcgión de Dhul-Hulaifa. La columna musulmana, evitando así las empalizadas y el camino general, avanza entre peñascos. No ha habido efusión de sangre. Pero los viajeros deben avanzar casi arrastrándose.
Mahoma está decidido a reconciliarse con La Meca. Para llegar a ello, la primera cosa que hay que hacer es evitar que corra la sangre. Hay que cerrar los ojos a cualquier provocación.
Mahoma tiene una fe inquebrantable en Dios. Sabe que logrará el objeto propuesto. A este respecto, no se le ofrece la menor duda. Pero es difícil conducir a las muchedumbres por esos caminos estrechos e inaccesibles de la fe absoluta. Las masas quieren sin cesar señales exteriores de victoria, explicaciones claras y burdas.
Llegado a la frontera del territorio sagrado, Mahoma se detiene. No puede explicar a la muchedumbre el motivo de semejante detención, que contrasta con el deseo de llegar lo antes posible a La Meca. Pero si debe haber violencia, es mil veces mejor volverse atrás.
La Meca se hace visible. Está a once kilómetros. Los exilados la contemplan con ojos hambrientos. Siéntense capaces de cubrir corriendo los últimos kilómetros.
Pero Mahoma ordena una detención. Y para lograr que esa decisión sea aceptada sin murmuraciones por los que mueren de impaciencia de entrar en la ciudad, implora la ayuda del ángel Gabriel.

De repente, la camella del profeta tropieza. Se arrodilla. Vuelve a levantarse; pero, en lugar dé avanzar, retrocede unos pasos y se arrodilla de nuevo. Los fíeles piensan que la camella del profeta está cansada y por eso se arrodilla a cada paso y se niega a avanzar, ahora que La Meca está ante sus ojos.
Pero Mahoma anuncia que su camella se ha detenido por orden del ángel:
Dios ha prohibido a la camella pisar el territorio sagrado.
Mahoma explica a los fieles que lo mismo había ocurrido con el elefante de Abraha, el rey abisinio que quería conquistar La Meca. Llegado al territorio sagrado, el elefante se arrodilló y se negó a avanzar. Exactamente como la camella del profeta. Tal es la voluntad de Dios y los musulmanes deben respetarla. Dios no quiere que Mahoma y su caravana penetren en el territorio sagrado. Al menos, por el momento.
El profeta pone pie a tierra e invita a todos los musulmanes a hacer lo mismo. Ellos obedecen sumisos, pero con los ojos llenos de lágrimas. ¡Detenerse ahora que están cerca del fin! ¡Es duro! Sobre todo para los emigrados, que han salido de La Meca hace seis años y que desde entonces no sueñan más que en este instante, en el regreso a su ciudad. . .
Cuando los fieles se aprestan a hacer alto, observan que aquel lugar carece absolutamente de agua. Hay allí mil hombres y varios cientos de camellos. No pueden acampar en un sitio sin agua. Ese es un buen pretexto para avanzar. Quienes desean
entrar cueste lo que cueste en La Meca acaban de hallar una excelente razón para llevar adelante su propósito.
Pero Mahoma sabe que todo paso adelante es un paso en territorio sagrado. Si se derrama una sola gota de sangre, el acto equivaldría a una violación del santuario. Un sacrilegio.
A eso se añade que están en el mes sagrado. Mahoma levanta los brazos a Dios y pide agua a Alah. Es lo único que puede ayudarle a no cometer el sacrilegio de penetrar en tierra santa. La plegaria es, desde luego, absurda. Pero la tawakku, la confianza
absoluta en Dios hace que la lógica se funda como la manteca al sol. Lo imposible se realiza. La realidad se inflama al contacto de las llamas de la fe tenaz, y se transforma según la voluntad del fuego, es decir, de la fe. Uno de los fieles manifiesta a Mahoma
que bajo sus mismos pies hay un pozo de aguas abundantes. Basta cavar un poco. Eso es todo. El milagro se produce. Unas horas después, todo el mundo tiene agua, más de la necesaria. Y ya no hay por qué avanzar.

* * *

Cuando queda organizado el campamento en aquel lugar de la frontera de La Meca, Mahoma llama a Omar. Con Abu-Bakr, Omar es el más próximo compañero del profeta. Es también su suegro. Mahoma le explica la razón por la que acaba de hacer

alto. Después, invita a Ornar a dirigirse como embajador a La Meca, a fin de explicar a su vez a los coraichitas que el profeta viene simplemente en peregrinación y les ruega que no se opongan a ello. Omar no quiere ni escucharlo. Está furioso. Puesto que Mahoma puede entrar en la ciudad, ¿a qué viene el pedir permiso a los coraichitas? Omar no conoce matices. Es demasiado honesto, demasiado correcto, demasiado puro. Omar conoce solamente el tazakka, palabra que, en árabe, significa la rectitud y la perfección moral. Para un hombre de la rectitud y de la conciencia de Omar, no hay más que la justicia y la injusticia, el bien y el mal, la verdad y la falsedad. Ornar sabe que la vía del Islam es la buena, puesto que ha sido dictada por Dios. En consecuencia, entrar en La Meca es un bien. ¿Por qué, entonces, los musulnlanes no iban a ir a la ciudad, si eso sería un bien?
Ornar rehusa la misión que quiere confiarle el profeta. No quiere ir a los coraichitas a pedirles autorización para hacer una buena acción. Para hacer el bien, no se pide permiso.
Entonces, Mahoma llama a Uthman. Es el yerno del profeta, el que se ha casado con Ruqaya. Había emigrado con ella a Abisinia; después, había regresado a La Meca y seguido al profeta al exilio. A la muerte de Ruqaya, se casó con Umm Jultum, la otra hija de Mahoma.
Uthman, de temperamento totaln1ente opuesto al de Omar, es un joven elegante y superficjal, que nunca toma una actitud incisiva. No seria hombre de mundo si adoptara actitudes incisivas. Uthman acepta con placer el ir en embajada. Parte inmediatamente con el propósito de tratar con los coraichitas.
Poco después, corre por el campo musulmán el rumor de que el yerno de Mahoma ha sido apresado por los coraichitas, puesto en cadenas y torturado. y pasado algún tiempo aún, durante el cual nada se supo de Uthman, se murmura que ha sido asesinado. Semejante idea provoca una gran irritación en el campo musulmán. Mahoma mismo está sorprendido. Nunca hubiera imaginado que los coraichitas, los «pequeños tiburones», pudiesen cometer semejante asesinato. La noticia no se confirma. Mas,
para el caso en que fuera verdadera, Mahoma decide que hay que tomar otras medidas. Totalmente diferentes.

* * *

Previamente, Mahoma reúne a todos sus fieles bajo un árbol, en el mismo lugar en que han acampado, en la localidad de Hudaibiya, junto a la frontera sagrada de La Meca. El verde árbol a cuya sombra se realiza la asamblea de los musulmanes, es un samura. Mahoma sabe perfectamente con qué propósito ha emprendido ese viaje: desea la reconciliación con La Meca. Incluso contra la voluntad de ésta. La voluntad de La Meca no tiene importancia alguna cuando se trata de Dios.

En segundo lugar, el cumplimiento de la peregrinación debía mostrar que «el Islam no era una religión extranjera, sino esencialmente árabe; y en particular, que tenía su centro en La Meca».
El arresto y eventual asesinato de Uthman obligaría a Mahoma a adoptar otra línea de conducta para realizar sus planes. Por eso reúne a sus fieles bajo el árbol de Hudaibiya. Pídeles que juren solemnemente que seguirán las órdenes del profeta, aunque sean contrarias a sus deseos y a su razón. Ese juramento bajo el árbol se llama bayat-ar-ridwan, o juramennto de fidelidad.
Síguele un segundo juramento, llamado baya-u-allal-mawt, promesa de combatir hasta la muerte.
El profeta se mantiene en pie bajo el árbol. (En el mismo lugar se levanta hoy una mezquita). Los fieles se presentan uno tras otro, y prestan los dos juramentos ante Mahoma. Éste estrecha la mano a cada uno de sus fieles. El primero de los dos mil
hombres que prestan juramento es un musulmán llamado Sinan, que dice: «Juro ser fiel a todo lo que ordenes y decidas. Poco importa que sea bueno o malo».
El Corán habla así de ese juramento bajo el árbol de Hudaibiya: Alah quedó muy satisfecho (radiya) de esos creyentes, cuando juraron fidelidad total bajo el árbol.
La muchedumbre de fieles musulmanes presta con alegría y en medio de indecible entusiasmo el juramento de combatir hasta la muerte. Todos están convencidos de que este juramento irá seguido inmediatamente del ataque y conquista de La Meca.
El juramento solemne e individual de Hudaibiya, de morir o vencer y de seguir al profeta. fuera cual fuese la orden que pueda dar, produce en La Meca un efecto terrorífico, Los coraichitas son presa del pánico. Si habían proyectado asesinar a
Uthman, al menos no han cometido aún el crimen. Uthman estaba sólo prisionero. Los coraichitas están aterrorizados ante la idea de que Mahoma pueda atacar y saquear la ciudad. Que pueda incluso, eventualmente, incendiarIa y vender a sus habitantes como esclavos. Semejante temor hace que liberen inmediatamente a Uthman. Igualmente, les obliga a cambiar de táctica con respecto a Mahoma. Los coraichitas hacen saber inmediatamente al campo musulmán que están dispuestos a entablar en seguida
conversaciones.
No se limitan los coraichitas a dirigir palabras conciliadoras y a liberar a Uthman. Ordenan a Ikrimah que no vuelva a acercarse al campo musulmán. De esta manera, Mahoma logra mediante una hábil maniobra y sin derramar una sola gota de sangre, volver a su favor una situación critica. En vez de los soldados mandados por Ikrimah, La Meca envía al campo musulmán embajadores para tratar con él. Pero, sobre todo, para espiar y saber cuáles son las intenciones del profeta. Los coraichitas están desconcertados. y no dejarán de estarlo por la conducta de Mahoma. Hasta la muerte.

* * *

El primer hombre enviado por los coraichitas al campo musulmán, a fin de explorar las intenciones de Mahoma, es Julais-ben-Alkama. un beduino. Queda arrobado por lo que ve. Mahoma le manifiesta que viene a La Meca realmente por la peregrinación, y que aparte del umrah no tiene ninguna otra intención. Para probar la sinceridad de esas afirmaciones, Mahoma ordena que se le muestren al visitante los animales señalados para el sacrificio. Las bestias aguardan desde hace tiempo, atadas juntas y hambrientas.
«Esperamos desde hace tanto tiempo el permiso para entrar en La Meca, que las bestias hambrientas han comido sus propios pelos». El beduino comprueba que los pobres camellos se han devorado recíprocamente los pelos, a causa del hambre que padecen.
Queda conmovido hasta derramar lágrimas por el fervor religioso de los musulmanes. Regresa a La Meca y explica todos aquellos hechos a los coraichitas, afirmando que no está permitido en absoluto impedir el acceso a la ciudad santa a hombres tan piadosos. Los coraichitas permanecen escépticos. Acusan al embajador beduino de credulidad. y envían a otros represéntantes al campo musulmán. Pero también estos emisarios
regresan sorprendidos de lo que han visto. Desde el principio, Mahoma se ha rodeado de fieles que no hacen otra cosa que adivinar los deseos del profeta para realizarlos. Si el profeta quiere un vaso de agua, apenas tiene tiempo para cogerlo por su propia mano, porque diez personas se precipitan inmediatamente a servírselo. Los que no logran hacerlo, porque otros se les han adelantado, permanecen tristes. La veneración de los fieles para con Mahoma es tan grande, que todos se sentirian dichosos de dar por él sus vidas. Bastaría una señal del profeta para que todos los musulmanes corrieran a la muerte. Han jurado cumplir siempre ciegamente sus órdenes. El enviado coraichita cuenta cómo, cinco veces al día, alineados con una disciplina desconocida en el
desierto, los musulmanes se prosternan vueltos hacia La Meca y hacen oración. Su fe es inmensa y total.
Los coraichitas comprueban tales noticias. Las comprueban aún. Y tienen que reconocer que lo dichp por sus embajadores es verdad; lo que no hace sino acrecentar su inquietud
con respecto a Mahoma y al peligro que él representa para La Meca. Además, nadie puede saber cuáles son sus verdaderas intenciones; y eso es más angustioso que todo lo demás.
Mientras los dirigentes de La Meca buscan una solución, Mahoma saca del embarazo a sus compatriotas y enemigos, proponiéndoles un pacto, una alianza tan ventajosa para ellos que ni siquiera piensan rechazarla. La Meca envía una delegación, a fin de discutir con Mahoma. Éste promete abandonar la frontera de la ciudad y volverse a Medina inmediatamente después de la firma del pacto.
Los coraichitas, que son feroces enemigos del profeta, le deben esta vez todo su reconocimiento, puesto que los salva al alejarse y ofrecerles una solución que ellos mismos no se hubieran atrevido a proponer.

¿Cómo ha llegado Mahoma a proponer a sus enemigos un pacto desventajoso para él? La explicación es bien sencilla: Todas las grandes realizaciones humanas ofrecen un aparente aspecto de fracaso. Pero en el caso presente, ese fracaso no es más que una apariencia inmediata.
Tras las conversaciones preliminares, La Meca envía un representante con plenos poderes para firmar un acuerdo con Mahoma. Ese embajador se llama Suhail-ben-Amr. En árabe, suhala significa fácil. Al ver llegar a este hombre, Mahoma hace un juego de palabras: «He aquí una paz que se hace fácil: suhala».
Alí, el hijo adoptivo de Mahoma, cuenta cómo se llevó a cabo la firma del pacto: «Entonces, el profeta me llamó. Ordenó: Escribe: «En el nombre de Alah misericordioso».
Suhail, el representante de La Meca, interrumpiendo a Alí que escribe ya Mahoma que dicta, protesta que no está de acuerdo con el término: «No conozco eso (es decir, a Alah). Escribe más bien: "En tu nombre, Señor"».
Mahoma no opone objeción alguna. Ordena a Alí que escriba lo que le dicta el representante de La Meca. «Y lo escribí así», dice Alí.
Mahoma dicta: «Este es el acuerdo concluido entre Mahoma, el enviado de Dios, y Suhail-ben-Amr».
Inmediatamente interrumpe a Alí el embajador de La Meca. No está de acuerdo: «Mahoma, si afirmas que eres el enviado de Dios, no podré combatirte más. Escribe tu nombre y el nombre de tu padre, a la manera de los árabes».
Mahoma no se opone tampoco y dice a Alí: «Escríbelo así».
Alí se niega. Mahoma toma el cálamo y escribe personalmente. Alí observa: «y no tenía una bella escritura».
He aquí el texto del pacto:
«En tu nombre, Señor. Este es el tratado que Mahoma-ben-Abdallah ha concluido con Suhail-ben.Amr. Están de acuerdo en evitar la guerra durante diez años. Por este tiempo, las gentes deben estar seguras y nadie levantará sus manos contra otro.
Quienquiera que, de entre los coraichitas, venga a Mahoma sin el permiso de su protector o guardián, debe ser devuelto a su origen por Mahoma. Quienquiera que, de los que están con Mahoma, venga a los coraichitas, no debe ser reenviado. Se evitará el mal entre nosotros. No debe haber entre ambos campos ni saqueo ni expoliación. Quien quiera entrar en pacto y alianza con Mahoma, debe hacerlo; y quien quiera entrar en pacto y alianza con los coraichitas, debe hacerlo. . . Vosotros debéis retiraros este año y no entrar en La Meca contra nosotros. Cuando llegue el próximo año, iremos ante vosotros, y entraréis aquí con vuestros compañeros y permaneceréis tres días en la ciudad. Llevaréis las armas de los caballeros y las espadas en sus vainas. No entraréis nevando otra cosa».
Mahoma firma con el nombre de Mahoma-ben-Abdallah.
Por lo tanto, debe retirarse de allí y no entrar en La Meca por aquel año. Pero lo hará al siguiente, por tres días, en los que los habitantes de La Meca abandonarán la ciudad. Lo que resulta más doloroso

para Mahoma es la obligación de devolver a La Meca a todos los musulmanes que se refugien en Medina. La Meca, en cambio, no tiene obligación de remitir a Medina a los fugitivos que salgan de esta ciudad. Mas para Mahoma, lo principal es el acuerdo de no agresión, válido por diez años. Durante ese lapso de tiempo, puede firmar alianzas con quien guste y combatir a quien quiera. La Meca no intervendrá en eso.

* * *

El acuerdo firmado por Mahoma con el representante de La Meca provoca una viva indignación en el campo musulmán. A causa del juramento prestado unos días antes, los fieles no pueden rebelarse contra el profeta. Pero todo el mundo le es hostil.
Todos los fieles se sienten exasperados y humillados. Han llegado hasta las puertas de La Meca y, sin ser vencidos, tienen que tomar la vergonzosa decisión de volverse atrás. Es una ofensa que el orgullo árabe apenas puede soportar. Aquí puede verse cuán grande es la previsión de Mahoma, que antes de someter a los fieles a esta humillación, les ha pedido que juren individualmente y de manera solemne que ejecutarán la voluntad del profeta, aunque no estén de acuerdo. Y que lo harán ciegamente. Sólo gracias a ese juramento puede mantenerse la calma. Omar, el hombre cuya vida es recta como el filo de una espada, expresa su cólera en voz alta, ante el profeta. Mahoma
apacigua a quienes pueden ser apaciguados y deja que le injurien aquellos a quienes les es imposible dominarse. Se rasura la cabeza y hace los sacrificios tradicionales. Algunos de los fieles le siguen, aunque de mala gana. Otros se niegan. Porque los sacrificios deberían llevarse a cabo en La Meca. No en las cercanías de la ciudad. Mahoma realiza su peregrinación allí mismo, en Hudaibiya. Como si estuviera en La Meca. Aparentemente, la disciplina queda a salvo. Mas, a pesar del juramento, está a punto de convertirse en rebelión abierta y general contra Mahoma, cuando el hijo de Suahil, representante de La Meca y signatario del pacto, acude a pedir auxilio al campo musulmán.
Hace mucho tiempo que su padre, gran enemigo del Islam, lo tiene encerrado. Ahora, Abu-Djandal se ha evadido y viene a pedir protección a sus hermanos en la fe. De acuerdo con el tratado recientemente firmado, Mahoma no tiene derecho a acogerlo. Por él contrario, está obligado a entregarlo a los coraichitas. y especialmente a su padre.
Los musulmanes insisten para que Abu-Djandal no sea entregado. Mahoma se niega a prestarles oídos. Hace llamar a Sihail y le devuelve a su hijo. Éste es torturado. Tal vez condenado a muerte. Morirá por haber cometido el crimen de hacerse musulmán. ¡Mártir musulmán, entregado por el profeta mismo del Islam!
Los musulmanes están en el colmo de la indignación. Pero Mahoma no se deja doblegar. Y en el mismo momento en que los espíritus hervían de revuelta, declara que el tratado de Hudaibiya, recién

firmado, es una brillante victoria. Mahoma explica a los fieles, sin. dar importancia a la rebelión, que no es necesario que la peregrinación llegue hasta La Meca; puede considerarse cumplida si el peregrino encuentra impedido el
camino a la ciudad. Por lo tanto, han cumplido la peregrinación, en el mismo sitio en que fueron detenidos; y ahora vuelven a sus casas tras haber cumplido plenamente su deber.
En cuanto a la devolución de Abu-Djandal, su hermano en la fe, Mahoma dice a los musulmanes que no deben escandalizarse. Es la aplicación de una de las cláusulas del tratado. Negar la protección a un musulmán, no es una desgracia. «Si uno de los
nuestros se refugiara en La Meca, no sería más que un tata; y nosotros no necesitamos de traidores. Por eso no lo reclamaríamos: ¿Qué íbamos a hacer de un traidor? Por eso, la cláusula de la extradición y la devolución de los fugitivos es unilateral. Si uno de La Meca viene a nosotros y lo entregamos a los paganos, será perseguido por ellos. Tal vez muera como mártir. Y así le esperarán ante el Señor los máximos honores.»
De esta manera explica Mahoma aquel tratado que es, según el Corán, uma brillante victoria.
En cuanto al pacto de no agresión durante diez años, ayudará al Islam a liquidar a todos los enemigos de los alrededores de Medina sin que La Meca pueda intervenir en su ayuda.
Mahoma no ha firmado como «enviado de Dios», sino solamente como «Mahoma-ben-Abdallah», cosa que le reprochan los musulmanes. Pero el profeta no ve en ello nada malo. En ninguna parte ha afirmado que no sea el enviado de Dios. No ha renegado. La realidad sigue en pie. La omisión de su calidad de «enviado de Dios» corresponde a una demanda pueril de los paganos. Y hubiera sido pueril el no satisfacer una exigencia
pueril. Además, nada costaba a los musulmanes. Los fieles escuchan atentamente al profeta. Pero sin entusiasmo. El hecho de no haber entrado en La Meca y haberse visto obligados a volverse atrás, es una humillación demasiado grande. Los más apenados
son los más puros de los musulmanes. Omar, sobre todo.
Grita a Mahoma: «¿No estamos en el camino verdadero y los paganos en el falso? Si es así, ¿por qué la verdad debe ser humillada?».
Pero el resultado del tratado será fulgurante. Visible desde el regreso a Medina.
Los beduinos; que tienen un miedo supersticioso a la fuerza económica, militar y religiosa de La Meca, vacilaban en tomar las armas contra ella. Habiendo firmado Mahoma un pacto con La Meca, los beduinos se mostraban más inclinados a seguirle.
Los primeros en abrazar el Islam son los de la tribu de Juzah. Seguirán otros. Entre los beduinos y el Islam ya no existe el obstáculo de La Meca, la ciudad del santuario. Hasta Omar tendrá que reconocer, poco después de la firma del tratado de Hudaibiya, que se ha engañado y que el profeta tenía razón. Ese tratado es ciertamente una «brillante victoria» para el Islam. y el porvenir no

hará más que confirmar incesantemente esta verdad. La Meca ha reconocido ya al Islam. Al año siguiente, el 629, los musulmanes acudirán a la Kaaba como verdadero «pueblo»;
como un ummah. Han sido reconocidos oficialmente.

LXX

LOS COMBATIENTES SOLITARIOS DEL ISLAM

Entre tanto, la cansada caravana musulmana regresa de Hudaibiya a Medina. Los fieles no han entrado en La Meca. Han firmado un tratado humillante con los paganos. Es un compromiso ofensivo. Los beduinos desprecian los compromisos. «Nosotros no conocemos más que un camino: es recto, como el filo de nuestras espadas», dice el poeta. El incidente de Abu-Djandal entregado a los paganos para ser aprisionado y torturado por ser musulmán, ha hecho una impresión desastrosa. Mahoma no ha defendido a Abu-Djandal. El profeta ha entregado a un fiel a sus enemigos.
Conceder protección a los perseguidos es una de las primeras leyes que se impone el hombre que vive en el desierto.
En el presente caso, no se trata solamente de una violación flagrante de esa ley; es, además, un hecho imperdonable, porque es el mismo Mahoma quien ha negado protección a un hombre perseguido a causa de su fe. Tarafa, el más grande poeta de la
Arábia pre-islámica, escribe:
«El día de ¡ni muerte, mis amigos me verán sonriente, porque he conocido las tres únicas alegrías que hacen encantadora la vida: he socorrido a los humanos en peligro; he bebido vino y he abreviado la duración de los días lluviosos, acariciando a bellas mujeres».
Una de esas tres alegrías que constituyen el encanto de la vida, la protección de los perseguidos, ha sido pisoteada por el profeta.
Mientras avanzan entristecidos hacia el Norte, los musulmanes deben asistir a una escena aún más terrible. Otro musulmán evadido de La Meca alcanza la columna de los fieles e implora la protección del profeta contra los paganos. El fugitivo se llama Abu-Busair. Mahoma le escucha sin decir
palabra. Después, medita. Aquello podía ser una trampa preparada por los coraichitas que inmediatamente le acusarían de haber violado el tratado de Hubaidiya. ¡Pero no: no se trata de una trampa! Abu-Busair es realmente un musulmán perseguido a causa de su fe.
Inmediatamente después del fugitivo llegan dos coraichitas. Piden que les sea entregado Abu-Busair. De acuerdo con la convención recientemente estipulada, y por la que Mahoma se ha comprometido a entregar a cuantos busquen refugio junto a él. Mahoma no vacila un segundo. Entrega a los soldados paganos al musulmán que ha implorado su protección.
Abu-Busair es atado y maltratado ante sus propios hermanos de fe. Después lo colocan sobre los lomos de un camello, tendido como en

cruz, y así se lo llevan a La Meca. Esta vez, Omar y los demás mantienen una actitud violenta ante Mahoma.
Éste se muestra inquebrantable. Quiere respetar el pacto firmado con La Meca. Para quedar en buena situación con la ciudad santa, está dispuesto a pagar cualquier precio.
Pero Abu-Busair es un verdadero combatiente. Que haya sido entregado a los paganos por el mismo enviado de Dios, no le desmoraliza. Se afirma en su fe. De camino hacia La Meca, logra soltar la cuerda que lo mantiene crucificado a lomos del camello. Desciende y mata a uno de sus guardianes. El otro se salva huyendo rápidamente.
Por segunda vez, Abu-Busair se presenta en el campo musulmán y pide protección. Esta vez, no solamente tiene que rendir cuentas a los coraichitas por su fe islámica, sino también por el asesinato de un soldado. Mahoma ordena que el fugitivo sea apresado. Y espera la llegada de soldados coraichitas, a los que entregará por segunda vez a Abu-Busair. Entre tanto, llega al campo musulmán el guardián que se había salvado en la huida.
Mahoma le ofrece el prisionero y le dice que lo conduzca a La Meca, como le han ordenado los coraichitas. Pero el guardián no se atreve a partir solo con Abu-Busair. Y se queda en la caravana musulmana, a la espera de que otros camaradas acudan a ayudarle a llevarse al prisionero.
Pero Abu-Busair logra deshacer sus amarras una vez más y escapa de las manos de sus perseguidores. Antes, anuncia que regresará a la ummah, donde está su sitio, cuando Mahoma esté dispuesto a recibirle. Hasta que llegue ese día, seguirá combatiendo por la victoria del Islam.
Después se pierde en el desierto. Solo. Tal y como lo cuenta el poeta Chanfara:
«Hermanos míos, no me sigáis. Quiero compañeros nuevos. La luna deslízase en el cielo. Es la hora. Adiós. Me retiro a una soledad en que la amargura y el odio no me hieran más. Sabré caminar en la noche y en la soledad.
»Allí, mis únicos amigos serán las fuertes panteras, el lobo infatigable y la hiena de erizadas crines».
Mahoma, informado de la evasión de Abu-Busair, exclama con admiración:
- ¡Qué audaz! ¡Si al menos tuviera algunos compañeros!
Los compañeros no tardarán en surgir. En adelante, los musulmanes perseguidos no se refugiarán en Medina, donde Mahoma los entregaría a sus perseguidores, de acuerdo con las cláusulas del tratado, los perseguidos se refugian en Dhul Marwah, donde acaba de crearse, en torno a Abu-Busair, una comunidad de musulmanes independientes, una ummah, paralela a la de Medina. Esos musulmanes solitarios atacan a las caravanas
coraichitas que interceptan. No están atados por los pactos de Hudaibiya, que prohiben atentar a los intereses de La Meca.
Y en poco tiempo son tan numerosos, y sus ataques contra las caravanas tan frecuentes, que La Meca pide a Mahoma que en

adelante conserve a los fugitivos que acudan a él; ya no está obligado a entregarlos a La Meca.
De manera que la restitución de los prisioneros, aquella primera y dolorosa obligación resultante del pacto de Hudaibiya, queda anulada pocos meses después de la firma del tratado.
Los musulmanes dejan de sentir remordimientos de conciencia. Los otros párrafos humillantes de la convención caerán también, uno tras otro. Sólo quedarán los artículos favorables al Islam. Mahoma lo ha dicho y el Corán lo confirma.
El Paraíso pertenece a quienes poseen paciencia. Y sólo quienes tienen paciencia se salvarán.
Los musulmanes se dan cuenta de que Mahoma ha tenido razón al firmar el tratado de Hudaibiya. Siéntense culpables de injusticia y de falta de fe con respecto al profeta. El ummah sale de la prueba más sólidamente cimentado. Pero la prueba ha sido dura. Y todo hubiera podido fracasar.

LXXI

UN MATRIMONIO «IN ABSENTIA»

Desde su regreso a Medina, Mahorna no tiene más que una idea: establecer la amistad con La Meca. El Corán dice: Puede ser que Dios est.ablezca la amistad entre vosotros y vuestros enemigos.
Durante ese tiempo, La Meca ha sido presa del hambre. Causa de ello, la sequía. Además, el jefe de la importante tribu de Yamamah-si-Nadjd, que era el granero de La Meca, ha abrazado el Islam. Se llama Thumamah-ibn-Uthal. Ha suprimido la entrega de cereales a La Meca. Y como podía esperarse, la población hambrienta de La Meca envía una petición a Mahoma y le ruega que intervenga ante su amigo Thumamah para que éste reanude las entregas de grano en esa época de hambre. Mahoma satisface inmediatamente la petición de los de La Meca. Más aún: envía 500 piezas de oro, para que sean distribuidas entre los pobres de la ciudad santa.
Abu-Suffian exclama: «¡Mahoma quiere seducir a la población de La Meca y corromper a nuestra juventud!».
Entonces, Mahoma envía desde Medina una gran cantidad de dátiles, personalmente a Abu-Suffian, y le pide a cambio pieles curtidas. En aquel tiempo de penuria, todo el mundo busca los dátiles y nadie adquiere pieles. Abu-Suffian quiere negarse pero no puede hacerlo. Acepta los dátiles y se desembaraza de las pieles que nadie le compra. Cosa que le obliga a no volver a atacar a Mahoma en público. Porque la opinión pública, en La Meca, comienza a considerar a Mahoma como un aliado y un bienhechor ocasional: no ya solamente como un mortal enemigo.
Sin embargo, está lejos de extinguirse la enemistad de los coraichitas. Y Mahoma desea aniquilar ese odio. Para ello está dispuesto a hacer cualquier cosa. Sabe que cuanto hace es en servicio de Dios. Los detalles que el profeta debe considerar para llevar a cabo esa reconciliación con La Meca, pueden parecer a

veces ridículos. Mas un creyente no teme el ridículo. Quien lo teme no es un profeta. Ni siquiera ama a Dios. Ya lo dice el talmudista: «Dios reclama un amor total».
El profeta nos pide «amar al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra alrna y todas nuestras fuerzas...». Exige un amor total, que no niega ni la fortuna, ni el cuerpo, ni el honor. . .
Hay hombres para quienes el cuerpo es más precioso que el alma; otros, para quienes el dinero vale más que el cuerpo.
Y por eso se ha dicho: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda su al.ma y con todas tus fuerzas».
«Con todo tu corazón: es decir, con tus buenos y malos instintos. Con toda tu alma, aunque deqa arrebatártela. Con todas tus fuerzas, es decir, dándole todos tus bienes».
Para quien posee semejante fe, a la que sacrifica el cuerpo, el honor, los bienes, no existen obstáculos. Ni el absurdo. Ni el ridículo. No existe más que la certeza de la victoria. Mahoma espera ligar una amistad con La Meca y convertir al Islam a la ciudad santa. Ni siquiera duda un instante del éxito. Se ocupa ya de los detalles que pueden favorecer su designio.
En esa época, Mahoma recibe la noticia de que la hija de Abu-Suffian, Umm Habibah, ha quedado viuda.
Umm ha sido la esposa del célebre hanif Ubaidallah-ibn-Djach. Había emigrado con él a Abisina durante las primeras persecuciones contra los musulmanes de La Meca. Después, Ubaidallah abandonó el Islam y se hizo cristiano en Abisinia. Ahora ha muerto. Mahoma pide la mano de UmmHabibah. Tomándola por esposa, se convierte en yerno de Abu-Suffian, que es su principal enemigo y el comandante de las tropas de La Meca.
Además, Umm Habibah forma parte de la poderosa familia Umaiyah. De esa manera, mediante el matrimonio, Mahoma se convierte en pariente de los Umaiyah, de Hint y de sus enemigos mortales. Es una manera como otra cualquiera de atraerse a sus enemigos y engatusarlos un poco.
Como Umm Habibah se encuentra en Abisinia, y como es cosa segura que Abu-Suffian y toda su familia se opondrán al proyecto de Mahoma, el profeta envía un embajador a Abisinia para pedir a Umm en matrimonio y llevarla urgentemente a Medina.
Pero en el camino de regreso, podria ser raptada por su familia antes de convertirse en esposa d.e Mahoma. Y para prevenir esos riesgos, Mahorna envía al Negus una carta en la que le ruega que le case sin demora in absentia con la hija de Abu-Suffian, que reside en su país.
El Negus celebra el matrimonio en Abisinia; después de la ceremonia, Umm Habibah-bint-Abu-Suffian viaja a Medina.
Será un elemento esencial para la conversión de La Meca, es decir, de los padres y la familia de la joven.
A partir de esa fecha, cada vez que Abu-Suffian hable de Mahoma, deberá recordar que es su yerno. Uno de su familia. Una rama de su árbol familiar, el único árbol que germina en el desierto infinito de arena.

LXXII

JAIBAR: LA CAÍDA DE UN CASTILLO

Mayo del año 628. Mahoma decide aprovecharse del tratado de Hudaibiya, que obliga a La Meca a observar neutralidad.
Avanza hacia el Norte, a fin de abrir un camino a las caravanas y romper el bloqueo económico de Medina, bloqueo cuyos autores son la ciudad de Jaibar y sus aliados.
Jaibar se encuentra a 150 kilómetros en línea recta, al norte de Medina, en el oasis Wadil-Qura, Jaibar significa, en hebreo, «castillo». El oasis es excepcionalmente fértil. Los manantiales se tranforman en él en corrientes de agua y hacen posible el regadío.
La ciudad de Jaibar posee ocho fortalezas. Puede equipar, en caso de guerra a 20.000 soldados. Por todas partes, el oasis está rodeado por un desierto volcánico, por una tierra de desolación. En sus comienzos, la ciudad era árabe. Hacia el año 530 después de Jesucristo, Jaibar había sido aliada de Dhu-Nuwas, «el señor de los bucles»; y desde entonces no había un solo árabe en la ciudad. Todos habían desaparecido. La población está compuesta únicamepte de judíos. Los habitantes de Jaibar son muy ricos. La ciudad es un buen centro comercial. Presta dinero y joyás a toda Arabia.
Debido a la humedad habitual en la comarca de Jaibar, todos sus habitantes padecen la malaria. Los árabes se han maravillado siempre de que los judíos pudieran vivir en tales lugares.
A lo que los judíos responden que, para no caer enfermo, hay que ponerse a cuatro patas e imitar el rebuzno del asno, antes de entrar en la ciudad. Los beduinos, ingenuos por naturaleza, han tomado esa broma muy en serio. y al entrar en la ciudad, se ponen a cuatro patas y rebuznan como verdaderos burros. Llaman a esa operación tachir o “azuzar”.
Para su uso personal, los judíos aplican otra fórmula, que les permite resistir al clima aplastante y a la enfermedad: hay que beber vino, comer ajos, vivir en los barrios altos, evitar cualquier estancia en los valles y salir de Jaibar entre «la puesta de las Pléyades y su salida»:
Cuando los habitantes de Jaibar saben que Mahoma ha firmado un pacto de no agresión con La Meca, comprenden que el profeta actúa así para atacar a Jaibar... Porque el tratado entre La Meca y Jaibar estipula que «si Mahoma se dirige hacia una de las dos ciudades, la otra debe atacar a Medina».
Ahora Mahoma se dirige con su ejército hacia Jaibar, sin f, temor de que La Meca ataque a Medina en su ausencia. En el camino.
Mahoma trata de atraerse a su bando a la tribu Ghatafan. Los de la tribu ghatafan se niegan a ello. Aliados de Jaibar han sido pagados en dátiles y reciben la totalidad de la cosecha. Mahoma prosigue su avance. Su ejército se compone de 1.500 combatientes. Además de los 20.000 soldados que puede oponer a Mahoma, Jaibar posee un armamento perfeccionado para aquella época: las catapultas. Las

fortalezas de Jaibar están construidas en piedra y se las considera inconquistables.
La disciplina del ejército musulmán y la voluntad de vencer producen gran impresión en los de ghatafan. Aunque siguen negándose a denunciar su alianza con Jaibar y aliarse con el Islam, deciden mantener su neutralidad durante el combate.
Llegados ante la ciudad, los musulmanes comienzan inmediatamente su asedio. Pero Mahoma cae enfermo. Está dominado por la malaria. Lucha contra la fiebre, pero ésta es más fuerte. Cede el mando del ejército a Abu-Bakr. Éste, a su vez, cae enfermo y abandona el combate. Así el mando viene a las manos de Omar que, también enfermo, lo entrega a Alí. Éste; con los ojos enrojecidos e hinchados por la fiebre, acepta todos los combates singulares propuestos por los de Jaibar. Alí es un barazzor. Tras un combate de esta suerte, del que sale vencedor, Alí (a pesar de que apenas puede tenerse en pie) lanza el ataque final. Es el décimo día de batalla. Cae la última de las fortalezas. Jaibar queda vencida y conquistada.
Refiriéndose al botín, el cronista escribe: «Durante la campaña de Jaibat, cuando el profeta ocupó las plantaciones de dátiles y los campos y asedió los castillos, los habitantes del país pidieron la paz, a condición de que el oro, la plata y las armas
irían a manos de Ma.homa, mientras que los de Jaibar se quedarían con todo aquello que pudieran cargar sus mulos y camellos, supuesto que no ocultaran nada. Si lo ocultaban, perderían la protección y toda garantía».
Aicha, mujer de Mahoma, declara que después de la campaña de Jaibar comió, probablemente por primera vez en su vida, dátiles hasta saciarse. «Ahora estamos hartos de dátiles». El mismo hadith afirma que los musulmanes no han cogido como botín ni oro ni dinero, sino sobre todo dátiles, corderos y muebles.
Mahoma envía a los pobres de La Meca una parte del botín. En Jaibar, la mayoría de sus habitantes se quedan en el lugar, dedicados a sus campos. El régimen de ocupación no es precisamente blando. Pero Mahoma introduce en él algunas modificaciones, que parecen clementes, si se tiene en cuenta las costumbres de la época. En primer lugar, el profeta prohibe el mutah, matrimonio temporal, que acostumbran a realizar los soldados ocupantes con las mujeres de los vencidos. La entrada de los soldados en los huertos y en las plantaciones estaba prohibida. Porque un soldado, cuando es ocupante, no entra en los huertos más que para robar o, como púdicamente se dice, para requisar.
Para mejorar las relaciones entre los musulmanes y los vencidos, Mahoma toma por esposa a una judía de Jaibar, llamada Safiyah. Si un soldado musulmán es asesinado por la espalda, se exigen cuentas a la población, que debe pagar el precio de sangre. Los civiles juran que no han matado a nadie. Y el caso acaba ante Mahoma. Y siempre el profeta cree a los de Jaibar, bajo su palabra de honor y paga de sus bienes personales el precio de sangre por el soldado asesinado.
Tras la caída de las fortalezas de Jaibar, Mahoma conquista todo el oasis de Wadil-Qura, más las localidades de Fadak y Taima. Mientras

los musulmanes estaban empeñados en la campaña de Jaibar, Djafar, hijo de Abu-Talib y hermano de leche de Mahoma, vuelve de Abisinia al mismo tiempo que Amr-ben-Omaiya. Son los dos últimos musulmanes que regresan del país abisinio, donde otrora buscaron refugio.
Una vez ocupada Jaibar, Mahoma devuelve a los judíos las sinagogas, los libros y los objetos del culto. No insiste en convertirlos.
Antes de salir de Jaibar, una judía llamada Zainah-bint-al-Harit. ofrece al profeta una costilla de cabrito, su plato preferido, pero envenenada. Mahoma prueba un bocado y lo escupe inmediatamente. Un compañero del profeta, Bich-ben-Bara, come y muere. Zainah, la envenenadora, es arrestada. Se defiende como no culpable. Dice: “Es verdad que he dado al profeta on manjar envenenado. Pero si es profeta, debe saber que la comida está envenenada y no comerla. Así pues, no hay envenenamiento. De haber comido y muerto, sería señal de que no es proreta, sino un impostor. Por lo tanto, no soy culpable. Quien da muerte a un impostor no es culpable. Mahoma ha comido, pero
escupido en seguida su bocado. Es, por lo tanto, un profeta”.
Antes de morir, Mahoma declarará que muere por las consecuencias del veneno que le diera Zainah en Jaibar. De esta manera, tiene derecho al título de “muerto mártir”, envenenado por el enemigo durante una campaña. Pero Mahoma morirá muchos años después del envenenamiento.

LXXIII

AÑO 629:. LA PRIMERA PEREGRINACIÓN MUSULMANA A LA MECA

En el año 628, los coraichitas han prohibido a Mahoma realiZar el umrah, la peregrinación a la Kaaba. Por el tratado de Hudaibiya, Ma:homa ha adquirido el derecho de realizar esa peregrinación un año más tarde y durante tres días. En el año
629, durante el mes de la tregua, Mahoma, al frente de una columna de 2.000 musulmanes, hace su entrada en La Meca.
Son los peregrinos. Todos los habitantes de La Meca han abandonado la ciudad. Han dejado sus casas vacías, retirándose después al monte Qainuqa, que domina el santuario. Los coraichitas miran, espantados, los disciplinados grupos de peregrinos musulmanes que desfilan por las calles. El muecín negro Bilal que, en los primeros tiempos del Islam, había sido crucificado desnudo sobre la arena por Abu-Jahl, se halla ahora en una terraza que domina la ciudad y llama a los fieles a la oración.
Mahoma y los fieles, de regreso en su ciudad después de siete años de exilio, dan la vuelta a la Kaaha. el tawaf . Todos están conmovidos y sus ojos se llenan de lágrimas.
Los de La Meca, reunidos en la colina de Qainuqa, se estremecen al oír a Bilal que llama a la oración en nombre de Alah.

Esperan que los ídolos de la Kaaba provoquen una catástrofe y que hagan desplomarse el cielo sobre la cabeza de los musulmanes. Por primera vez, el nombre de Alah resuena en toda La Meca.
Inmediatamente después de la celebración del rito, Mahoma quiere estrechar sus relaciones con el enemigo, al que desea convertir en su amigo. Toma por esposa a Maimunah-bint-al-Harith, cuñada de Abbas. Maimunah representa un gran paso diplomático en la conquista pacífica de La Meca. Tiene ocho hermanas que están, todas ellas, casadas en La Meca con personalidades de primer plano. Quien es pariente de Maimunah se hace pariente de La Meca. El cronista habla así de Hint, madre de
Maimunah: «No se conoce a ninguna otra mujer árabe que tenga tan noble aspecto como Hint».
Al casarse con Maimunah, Mahoma quiere sobre todo hacerse aliado de Jalid-ibn-al-Walid, el más competente de los guerreros árabes: aquel que, con su caballería, venciera al profeta en Ohod.
Jalid es sobrino de Maimunah, que lo ha educado como si fuera su propio hijo. Tras este matrimonio, se convierte, en cierta medida, en hijo de Mahoma.
El segundo motivo que ha inducido a Mahoma a empeñarse en este matrimonio es el deseo de crear una ocasión de invitar a un banquete a todos los coraichitas. Así, unas bodas son el pretexto de una invitación.
Tres días más tarde, mientras el profeta se afana en los preparativos del banquete, al que será invitada toda La Meca, se presenta ante él una delegación de los ciudadanos refugiados en el monte Qainuqa y le pide que abandone la ciudad sin demora, según lo convenido. No puede permanecer en La Meca ni una hora más, después de los tres días concedidos por el tratado de Hudaibiya. La delegación coraichita que conmina al profeta a salir de La Meca está. presidida por Juwaitab-ben-Abd-al-Ozza.
Mahoma fracasa, pues. en su plan, cuyo objeto era reunir en torno a si a todos los coraichitas en un banquete nupcial. Se somete y sa1e de la ciudad. Ahora que el profeta y sus fieles caminan hacia Medina, son los coraichitas quienes corren tras él. El primero que se encuentra con los musulmanes y pide ser admitido en el Islam es Jalid, el gran general, sobrino de Maimunah: aquel a quien Mahoma llamará después “Jalid Saif Allah”. Jalid, la espada de Alah.
En tanto que Jalid corría tras la columna musulmana para convertirse al Islam, se encuentra con otro personaje importante, Amr-ibn-al.As, que viene de Abisinia y trata igualmente de alcanzar a la caravana de Mahoma por idéntico motivo que Jalid.
También él quiere hacerse musulmán.
Jalid y Amr no son más que la vanguardia de todos aquellos hombres de La Meca que desean unirse a Mahoma. El otro gran personaje. el ciudadano importante de La Meca que llega a Medina y trata de encontrarse con Mahoma, no es otro que el mismísimo Abu-Suffian.
El problema que guía a Abu-Suffian hasta el profeta es éste: de acuerdo con el tratado de Hudaibiya, Mahoma y La Meca tienen entera libertad de aliarse con quien quieran o de hacerle la guerra:

en todo caso, uno y otro deben guardar estricta neutralidad en los conflictos que a cada uno surgieran. La tribu Juzaíta, aliada de Mahoma, ha sido atacada por la tribu bakrita, aliada de La Meca. Parece ser que La Meca ha procurado a los bakritas armas y soldados. Sobre ello hay pruebas decisivas que conducirían automáticamente a la ruptura del tratado de Hudaibiya. La Meca se atemoriza. Tras la conquista de Jaibar, los musulmanes dominan la mayor parte de la Ambia del Norte. La Meca está interesada en evitar un conflicto con Mahoma. y Abu-Suffian viene a Medina para atlanar el problema. Dirígese a la casa de Mahoma, puesto que éste es ahora yerno de Abu-Suffian, desde el matrimonio in absentia realizado por el Negus. Umm Habidah recibe a su padre con hostilidad. Cuando Abu-Suffian entra en la habitación de su hija, ésta le da un empujón y recoge la alfombra que hay tendida por tierra. Abu-Suffian pide una explicación de aquel gesto tan singular. A lo que dice su hija: Esta alfombra es aquella sobre la que se acuesta el profeta y sería un sacrilegio permitir que fuera hollada por un paganao. El pagano, en esta ocasión, es su padre. Abu-Suffian ruega a su hija que intervenga ante Mahoma para evitar un conflicto. Umm Habibah responde que la única cosa posible es que el mismo Abu-Suffian se dirija a la mezquita para discutir personalmente con el profeta.
Abu-Suffian va a la mezquita. Mahoma le recibe. Abu-Suffían explica que La Meca no ha armado a los banu-Bakr, que se trata de un sencillo equívoco. Pero, si Mahoma cree que los coraichitas han actuado mal, La Meca está dispuesta a pagar reparaciones. Porque La Meca tiene gran empeño en evitar un conflicto con el Islam. «Si en nada habéis cambiado, nada tenéis que temer», replica Mahoma, dando a entender con eso que si La Meca no ha cometido falta alguna, no tiene por qué atemorizarse. Abu-Suffian regresa a La Meca lleno de inquietud. Los tiempos han
cambiado. Ahora, La Meca depende de Mahoma. De sus decisiones. Porque el Islam se ba convertido en una fuerza superior a La Meca.

LXXIV

MUTAH: LAS NUEVE ESPADAS DE JALID

El Islam es ahora la fuerza más importante en el infinito de arena de Arabia. Mahoma envía cartas a los soberanos vecinos para invitarlos al Islam. Escribe al emperador de Persia, al de Bizancio, al Negus, al rey de Egipto y a otros. Entre aquellos a quienes Mahoma escribe en calidad de profeta de Alah y vecino, se halla el soberano del imperio Ghassánida. Se llama Al-Harith-ibn-Abi Chamir; es un vasallo de Bizancio. El embajador que lleva la carta de Mahoma se llama Al-Harith-ibn-Umair. En cuanto entra en territorio ghassánida, es asesinado por un gobernador llamado Churahbil-ibn-Amr. El crimen ocurre el año 628. Mahoma envía, en represalia, un ejército de 3.000 hombres. El rey ghassánida, Al-Harith, intenta sembrar cizaña en la

pequeña corte de Medina, invitando al poeta musulmán Kab-ibn-Umair. El poeta rompe la carta de invitación. Al mismo tiempo los ghassánidas se disponen a resistir a los musulmanes. Piden ayuda a Bizancio, de la que son vasallos.
El imperio de Bizancio, que quiere combatir al de Persia, acaba de movilizar un ejército de 100.000 hombres. Y mientras espera la guerra contra Persia, Bizancio envía contra los 3.000 musulmanes su inmenso ejército de 100.000 soldados armados hasta los dientes. Manda a los musulmanes Zaid-ibn-Haritah, hijo adoptivo de Mahoma. Cuando ven desplegarse a aquel ejército inmenso, quedan sin aliento. El ejército musulmán toca retirada, tras verse obligado a aceptar combate, cuando Zaid, el hijo del profeta, cae muerto. Entonces toma el mando Jalar, hijo de Abu-Talib, que había regresado poco antes de Abisinia. Librase nueva batalla en la región de Mutah. Jafar muere también.
El mando del ejército inusulmán pasa a las manos de un ansar o auxiliar, llamado Abdallah-ibn-Rawahah. Muerto a su vez, el destacamento musulmán sufre una verdadera matanza. Pero en las filas de los fieles se encuentra también Jalid, el vencedor de Mahoma en Ohod. Ahora lucha por la victoria del Islam.
Se hace cargo del mando de las tropas musulmanas. Con su propia espada, mata en el combate al jefe de las tropas enemigas, llamado Malik-ibn-Zafilah-al.Balawi, derrota al ejército adversario, se adueña de importante botín y se retira. La batalla de Mutah ha concluido. Cuando conoce el desastre, Mahoma envía socorros por mar.
Cuenta la tradición que, en el combate, el famoso Jalid ha roto nueve espadas antes de ganar la batalla final. La muerte de Jafar y Zaid afecta profundamente a Mahoma. El primero era su amigo de infancia y su hermano de leche. El segundo era el esclavo que él había liberado y adoptado, y uno de los cuatro primeros musulmanes del mundo.
En su viaje celeste, el miradj, Mahoma ha encontrado a una mujer admirable, de labios como rosas rojas; cuando pregunta quién es, le responden: la prometida de Zaid en el paraíso. Ahora, Zaid se encuentra con aquella beldad en el Paraíso de Alah.
El doble duelo y la batalla de Mutah no frenan ya la marha del Islam. Durante aquel año, todas las tribus del Hedjaz, esa larga franja de tierra de más de mil kilómetros, que bordea el mar Rojo, se convierten: quien domina el Hedjaz es dueño de toda la Arabia. Y el Islam es dueño del Hedjaz. Con excepción, aún, de La Meca. Pero la ciudad santa no tardará en caer.

LXXV

LA MARCHA SOBRE LA MECA

Mahoma prepara la marcha contra La Meca. Los coraichitas viven en la angustia. El conflicto entre la tribu banu-Bakr, aliada de La Meca y la tribu banu-Ktlzah, aliada del Islam, es motivo suficiente para

revocar el tratado de Hudaibiya y romper las hostilidades. Para resolver ese conflicto, Abu-Suffian ha acudido a Medina para conversar con el profeta en la mezquita, confirmándole que La Meca está dispuesta a pagar todas las reparaciones que Mahoma quiera, con tal de que no haya guerra.
Mahoma responde de una manera sibilina. De modo que Abu-Suffian vuelve a La Meca lleno de aprensiones. En el camino, se encuentra con Budail, el jefe de la tribu juzah, que también regresa de Medina. A las preguntas de Abu-Suffian, el juzah niega haber estado en Medina y haber visto a Mahoma. Abu-Suffian, como buen beduino que es, va a examinar el estiércol de los camellos de la caravana de Budail. El estiércol contiene restos de dátiles de Medina; es innegable que el jefe del clan Budail ha estado en aquella ciudad.
El que mantenga su viaje en secreto significa sin duda alguna que prepara algo grave con ayuda de Mahoma. Y ese acontecimiento grave no puede ser otra cosa que el ataque a La Meca. Abu-Suffian reúne a los coraichitas y les dice que todo está perdido. Mahoma atacará a La Meca y Mahoma es demasiado fuerte para ser vencido.
Entre tanto, Mahoma ordena cerrar la ciudad de Medina. No hay permiso de entrar ni salir, ni
de mantener contacto alguno con el exterior. La cosa está clara: algo muy importante se trama en la ciudad. Hasta los mejores amigos del profeta ignoran qué campaña se dispone a emprender ahora. Unos dicen que Mahoma se prepara a desencadenar una
campaña contra Bizancio, para castigar la matanza de Mutah.
Otros aseguran que el ejército del profeta va a ir a la guerra contra la tribu Banu-Sulaim, que tanto ha ofendido a Medina. Y otros opinan que podría tratarse simplemente de un ataque contra La Meca. Pero nadie se atreve a imaginar verdaderamente que vaya a atacar a la ciudad santa.
Un habitante de Medina, Hatib-ibn-Abi-Baltaah, escribe a su familia de La Meca que Mahoma va a ir con su ejército para adueñarse de la ciudad. Esa carta no tiene otro objeto que advertir a la familia para que busque refugio. Mahoma intercepta el mensaje. Porque la vigilancia es perfecta. Pero Mahoma perdona al divulgador del secreto. Se tienen pruebas de que Hatib no hace eso más que para advertir a su familia. Las medidas de vigilancia se hacen más severas. Hasta Abu-Bakr, el más próximo y antiguo colaborador y amigo del profeta, ignora sus propósitos.
Abu-Bakr ruega a su hija Aicha, la esposa del profeta, que le explique algo acerca de las intenciones de éste y del objeto de sus preparativos. Pero Aicha no sabe más cosas que
su padre.
Responde: «Lo ignoro. Tal vez el objetivo sean los banusulaim. Tal vez los hawazin».
Todas las tribus aliadas del Islam reciben de Mahoma la orden de estar dispuestas al ataque.
Al décimo día del mes de Ramadán del año 630 Mahoma sale de Medina al frente de un ejército perfectamente disciplinado, de diez mil hombres. En el camino, se unen a las tropas musulmanas las

tribus beduinas Aslam, Ohafar, Muzaina, Sulaim, Djuhaina, Tamun, Qais, Asad y otras.
La disciplina religiosa es tan severa como la militar. Todo el ejército musulmán en marcha contra La Meca observa el ayuno de Ramadán. Llegado a Qudaid, Mahoma ordena la interrupción del ayuno: los fieles que viajan están dispensados por la ley.
Al-Abbas, tío del profeta, que está dotado de una facultad ultrasensible, de la que se sirven las gentes de bolsa y los usureos, siente q.ue La Meca está perdida. No espera ni la llegada de Mahoma ni la desvalorización de los bienes. Lo vende todo y, con su familia parte al encuentro del ejército del Islam. Cuando se encuentra ante Mahoma, en la localidad de Al-Djufa, Abbas se convierte al islamismo.
Llegado a la vista de La Meca, Mahoma ordena preparar el campamento para la noche, sobre una colina que domina la ciudad. Cada soldado encenderá una hoguera, para que los coraichitas puedan calcular la importancia del ejército que avanza contra ellos. Durante aquella noche, Abu-Suffian abandona la ciudad y se refugia en el campo musulmán. Como Abbas, Abu-Suffian estima que ya no hay posibilidad de resistencia. Abbas, con la camella blanca del profeta, que hace las veces de salvoconducto en el campo musulmán, conduce a Abu-Suffian hasta la tienda de Mahoma. Allí permanecerá hasta que amanezca. La discusión entre los dos mortalse enemigos, ahora reconciliados, se refiere a las modalidades de ocupación de La Meca.
Al amanecer, el ejército del Islam comienza la ocupación de los barrios extramuros y de los pasos que llevan a la ciudad.
El ejército de La Meca no ha recibido orden alguna. Sus jefes han desaparecido. Después que]os musulmanes han rodeado la ciudad y ocupado los pasos y arrabales. Abu-Suffian se deja ver e invita a sus compatriotas a someterse a Mahoma sin efusión
de sangre. Toda resistencia, insiste, sería un error.
«¡Matad a ese odre de grasa!», grita Hint, la mujer de Abu-Suffian. Y empuja a la muchedumbre a linchar a su marido, que se ha puesto de acuerdo con el enemigo y que, en su calidad de comandante de La Meca, exhorta a los ciudadanos a capitular y no combatir más. Hint quiere matarle con sus propias manos; pero la muchedumbre se lo impide. La muchedumbre ya no puede ser excitada contra Mahoma. Todos saben que están sitiados por todas partes, y que lo mejor que pueden hacer es resignarse y aceptar al ocupante.
Entre tanto, hacen su aparición los heraldos del ejército musulmán. Gritan a la muchedumbre que no tenga miedo. Que todos conserven la calma y permanezcan en sus casas. Mahoma promete que no habrá violencia, ni contra los bienes, ni contra las personas. «Quienquiera que. se encierre en su casa o busque refugio en la de Abu-Suffian, será salvo.»
Tras los heraldos, aparece el ejército musulmán. Llega en cuatro columnas. La primera, mandada por Alí, que lleva el estandarte del profeta. Az-Zubair manda la columna de la izquierdam que entra en La Meca por la puerta de Kuda. Jalid-al-Walid, «la espada de Alah»,

dirige la columna de la derecha, que entra en la ciudad por los barrios inferiores. Jalid atraviesa el territorio de su propio clan. Es atacado por un grupo de coraichitas dirigido por Ikrimah-ibn-Abul-Jahl. Esta será la única resistencia que encuentra el ejército del Islam en el instante de entrar en la ciudad santa. Sigue una breve algarada. Quince muertos: dos musulmanes y trece paganos. Jalid liquida aquel insignificante obstáculo y prosigue su marcha. La cuarta columna está mandadá por Sad-ben-Ubadah, y las cuatro se reúnen ante el santuario de la Kaaba.
Mahoma hace su aparición a lomos de su camella blanca. Da la vuelta ritual a la piedra sagrada. La madre de Uthman-ben-Talha, el guardián del santuario, se niega a entregarle las llaves y grita que aquello es una profanación. Mahoma, sin embargo, penetra en el santuario, en compañía de Uthman-ben-Talha, Alí, Usama-ben-Zaid y Bilal.
A la salida del santuario, Mahoma habla a la muchedumbre. Anuncia que todos los privilegios del Djahiliya, de los tiempos pre-islámicos o «tiempos de ignorancia» quedan abolidos. Sólo se mantiene el privilegio del aprovechamiento de agua, que antaño había sido confiado a Abd-al-Muttalib, abuelo del profeta, y que ahora es ejercido por Abbas. También éste debe cumplir las funciones de sawiq, es decir, el cargo de aprovisionamiento o intendencia. También se mantiene la función de sadana, o guardia del santuario de la Kaaba. Uthman-ben-Talha seguirá ejerciendo esa función. Y todavía hoy la ejercen sus descendientes.
A continuación, Mahoma ordena la destrucción de los ídolos. Oficialmente, hay trescientos sesenta. Los coraichitas se tapan los ojos para no presenciar tan abominable sacrilegio. Están convencidos de que los ídolos no se dejarán romper. Pero los ídolos son de piedra. Los dioses no reaccionan. Y los musulmanes los rompen, uno tras otro. Mahoma ordena que sean borrados los frescos y destruidos los relieves del santuario, «salvo el que se halla en mis manos». Y en manos del profeta se halla una imagen de la Virgen María que lleva a Jesús. Se dice que ha perdonado esa imagen y una de Abraham. Según otras fuentes, ninguna se ha salvado, ni una sola.
La tradición atribuye a Mahoma las palabras siguientes, después de la destrucción de los ídolos: «El territorio sagrado no ha sido profanado por nadie antes de mí, ni lo será después de mí. Y por mí sólo lo ha ,sido un instante».
La Meca ha sido conquistada militarmente, anwatan. La población de una ciudad conquistada por las armas es automáticamente cautiva. Esclava. Los esclavos pueden ser muertos o vendidos. Pero Mahoma libera en bloque a todos los ciudadanos de La Meca. Por esto, llevarán el nombre de attalaqa o «esclavos liberados».
Tras haber proclamado la liberación y amnistía general, sin excepción alguna, Mahoma dice su oración, y después pregunta a la muchedumbre:
«¿Qué esperais de mí?»
Los coraichifas responden:

«Eres el noble hijo de un padre noble.»
Mahoma anuncia:
«Hoy no se os hará reproche alguno. Podéis iros. Sois libres.»
La muchedumbre se dispersa. Mahoma permanece en la Kaaba. No tiene domicilio en La Meca. La casa de Kadidja, la bella mansión de pisos, la ha heredado Aqil, el hermano de Alí. Y la ha vendido. Mahoma amaba esa casa. Sus compañeros le aconsejan que la recupere. Es el conquistador. Tiene derecho a hacerlo. Pero Mahoma se niega. Ha prometido no tocar ni a los bienes ni a las personas. Y respeta la palabra dada. Hubiérase considerado dichoso de haber podido dormir en su casa, después de
los años de exilio; mas a pesar de ello, se instala en Al-Jaif.
Cuando Bilal, el muezzin negro, llama a los fieles a la oración, Attab-ben-Asid protesta, porque Bilal ha subido a la terraza del santuario. Mahoma no toma medida alguna contra Attab.
Éste queda asombrado por la clemencia del profeta. Se consideraba ya linchado. Muerto. Y nadie le hace daño, aunque haya insultado a Bilal, al profeta y al Islam.
Avergonzado, Attab se presenta a Mahoma unos días más tarde y pide ser recibido en el Islam. Mahoma acepta; y además, le confía el puesto de gobernador de la ciudad, cargo que ya ejercía antes de la llegada de los musulmanes.
Ikrimah, el hijo de Abu-Jahl, el más feroz enemigo de Mahoma, ha huido. La esposa de Ikrimah acude a implorar perdón para su marido. Mahoma se lo concede. Y puesto que Ikrimah, su enemigo más sanguinario, ha sido perdonado, es natural que todos los enemigos lo sean.
La persona que inmediatamente después obtiene el perdón es Hint, la esposa de Abu-Suffian. Es un instante penoso para el profeta. Hint ha mutilado el cuerpo de Hamzah y ha comido su hígado. Ha bailado, ornada con un collar hecho con orejas, narices y lenguas de musulmanes mutilados. Pero Mahoma concede el perdón incluso a Hint. Todos los enemigos han sido perdonados. De manera radical. Definitivamente. Sin una sola sombra de rencor. Entre ellos se encuentra también Safwan-ibn-Umaiyah, el hombre que tantas veces ha tratado de asesinar al profeta, ya por sí mismo, ya por medio de otros a sueldo. Safwan dice a Mahoma que ha conocido las medidas de amnistía,
pero que nunca se convertirá al Islam. Mahoma le emplaza para dentro de cuatro meses. Unos días después de esa discusión, Safwan presta al ejército musulmán cien cotas de malla y cinco mil dirhams. Tras la batalla de Hunain, Mahoma recompensará a Safwan aquel préstamo otorgándole todos los rebaños capturados. Safwan se convierte. La generosidad del profeta le ha vencido. El tesoro del santuario de la Kaaba alcanza las setenta mil onzas de oro. Nada se toca.
En los primeros días que siguieron a la conquista de La Meca, dos mil coraichitas abrazan el Islam.
Después, la población de La Meca fue invitada a prestar juramento. Las gentes desfilaban y hacían su promesa, el baya, ante Omar. Los

habitantes de La Meca juraban ser fieles a Alah y al profeta. Renunciar a los ído]os. No cometer ni violación ni adulterio; hacer el bien y evitar el mal en toda circunstancia.
Entre los que prestan juramento, se encuentra Hint. Ni uno solo de los enemigos morta]es del profeta falta. Y todos le juran fidelidad.
Fue en esa ocasión cuando se prohibió a los fieles el beber vino y comer carne de cerdo y de animales muertos. También se prohibía el dar dinero a los echadores de la buenaventura. Para consolar a las víctimas del campo enemigo y establecer un lazo de parentesco con los vencidos, Mahoma toma por esposa a Mulaika, la hija de Dawud-des-Laith muerto por los musulmanes en el combate. Durante esas solemnidades, los ansares interrogan con angustia a Mahoma: «¿No tendrá la intención de abandonarlos ahora y quedarse el su ciudad natal, La Meca?»
Mahoma les contesta: «Alah me ha preservado de eso: viviré donde viváis vosotros y moriré donde muráis».
De esta manera, Mahoma es fiel al juramento que les ha hecho en el desfiladero de Aqaba. Y para confirmar esa garantía, el profeta recita la oración de los viajeros y regresa a Medina. Su estancia en La Meca ha durado quince días. En el momento de su partida, casi toda la población es ya musulmana.

LXXVI

LA PRIMERA VICTORIA DE LA MECA MUSULMANA

Mahoma ha conquistado La Meca casi sin hallar resistencia.
En menos de dos meses casi toda la población se ha hecho musulmana. E inmediatamente después, La Meca comienza ya a combatir, bajo las órdenes de Mahoma, por el Islam. La primera victoria lograda por La Meca musulmana será la de Hunain.
Al sur de La Meca, la ciudad de los coraichitas, vive una gran tribu llamada Hawazit. Su territorio se extiende desde las mismas puertas de La Meca hasta el Yemen, en la Arabia del Sur. Los hawazitas son los enemigos hereditarios de los coraichitas. Como suele ocurrir entre vecinos. Muchas veces han violado la «Tregua de Dios» y sostenido contra los coraichitas una serie de guerras de fijar, o guerras de profanación. Precisamente en una de esas guerras contra los hawazitas, murió el padre de Kadidja. Mahoma, adolescente, participó también en ellas, al lado de su tío Abu-Talib.
Parte de los hawazitas lleva vida nómada entre el mar Rojo y el desierto, al oeste del Hedjaz. En cuanto al clan sedentario, los thaqif, habitan la ciudad de Taif. Mahoma tuvo una nodriza de la tribu hawazita de los banu-Sad. Esta tribu, igual que las otras hawazitas, los Banu-Bakr, Hilal y Sulaim son hostiles al Islam y a Mahoma. Ukaz, ciudad en la que se celebran famosas ferias y torneos de poesía, está situada en territorio hawazita.

También en Taif se encuentra la célebre estatua del ídolo Al-Lat. A Taif, ciudad alta, acudió Mahoma en demanda de protección cuando fue excluido de su clan; y allí fue lapidado, herido y expulsado de la ciudad en plena noche. Tres días después de la ocupación de La Meca, Mahoma envía destacamentos musulmanes para destruir los ídolos de las regiones vecinas. Jalid, «la espada de Alah», va a Najlah, a mitad de camino entre La Mcca y Taif, a fin de destruir la estatua de Al-Ozza. Es uno de los ídolos a los que se refieren los versículos satánicos del Corán. La destrucción de los ídolos, que corrobora el odio hereditario, es considerada por los hawazitas como una provocación de parte de los coraichitas. Decretan la movilización y salen en son de guerra contra La Meca. Para no caer en la tentación de abandonar el campo de batalla, los hawazitas llevaban consigo a sus mujeres, hijos, rebaños y todo lo que poseían. Preséntándose de esta manera en un campo de batalla, no pueden terminar una guerra más que perdiendo cuanto poseen, incluso su vida, o alcanzando la victoria. Ni siquiera se conceden la posibilidad de retirarse. Es un combate a vida o muerte.
Informados del avance de los hawazitas, los coraichitas cierran filas en torno a Mahoma. Han desaparecido todos los rastros de enemistad y rencor. Mahoma y La Meca tienen un enemigo común. Los enemigos de Mahoma, especialmente Safwan, ofrecen dinero y armas al ejército musulmán. Porque sólo Mahoma puede ayudar a los coraichitas a vencer a aquel enemigo que avanza ya hacia La Meca.
El 27 de enero del año 631, Mahoma sale de La Meca al frente de un ejército de 12.000 hombres. Al atardecer del día 30 de enero, acampa en la región montañosa de Wadi-Hunain.
El ejército enemigo, compuesto casi en su totalidad de nómadas, cuenta con 20.000 hombres. Es el más fuerte ejército de nómadas que se haya reunido en aquella época. El comandante de los hawazitas se llama Malik-ben-Auf. Al día siguiente, el ejército musulmán en formación de combate, avanza al encuentro del enemigo. Aún no ha amanecido. De repente, en el instante en que entran en un desfiladero, los musulmanes son atacados por todas partes, con toda clase de armas, por la muchedumbre nómada. Aquello es la derrota. La caballería musulmana se bate en retirada al galope. Eso desmoraliza al resto del ejército.
Los musulmanes, apenas despiertos en aquellas primeras horas de la madrugada, son cogidos de improviso y no consiguen conservar la sangre fría.
El Corán da de esta derrota del Islam una explicación diversa. Dice que los musulmanes estaban demasiado orgullosos de su éxito contra La Meca, de su número y de su armamento. Y Dios los castigó por todo ello:
Dios os ha socorrido en muchas ocasiones y en la jornada de Hunain, en la que os habíais complacido en vuestro gran número, que para nada sirve. Por vasta que sea, la tierra resultó entonces estrecha para vosotros; volvisteis las espaldas y os disteis a la fuga. Después, Dios hizo descender su protección sobre su enviado y sobre los

fieles: envió ejércitos, invisibles para vosotros, y castigó a los incrédulos. Esa es la retribución de los infieles.
He aquí como ocurrieron los hechos: Mahoma, viendo al ejército musulmán en franca derrota, recurre a los únicos medios de que disponía, como hombre, profeta y comandante. Se encarama en una roca y grita a los fugitivos: «¡Yo soy el profeta, el verdadero. Soy el hijo de Abd-al-Muttalib! ¡A mí los ansares! ¡A mí los compañeros del árbol de Hudaibiya!»
Al llamamiento del profeta, los combatientes acuden gritando: ¡Abbaika! , «¡Aquí nos tienes!».
Los musulmanes se rehacen. Vuelven al combate. Están electrizados por las palabras del profeta. Algunos combatientes han comprendido que Dios ayuda a los musulmanes, porque piedras negras, como pequeños ladrillos, caen sobre los enemigos y los aplastan. Otros ven legiones de hormigas que caen del cielo como una lluvia e invaden el campo hawazita. y aquellos cuyas almas son más puras, pueden incluso ver a los ángeles, quince mil ángeles, que descienden del cielo y derrotan al ejército pagano.
La victoria es del Islam. Los musulmanes se dirigen hacia Autas. En esta localidad encuentran reunidos los rebaños y a las mujeres e hijos, con todos los bienes, del enemigo. Se adueñan de todo y lo conducen a Jaikranah, a quince kilómetros al norte de La Meca.
Mahoma ordena que le traigan urgentemente de La Meca vestidos y víveres para los cautivos; después, se dirige a Taif, para conquistar «la ciudad de las murallas». Porque Taif está bien rodeada de muros. Los musulmanes utilizan las catapultas. El ataque comienza por el barrio del sur, llamado Lyah, donde queda destruido el castillo de Ma1ik-ben-Auf, comandante del ejército hawazita. Además de las catapu1tas han usado una especie de «blindados», fabricados con pieles de camellos. El persa Salman, que ha ideado el jandaq, la trinchera para la defensa de Medina, inventa para la conquista de Taif un carro de asalto construido como una tortuga gigante.
A pesar de todas las armas nuevas, a pesar del entusiasmo de los asaltantes, Taif no cae. La población se ha fortificado y resiste. Mahoma usa entonces la seducción; promete la libertad a quienes se rindan; pero solamente ochenta personas se rinden y convierten. Fracasado el recurso a la seducción, Mahoma emplea la amenaza. Hace saber a los taifitas asediados en su ciudad que, si se niegan a rendirse, hará destruir los sistemas de riego, cortar los datileros y arrasar las cosechas. Pero Taif no capitula. Mahoma cambia de táctica. Tras cuarenta días de asedio, anuncia que Taif no puede ser conquistada sino «como se captura al zorro», en su guarida, con paciencia.
Mahoma regresa a Jaikramah. Los seis mil prisioneros son distribuidos entre los combatientes para que sean sus esclavos.
Una mujer se presenta a Mahoma y le dice:
«Soy tu hermana de leche, Chima.»
Es una hawazita de la tribu Sad. Ha sido hecha prisionera y debe quedar reducida a esclavitud. Muestra una cicatriz: es un recuerdo

de Mahoma, que se la hizo involuntariamente un día en que jugaban juntos, en su infancia, cuando ambos vivían
con la nodriza Halima. Mahoma, encantado con aquel encuentro, propone a Chima permanecer calmada de honores en el campo musulmán. Chima se niega. Prefiere la libertad. Pero antes de volver al desierto, donde vive su clan nómada, pide a Mahoma
que libere a su amante. Se trata de un nómada que ha quemado vivo a un musulmán. Mahoma ofrece a Chima su amante cautivo y ambos parten con su permiso.
La liberación de Chilla y de su amante, sin rescate, solamente porque ella es la hermana de leche del profeta, produce honda impresión en los beduinos. Una delegación de hawazitas nómadas llega ante Mahoma, y con el soberbio candor de los hombres primitivos, le pide que libere a todos los prisioneros hawazitas, puesto que son todos parientes de leche» del profeta. Mahoma se enfada: les dice que han llegado demasiado
tarde. Bienes y personas están ya distribuidos. Pero los nómadas insisten sobre ese «parentesco de leche». Mahoma contesta que lo único que puede hacer por ellos es restituirles los prisioneros que personalmente posee. Abu-Bakr, que se halla junto a Mahoma, libera también a todos los prisioneros que ha recibido en botín; Omar, Alí y todos los musulmanes, hasta el último, imitan el gesto de Mahoma. Al atardecer, todos los cautivos son liberados. Se convierten al Islam. Y vuelven a su desierto, cantando las alaballzas de Alah y de su profeta.
El jefe militar hawazita, el valeroso Malik-ben-Auf, recibe además de la libertad todos los bienes que le han sido confiscados, además de cien camellos y numerosos presentes. Malik no se esperaba semejante trato. En reconocimiento, se hace musulmán y será uno de los más apasionados propagandistas del Islam.
Una personalidad taifiana, Urwath-ibn-Masud, que se ha convertido y regresa a su ciudad para propagar el Islam, muere asesinado. Sus conciudadanos lo linchan. Los taifianos no quieren ceder.
Como Mahoma ha convertido al Islam toda aquella región, cree que la ciudad de Taif ha dejado de ser peligrosa. Ahora es como una isla en una región en que todos se han convertido en aliados del profeta. Mahoma ordena a Abu-Suffian -ahora capitán del Islam- que prosiga el asedio de Taif. Hecho esto, regresa a La Meca.
Las tropas musulmanas están descontentas con el profeta. Los ansares o auxiliares protestan. Creen que han sido objeto de un engaño ofensivo en el reparto del botin en los últimos combates. Mahoma, montado en su camella blanca, ve llegar a los ansares que vienen a quejarse ante él. Arranca un pelo de la camella y dice: “No guardaré nada de vuestro botín, ni siquiera este pelo. Salvo el quinto que me corresponde y que se os devolverá inmediatamente”. Los ansares demuestran a Mahoma que ha dado a los coraichitas infinitamente más que a ellos. Es verdad. Mahoma ha dado sin contar; ha hecho grandes regalos a los coraichitas. Olvidando a los ansares. Lo ha hecho para atraer a los coraichitas al Islam. Los

habitantes de La Meca son al-muallahah qulubu hum, es decir: «aquellos cuyos corazones deben ser reconciliados».
Mahoma reconoce que ha dado demasiado a los coraichitas. Pero dice a los ansares: «¿No estimáis más el que esas gentes se vayan con sus camellos y rebaños, mientras que vosotros regresáis a vuestras casas de Medina con el enviado de Dios? ¡Señor, guarda a los ansares, a sus hijos y a los hijos de sus hijos! ¡Que el día del juicio se hallen en el cielo conmigo!»
Los ansares lloran de emoción. Lamentan haber hablado de camellos y rebaños. Haber reclamado botín, cuando tienen consigo al profeta.
Unos días después, Mahoma sale de La Meca, llevando a los ansares, sus hermanos y compañeros en la misma fe, con los que ha hecho el pacto de Aqaba y el ummah, la comunidad en la creencia y fraternidad en Dios. Regresa con los ansares a Medina. En La Meca deja un Jalifa o substituto. El primer substituto del profeta en La Meca es un joven de menos de treinta años, del clan omayyada, el clan de Abu-Suffian.
Poco tiempo después del regreso de Mahoma a Medina, llega una delegación de la ciudad de Taif, que acepta capitular y convertirse al Islam. Pero los taifianos piden que se les permita, como en el pasado, Ja prostitución, la usura, el consumo de bebidas alcohólicas y otras muchas cosas. Paréceles demasiado duro verse privados de todo eso. Mahoma no se indigna. No accede a todas las peticiones; pero exime a los taifianos de la oración, de los impuestos y del servicio militar. Los compañeros del profeta exigen explicaciones acerca de eso. No comprenden que alguien pueda ser musulmán a medias. Mahoma les contesta que, desde el momento en que los taifianos se hagan realmente musulmanes, comprenderán la importancia de las cosas cuya dispensa piden ahora y las restablecerán por sí mismos. Antes de la muerte de Mahoma, los taifianos acudirán a él para pedirle que los admita en todas las prácticas musulmanas. Ya no querrán quedar exentos del ayuno y de la oración. Más aún: quieren enviar soldados que combatan por el Islam. Mahoma ha tenido razón al mostrarse tolerante.

LXXVII

EL NOVENO AÑO DEL ISLAM

Nos hallamos en el año 631. Hace nueve años que Mahoma ha escapado de noche de La Meca para no ser asesinado. Había dejado allí a Alí, que se acostó en el lecho del profeta, a fin de que los asesinos creyeran que aquél se disponía a dormir en su casa para permitir a Mahoma, durante ese tiempo, alejarse con Abu-Bakr.
Nueve años han pasado desde la estancia en la cueva llena de serpientes y desde el viaje hacia Medina, donde los viajeros fueron perseguidos por los beduinos, que querían adueñarse de Mahoma. Porque su cabeza había sido puesta a precio. Quien lo condujera vivo

o muerto a sus enemigos recibiría cien camellos ofrecidos en recompensa por los ciudadanos de La Meca.
Nueve años han transcurrido desde la huida de La Meca, desde la Héjira. Hoy, La Meca está conquistada. Todos los que quisieron matar a Mahoma y le combatieron encarnizadamente, son ahora sus lugartenientes fidelísimos, sus servidores; Ikrimah,
hijo de Abu-Jahl, es comandante de las tropas musulmanas, y Qadaqat, de los Hawazin. Morirá como un héroe en los campos de batalla. Al presente, dice: «He combatido con todas mis fuerzas la verdad de Dios. ¿Por qué no combatir con más fuerza por la Verdad?».
Abu-S1Iffian, que ha mandado los ejércitos coraichitas contra Mahoma, en Ohod, en el Jandaq, es ahora gobernador del Islam en el Nedjran. Jalid es comandante musulmán.
La Meca está conquistada y todos los coraichitas son musulmanes. Pero no sólo existe La Meca. Toda la península de Arabia ese paralelogramo de arena de tres millones de kilómetros cuadrados, ha sido igualmente conquistado. Islamizado. En diez años, los ejércitos de Mahoma han conquistado cerca de 822 kilómetros cuadrados por día por término medio. En la época de las tres primeras batallas, los musulmanes eran tan pobres que no tenían más que un camello por cada dos hombres y ni un solo caballo. En la batalla de Badr, el ejército musulmán ha logrado alinear dos caballos y trescientos trece hombres. Pero en Hunain, cuenta ya con mil caballos y en la batalla de Tabuk, el año 630, tiene dos mil. La subida del Islam es vertiginosa.
El primer combate musulmán fue llevado a cabo por un grupo de cuatro hombres, en Najla. El segundo, en Badr, con trescientos trece. Había ya setecientos musulmanes en Ohod, tres mil en el Jandaq y diez mil en la conquista de La Meca. Doce mil en Hunain y treinta mil en Tabuk.
Por lo que toca a las pérdidas del Islam en vidas humanas, son insignificantes. Catorce musulmanes fucron muertos en Badr y setenta en Ohod. En el combate contra los banu-Mustaliq, hubo un muerto, y seis cn la batalla de Jandaq. Dos hombres murieron en la batalla por la conquista de la Meca. Nunca - en el curso de la historia- se ha conquistado más territorio con menos pérdidas.
La Arabia es musulmana. Eso quicre decir que sus gentes respetan los «cinco pilares del Islam», que son:
1) Tachaud, o la profesión de fe: «No hay otra divinidad que Dios y Mahoma es el enviado de Dios»
2) Salat o la oración cotidiana que se realiza cinco veces al día.
3) Saun o el ayuno durante los treinta días del mes de Ramadán.
4) Zakat o el diezmo legal.
5) Hadjdj o peregrinación a La Meca.
En este noveno año de la Héjira, Mahoma, algo enfermo, se encuentra en Medina. Es un año llamado am-al-wufud, «año de los embajadores». El profeta recibe a los embajadores y delegaciones de las tribus dominadas por los musulmanes.

En nueve años, por más que sea el jefe religioso, militar y político de un inmenso tcrritorio, Mahoma no ha alterado nada en su forma de vivir. Recibe a los embajadores con la mayor sencillez. Se suprimen las prosternaciones; Bilal, el muezzin negro, recibe y guía a los embajadores. Viven éstos en la casa de los Huéspedes de Ramla bint-al-Harit, en el Nadjdjariyaa. Y cuando no queda sitio en la casa, los embajadores se alojan en tiendas en el gran patio de la mezquita. Judíos y cristianos no son obligados a adherirse al Islam como los idólatras. En el Estado musulmán, gozan de especiales privilegios. La población del Nedjran, cuya matanza ordenara tantos años antes el rey Dhu Nuwas, sigue siendo cristiana.
Dos cartas de Mahoma concretan los derechos y deberes de los cristianos en el Estado musulmán. He aquí el texto:
«En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso:
»Del profeta Mahoma al obispo Abul-Harit, a los obispos del Nedjran, a sus sacerdotes ya quienes los siguen, al igual que a sus monjes: vuelva a ellos cuanto se halle en sus manos, poco o mucho, sus iglesias, sus oratorios y sus monasterios. A ellos también la protección de Dios y de su enviado. Ningún obispo será desplazado de su sede episcopal, ningún monje de su monasterio, ningún sacerdote de su ministerio. No se cambiará ninguno de sus derechos ni de sus poderes, ni costumbre alguna a la que estén habituados. Sobre todo ello, la protección de Dios y de su enviado está asegurada para siempre, mientras ellos se comporten sinceramente y obren de conformidad con sus deberes. No quedarán sometidos a la opresión ni serán opresores».
Una delegación de los cristianos del Nedjran acude a Medina en aquel noveno año de la Héjira. Bilalla acoge como de costumbre. «Sus vestidos y sus camellos impresionaron a los de Medina». La delegación cristiana está compuesta por el obispo Abu Harithah-ibn-Alqamah, por Aqid, por el vicario Abd-al-Masih y por el jefe de la caravana Al-Aiham. El obispo y los sacerdotes llevan sotana y ornamentos sacerdotales. Piden a Mahoma permiso para celebrar sUs oficios divinos. Mahoma pone a. su disposición la mezquita de Medina, en la que el obispo y los sacerdotes del Nedjran se vuelven al Este para celebrar el oficio. Nadie ha superado nunca a Mahoma en tolerancia. Además, siempre ha considerado a los cristianos como los hermanos más cercanos al Islam.
El Corán dice:
Entre los cristianos hallaréis hombres humanos y afectos a los musulmanes, porque son sacerdotes y religiosos consagrados a la humildad. Cuando oyen la lectura del Corán, los veréis llorar de alegría por haber conocido la Verdad. Señor - exclaman - creemos.
Mientras Mahoma organiza el Estado musulmán en aquel «año de las embajadas», Abu-Bakr se encarga de conducir la hadjaj, la gran peregrinación, al frente de trescientos fieles. De camino hacia La Meca, Abu-Bakr es alcanzado en la localidad de Abu-Hulaifa por Alí, el hijo adoptivo de Mahoma.
El profeta tiene algo muy importante que comunicarles. Ese año, el 631, los idólatras son admitidos por última vez en la peregrinación.

En adelante, la peregrinación a La Meca quedará reservada exclusivamente a los musulmanes. Al año siguiente, 632, la Gran Peregrinación será conducida personalmente por Mahoma y ningún pagano tomará parte en ella. Sólo los musulmanes.

LXXVIII

SERMÓN DE ADIÓS DEL PROFETA MAHOMA

El año 632, el X de la Héiifa, a finales del mes Dhu'l Hidjdja (febrero), Mahoma va en peregrinación a La Meca. Realiza personalmente todos los ritos que, por semejante ejemplo, quedan definitivamente consagrados.
El musulmán que va en peregrinación se pone en estado de ihram o consagración. Se cubre con un vestido compuesto de dos piezas: izar, una pieza de paño que rodea el cuerpo, del vientre a las rodillas, y rida, otra tela que cubre en parte el hombro izquierdo, la espalda y el pecho, dejando al descubierto la parte derecha. La cabeza permanece descubierta. Sólo se autoriza el uso de sandalias. En cuanto a las mujeres, se cubren con una túnica de la cabeza a los pies. Ese estado de ihram prohibe las relaciones sexuales, los cuidados de limpieza personal, la caza, el desarraigar las plantas, la efusión de sangre.
En La Meca, Mahoma realiza siete veces la vuelta a la Kaaba; es el tawaf. Hace el sa'y, carrera rápida entre las colinas de Safa y Marwa, en recuerdo de Agar, que buscaba agua para Ismael. Sigue la visita a Mina donde, según el rito, se echan siete piedras sobre los tres montones de guijarros, djara. La peregrinación termina con el sacrificio de un carnero, cuya carne es distribuida entre los pobres. Es sadaqa, la limosna.
En esa peregrinación, Mahoma es seguido por catorce mil fieles.
En Arafat, sobre el monte de Acción de Gracias, el Jabal-ar-Rahman, Mahoma se dirige a los fieles reunidos en torno a él.
Porque allí no hay más que fieles. Un año antes, por mediación de Alí, el profeta ha prohibido que los paganos participen en la peregrinación.
Es el viernes 9 Dhu'l Hidjdja.
«La tradición muestra al profeta inquieto porque su voz no pudiera ser oída más que por una parte de los asistentes.
Así pues, colocó a su lado, sobre la roca, al muezzin modelo, Bilal, que con su voz poderosa repitió las palabras y las lanzó sobre la muchedumbre». Otras personas dotadas de fuerte voz son colocadas en diversos lugares, a fin de repetir las palabras del profeta. Como un eco multiplicado cientos y cientos de veces, se difundtn las palabras de Mahoma, que resuenan en el infinito desierto de Arabia.
Ese jutba, o sermón, pronunciado por Mahoma, ha siddo llamado «el sermón de Adiós». Se trata de «un sermón que resume, como una carta magna, tanto los derechos como los deberes del hombre,

verdadero testamento del profeta, ya que iba a morir tres meses después». Antes de que hable el profeta, exclama Rabi'a-ben-Omeya:
«El enviado de Alah os dice: "¿Sabéis qué mes es éste?"
»¡EI mes sagrado!, responde la muchedumbre.
»¿Sabéis qué suelo es éste?
»El suelo sagrado, vuelve a decir el gentío.
»¿Sabéis qué día es éste?
»¡El día de la Gran Peregrinación!»
Entonces dice el profeta:
«Alah ha hecho sagrados para vosotros vuestras personas y vuestros bienes, hasta el día en que vayáis a su presencia, como es sagrado este mes, este suelo y este día.
Después, Mahoma comienza el Sermón del Adiós:
»Alabanza a Dios: nosotros le alabamos, demandamos su ayuda, imploramos su perdón y nos dirigimos a él; buscamos protección en Dios contra los vicios de nuestras almas y contra los males de nuestras acciones. A quien camina guiado por Dios, nada puede desviarlo; ya quien Él desvía, nada lo conduce de nuevo a la scnda. Doy testimonio de que no hay otro dios que Dios mismo; Él solo, sin asociado alguno; y atestiguo que Mahoma es su servidor y su enviado.
»Os ordeno, oh servidores de Dios, el temor de Dios y os incito a su obediencia. Igualmente, trato de comenzar por lo que es mejor.
»Así pues, oh pueblo, escuchad lo que voy a explicaros, pues ignoro si podré volver a este lugar otro año..
»Oh, pueblo: realmente, vuestra sangre, vuestros bienes y honras son inviolables, hasta el encuentro con vuestro Señor; tan inviolables como en este mismo día, en este mes, en este lugar sagrado. ¿He cumplido bien mi tarea? ¡Oh Dios, da testimonio de ello!
»¡Por Alah!, responde la muchedumbre. ¡Por Alah, doy testimonio!
El profeta enuncia en seguida una serie de preceptos que han de ser observados:
»Quien reciba un depósito, que lo devuelva a quien se lo había confiado.
»Queda abolido el interés (o usura) de los tiempos de ignorancia; pero todos tendréis derecho a vuestros capitales; no seais ni opresores ni oprimidos. Dios ha decretado que no haya más interés. Y el primer interés por el que yo mismo comienzo, es el de mi tío Abbas-ibn-Abd-al-Muttalib.
»Quedan perdonados los asesinatos del tiempo de la ignorancia.
»El asesinato intencionado será castigado de acuerdo con la ley del talión; al asesino intencional que da la muerte mediante el bastón o la piedra, le costará cien camellos como precio de sangre. Quien exija más, será considerado un hombre de los tiempos de la ignorancia.
»¿He cumplido bien mi tarea? ¡Oh Dios, da testimonio!
»Satanás, ¡oh pueblo!, ha desesperado realmente de ser adorado en vuestra tierra; pero se considerará dichoso si es obedecido en otras cosas diversas de ésta: en los actos que vosotros consideréis como de poco valor. Así pues, vivid alerta, por vuestra religión.

»Oh pueblo: en verdad, el intercalar un mes profano en medio de los meses de la «Tregua de Dios», es añadidura de la incredulidad; son desviados por esa adición los que se han hecho incrédulos: hacen profano ese mes durante un año y lo hacen
sagrado durante otro, para observar exteriormente el número de meses que Dios ha consagrado; profanan lo que Dios hizo sagrado y hacen santo lo que Dios hizo profano. En verdad, el tiempo ha vuelto a la condición en que Dios lo había creado el día en que creó los cielos y la tierra (habiendo coincidido entonces el año sin intercalar con el intercalado). Y, en efecto, el número de los meses ante Dios es doce, en el Libro de Dios, el día en que creó los cielos y la tierra. De esos doce meses, cuatro son sagrados y de ellos, tres consecutivos y uno aislado: Dhu'l-Qa'dah, Dhul'-Hidjdjah y Muharram y Radjab de los Mudaritas que se encuentra entre Djumada y Cha'ban.
»¿He cumplido bien mi tarea? ¡Oh Dios, da testimonio!
»En cuanto a vuestras mujeres, oh pueblo, tienen un derecho sobre vosotros y vosotros tenéis un derecho sobre ellas; a vuestro favor, les incumbe cuidar que nadie manche vuestro lecho, salvo vosotros mismos, y que no dejen entrar en vuestra casa a persona alguna a la que no améis, si no es con vuestro permiso; que no cometan promiscuidad. Si lo hicieran, en verdad que Dios os permite alejarlas, separar vuestros lechos y golpearlas, pero no con dureza. Si cesan en su mal y os obedecen, os incumbe a vosotros proporcionarles el alimento y el vestido convenientes.
Y asegurad a las mujeres el mejor y más honroso trato. Porque, en verdad, son como prisioneras en vuestra casa y nada pueden hacer por sí mismas. Realmente, las habéis recibido como un depósito de Dios y sólo por consentimiento de Dios se os permite abordarlas. Temed pues a Dios en lo que concierne a las mujeres y aseguradles el mejor trato.
»¿He cumplido bien mi tarea? ¡Oh Dios, da testimonio!
»¡Oh, pueblo! En verdad, los creyentes son hermanos. Y los bienes de un hermano son inviolables, salvo si él está de acuerdo.
»¿He cumplido bien mi tarea? ¡Oh Dios, da testimonio!
»No os hagáis infieles después de mi muerte, golpeando los unos en los cuellos de los otros. En verdad, ante vosotros he dejado algo con que impedir la desviación: el Libro de Dios y la Conducta de su profeta.
»¿He cumplido bien mi tarea? ¡Oh Dios, da testimonio!
»¡Oh pueblo! En verdad, vuestro Señor es uno y vuestro antepasado uno: descendéis todos de Adán, y Adán fue creado de la tierra. El más digno de vosotros ante Dios es aquel que más le teme. y ningún árabe tiene superioridad alguna sobre un no árabe, salvo por la piedad.
»¿He cumplido bien mi tarea? ¡Oh Dios, da testimonio!
»A lo que respondió la muchedumbre: «Sí».
»Oh todos vosotros, aquí presentes: haced llegar este mensaje a los ausentes:
»Oh pueblo, en verdad, Dios ha fijado para cada heredero su porción de herencia; por lo tanto, no está permitido hacer testamento a favor

de un heredero, además de su porción fija. Y el testamento a favor de un extraño no debe superar el tercio de la totalidad de la herencia. El hijo pertenece a la madre; el hombre que haya cometido adulterio será lapidado.
Quienquiera que reclame la paternidad de otro, fuera de su verdadero padre, y quien se acoja a un patronato que no sea el de sus padres, atraerá sobre sí la maldición de Dios, de los ángeles y de todos los humanos. Ni se aceptará de ellos, en el Juicio Final, ningún pago ni prenda. ¡La paz sobre todos vosotros!».
La Jutba, el Sermón de Adiós del profeta, ha producido una emoción desgarradora en la masa de aquellos cuarenta mil fieles que acaban de repetir a coro y hasta el fin cada palabra de Mahoma.
Las repetidas interrogaciones del profeta, balaghtu, es decir: «¿He cumplido bien mi tarea?» martillean cada final de capítulo y la respuesta afirmativa de la muchedumbre que da testimonio de que Mahoma ha cumplido bien su misión de profeta en la tierra, dan a este discurso el carácter de una grave y solemne obra musical, que hace temblar el desierto árabe, como un coro de millares de voces estremecería las bóvedas de una catedral. La obsesionante y terrible interrogación: balaghtu quedará grabada en las mentes, en los corazones, en las carnes de los
fieles. Esa peregrinación se llamará hadjdj-al-balagh, en recuerdo de la pregunta obsesionante de balaghtu?
«¿He cumplido bien...?
Pero, ordinariamente, el Sermón se llama hadjdj-al-wada, «la peregrinación del Adiós».
El Islam quedará hasta tal punto señalado por ese sermón de Mahoma, que todavía hoy, el día aniversario del sermón es considerado por los musulmanes como su fiesta más grande, la gran fiesta o id-al-kabir.

LXXIX

TÉRMINO DE LA VIDA TERRENA Y FIN DE LA MISIÓN DEL PROFETA

Mahoma tiene sesenta y tres años: La peregrinación del Adiós ha terminado. El ángel Gabriel se le aparece y dicta estos versículos al profeta enfermo:
Hoy he puesto mi sello a vuestra religión. Se han cumplido mis gracias sobre vosotros. Me ha sido grato daros el Islam como un DIM; como una ley.
Mahoma regresa a Medina. Está siempre enfermo. Su carrera ha comenzado en el Jabal-an-Nur, «la Montaña de la Luz», el año 610. En esa época le ordenó Gabriel: Lee, en el nombre del Señor.
Doce años después, Mahoma atraviesa la caverna de las serpientes, del Jabal Tahur, cerca de La Meca, donde ha permanecido con Abu-Bakr, amenazado de captura y de muerte. El Corán cuenta:

Alah ha socorrido a vuestro profeta cuando, expulsado por los infieles, con un solo compañero, el profeta decía a éste mientras ambos estaban en la caverna: «no te entristezcas: Alah está con nosotros». Eso ocurría el año 622.
Existe, por último, la tercera montaña, el Jabal-al-Rahmah, el monte de Acción de Gracias en Arafat, y el tercer acontecimiento. Eso ocurre el año 632, diez después de la Héjira. Allí ha pronunciado Mahoma el sermón del Adiós.
Ahora, tres meses después del encuentro con los fieles, he aquí llegado el adjal, el término de la vida.
Una noche, Mahoma se levanta. Es el segundo mes del undécimo año de la Héjira. Nos hallamos en el año 632. En plena noche, Mahoma va a saludar a los muertos, sobre todo a los caídos en la batalla de Ohod, que están enterrados en el cementerio de Baqi. De vuelta en]a casa, oye sollozar a una mujer, que se queja de dolor de cabeza. Le dice: «¡Pero si soy yo quien tiene dolor de cabeza, no tú!» Se encuentra tan enfermo que pide a los de su séquito que le traigan siete cubos de agua, de siete pozos diferentes. Un hombre del desierto infinito no sueña más que en un remedio: el agua. Es un sueño supremo. Porque el hombre del desierto conoce la sed cada día. «Y nosotros bebemos nuestra agua a precio de oro». El agua es un medicamento eficaz para casi todas las enfermedades. Tras haber aliviado la sed con el agua de siete fuentes distintas de la ciudad de Medina, Mahoma se encuentra mejor.
Habita junto a la mezquita. Su casa comprende una planta baja, construida a ras de suelo y rodeada por un patio en el que brincan algunas cabras. Al día siguiente, Mahoma tiene la cabeza vendada. Se dirige a la mezquita. Sube al púlpito, en el minbar. Habla de los que han caído en los combates por la victoria del Islam. Y sobre todo de los muertos caídos en Ohod, a los que ha visitado durante la noche, en el cementerio de Medina.
Después, Mahoma anuncia a los fieles que «uno de los servidores de Dios, entre los que están presentes en la mezquita, pasará muy pronto al Creador». Todos comprenden que Mahoma anuncia su propia muerte. Los fieles comienzan a llorar. El profeta les hace una señal para que se detengan. Tiene que comunicarles aún cosas muy importantes. Díceles que quiere salir de esta vida con el alma pura. Con la conciencia en paz. Y pregunta si ha hecho daño a alguien. «Si he desgarrado la espalda de alguno, he aquí mi espalda. Que se tome su talión».
»Y si he injuriado el honor de alguno, aquí está mi honor; que se totne su talión.
»El odio no formó parte ni de mi naturaleza ni de mi acción. Estimaré a aquel de todos vosotros que se tome de mí su derecho, si tiene alguno sobre mí mismo, o que me libere de él. Entonces, me hallaré en presencia de Dios, con el alma serena».
Un hombre a quien Mahoma debía tres dirhams, tres monedes de plata, se alza en la asamblea y las reclama. Ha tomado al pie de la letra las palabras del profeta. A la manera de los que son verdaderamente puros. El profeta pide que se pague allí mismo la

deuda, puesto que es real. Después suplica a los fieles que no le dejen morir sin haberle dicho si les ha hecho algún daño y sin pedirle cuentas en el caso de que les hubiera dañado en algo.
»No temáis el escándalo. El escándalo de aquí abajo es menos grave que el de allá arriba.»
Mahoma no puede separarse de sus fieles. Les habla de una multitud de cosas que lleva siempre en su corazón. Habla de Usama, hijo de Zaid, a quien se encomendó la dirección de los ejércitos con motivo de una expedición a Siria. Toma su defensa; dice que Usama merece aquel puesto por sus cualidades personales y en homenaje a su padre, el esclavo liberto Zaid, hijo adoptivo del profeta, muerto en Mutah. Se refiere después a los ansares.
«Mohadjirun, emigrantes, os recomiendo que tengáis la mejor conducta con los ansares. Han sido los depositarios de mi confianza en ellos he encontrado siempre ayuda y asilo. Hacedles bien y perdonadles cada vez que cometan alguna falta. El mundo creerá, pero sólo seguirán siendo auxiliares quienes lo han sido hasta ahora.»
Explica después que sus ansares han sido para él como los vestidos de su cuerpo.
«Han cumplido su misión y en adelante no tienen deber alguno, sino sólo derechos.»
Mahoma ordena que su tumba no se convierta en lugar de peregrinación y plegaria. Acto seguido abandona la mezquita, mientras la muchedumbre llora y le suplica que no se vaya.
Al día siguiente comienza la agonia de Mahoma. Sufre atrozmente durante algunos días. Pretende que lo que le mata es el veneno que le ha dado la judía de Jaibar. «He sufrido de vez en cuando por ese veneno; pero ahora ha roto mi vena yugular».
Durante la enfermedad del profeta, Abu-Bakr es el encargado de celebrar el oficio. Un día, desde su lecho de dolor, Mahoma oye la voz de Omar que recita el Corán en la mezquita. Mahoma queda contrariado por ello. Otro día, sintiéndose mejor, acude a la mezquita, sostenido por unos hombres. Está oficiando Abu-Bakr; quiere cederle el puesto. Mahoma le ordena que siga y se retira de nuevo, casi llevado en vilo por las gentes.
El lunes día 13 del mes de Rabi, año 11 de la Héjira (es decir, el 8 de junio del año 632) muere Mahoma. Están con él, su hijo adoptivo, su primo y su yerno, y uno de sus primeros compañeros fieles, Al-Fadl y Kutham, los hijos de Abbas, sus primos, que le han llevado en brazos aquellos últimos días.
Está presente Usama-ben-Zaid-ben-Harithah, hijo de Zaid. Y también el liberto Chuqran, y Aus-ben-Julli y todas las mujeres, comenzando por Aicha.
En el momento de su muerte, Mahoma no posee nada. Ninguna fortuna. Antes de entregar el alma, se acuerda de que Aicha tiene consigo siete dlnares. La llama y le ordena que, sin tardanza, distribuya esa cantidad entre los pobres.
«Tengo vergüenza de encontrarme con Dios con siete dinares de oro en mi bolsillo», dice.

Quienes están en derredor, lo ven dichoso por haberse acordado de aquel dinero y por haber tenido ocasión de desembarazarse de él antes de morir. Mahoma ha dicho siempre: «Nosotros, los profetas, no dejamos herencia».
Cuando se hace el inventario de cuanto ha dejado, se encuentra un mulo blanco, unas armas, espadas sobre todo, y algunas parcelas de tierra.
El lunes por la mañana, antes de su muerte, como el estado de Mahoma iba empeorando, se le ha obligado a tomar algún medicamento. Esto molesta sumamente al profeta. Cuando recupera su ánimo, obliga a quienes le han forzado a tomar esas drogas a hacer lo mismo.
Después, pide que le laven la boca. Es la última petición que hace en esta vida terrena. Porque Mahoma tiene la obsesión de la limpieza. Toda su vida ha gustado repetir: «La limpieza es la mitad del culto.»
Aicha cuenta: «Yo era joven y en mi estupidez no comprendía nada. El profeta entregó su último aliento en mis brazos y no lo supe. Cuando las otras mujeres allí presentes empezaron a llorar, comprendí lo que había ocurrido y comencé a lamentarme con ellas».
En el instante en que muere Mahoma, desaparece el sello de la profecía, esa señal que lleva entre los dos hombros. Cuando un profeta muere, termina su misión: y concluída ésta, se le retira el sello.
Mahoma será enterrado en el mismo sitio en que muere. Una vieja costumbre árabe quiere que un jefe sea enterrado bajo la misma tienda en que ha entregado su espíritu.
Se trae a dos enterradores para que caven la tumba del profeta. Porque en La Meca la tumba está derecha, mientras que en Medina se cava un nicho lateral en la fosa y en él se dispone el cuerpo. Y se decide que la tumba será según la costumbre del enterrador que llegue antes. Se ha llamado a uno de La Meca ya otro de Medina. y es el de Medina el que se presenta antes.
Chuqran reviste al profeta con su túnica «para que nadie la lleve y para que sea enterrado con ella». Lavan el cuerpo, aunque sin desvestirlo, por respeto. El cadáver de Mahoma es amortajado en un tapiz rojo y enterrado, sin sarcófago, según la costumbre árabe. Se le coloca con la cabeza vuelta hacia la derecha, para que pueda tocar la tierra. Sobre la tumba, se planta una rama verde. En unos días, el sol habrá quemado el ramo, que quedará reducido a cenizas.
Nada quedará, en pocos años, de aquel cuerpo puesto en tierra. El desierto no conserva los cuerpos que se le confían. Sólo lo que el hombre ha creado por su espíritu queda en él.
Mahoma no deja sucesores.
En un determinado momento, unas horas antes de morir, ha querido dictar sus instrucciones. Pide que le traigan a un escriba, para dictarle su última voluntad. Aicha envía a buscar a Abu-Bakr. Hafsa hace traer a Omar. Los otros, a Alí. Cuando Mahoma ve que acuden tantos habiendo pedido sólo uno, ordena que los tres se vayan. Después de su muerte, todos se pondrían de acuerdo. Sería Alah quien decidiera cuál de ellos iba a suceder al profeta.

Cuando la muchedumbre conoció la muerte de Mahoma, todos estallaron en lamentos. Entonces, Omar se dirigió a la mezquita y prohibió a los musulmanes afirmar que el profeta hubiera muerto. Sacó la espada y dijo así:
«Cortaré el cuello a quien crea que el enviado de Dios ha muerto. Mahoma no ha muerto: se halla junto a Dios, lo mismo que Moisés, para volver muy pronto junto a su comunidad, a fin de guiarla el día de la Resurreción».
Entonces, Abu-Bakr penetró en la mezquita y dijo: «¡Cállate, Omar!» Dirigióse a la muchedumbre y dijo que Mahoma no era más que un mensajero de Dios. Igual que otros mensajeros que han venido para enseñar la verdad y después han muerto.
«¡Oh, pueblo! Quien adore a Mahoma, sepa que ha muerto verdaderamente. Pero quien adore a Dios, sepa que Dios vive y no muere nunca.»
Omar se desplomó en tierra, apenado, y dejó escapar grandes lamentos.
Tal es el término de la vida de Mahoma.

Digitalizado por Biblioteca Upasika

www.upasika.com